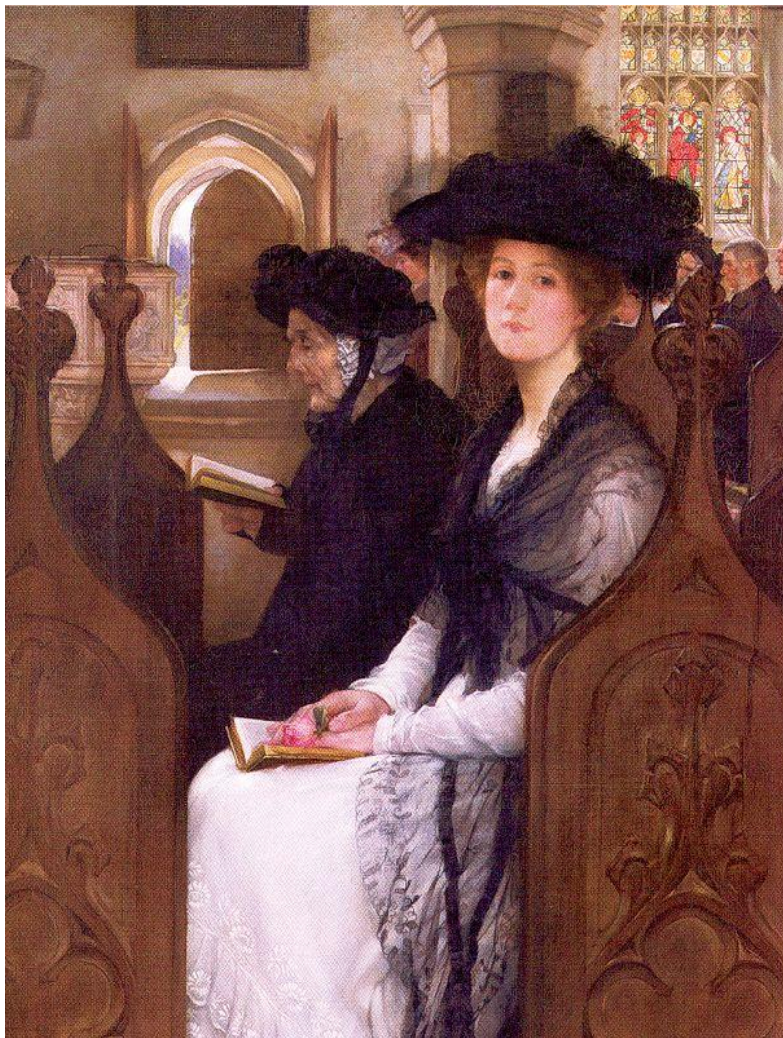


Revista Literaria Katharsis

Una cristiana

Emilia Pardo Bazán



Revista Literaria Katharsis

<http://www.revistakatharsis.com/>

PRIMERA PARTE

- I -

Verán ustedes las asignaturas que el Estado me obligó a echarme al cuerpo con objeto de prepararme a ingresar en la Escuela de Caminos. Por supuesto, Aritmética y Álgebra; sobra decir que Geometría. A más, Trigonometría y Analítica; por contera, Descriptiva y Cálculo diferencial. Luego, (prendidito con alfileres, si he de ser franco) idioma francés; y cosido a hilván, muy deprisa, el inglés, porque al señor de alemán no quise meterle el diente ni en broma: me inspiraban profundo respeto los caracteres góticos. A continuación, los infinitos «dibujos»: el lineal, el topográfico, y también el de paisaje, que supongo tendrá por objeto el que al manejar el teodolito y la mira, pueda un ingeniero de caminos distraerse inocentemente rasguñando en su álbum alguna vista pintoresca, ni más ni menos que las *mises* cuando viajan.

Siguió al ingreso el cursillo, llamado así en diminutivo para que no nos asustemos. En él no entran sino cuatro asignaturas, para hacer boca: Cálculo integral, Mecánica racional, Física y Química. Durante el año del cursillo no nos metimos en más dibujos; pero al siguiente (que es el primero de la carrera propiamente dicha) nos tocaban, -aparte de profundizar los Materiales de construcción, la Mecánica aplicada, la Geología y la Estercomotomía- dos dibujitos nuevos: el dibujo a pluma, «de sólidos», y el «lavado».

Yo no fui de los alumnos más exageradamente *empollones*, pero como tampoco era de los más lerdos (aunque me esté mal el decirlo), supe machacar el hierro donde convenía que se machacase, y acudir a la paciencia y a la tenacidad en asignaturas donde no bastando el ejercicio del entendimiento hay que forzar el automatismo de la memoria. Tuve algún tropiezo, pues no es fácil evitarlos al seguir una carrera en que deliberadamente se aprietan las clavijas a los alumnos, con el fin de sacar el número justo para cubrir las plazas vacantes. Año arriba o abajo, era seguro el éxito, y mi madre, que costeara mi carrera ayudada por su único hermano, llevaba con relativa resignación, cuanta permitía su carácter, mis fracasos, por constarle que no eran muchos, y que al salir ingeniero hecho y derecho, tenía en el bolsillo los nueve mil... y dietas. Ni todos los tropiezos fueron de los que pueden evitarse, aun desplegando la mayor asiduidad del mundo. Un año estuve enfermo de anemia, complicada después con viruelas locas; y este incidente y otros que no hacen al caso, explicarán el cómo, gozando fama de joven estudioso y persona medianamente culta, hube de encontrarme a los veintiún años cursando el segundo de la carrera; es decir, faltándome tres para terminarla.

El año anterior, o sea el primero de la carrera propiamente dicha, me vi precisado a dejar alguna asignatura para los exámenes de septiembre. Atribuyo este incidente siempre

desagradable a la influencia maléfica de cierta posada donde me alojé por tentación del diablo. El tiempo pasado allí me dejó indelebles recuerdos, que me traen la risa a los labios y unas vislumbres de indiscreto júbilo al alma cuando los evoco. Indicaré algo de ella, para que me digan ustedes si Arquímedes en persona sería capaz de *empollar* en semejante madriguera.

Hay todavía en Madrid tres o cuatro casas -verbigracia la de los Corralillos, la de los Cuartelillos, la de Tócame Roque- muy semejantes a la que voy a delinear. En su recinto moraba el vecindario de un mediano poblachón: tenía sus tres patios con balconada, sobre la cual se abrían las puertas de los cuchitriles o tabucos, numeradas en los dinteles; y no faltaban sus inquilinas desvergonzadas reñidoras, sus ciegos entonando coplejas al son de destemplado guitarrillo, sus gatos atacados de neurosis correteando de bohardilla a bohardilla y de baranda a baranda -ya a impulsos de amorosas emociones, ya en virtud de algún enérgico ladrillazo- sus tiestos de clavellinas y albahaca, sus pañales puestos a secar en compañía de desflecados refajos y remendadas camisas; en fin, todo lo que abunda en este género de guaridas de la villa y corte, mil veces descritas por los novelistas y los pintores de costumbres. El cuarto tercero de la derecha había sido alquilado a Josefa Urrutia, vizcaína, ex doncella de la marquesa de Torres-Nobles, y ex doncella en otro sentido, por culpa de «uno de minas». De los devaneos de la Josefa había resultado lo de costumbre: al principio muchas carantoñas, luego frutos de bendición sin la del cura, luego hastío del seductor, lágrimas de la víctima, abandono, juramentos de venganza y planes de exterminio, escándalos callejeros con presentación de rorro en mantillas, reclamación ante el juez, y providencia de este a favor de la ofendida, señalando una pensión de seis reales diarios a cada vastaguito. Sólo que ¡vaya por Dios! de pago andábamos muy mal. Por fas o por nefas, hoy, que el papá se encuentra en Montevideo y la letra no ha llegado; mañana que el cambio sobre España está por las nubes y no se puede girar, ello es que la desdichada Pepa no hubiera conseguido valerse y sacar adelante a los dos críos, si no tiene la feliz ocurrencia de arrendar el consabido piso tercero, arañar unos cuantos muebles en las prenderías y el Rastro, y con sábanas y almohadas de desecho, regalo de la señora marquesa, instalar la casa de huéspedes, nido de estudiantes y de chinches.

Al principio el negocio se presentó medianito: trampeando, trampeando. Por fin adquirió la Urrutia clientela, y cuando yo entré a morar en «la alcoba del comedor», estaba en su apogeo el establecimiento: ni una habitación desocupada, y todos huéspedes que pagaban honradamente (si podían) aparte de ciertas quiebras, cuyo origen descubriré en gran secreto. Habitaba la sala, lo mejorcito del cuarto, un cierto don Julián, valenciano, jaranero y alegre, derrochador sempiterno, amigo de francachelas y bromas, y jugador empedernido. Decía que estaba en Madrid pretendiendo un destino, destino que no llegaba nunca; pero el pretendiente vivía como un príncipe, y en vez de ayudar con los dineros de su pupilaje a sostener el negocio de Pepa, se susurraba entre nosotros que comía gratis y aun recibía de tiempo en tiempo tal cual doblilla destinada a derretirse en el peligroso faldellín de la sota de copas. Estas interioridades y flaquezas de Pepa Urrutia no hubieran trascendido (como ahora se dice) a no ser por el *monstruo de verdes ojos*, los empecatados celos. Teníalos rabiosos la vizcaína, de una vecinita guapa y fácil en tomar varas de los huéspedes fronterizos, según a ciencia cierta puedo atestiguar. Aguijada por la desesperación, Pepa gritaba sin reparo, y había lo de «pillo, estafador» por aquí, y lo de «si vergüenza tuviese usted, lo que me chupa y lo que me debe me pagaría volando» por allá. Don Julián, en casos tales, envainaba las manos en los bolsillos, apretaba los dientes, y

callado como un muerto paseaba de arriba abajo por la sala. Aquel silencio encendía más el furor de la mujer, que a veces se deshacía en crisis nerviosa de llanto; y después de abofetear al valenciano con los últimos denuestos, salía pegando un portazo que retumbaba en todo el edificio. Entonces solía asomarse al pasillo un hombre grueso, rubio, calvo, como de cincuenta y tantos años, de semblante afable y complaciente, quien con marcado acento portugués preguntaba a la colérica patrona:

-Pepiña, ¿qué tiene?

-Nada tengo yo... -respondía ella, metiéndose de estampía en la cocina y mascullando en vascuence terribles imprecaciones. La oíamos lidiar a porrazos con sartenes y cacerolas, y a pocos el chirrido consolador del aceite nos anunciaba que, a pesar de todo, se freían patatas y huevos y el almuerzo no andaba muy lejos ya.

El señor calvo y, grueso, que ocupaba la «sala del patio» llamada así por tomar luz del principal de la casa, era un inédito portuense, venido a España con el fin de entablar un litigio contra la Administración, por no sé qué infundios referentes a un patronato. Admirador entusiasta, como los portugueses en general, de la música popular española, vestido lo más ligeramente posible, en calzoncillos y, elástica (he de advertir que esto ocurría en el mes de junio), recatando su calva una gorrita escocesa con dos cintas flotantes atrás, y rascando una guitarra a cuyo compás gatuno y desafinado entonaba la letra siguiente:

«Quiérimi sivillana -niña lousana
-cándida flor que al son di mi guitarra
-pur ti palpita -mi corasaun...».

Aquí interrumpía el canticio y miraba hacia el ventanuco de una chica planchadora, asaz fea pero no menos vivaracha y comunicativa. Ella estaba asomada, riendo y guiñando los ojos. Exhalaba un suspiro el portugués, exclamaba en voz estentórea «Moy bunita» y con dobles bríos martirizaba el guitarro, continuando la letra:

«Ay qui plaser -is il amor -si s'halla un
alma angilical. -Y qui dolor -si hay falsi-
dad -no, no, no, no, no, no, no, no -huye
di mi -duda fataaaal!».

Terminada la canción, sacaba de la abertura de la elástica una petaca de paja, una caja de fósforos y una cajetilla de cigarros. Aún no había encendido el primero, cuando hacía irrupción en el cuarto del portugués un mozo como de veinticuatro años, huésped de Pepita también, a quien por largo tiempo consideré genuina personificación del artista. Llamábase de apellido Botello -nunca pensé en averiguar su nombre de pila-, era muy apuesto, de estatura gentil; gastaba melena, una melena no excesivamente larga, pero abundante rizada; tenía el tipo mulato

-a lo Alejandro Dumas, con labios carnosos y rojos, bigote a lo Van-Dick, ojos brillantes y piel morena finísima- y nosotros le mareábamos diciéndole *Dumillas* a cada momento. ¿Por qué nos habíamos empeñado los huéspedes de Pepa Urrutia en que Botello era artista? Hoy, cuando reflexiono, no lo entiendo. Botello no había dado jamás una pincelada, ni destrozado una sonata, ni emborronado un artículo, ni perpetrado un triste drama, ni siquiera un *juguete* en un acto; y sin embargo teníamos metido entre ceja y ceja que Botello no podía ser sino artista y artista consumado. Sospecho que era una convicción nacida -más aún que de su original y simpática fisonomía, y su género de vida especial- de su modo de vestir derrotado y mendicante. Llevaba en todo tiempo un abrigo entallado de paño azul, gire él nombraba el *gabán del toisón*, porque tenía en cuello y solapas ancho collar de mugre, con su borrego de manchas delante. Esta prenda estaba tan adherida a su cuerpo, que con ella salía a la calle, con ella se lavaba y afeitaba, y hasta la echaba sobre la cama para dormir. Los pantalones lucían orla de flecos; las botas eran de tacón torcido, y la piel rota ya descubría el caletín, embadurnado de tinta por Botello a fin de que no asomase su indiscreto bláncor. La esbelta figura y hermosa cabeza de *Dumillas*, embutidas en atavío semejante, no habían conseguido perder todo su encanto, antes los casi harapos, al adaptarse a su elegante torso, adquirían misteriosa nobleza.

Otro rasgo distintivo de Botello podía referirse al tipo artístico, y era su feliz descuido para la vida, su total menosprecio del trabajo, su absoluto desconocimiento de la realidad. Botello era hijo de un magistrado y sobrino del administrador de un magnate. Al morir el padre de Botello, quedó el chico bajo la tutela de su tío, el cual le daba casa y comida y le entregaba sus cinco mil reales anuales de alimentos, exigiéndole únicamente que se retirase a las doce de la noche. Ni le obligó a estudiar ni hizo por darle educación, y cuando hubo caído en la cuenta de que el muchacho pasaba todas las veladas en la timba o en el café flamenco y volvía a casa a las tantas y tenía llavín para entrar sin ser sentido, puso el grito en el cielo, y en vez de tratar de corregirle, le arrojó de su hogar ignominiosamente. Sin oficio ni beneficio, con veintiún duros mensuales por todo caudal, Botello rodó de casa de huéspedes en casa de huéspedes a cual peor y más desastrada, hasta que en un garito trabó conocimiento con el insigne don Julián, tirano del corazón del Pepa Urrutia. Enganchado por esta amistad se vino a nuestro albergue. Desde entonces Botello tuvo curador ejemplar en el valenciano. Encargábase don Julián de cobrar la mesada del mozo, y acto continuo, a la timba a probar fortuna. Si venía una racha de cien o doscientos pesos, los veintiuno de Botello se le entregaban religiosamente, y aún podía caerle alguna propineja. Si la suerte era contraria, ya podía Botello cantarles el oficio de difuntos. Como necesitaba la guita, el pupilo solía armar con su curador unas zapadestas de mil diablos. «A ver, señor mío, ¿qué hago yo este mes?». Y entonces -aparición providencial- surgía la Pepa en defensa de su caro estafador, y chillaba amenazando a Botello:

-Usted calla... Usted calla... Yo me espero...

-¡Sí! -respondía el mísero-; pero el caso es que ni para tabaco me ha dejado un real.

La Pepa echaba mano a la faltriquera, y a sacando una peseta roñosa:

-Usted tome... Una cajetilla compre...

Cuando las pesetas de la Pepa escaseaban -y aunque no escaseasen- Botello recurría a colarse en la habitación del portugués no bien le oía restallar el fósforo para encender el cigarro; y entre bromas y veras, la mitad de la cajetilla pasaba al bolso del bohemio. Acostumbrado el portugués al carácter y modos de Dumillas (de quien aseguraba con profunda fe que era *muito artista*), no se formalizaba jamás ni por sus guasas ni por sus merodeos y depredaciones. Al contrario, diríase que las travesuras de Botello despertaban en el médico guitarrista afecto y benevolencia inexplicables. Y cuidado que a veces las jugarretas del bohemio pasaban de castaño oscuro. Citaré una para muestra.

Obligado el portugués a hacer visitas y presentar recomendaciones para activar el despacho de su asunto, encargó un ciento de tarjetas muy satinadas y litografiadas, donde en preciosa letra cursiva se leía su nombre: «Miguel de los Santos Pinto». Acertó a verlas Botello, y nos las fue enseñando por todos los cuartos, asombrándose de que tuviese tan pocos apellidos un portugués. El quería añadir cuando menos: «Teixeira de Vasconcellos Palmeirim Junior de Santarem do Morgado das Ameixeiras», para que estuviese en carácter. Se lo quitamos de la cabeza; pero fue todavía peor lo que se le ocurrió después. Escamoteándome la pluma topográfica y la tinta china que yo usaba para mis planos y mis dibujos, escribió delicadamente debajo del «Miguel de los Santos Pinto» esta cajetilla: «Corno de Boy». A fin de no molestarse en añadirlo a todas las tarjetas, hízolo sólo con veinticinco, escondiendo las restantes. Al otro día justamente salió de visíete el lusitano, y repartió diez o doce de las tarjetas adicionadas por Botello. El domingo siguiente encontrose en la calle del Arenal a un conocido, que le detuvo y le preguntó sofocando la risa:

-Pero don Miguel, ¿usted se llama efectivamente *Corno de Boy*? ¿Hay en su país de usted ese apellido?

-¿Yo? -respondió amoscado el lusitano-. Yo mi llamo Santos Pinto nada más.

-Pues mire usted esta tarjeta.

-A ver... a ver... -murmuró el pobre hombre-. ¡Y dis eso! -exclamó atónito al leer la coletilla.

-Será alguna equivocación del litógrafo -indicó maliciosamente el amigo. Pero don Miguel no se la tragó, y apenas llegado a casa enseñó la tarjeta a Botello, pidiéndole estrecha cuenta del desaguizado. Tan calurosas protestas de inocencia hizo el grandísimo truhán, que logró convertir hacia mí las sospechas. «¿No ve usted -decía- que la tinta y la pluma con que eso se escribió, en su cuarto las tiene Salustio? No se fie usted de las mosquitas muertas. El que parece más formal...». De resultas de este ardid maquiavélico, yo, que en la vida me metía con el benigno portugués, fui el único huésped a quien él miraba con prevención y recelo. Creo firmemente que su ceguedad era voluntaria, pues de otras diabluras de Botello no pudo quedarle ni la duda más leve. Jugando un día al dominó con su víctima, Botello tuvo arte para encasquetarle una corona de papel con orejas de borrico, a fin de que se desternillase de risa la ninfa de la plancha, que atisbaba cuanto en la habitación ocurría. Otra vez le prendió rabilos de papel en los faldones, y así salió Pinto a la calle, siendo la irrisión de los granujas. No obstante, la indulgencia del

portugués hacia el bohemio no se desmintió jamás. Cuando a Botello le faltaba parné con que pagar la entrada en algún baile, a don Miguel acudía en demanda de medio duro. Después agotaba la elocuencia para convencerle de que debía echar una cana al aire y acompañarle al bailecito. A la negativa del portugués, que alegaba no querer disgustar a la planchadora, replicó Botello llamándole *panoli*; y como el lusitano no entendiese la palabrita y se mostrase algo amostazado, el bohemio hizo ademán de restituir el medio duro.

-Tómelo, tómelo, ya que está usted enfadado conmigo -exclamaba el muy lagarto-. Mi dignidad no me permite aceptar favores de quien me ve con malos ojos. ¿Verdad que está usted enfadado?

-Yo con usted no mi puedo enfadar nunca -declaró el portugués metiéndole en la mano a viva fuerza la moneda; y volviéndose hacia los que presenciábamos la escena, pronunció con la sonrisa de mayor bondad que nunca he visto en rostro humano-: Este rapaz... ¡muito artista! - Después se volvió a su ventana a rasguñar el guitarrillo.

Vamos, convengan ustedes en ello: no hay posibilidad de consagrarse a un estudio arduo, abstracto, cotidiano, en casa donde a cada instante ocurren incidentes como los que dejo referidos. Las risotadas alternando con las quimeras; las correrías por los pasillos; las continuas entradas y salidas de los haraganes que no acertando a matar el tiempo discurren cómo hacérselo perder a los aplicados; la irregularidad en las horas de comida y almuerzo; la llaneza confianzuda con que todos nos metíamos a vivir en las habitaciones de los demás; el trasnochar y el despertarse a deshora, no son eficaces auxiliares para brillar en la Escuela de Caminos. Por otra parte, el contagio de la broma y de la cháchara es inevitable en mi edad. Allí había otros estudiantes, de la Universidad, de Montes, de Arquitectura, y ninguno era un prodigio de aprovechamiento. Yo quizás les vencía a todos en empollar; pero como mis asignaturas ofrecían mayores dificultades, el caso es que aquel año me quedé colgado hasta septiembre, y hube de pasarme las vacaciones en Madrid, sin gozar las frescas brisas de mi tierra. Sería aquel un verano aburrido, interminable, a no rodearme gente tan levantisca y retozona, y a no darnos tela el portugués, eterno mártir del inagotable buen humor y de la sindineritis crónica de Botello. Cuando no había modo de entretener la tarde, *Dumillas* castañeteaba los dedos y nos decía sacudiendo la gallarda cabeza sudorosa, para echar atrás la melena negrísima que le sofocaba:

-Vamos a hacerle una *sarracinada* a Corno de Boy. ¿Quién me ayuda a coger chinches?

-¿A coger chinches?

-Cabal. A ver si armáis un cucurucho y lo llenáis de chinches gordas, bien llenito. Las medianas no sirven. Que sean de primera magnitud.

Salía cada cual hacia un cuarto a realizar tan extraña caza. Por desdicha el ojeo no era difícil. A poco que escudriñásemos en nuestros jergones o debajo de nuestras almohadas, reuníamos sin gran esfuerzo una docena de bichejos asquerosos. Rendíamos nuestro tributo al inventor de la diablura, y él juntaba en un solo alcortaz las chinches de todos. No bien

comprendíamos que se acostaba el portugués, a oscuras, descalzos y reprimiendo la risa, nos apostábamos a la puerta de su cuarto. Así que don Miguel comenzaba a roncar, Botello alzaba suavemente el pestillo, y como la cabecera de la cama estaba contigua al marcateado de la puerta, no necesitaba el diablo del *artista* más que destapar el cucurucho y desparramar las chinches contenidas en el papelón sobre la cara y cabeza del durmiente. Terminaba esta operación, cerraba Botello con mucha cautela, y nosotros, hechos una piña y pellizcándonos mutuamente de puro excitados, aguardábamos a que se iniciase la campal batalla.

No habían transcurrido dos minutos cuando sentíamos rebullirse al portugués. Oíamos primero frases truncadas e ininteligibles, luego claras interjecciones, luego el estallido de un fósforo y la repetición azorada de la palabra «¡Credo!». Acudíamos hipócritamente, preguntando si estaba enfermo, si le ocurría algo.

-¡Credo! -respondía el buen hombre-. ¡Credo! ¡Persevejos por aquí, persevejos por allí! ¡Credo! ¡Irra!

Al día siguiente le proponíamos variar de cuarto, y así lo hacía esperando hallar remedio a sus males; sólo que como repetíamos la caza, repetíase también el sainete. Con semejantes chanzas pesadas fuimos engañando la canícula; y lo que más me asombra es que al bendito portugués, blanco de todas ellas, no se le ocurriese ni remotamente cambiar de hospedaje, ni plantarle un día un bofetón de cuello vuelto a su verdugo.

Cuando aprobé en septiembre las asignaturas que me faltaban, necesité hacer un enérgico llamamiento a la potencia superior del alma, o sea a la voluntad, para resolverme a poner por obra lo que en mi opinión convenía al lusitano: mudar de alojamiento. El cebo de la pereza y de la vida alegre; lo entretenido del trato de Botello, a quien era imposible no profesar cierta lástima muy análoga a la ternura; los mismos defectos e inconvenientes de aquella posada, iban apegándome a ella más de lo justo. Sin embargo, venció mi razón en la contienda. «La vida es un tesoro y no hemos de despilfarrarla en chiquilladas y en insulsas bromas», pensaba yo al arreglar mis bártulos para irme a otra parte con la música. «Si ese infeliz de Botello es un sonámbulo y se ha propuesto morir en el hospital, yo en cambio estoy desterrado a tener una carrera, tomarla por lo serio y ser libre y dueño de mis acciones. Aquí no hay más que ilusos y gente predestinada a la miseria anónima. Vámonos a donde se pueda trabajar». No obstante, la despedida me oprimió unas miajas el corazón. La Pepa lloraba a lágrima viva por tan buen huésped, que pagaba religiosamente y nunca le había «dado que sentir ni así tanto». Mis ojos no se humedecieron; pero, lo repito, sentí pena como sume apartase de seres muy queridos, al abrazar a Botello y apretar la mano del bonachón portugués. Según iba andando detrás del mozo de cuerda que cargaba mi baúl, hice las siguientes reflexiones para explicarme mi emoción:

«Esta irregularidad pintoresca, este predominio del sentimiento y del humorismo, y este desprecio de la realidad que noto en la casa y en los huéspedes de Pepa Urrutia, son atractivos, porque constituyen una forma del romanticismo innato en nuestra raza, romanticismo que yo padezco también. La tal casa parece un familisterio, basado no en la comunión socialista, sino en la falta de hiel y de sal en la mollera. Me he encontrado ahí con varias personas que a fuerza de

ser excelentes, no tienen ni tendrán nunca un adarme de juicio ni de sentido común. Por lo mismo, sospecho que las echaré muy en falta los primeros tiempos; que siempre las recordaré con nostalgia, y que al ir corriendo años, se me figurará poético y precioso hasta lo de las chinches. Sin embargo, yo valgo más que lo que dejo, pues soy capaz de dejarlo». Y me consolaba el orgullo de tenerme por más formal y positivo que los pupilos de la vizcaína.

- II -

Duraron mis saudades menos de lo que temí. Cada ser prefiere su elemento natural, y el mío no era el desorden, el galimatías de la posada bohemia. Mi nuevo paradero estaba sito en la calle del Clavel: un cuarto cuarto, soleado y con habitaciones no tan angustiosas como suelen ser las que se ofrecen por trece reales diarios. También era vizcaína la patrona, porque lo son la mitad de las patronas de España; pero bien distinta de la Pepa Urrutia: limpia como los chorros del oro, excelente guisandera de bacalao con tomate, callos, paella y demás sabrosas porquerías de la cocina nacional, y exenta de pasiones devastadoras, al menos que estuviesen a la vista, por lo cual todos los huéspedes saldaban sus cuentas o salían pitando.

En la casa de doña Jesusa -por ser de edad madura, le aplicábamos el doña- las camas, aunque empedernidas y angostas, eran aseadas, la criada argandeña hacía sábado a menudo, en el pasillo, delante de la cocina, cantaba enjaulado un jilguero, la noche de Navidad se comía sopa de almendra y besugo, y no faltaban en suma ciertos toques de humilde bienestar y paz doméstica. Verdad que todo andaba muy apurado y justo: de ordinario los cinco o seis estudiantes que nos sentábamos a la mesa, nos levantábamos mal satisfechos, porque la pitanza salía tasadita. No quiero murmurar del chocolate, que era engrudo tizado de ladrillo, ni de la tortilla coriácea, ni de las manzanas y peras del postre, que parecían contrahechas en cera, según la abstención que con ellas observábamos. «Debían darnos siquiera el postre de los sentenciados a muerte, pasas y almendras», decía mi paisano Luis Portal, que era, a lo serio, bastante guasón. Pasaré también por alto la eterna monotonía de la sopa de pasta calificada por Luis de «alfabética» o «astronómica», según representaba letras o estrellitas. Prescindiré de la penuria del cocido, con su tocino oculto detrás de mi garbanzo y partido ya en raciones para que un huésped solo no se engullera las de los demás; y no delataré las gusaneras del pescado, ni las Placideces de la carne. A mi edad es raro que el sibaritismo y la gula den mucha guerra. Por otra parte, los días del santo de cada pupilo o de fiestas muy señaladas y de repique gordo, doña

Jesusa nos obsequiaba con algún guisote en que había puesto los cinco sentidos, y entonces nos desquitábamos. Siempre observaba doña Jesusa los días clásicos y los distinguía con algún refinamiento en la mesa, y estos extraordinarios ayudaban a conllevar la habitual estrechez, remedando las gratas alternativas del hogar doméstico.

Luis Portal, que era hijo de un cafetero de Orense y muy regalón y habilidoso, ideó que podíamos, sin gran dispendio, tomar café mañana y tarde. Compró de lance, en el Rastro, una cafetera para seis tazas; por los mismos medios agenció un molinillo; procurase del mejor café tostado y sin moler, dos libras de azúcar morena, y repartidos los gastos a prorrata, resultó en efecto baratísimo el delicioso brebaje. Si pudiésemos llegar a la media copita de *fine* o de *mono*... Pero ahí nos estrellábamos; ahí no bastaban nuestros recursos. El coñac era ruinoso. Portal tenía una botella traída de su casa en el fondo del baúl; nos impusimos la obligación de estirla, bebiendo sólo un dedalito; y la consigna se observó tan bien, que al cabo de dos días le vimos el fondo a la botella.

Resumiendo, y para ser sinceros: en la casa de doña Jesusa se podía estudiar. Había horas, silencio, quietud. Alguna que otra vez nuestra patrona regañaba a la criada; pero este ruido familiar y previsto no alcanzaba a distraernos. Cada cual según la extensión de sus facultades, empollábamos todos, procurando no tener que *excusarnos* cuando los profesores nos preguntasen. El de Máquinas nos inspiraba un poquillo de miedo, por su gran afición a *salir de pesca*, o sea a alterar el orden establecido para preguntar la lección. Ya he dicho que yo no sobresalía entre mis compañeros por extremar la asiduidad, ni Luis Portal tampoco: ambos nos dábamos maña para poner en ejercicio el entendimiento, sacándolo a flote hábilmente, no dejándolo sucumbir bajo el peso de la memoria, porque temíamos la depresión especial que causan estos estudios áridos y rigurosos en los cerebros pobres, y que Luis llamaba «la guillardura matemática». En cambio, dos chicos de los que vivían con nosotros estaban tan rendidos y agotados, que recelábamos que al acabar la carrera (si la acababan) parasen en un tonticomio. Era el uno de ellos un cubano, dotado de prodigioso memorión. Con ayuda de esta facultad inferior, pero tan indispensable y que de tal suerte cubre las faltas del entendimiento, se tragaba los libros, y siempre que no se preciase discurrir, poner ni quitar al texto, se presentaba con admirable brillantez. Sólo que la más mínima objeción, la interrupción más leve, cualquier circunstancia de esas que obligan a apelar a la inteligencia, le mataban; aturullábase todo y no había manera de que contestase al derecho ni a la cosa más sencilla. Portal le llamaba «el lorito», y se reía mucho de su calma, de su dejo lánguido, de verle siempre tiritando, hasta encima del brasero. Cuando soltaba los libros, era el antillano lo mismo que pájaro a quien le desprenden un collar de plomo. Entonces, a falta del vigor mental necesario para manejar garbosamente las pesas y las barras de hierro de las ciencias exactas, mostraba el pobre desterrado las galas de una brillante fantasía, toda luz y colores, o por mejor decir, toda lentejuelas y fuegos fatuos. En boca suya, la frase más vulgar revestía forma poética; rimaba sin sentirlo y, al sonsonete; era capaz de estarse una hora hablando en verso bien medido y armonioso; pero el satírico Portal decía que los versos del cubano tenían exactamente tanto valor artístico como la música que componemos y tarareamos al extender distraídamente por los carrillos el jabón para afeitarnos, y que hacían el mismo sentido leídos de arriba abajo que de abajo arriba. «Vamos a llamarle el sinsonte, en vez del lorito», añadía cada vez que el cubano nos endilgaba sus poéticas sartas de cuentas de vidrio, lo cual solía ocurrir después que se atiborraba de café.

El otro asiduo era un zamorano, de estrecha frente y obtuso magín, huérfano de padre y madre, que seguía la carrera a expensas de una abuelita octogenaria, ya paralítica, la cual le había dicho: «No quiero morir hasta que tú seas hombre y tengas concluidos los estudios y asegurado el porvenir». Bien tenue hilo ataba a este mundo a la viejecilla, y el mozo lo había comprendido y desplegaba una energía silenciosa y feroz. Así como el cubano empollaba con la memoria, el zamorano lo hacía con la voluntad en tensión perpetua. Sus escasas facultades le obligaban a trabajar doble; para él no había noches de sábados, ni fiestas de domingo, ni paseo, ni carteito con novias, ni nada, nada más que el libro, el eterno libro, ecuación va y ecuación viene, problema arriba y problema abajo, sin un minuto de desaliento, sin una falta de asistencia, sin un día de excusa. «¿Has visto ese animal, que no pierde ripio?» me decía mi paisano. «Va a ser ingeniero antes que nosotros... si no deja la piel. Porque está muy flaco y a veces tiene las manos acalenturadas. Le noto mal aliento; de fijo que ya el estómago no rige. Claro, ni hacer ejercicio, ni una triste distracción... Salustioño, bueno es salir avance, pero también hay que mirar por el número uno».

Con Luis Portal hice yo excelentes migas, llegando a contraer estrecha amistad, aunque nuestras ideas y aspiraciones eran muy diferentes. Portal gustaba de manifestarse como hombre sagaz y práctico, o al menos daba indicios de que lo sería cuando llegase a la edad en que se marca y consolida la complejidad moral de individuo. No diferíamos totalmente en nuestro criterio: había dogmas comunes: Portal, lo mismo que yo, se declaraba partidario del *self-help*; aborrecía tutelas e imposiciones; creía que el hombre debe bastarse a sí mismo y aprovechar los primeros años de la juventud en preparar días de libertad o de bonanza para la edad viril. «No parecemos gallegos -me decía a veces- por la actividad que desplegamos en todo». Yo oponía a su observación el espíritu emigrante y aventurero que se ha desarrollado en los gallegos de poco tiempo acá. «Desengañate -repetía con obstinación-: tenemos más de catalanes que de gallegos, chacho». Si en el modo de entender la dirección de la vida nos parecíamos mucho mi amigo y yo, no así en la apreciación del fin principal de la misma vida. Portal acostumbraba exponer el programa siguiente: «Chico, yo no he de andarme con pamplinas, ni papando moscas. Trataré de ganar dinero para reírme del mundo. Pasarse los años entre escaseces y privaciones, es una bronca. Mi papá es don Alejandro en puño, no suelta cuartos: y yo ignoro a estas horas el sabor de muchas cositas buenas que hay por ahí. No sé si por las vías de la profesión estoy en camino de catarlas; se me figura que en cuanto a sacar partido, los políticos y los negociantes la aciertan mejor que los científicos: verdad que lo uno está declarado incompatible con lo otro, y que Sagasta es ingeniero. En fin a mí que me dejen los brazos libres, y me las arreglaré. O soy un majadero, o salgo de pobre». Aplaudiendo la gallarda resolución de Portal, yo comprendía que mis sueños de porvenir se diferenciaban de los suyos. Portal entendía por «cositas buenas» el comer opíparamente, el beber ricos vinos, el fumar soberbios tabacos, acaso sostener a una bella pecadora, quizás casarse con una señorita linda y bien acomodada; yo, sin despreciar estos bienes, no aspiraba concretamente a ninguno de ellos, sino sólo a la libertad, presintiendo que con ella vendría algo muy hermoso y merecedor de ser saboreado y gozado, pero no en el sentido material y positivo: algo que podía ser gloria, celebridad, pasión, aventura, millones, mando, hogar, hijos, viajes, lucha, hasta infortunio, pero que al fin sería vida, vida completa y digna del ser racional, que no ha de reducirse a vegetar ni a golosear los placeres, sino que debe recorrer toda la escala del pensamiento, del sentimiento y de la acción. Yo no podía definir en qué consistían mis esperanzas; pero me parecería que las rebajaba si las redujese a algo positivo y

sensual, como mi amigo Luis. Y no por esto me creía un visionario, un entusiasta ni un soñador. Comprendía, al contrario, que si mi frente se alzaba a veces hacia la región de las nubes, mis pies permanecían firmes en la tierra, y que todas mis acciones eran propias de hombre resuelto a abrirse camino sin dejarse distraer por la sirena del entusiasmo.

Si nuestro credo individualista tenía ciertos puntos de contacto, en el colectivista andábamos más desacordes Portal y yo. Los dos republicanos, se comprende; pero él castelarino, embolado, oportunista, casi monárquico a fuerza de concesiones, y yo radical, de los de Pi, convencido de que en España no es lícito transigir ni un punto con lo pasado, al contrario debemos entrar resueltamente y de una vez por la senda de la transformación honda y, progresiva. «Esas transacciones nos pierden, son funestas -objetábale yo-. Y la palabra transacción, en este caso, equivale a engañifa. Se dice transacción, por no decir capitulación y derrota. Si nuestros abuelos, aquella gente honrada del 12 al 40, hubiesen transigido y andado con paños calientes y contemplaciones, bonitos estaríamos ahora. Duele el momento de extirpar un lobanillo, y se producen perturbaciones en la economía, pero el lobanillo extirpado queda. No comprendo esa manía de contemporizar con el ayer, con la España absoluta y fanática. Tu *ilustre jefe* -a Castelar le llamábamos así- es un vividor, amigo de agradar a las duquesas, a las testas coronadas, y a eso llama él conservar la tradición. Palabrería. Por fortuna, ni los franceses en 93 ni nosotros más adelante hemos seguido ese método. Déjame de historias. Al paso que vamos, dentro de pocos años España volverá a poblarse de conventos. Es absurdo tolerar semejante artimaña, y hasta protegerla, como nuestro liberalísimo gobierno hace. Los jesuitas tienen vuelta a tender la red; a cada rato aprietan un poquito más la malla. Cualquiera día nos envuelven del todo. Claro que a los pájaros gordos, como ellos saquen su escote, les importa un pepino lo que venga detrás. En pos de mí el diluvio, que decía aquel peine de Luis XV. No cabe en cabeza medianamente organizada eso de que para debilitar y desarraigar una institución como la monarquía se empiece por afianzarla, halagarla, implantarla suavemente en el corazón del pueblo. Yo no trago ese anzuelo de la transacción. A mí que no me vengán con ese *choyo*.

Portal se atufaba y me replicaba no menos enérgicamente:

«Pues eres un inocente, por no decir otra cosa. Los que piensan como tú se chupan el dedo. Con vuestro sistema, en un decir Jesús volvíamos a tener soliviantados a los carlistas, y a España hecha un hervidero de motines y de trifulcas. No quiero pensar tampoco lo que sucedería con vuestra federación famosa. A los dos meses de establecido el cantón gallego, ni los rabos: todos hablamos de querer mandar y nadie obedecer. Si empiezas por herir y lastimar los sentimientos de una nación, tiene que producirse el desbarajuste que siguió a la Revolución de septiembre. Desengáñate, Castelar caza muy largo. Esto es la minoría de una república, no la de un rey. Que nos caiga la república por su peso, como una perita madura...».

«A otro perro con ese hueso... Lo que quieren aquí todos es seguir mandando... Chacho, no hay ideal, se acabó ese género. Y es necesario que lo resucitemos, créeme...».

«Déjame de ideales y de monsergas -replicaba Portal enojándose-. Por los ideales nos vienen a nosotros todos los daños. No hay más ideal que la paz, y poco a poco ir arreglando todo este belén».

Otra ocasión de disputa era la del regionalismo. Yo no me andaba con chiquitas: quería la independencia del territorio gallego. Sobre la anexión a Portugal ya discurriríamos: se vería lo más conveniente; pero a Portugal también le traía cuenta sacudir su vieja y churrigueresca monarquía, y asentir a la «federación ibérica».

-No sé qué diera porque pudieseis ver realizado ese cochino *ideal* por espacio de veinticuatro horas -exclamaba Luis-. Lo que es en Galicia, como se declarase en cantón, ni los diablos paran. Fíjate en una cosa: en España los organismos administrativos... ¿hablo o no hablo con propiedad? cuanto más chicos, peores. El gobierno central, como tú le llamas, hace mil barrabasadas: pues las diputaciones provinciales hacen dos mil; los alcaldes de pueblo, tres mil; y los de aldea, un millón... Afortunadamente, hablar de la independencia galaica es como que si hablásemos de la mar con peces y arenas.

-¡De modo que, según tú, las provincias no tienen derecho a decir como los individuos *cada cual para sí*?

-Mira, déjame de derechos. Discutir derechos en esta materia, es echarse por los cerros de Úbeda. Con derechos y andrómenas soy capaz de probarte que ahora la verdadera reina de España es Isabel II, y que su nieto la usurpa el trono. En política racional no hay derechos ni mojigangas, hay lo que conviene o no conviene, hay lo acertado y lo desacertado, hay un olfato y un tacto que yo no te puedo explicar en qué consisten, pero que se manifiestan en los resultados. Con las ideas radicales se va a la lógica del absurdo. El álgebra no me la apliques a la política. Y déjate de independencias. Es una realidad indiscutible la patria española, aunque tú creas que no.

Irritado por esta contradicción, solía exclamar:

-Valiente antigualla está lo del amor patrio. Los grandes pensadores se ríen de la idea patriótica. Esto no me lo negarás.

-Diles a esos grandes pensadores, que vayan a pensar a un pesebre. Si suprimen poco a poco los resortes porque se ha movido siempre la humanidad, se nos acaba el pretexto hasta para vivir. Ya sabes que no me da por lo sentimental, pero la patria es como la familia, que maldito si se necesita acudir a poesías y sentimentalismos para quererla y defenderla hasta la muerte. Todo lo arreglas tú con sacar el Cristo de la antigualla. Pues las antiguallas son inevitables, y precisas, y convenientes. De antiguallas vivimos. Y no es esta antigualla de la patria la única que llevamos en la masa de la sangre. Hay otras infinitas, chacho, que no las soltaremos ni en veinte siglos. Yo creo que aquí, para fomentar las ideas que vayan reemplazando a las antiguallas, lo que hace falta es cruzarnos con otras raras; todos los que nos ilustremos un poco ¡a casarnos con mujeres extranjeras!...

A veces por estas metafísicas nos liábamos y pegábamos grandes voces, de sobremesa o mientras despachábamos el cocido. Por lo regular nos infundían estas disputas mayor afán de comunicación y roce intelectual; insensiblemente, discutiendo, nos adheríamos el uno al otro, por el convencimiento de que aún profesando opiniones distintas, éramos capaces de entendernos y de darnos mutuamente un poquillo del alma. Habíamos llegado a ser inseparables. Nos auxiliábamos para el estudio; paseábamos juntos, hasta cuando Luis iba a rondar la casa de cierta novia cursi que se había echado; juntos nos sentábamos a la mesa del café de Levante; juntos íbamos, cuando danzaban en nuestro bolsillo algunos realejos, a nuestra distracción favorita, el paraíso del Teatro Real. Todos los estudiantes alojados en casa de doña Jesusa éramos filarmónicos, todos nos perecíamos por la *Africana* o los *Hugonotes*, especialmente el cubano, melómano furioso, que padecía accesos de epilepsia musical. Su admirable retentiva no era menor para la notación que para la palabra rimada, y nosotros nos divertíamos, al volver, haciéndole tararear la ópera enterita.

-Trinidad -le decíamos, porque el cubano se llamaba así-, anda, cántanos el dúo de amor, de *Vasco y Selika*.

-Trinidad, *los puñales*.

-Trini, el *o paradiso*.

-Trinidad, aquello del *coprefuoco*.

-Anda, Trinito, el salmo protestante... Ea, la entrada de los violines... las notas del oboe, cuando sale Marcelo...

El sinsonte gorjeaba cuanto le pedíamos, repitiendo con pasmosa exactitud los detalles de instrumentación más leves. Por último, cansado ya, nos decía en tono suplicante:

-Déjenme acostar, que esto ya parece songa.

- III -

Una mañana, o mejor dicho una tarde, casi a fin de curso, salimos disparados de la Escuela, y pegamos como siempre la gran corrida desde la calle del Turco hasta la del Clavel, porque conviene advertir que desde las ocho, hora en que nos desayunábamos con el chocolate de barro cocido, hasta la una y media, que terminaba la de dibujo, las clases se empalmaban, no dejándonos sostener el cuerpo más que con alguna ensaimada que a hurtadillas comprábamos al portero, o algún mendrugo que apañábamos en casa para llevarlo de provisión. Olfateando el

almuerzo ya, subimos dos a dos las escaleras, y al entrar en el comedor me sorprendió encontrarme frente a frente con mi tío Felipe, quien me dijo sin preámbulos:

-Hoy te vienes conmigo a almorzar a Fornos. Se me figura que aquí lo de bucólica anda medianamente.

-Yo, por ir... Pero tengo tanto que estudiar estos días... -contesté haciéndome de pencas.

-¡Bah! Porque no estudies hoy no pierdes el año. Anda, que tenemos que charlar... charlar... de muchas cosas -añadió con misterio.

La verdad es (y de nada me serviría disfrazarla, pues tiene que resaltar con fuerza en el curso de esta narración), que yo no sentí jamás por mi tío Felipe no digamos simpatía o respeto: ni siquiera algo de adhesión: ni siquiera gratitud por los beneficios que me dispensaba: al contrario. Sé que me favorece poco el declararlo, y que el vicio más feo es la ingratitud; pero sé también que no soy, ingrato por naturaleza, y a fin de justificarme o al menos de explicarme, dibujaré la silueta física y moral de mi tío Felipe, para lo cual necesito referir varios antecedentes, que algunos tienen sus visos de secreto de familia.

Mi nombre de pila es Salustio; mis dos apellidos paternos, Meléndez Ramos; los maternos, Unceta Cardoso. El Unceta dice a las claras que el padre de mi madre fue vascón, guipuzcoano por más señas; y el Cardoso... En el Cardoso está el intrínquilis. Parece que estos Cardosos de Marín -yo nací en Pontevedra, y la familia de mi madre, en el puertecito de Marín residía- eran rama desgajada del tronco portugués de Cardozo Pereira, tronco israelita si los hay. ¿Cómo llegó a mí noticia del rumor de que los progenitores de mi abuelita materna eran judíos? ¡Vaya usted a averiguar quién entera a los niños de ciertas cosas! Un día, teniendo yo nueve o diez años, no pude contenerme, y pregunté a mi madre: «Mamá, ¿es cierto que somos de casta de judíos?». Ella, echando lumbres por las pupilas, alzó la mano y me arreó un soplamocos, exclamando: «Negro de ti como vuelvas a decir eso. Te estampo contra la pared». La impresión que me quedó del correctivo fue que ser de casta de judíos era mancha y baldón; y dos o tres años más adelante, como uno de mis condiscípulos en el Instituto de Pontevedra me lo echase en cara gritando: «Cardoso, Cardoso, judío tramposo», agarré la pizarra que llevaba debajo del brazo y se la rompí en la pelona.

Puedo asegurar que ignoro cuándo se produjo en mí lo que llaman *crisis religiosa*, o sea ese período en que los muchachos examinan sus creencias, las pasan por tamiz, y al fin las arrojan, sintiendo el dolor de la pérdida de la fe como si les arrancasen una muela cordal. Careo que para mí no existió tal transición, ni tales agonías de la duda, ni tales remordimientos y nostalgias al contemplar una iglesia gótica: fui incrédulo por naturaleza y entré ya que no en el ateísmo, al menos en la indiferencia, cual en terreno propio. No me «pervirtió» la lectura de ningún libro en especial, ni la conversación de una persona dada «de malas ideas»; nadie «me abrió los ojos»; imagino que ya los traje abiertos a este mundo. Así como a muchos jóvenes les sería imposible especificar de qué manera y en qué circunstancias perdieron la inocencia del espíritu en materias

sexuales, lo es para mí fijar el punto crítico en que mi fe empezó a tambalearse, supuesto que no recuerdo haberla tenido nunca muy vivaz y sólida. Creo que nací racionalista.

Pues aquí entra lo raro: con ser esto verdad, el insulto de «judío tramposo» me quedó siempre fijo en el alma, a manera de envenenado hierro de flecha salvaje. Nunca se atrevieron a repetirlo delante de mí mis compañeros de aula; yo, sin embargo, ni un día lo olvidé. Hallándome próximo a terminar el bachillerato, y siendo va espigado y talludito, contraí amistad con un don Wenceslao Viñal, ente estafalario, pero sabidor, algo ratón de biblioteca, erudito en menudencias estrambóticas, y muy al corriente de mil cosas raras de arqueología, epigrafía e historiografía gallegas. Este tal me prestaba libros viejos, y a veces me sacaba a pasear por las inmediaciones de Pontevedra, a caza de vistas pintorescas y edificios ruinosos. Yo, a fuer de chico aplicado, le crucificaba a preguntas. Una tarde se me puso en la cabeza que Viñal podía sacarme de dudas acerca de la cuestión hebraica, y armándome de resolución, le dije:

-Oiga, don Wenceslao, ¿es cierto que en Marín hay familias que descienden de judíos, y una de ellas los Cardosos?

-Sí tal -contestó apaciblemente el bibliómano, que ni percibió el afán con que yo preguntaba-. Son familias de origen portugués. Es tan cierto, que en Marín les tienen mucha tierra: dicen que no han abjurado, que aún siguen el rito mosaico, que se mudan los sábados en vez de los domingos, y que no comen un pedazo de tocino ni por una onza.

-¿Y usted cree eso?

-Para mí son paparruchas y cuentos de viejas: digo, lo de seguir ahora cumpliendo el rito mosaico. Lo de venir de casta de judíos sí que no puede negarse. Hay más: si tengo tiempo, aún he de rebuscar en unos papelotes antiguos que yo me sé, y vamos a desenterrar a un Juan Manuel Cardoso Muiño, natural de Marín, a quien la Inquisición de Santiago administró unas vueltas de mancuera y algunos cientos de azotes por judaizante. Era además «leproso y gafo». Ya ves tú si estoy en pormenores, rapaz. Yo revolveré...

-No, no, no hace falta. Si era sólo así... por saber. Una curiosidad tonta. No se moleste, don Wenceslao.

Por espacio de un mes temí que el condenado revolviese en efecto, no fuera que le entrase gana de enviar a algún periodiquito pontevedrés mi comunicado extravagante, de los que ponía cada dos años, siempre que imaginaba haber descubierto algún dato inédito y precioso, capaz de servir de clave historial al antiguo reino de Galicia. Evité cuidadosamente refrescar la conversación de los judaizantes de Marín, y este exceso de precaución demuestra que no acababa yo de conformarme con la azotaina de Juan Manuel Cardoso Muiño. Más adelante, cuando ya hube de dejar a Pontevedra por Madrid, con objeto de empezar los estudios preparatorios al ingreso en la Escuela de Caminos, me acordé a menudo de la «mancha» y traté de considerarla con un criterio sensato y actual. Me parecía ridículo atribuir importancia a lo que en nuestro presente estado social carece de ella. A la luz del buen sentido y de la filosofía histórica, los

judíos son, en efecto, un pueblo de noble origen, que nos ha dado «la concepción religiosa»: concepción a la cual, tomándola como alta elaboración de la mente o arranque sublime del sentimiento humano, atribuía yo gran importancia. Teniendo en cuenta otro dato, el de la consideración social, tampoco me era lícito ya despreciar a los hebreos. El estigma de la Edad Media se ha borrado de tal modo, que los ricos capitalistas judíos se enlazan hoy con lo más linajudo de la aristocracia francesa, y dan lucidas fiestas y convites, a que concurre la española. Si dejando aparte estas consideraciones externas, me fijaba en otras de mayor elevación y profundidad, acordábame de aquel excelso pensador Baruch o Benito Espinosa, que al fin era de estirpe judía, lo mismo que el poeta Heine y el músico Meyerbeer... En suma, yo me repetía a mí mismo que no hay causa alguna para que el descender de judíos me escociese tanto, a no ser la sinrazón de una repugnancia instintiva, hija de preocupaciones hereditarias emocionales. No cabía duda: las gotas de sangre de cristiano viejo que giraban por mis venas, eran las que se estremecían de horror al tener que mezclarse con otras de sangre israelita. Extraña cosa, pensaba yo, que lo más íntimo de nuestro ser resista a nuestra voluntad y a nuestro raciocinio, y que exista en nosotros, a despecho de nosotros mismos, un fondo autónomo y rebelde, en el cual no influye nuestra propia convicción, sino la de las generaciones pasadas.

Y aquí vuelve a salir mi tío Felipe. No sé si he dicho que era hermano de mi madre, poco más joven que ella; cuando empieza este relato, frisaría en los cuarenta y dos o cuarenta y tres. Pasaba por un «buen mozo» tal vez por ser alto, apersonado, tirando a grueso y con abundantes cabos de pelo y barba. Pero el caso es que, desde el primer golpe de vista, mi tío ofrecía patentes los rasgos todos de la rara hebraica. No se parecía ciertamente a las imágenes de Cristo, sino a otro tipo semítico, el de los judíos carnales, el que en los cuadros y esculturas que representan escenas de la Pasión corresponde a los escribas, fariseos y doctores de la ley. La primera vez que visité el Museo del Prado y por instinto comprendí su magnificencia, me admiró ver tanta cara semejante a la del tío Felipe. Sobre todo en los lienzos de Rubens, en aquellos judiazos rechonchos, sanguíneos, de corsa nariz, de labios glotones y sensuales, de mirada suspicaz y dura, de perfil emparentado con el del ave de rapiña. Algunos, exagerados por el craso pincel del insigne artista flamenco, eran caricaturas de mi tío, pero caricaturas muy fieles. La barba rojiza, el pelo crespo, acababan de hacer de mi tío un sayón de los Pasos. Y para mí era evidente: la cara de *deicida* del hermano de mi madre fue lo que me infundió desde la niñez aquella repulsión airada, fría, invencible, cual la que inspira el reptil que ningún daño nos infiere: repulsión que no pudieron desarraigar ni mis ideas racionalistas, ni mi positivismo científico, ni la persuasión de que tan aborrecido sujeto me protegía y amparaba.

«Estas son -calculaba yo- jugarretas del arte. De quinientos años acá se dedican los pintores a reunir en media docena de fisonomías la expresión de la codicia, la avaricia, la gula, la crueldad, la hipocresía y el egoísmo, y así han conseguido hacer el tipo judaico tan repugnante. Bien dice Luis. La tradición, ese cemento pegajoso y adherente, ese moho que se nos cría en el alma, es más fuerte que la cultura y que el progreso. En vez de pensar, sentimos, y ni aún, pues son los muertos quienes sienten por nosotros».

Había momentos en que por no reconocirme reo de aprensión y puerilidad, buscaba otros fundamentos a la antipatía que me inspiraba mi tío Felipe. Yo soy muy devoto de la limpieza, y

mi tío, sin ser descuidado en el traje, no se pasaba de limpio en su persona: a veces sus uñas no vestían de claro, y sus dientes lucían un viso verdoso. También fomentaba mi mala voluntad contra el tío el notar que sin mérito alguno, sin condiciones morales ni intelectuales, había sabido granjearse posición. No afirmaré que fuese un malvado ni un tonto de capirote, sino más bien uno de esos productos híbridos de las regiones intermediarias, que no se sabe nunca que sean listos ni necios, buenos ni bribones, aunque se inclinan marcadamente a lo último. Hongo nacido entre la podredumbre de nuestra política, criado a la sombra manzanillesca del chanchullo electoral, mis ideas radicales y puritanas le sentenciaban, con toda la inflexibilidad propia de los pocos años, a las gemonías del desprecio. Aunque no le veía tan encumbrado como a otros caciques conterráneos suyos, su injustificada prosperidad bastaba para herir en mí la fibra de la indignación, muy tensa y elástica en la juventud.

Mi tío poseía, cuando se licenció de abogado, un patrimonio compuesto de fincas rústicas, tierras y alguna casita en Pontevedra: patrimonio que no llegaría a producir mil duros anuales al cinco por ciento de interés. Como esta fortunita apareció, a la vuelta de pocos años, más que duplicada en acciones del Banco y *cuatros* exteriores, explíquelo quien entienda milagros tan comunes que ya no sorprenden a nadie. Mi tío no ejerció su profesión: la abogacía fue para él lo que suele ser para los españoles mezclados en política: una aptitud, un pasaporte. Politiquéo cautamente, nadando y guardando la ropa. Salió diputado provincial con frecuencia, y picó a su sabor en el cesto de brevas de las comisiones. A fin de no derrochar cuartos en batallas electorales, se contentó con venir a las Cortes una vez sola, en una de esas vacantes que ocurren en vísperas de elecciones generales, y que suelen beneficiar los periodistas. Mi tío, con el favor de don Vicente Sotopeña, árbitro omnipotente de Galicia, la apandó, saliendo sin gastarse una peseta, jurando el cargo el día antes de cerrarse la legislatura, y dejando camino para poder llegar a gobernador, y más adelante... ¿quién sabe? a consejero de Estado o de Instrucción pública. Gobernador lo fue bien pronto, unas veces interino, otras en propiedad. De tiempo en tiempo le cayó alguna ganguita misteriosa, y en Pontevedra se habló bastante de la expropiación de ciertos ranchos de mi tío, pagados por el Ayuntamiento a fabuloso precio. No es hacedero ni entretenido reseñar estos lances. Mi tío se contaba en el número de los políticos cucos de tercera fila, que donde meten la cuchara sacan tajada de carne. Su método consistía en restar gastos y sumar provechos, sin desdeñar los más insignificantes. Decíase de él, en son de elogio, que era muy largo. A mí la tal longitud me parecía otro síntoma de hebraísmo, apreciación en la que acaso pequé de injusto, porque muchos caciques de mi tierra, de purísima raza ariana, no le van en zaga al tío Felipe.

A veces me entraban escrúpulos de lo mal que quería a mi pariente más próximo. Me acusaba de hombre sin delicadeza, pues devolvía inquina por favores. Si mi tío era aprovechado y tacaño, mayor mérito contraía al sufragar buena parte de los gastos de mi carrera. Y no podía negarse que, a su modo, mi tío me manifestaba afecto. Cuando estaba en Madrid solía darme alguna peseteja para el teatro; dos o tres veces en la temporada me llevaba a almorzar o a comer en Fornos; y jamás se mostraba severo conmigo. Me trataba como a chico alegre y sin importancia; me preguntaba por mis trapicheos y líos, por las travesuras de mis compañeros de hospedaje, por las vecinas de enfrente que eran graciosas; y hasta se metía en honduras peores, echándola de doctor y maestro en todas las asignaturas del amor licencioso y venal. De sobremesa, cuando el vino, el café y los licores le arrebatában la sangre a las mejillas, ostentaba

su ciencia tratando puntos intrincados que a veces me sublevaban el estómago. No me atrevía a protestar, porque los hombres nos avergonzamos de no parecer corrompidos; pero la verdad es que mi paladar juvenil rechazaba aquella pimienta rabiosa. También sucedía que, de noche, las torpes imágenes evocadas por la conversación me importunaban y me ponían febril, hasta que con la jarra llena de agua fría, me propinaba varias duchas por el cogote y espinazo abajo. En invierno como en estío, este procedimiento despejaba mi cerebro y me permitía enfrascarme en los libros otra vez. El odio, o por mejor decir la antipatía, es un resorte tan poderoso como el amor, y yo veía en el término de mi carrera el fin de un protectorado para mí insufrible. Ser dueño de mí mismo, ganar con qué vivir, pagar lo que mi tío me hubiese dado, he aquí mi sueño, y a sus alas me agarraba para trepar por la árida pendiente de la Maquinaria, la Construcción y la Topografía.

Ahora que dejo retratado al tío Felipe, añadiré que cuando va nos vimos instalados en el oscuro saloncito bajo de Fornos -ante la mesa donde el mozo iba depositando una concha de rábanos, otra de bocaditos de manteca, bollos de Viena, y luego los platos del almuerzo-, y después de algunas conversaciones indiferentes me dijo dándome una palmadita en el hombro, pero sin mirarme a la cara:

-Adivina lo que tengo que participarte.

-¿Cómo quiere usted que adivine?

-Pues no sé para qué os sirve tanto estudiar -observó con pretensiones festivas.

Me encogí de hombros, y el tío añadió:

-Es que me caso.

- IV -

Sin duda para preparar esta noticia, había pedido que nos sirviesen una garrafa de Champagne helado, golosina siempre deliciosa, y más cuando empezaba a apretar el calor y a requemarse la atmósfera madrileña. Tenía yo en la mano la ligera copa colmada de aquel fresco

oro líquido, y al oír la nueva, sin ser poderoso a reprimirme, hice un movimiento de sorpresa y derramé una cascadita de la bebida sobre el mantel.

Mi tío evitaba fijar sus ojos en los míos, que dilatados por la sorpresa se clavaban en su rostro. Fingió recoger migas de pan y afianzar la servilleta en el ojal del chaleco, pero me observaba de soslayo. Viendo que yo no decía palabra, resolvióse a añadir, con forzadas y falsas entonaciones en el acento:

-Celebraré que mi boda merezca la aprobación de tu madre y la tuya.

Yo entretanto hacía calendarios. «Vamos, ya entiendo. Este tenía algún tapadizo... Habrá enviudado la prójima o querrán legitimar la prole... A los solterones les pasa siempre lo mismo...». Comprendiendo que debía decir algo, pregunté en voz insegura:

-¿Mamá lo sabe?

-Ayer se lo escribí.

-¿Supongo que le dirá usted el nombre de la novia?

-Si justamente la conocí en la Ullosa, en casa de tu madre. Allí mismo la vi y la traté...

Roto el hielo, charlaba mi tío de prisa, como quien desea vaciar el saco pronto.

-Imposible me parece que tú no te hagas cargo. El verano pasado tu madre y ella intimaron mucho. Carmiña Aldao, ¿no sabes? Carmiña Aldao... de Pontevedra.

-No la conozco. Pero... el nombre me suena. Mi madre me escribiría algo, tal vez... No sé. Como el verano pasado no tuve yo vacaciones...

-Es verdad. Pues es la chica de Aldao, hija del dueño de aquella finca bonita que se llama el *Teixo*.

-¿Es única esa señorita? -pregunté algo incisivamente, pensando que tal vez el interés era el móvil de las bodas.

-Única no... Tiene un hermano, establecido en Pontevedra también.

-Nada; pues no la conozco -repetí-. Pero, en fin, si se casa con usted, ya tendré tiempo de tratarla bastante.

-¡Vaya!, naturalmente. Como que te llevo a la boda, muchacho. Te vienes conmigo así que te examines. La cosa no será hasta el día del Carmen, y de aquí a esa fecha aún tengo yo que buscar casa y amueblarla... conque ya ves.

-¡Ah! ¿Se establecen ustedes en Madrid?

-Sí... Es gusto de la novia. Te llevo, ya lo sabes. Nos casaremos en el *Teixo*. Mira, yo no sé cómo lo tomará tu madre... Ella tiene el genio algo... Si escribes dile que porque me case, no pienso darle de codo. Hasta que acabes tus estudios...

-Me parece que no le pregunto a usted semejante cosa -exclamé; y por segunda vez tembló en mi mano la copa de Champagne.

-Pues te lo digo yo; no atufarse, que no hay de qué. Se me figura que soy dueño de mis acciones, y que al casarme a nadie ofendo.

-¿Quién habla de ofensas? -exclamé sintiéndome palidecer a impulsos de mi acceso de aborrecimiento súbito, que me impulsaba a arrojarme sobre aquel hombre.

-Como lo tomas así...

-No lo tomo así ni asado. Usted es muy dueño de obrar como guste, y si algo hace usted en pro mía, no será porque yo se lo haya suplicado. El dinero que con mi carrera está usted gastando, lo reembolsaré, o poco he de vivir.

A pesar de la animación de la bebida y de la comida, que siempre le arrebatava el cutis, mi tío se demudó también. Sus labios se contrajeron y sus pupilas destellaron una chispa de cólera.

-Si no fueses un chiquilicuatro, me daban ganas de responderte una barbaridad. Lo que se hereda no se hurta. Sales bien a tu padre; más desagradecido y descastado que todas las cosas.

-Hágame usted el favor de no sacar a colación a mi padre, que no tiene nada que ver en este asunto -repliqué comprendiendo que si no enfrenaba mucho los movimientos del alma, era capaz de coger la botella y estrellársela en la frente.

-No saco a tu padre sino para decir que uno siempre tratando de seros útil... y vosotros siempre bufando y arañando. En fin, yo no había de casarme sin participártelo; ya veo que te ha sabido a rejalgar... hijo, paciencia. No era cosa de consultarte antes... La cuenta, mozo -añadió hiriendo con el cuchillo la copa.

Habíamos alzado el diapasón de la voz, y en las mesas próximas algunos rezagados volvían la cabeza y se fijaban en nosotros. Me entró vergüenza, y ceñudo e interiormente trémulo, sacudí las migajas de mi solapa e hice ademán de levantarme. Mi bochorno tenía un fundamento actual, inmediato: el ver a mi tío, que sobre el papelito que le presentaba en un plato el mozo, depositaba un billete de a cincuenta. Aquel billete desearía yo, a costa de mi sangre, haberlo sacado del bolsillo. Respiré algo (pueril circunstancia) cuando vi que del billete devolvieron bastante plata, más de cinco duros. Con la uña del índice, mi tío empujó hacia el mozo dos realillos, y levantándose, descolgó su sombrero de la percha, diciendo secamente: «Vamos».

Pero al salir a la luz del sol desde la lobreguez de los comedores de Fornos, se dominó, volvió sobre sí, y con aquella ductilidad que le caracterizaba en sus negocios y enredos políticos, me alargó la mano diciendo casi en broma:

-Cuando estés de mejor temple ve por casa... Tengo ganas de enseñarte el retrato de tu futura tía.

Me recogí a mi posada de un humor perro, descontento de mí mismo, y sin poder decantar bien las causas de mi desazón interna. Toda la tema que profesaba al tío Felipe no era suficiente para impedirme reconocer que, en aquella ocasión, mío era el mal porte. Lo confirmó Luis, cuando a la noche, habiéndome preguntado la causa de andar tan mohíno, se la descubrí. «Pues chacho, ahí quien procedió incorrectamente fuiste tú. El tío estuvo correctísimo. Que algún día se había de casar, ya debieras tenértelo tragado...».

-¡Si a mí no me importa un pepino que se case! -exclamé con ira-. ¿Qué me va ni me viene en eso?

-¡Algo te va y te viene, corcho! -replicó el sesudo orensano-. Algo le va y le viene a todo sobrino en que se case su tío carnal, único hermano de su madre... Tanto te va y te viene, que te joroba el bodorrio. Pero como a la fuerza ahorcan, si al tío le ha dado por casarse, hay que poner a mal tiempo buena cara, sacar partido de la situación. Transige, rapaz, que gobernar es transigir.

- Déjame de oportunismos matrimoniales.

-No hay capítulo en que mejor caiga el oportunismo que en este de bodas. ¿Que tu tío se casa? Pues a beneficiar las circunstancias; a congraciarse con la tiíta... Cuanto más que es una chica muy simpática.

-¿Tú la has visto?

-Verla no. Pero estando en Villagarcía el año pasado, cuando tomé los baños de mar, me hablaron de ella unas pollas de Cambados. Me acuerdo perfectamente.

-¿Y qué te dijeron?

-¿Qué sé yo? Cosas de chicas. Que era guapa, y, que tocaba el piano muy bien, y que a su padre lo iban a hacer marqués, y así y andando. Parece que la muchacha no está en la calle. Creo que el papá tiene buenas rentas.

-Y ¿cómo carga con mi tío una mujer así, rica, guapa, joven? Se necesita valor.

-Eres loco. ¿Qué tiene de despreciable tu tío? Porque no le haya dado por estudiar, no deja de ser listo y de manejárselas muy bien. Es mozo de cuenta: influye en la provincia punto menos

que don Vicente, y se ha labrado un porvenir político. Anda, no hagas el burro. Vete a la boda y congráciate con la tía. No te presentes quejoso, que te saldrá peor.

-¡Pero hombre... me llama la atención! El que te oyese y no conociese mi carácter pensaría que yo estaba forjándome ilusiones con la herencia del tío, y que ahora he sufrido un desencanto al ver que se me escapa!...

-¡No se trata de eso, corcho! -arguyó mi amigo formalizándose un tanto-: no te digo que seas capaz de hacer ninguna porquería por los monises, ni que anduvieses lampando tras ellos. Lo que te digo es que mientras no acabes la carrera, no puedes prescindir de tu tío; y como me figuro que no querrás quedarte en la estacada...

Así que trascurrieron algunas horas empecé a ver claramente que mi amigo tenía razón, y que por su boca hablaba el sentido práctico. Y como nuestros errores se nos patentizan más cuando los cometen y sostienen otras personas, a quienes consideramos inferiores en capacidad y cultura, yo entendí mejor la conveniencia de transigir después de haber leído una epístola que a la mañana siguiente me trajo el cartero. Conocí al punto la letra del sobre, y al tomarlo en las manos comprendí por su volumen que venía preñado de revelaciones y quejas furiosas, de esas que brotan de la pluma o del labio en momentos críticos, al choque de inesperados sucesos. Para imponerme bien del contenido de la carta, me fui en busca de la paz y sosiego de un cafetuchito próximo a mi vivienda, y enteramente desierto a tales horas. El mozo, después del consabido «¿qué va a ser?», me trajo una chica alemana y me dejó dueño de ella. Bebí el primer trago, con su espumita, y saboreando el grato amargor del fermentado lúpulo, rompí el sobre y devoré los tres pliegos de letra española, clara y menuda, con algunos deslices ortográficos de menor cuantía, en especial redobles de erres, indicio de la vehemencia del carácter, y sin asomo de puntuación ni división de períodos con párrafo aparte o mayúscula, lo cual, aunque parezca raro, presta a este género de cartas iracundas y femeniles cierta enérgica monotonía y rapidez que duplica su efecto. Lo que yo me figuraba: una diatriba feroz contra la boda del tío Felipe, entreverada de datos históricos, algunos enteramente nuevos para mí. Puedo reproducir aquí varios fragmentos, sin añadir punto ni coma, ni desenredar la gramática, ni quitar repeticiones:

«Ya ves Salustio tantos trabajos como pasa una pobre madre y sin más esperanza que conseguir verte bien colocado y que seas alguien hoy o mañana y la esperanza principal lo que pudiese dejarte el fantasmón de tu tío, que buena obligación tenía de hacerlo si tuviese conciencia lo peor de todo que tendrá chiquillos y ya tú te quedas abriendo la boca sin lo tuyo aunque lo llanto lo tuvo no digo ningún disparate pues has de saber para tu gobierno que tu tío en las partijas de la legítima de mi papá que mi mamá no tenía sobre qué caerse muerta, pero papá dejó una herencia bien bonita. Y tu tío se la mamó casi toda y a mí me dejó casi por puertas yo no sé cómo lo envolvió ni cómo armó la rratonera que a mí me tocaron cuatro corcoscos duros y él se comió la miga bien blanda, no sé cómo me dejó la Ullosa fue un milagro, él apañó las casas y solares de Pontevedra que luego hizo con el Ayuntamiento un buen guisado ahí se achinó valientes chanchulleros así que cuando murió tu padre que buenas desazones le dio Felipe porque era habilitado del clero y lo comprometió de mala manera, tú no acuerdas eso que eras

pequeñito cuando murió tu padre que en gloria esté, pues yo entonces le dije con mucha dignidad Felipe una cosa es ser buena hermana y otra pedir limosna, yo hoy tengo un hijo y puede decirse ni pan que darle yo te hablo muy claro, voy a rrevisar las partijas aquí hubo engaño yo así no puedo vivir como voy a dar carrera al pequeño, y el va y me contesta muy foncho no te apures yo no te abandono carrera no ha de faltarle la mejorcita se le buscará dejate de pleitos que son la ruina de las casas y el engordar de la curia calla boba que para quien ha de ser lo que yo tenga al otro mundo no me lo he de llevar y casar no me caso cásese el demonio buey suelto bien se lame te puedo jurar que así dijo tu tío que yo no mudo ni una palabra».

Sin duda, al llegar aquí, la necesidad moral de los signos de puntuación se le impuso a mi madre con repentina fuerza, y para no hacer a medias las cosas plantó una carrera de puntos suspensivos y dos admiraciones reunidas.

.....
«¡¡ay hijo quien fía de palabras de hombres sin rreligión y sin conciencia ahora sale con la pata de gallo de que se casa le entró derrepente no sé qué vio en la chica de Aldao es bastante feita y salud poca y de buenos principios no sé como andará en su casa ve bastante malos ejemplos su padre metido con la doncella que fue de su madre desde hace mil años y en la casa otras dos chiquillas no se sabe si hijas o sobrinas de la pindonga tanto que la chica dicen que carga con tu tío sólo por salir de aquel infierno que la tratan a patadas que no le dan de comer pues no sé tu tío Felipe como la tratará de mala casta viene que sacó la estampa de los judíos en la procesión del Jueves Santo a mí me da vergüenza ser hermana suya ya por algo lo señaló Dios que también lo ha de castigar acuérdate de lo que digo que yo me entiendo Dios es muy justo y quieren que vayas en las vacaciones a ver la preciosidad del casorio bonito mamarracho estará si no me tienta el diablo a traer a casa la tal Carmiña Aldao el otro verano no sucede esta trapisonda lo que es yo brillaré por mi ausencia y contigo veremos como se portan si te deja plantado hornos de rrevisar la partijita que habrá sapos y culebras de mí no se burla tu tío soy capaz de pleitear hasta soltar la camisa».

Entre trago y trago de cerveza fui apurando la carta. Su lectura obró en mí efectos contrarios a los que se proponía mi madre. Los manejos del tío para mermar mi herencia, aquello de la *partijita*, en vez de causarme justificada indignación, me sosegaron el espíritu. Me alegré de tener contra el tío motivos de queja y no de gratitud, y enterado ya de su mal porte, pareciome que el latido de mi mortal antipatía se aplacaba. Al menos, ya no tendría remordimientos por detestarle. Y esto me servía de alivio.

Sin dilación escribí a mi madre una carta prudentísima; la quinta esencia de la sensatez. Recomendábale moderación, insistiendo en lo inverosímil de que mi tío, habiéndonos ayudado hasta entonces, nos dejase a última hora entregados a nuestras propias fuerzas, e indicaba cuán vana e inútil me parecía toda clase de reivindicaciones y de litigios. Los hechos consumados

debían respetarse: no conducía a nada pegar coces contra el agujón. Era una insensatez figurarse que un hombre, en la fuerza de la edad, robusto y bien conservado, se mantendría soltero por cumplirnos el antojo. Unas palabras al aire no podían obligar a celibato perpetuo. Respecto a asistir o no asistir a la ceremonia... ya veríamos. Entretanto, serenidad y paciencia.

Leí la carta a Portal, que la aprobó con encomiásticas frases. «Ese es el camino, transigir, contemporizar, sortear los escollos... Así me gusta, que sigas mi sistema, y que te conformes, al menos exteriormente, que el interior nadie lo ve...».

-¡Si es que por dentro o por fuera no me importa que mi tío se case, rayos! ¿Cómo se dicen las cosas? -exclamé lastimado. Portal meneó la cabeza, y yo añadí: Mamá asegura que la novia de mi tío es fea.

-¡Sabe Dios! Puede que sí... y más vale. En cambio el nombre es bien bonito: ¡Carmiña Aldao! ¿no te gusta?

-El nombre... En efecto.

-Debías captarte la novia de tu tío -aconsejó Portal después de unos minutos de silencio-. Captártela, sí señor: es la gran idea. Que te quiera a ti, chacho... no lo digo por mal... como a un hermano... o como a un hijo... o como lo que te dé la gana. En fin, arréglate para que te quiera. Pero hazlo con disimulo, con habilidad, con buenos modos, sin ruido ni escándalo. El tío tiene va los espolones duros. La edad de ella encaja mejor con la tuya... Pero ojo, ¡rapaz!, tú eres así un poco a lo *joven Werllzer*... Cuidadito, no tengamos drama de familia.

- V -

Saltaré todos los incidentes de fin de curso y exámenes, pues al lector que más se interese por mis futuros destinos le bastará saber que aquel año aprobé mis asignaturas: las tenía corrientes como una seda. El zamorano logró la misma suerte. No así Portal y Trinito, que en alguna fueron perdigones. El cubano lo tomó con la filosofía de su indolencia; Portal en cambio se arrancaba los pelos, echando la culpa a la ojeriza del profesor, a las recomendaciones e influencias manejadas por otros alumnos, y cuyo resultado práctico era jorobarle a él. «Me han partido el eje, me han triturado», repetía el infeliz, totalmente fuera de quicio, olvidado de aquella su benigna teoría de los acomodamientos, las transacciones, las conformidades y las esperas. Su calma en el terreno ideológico se volvía furiosa impaciencia en el de la acción. ¡Tan seguro estaba él de llevarse de calle aquel demontre de año!

Dejéle dado a Barrabás, y me dirigí a ver a mi tío con el fin de participarle la buena nueva. Llenaba mi pecho cierta satisfacción a la vez dulce y sañuda: parecíame que cada paso adelante

era una victoria sobre el detestable protectorado, era romper un eslabón de la cadenita de oro que me sujetaba. Vivía mi tío en el Hotel de Embajadores pero el portero me contestó con tono de persona bien enterada: «A estas horas suele estar en la casa nueva... Lo que es aquí para bien poco. ¿No sabe el señorito? La casa que tiene alquilada... sólo que no duerme en ella todavía... ¿Las señas? Pues Claudio Coello, número...».

Bajé hasta la Puerta del Sol, salté al tranvía del barrio, y descendí casi a la puerta del nuevo domicilio. Subí al piso, un segundo que tenía primero y principal, y era en consecuencia un tercero pintiparado. No necesité tirar de la campanilla, pues la puerta estaba de par en par, y en el recibimiento un hombre, sentado a lo moro, cosía con inmenso agujón tiras de fina estera de cordalillo. A mi tío, que se paseaba en una Balita bastante espaciosa y muy desmantelada de muebles, le sorprendió gratamente mi presencia.

-¡Hola!... ¡farandulero! ¡Tú por aquí! Entra, pasa, que lo verás todo.

-Me han dicho en el hotel las señas... Vengo a participarle...

-Pero entra, con mil pares, quiero que des un vistazo... A ver, ¿qué te parece de la casas? ¿Eh? Tiene bastante comodidad para el precio. Como la calle no es muy céntrica... La sala está todavía por arreglar; no han traído el entredós, ni el espejo grande, ni las colgaduras. Con los tapiceros se pierde la paciencia. El gabinete y la alcoba ya están más adelantados. Pasa, pasa...

Pasé, y miré distraídamente el gabinete, que era archivulgar, con su chimenea de mármol blanco, sus butacas de borra de seda recercadas de felpa más oscura, su escritorio chiquito, y su tocador, muy teatral, vestido de imitación de encaje y engalanado con lazos del tono de las cortinas. La angosta luna que coronaba la chimenea, no tenía marco dorado, sino de la misma felpa que guarnecía butacas y sofá. El tío quiso que yo advirtiese tanta elegancia: como los tacaños todos, cuando se decidía a un gasto extraordinario, gustaba de que lo notase la gente. «Ya ves el espejito...», me decía. «Ahora se forran así... Caprichos de la moda. Y no creas que cuestan más barato, ¡quia!... tres veces más caro, hijo. Ese hueco que queda frente a la ventana es para el piano... La novia es una profesora». Del gabinete pasamos al *sancta sanctorum*, al nido, o sea la alcoba, que era de columnas, espaciosa, estucada, y en su centro el anchísimo tálamo, de madera, muy bajito y de tallado copete. «Faltan el *sommier* y el colchón», susurró mi tío con sonrisa de complacencia. «Figúrate que al tapicero se le había metido en la cabeza hacerlos de raso magnífico. Yo le dije que damasco de algodón era bastante. Si no tengo la precaución de poner la casa, a tu futura tía, que no conoce lo que es Madrid, la envuelven, la explotan, la saquean... Mira las mesas de noche: ¿creerás que me costaron veinticinco pesos las dos? Se ha desarrollado el lujo de una manera... Ven, ven a ver mi despacho...».

Por una puerta de escape salimos al pasillo, y registramos el despacho, amueblado ya del todo, con su mesa ministro y su gran biblioteca, al parecer avergonzada de no encerrar más que macizos libros de administración y media docena de noveluchas tontas y obscenas, todas desencuadradas y llenas de mugre. Mi tío abrió las encristaladas puertas, y cogiendo a dos manos el derrotado grupo en que se mezclaban Paul de Kock, Amancio Peratoner y el chino Da-

gar-li-kao, me lo presentó diciéndome con risita intencionada: «Te lo regalo, chico... No te perviertas, ¿eh? entretenerse un rato y nada más... Los casados no pueden conservar en casa este género de contrabando... Envía por ellos, ¿o te los quieres llevar ahora?». Contesté que no tenía tiempo de profundizar tan graves autores, ni a decir verdad me divertían.

Reconocido el despacho, hubo que visitar el comedor, ya muy armado de aparadores y lámpara, y hasta otras oficinas más humildes, como cocina y despensa. Detrás del comedor había un cuartito alegre, con ventana que se abría sobre el horizonte despejado de unos solares y desmontes. «Este nos sobraré; hasta podremos tener un huésped», indicó mi tío.

Enterados de la mansión nupcial, recalamos en el despacho, y mi tío sacó un puro y me ofreció otro, encareciendo el mérito de la regalía; mas como yo no fumo, se lo restituí para que pudiese, según dijo él trismo, «cumplir con otra persona». Al aspirar la primer chupada, acerté a comunicarle la buena noticia del año aprobado. Su fisonomía se iluminó, revelando júbilo sincero. Dos o tres veces le vi llevarse la mano al chaleco, por una especie de movimiento instintivo, mientras murmuraba con la voz atascada por la acción de sostener el puro entre los dientes: «Bien, hombre, bien... Conque otro año, otro... Ya sólo faltan dos... Alsa, pilili... a ese paso pronto vas a echar puentes sobre el Lérez. Deja, que ya te empujaremos en las obras de la Diputación... Hay que saber tocar los registros. Tú entenderás de problemas de álgebra, y mucha ecuación por aquí y mucho logaritmo por allá; pero yo... yo conozco el teclado». Cuando me levantaba para irme, mi tío se determinó, introdujo la mano no en el chaleco, sino en el bolsillo interior del gabán, y sacó una carterita que abrió sin decir palabra, de la cual extrajo un billete todo bisunto. ¡Cuántas veces notara yo en mi tío este rápido combate entre la cicatería y el instinto inteligente que le dictaba cómo y cuándo era forzoso, reproductivo o extremadamente agradable gastar! Nunca le vi desprenderse de una peseta sin percibir el esfuerzo y la angustia interior del ánimo, despedida dolorosa y llena de nostalgia que daba a sus monises. Era evidente que la razón le imponía el gasto, pero siempre riñendo batallas con el temperamento. Para observadores superficiales, si mi tío no pasaba por espléndido, tampoco era ni mucho menos el tipo del avaro; para mí, que le estudiaba con la perspicacia cruel de la repulsión, la avaricia asomaba su pico de lechuza, pero recatándose, larvada y latente, en el estado a que reduce la civilización a muchas pasiones o monomanías que en otras épocas de mayor iniciativa individual alcanzaban su trágica plenitud. Mi tío era un avaro frustrado; la reflexión, el poder del medio ambiente y los apetitos de bienestar y goce que ha desarrollado la sociedad moderna contrarrestaban su inclinación, porque actualmente el avaro a la antigua se pondría en ridículo y no podría alternar con nadie. Pero bajo el hombre aprovechado de hoy, que sabe adquirir para gozar, yo veía al hebreo de la Edad Media, de ávidos y ganchudos dedos. Siempre que aflojaba alguna suma, las mejillas de mi tío palidecían un poco, su boca se hundía, y sus ojos vagaban por el suelo, como si quisiese ocultar la expresión de la mirada.

En fin, él me alargó el billete. «Para que vayas a mi boda. Ahora hay unos viajecitos baratos de ida y vuelta ¿te haces cargo? Sí, se toma por dos meses, o no sé por cuánto tiempo, y resulta arregladísimo. Por supuesto, que tú viajarás en segunda: en tercera se va muy mal. Ya puedes escribirle a tu madre el día que piensas salir. Cuanto más pronto mejor, porque respiras más aire de campo, y te ahorras posada. Tu madre está en la Ullosa. Desde allí a Pontevedra y al Teixo...

un paso. Algunos días antes de la boda... que no sé si te lo dije: será el día del Carmen. En el Teixo hay habitación para todo el mundo; es una torre antigua, recompuesta y arreglada hace poco. No estorbarás. Anima a tu madre: temo que con sus cosas sea capaz de no ir».

Caía la tarde y el esterero daba por terminada su faena; así es que mi tío, embolsando el llavín, salió conmigo de la casa. Echamos calle abajo y nos metimos en el tranvía descendente. Llegados a la Puerta del Sol, en vez de dirigirnos al hotel, subimos a otro tranvía, el que conduce a la calle Ancha de San Bernardo. «Vente conmigo», me dijo el hebreo. «Ya que estás en vacaciones, ¡pcha! no te perjudicará la distracción. ¡Vas a ver género fino!».

Aunque ya me sospechaba lo que podía ser el *género fino*, no dejé de sorprenderme cuando una realísima moza nos abrió la puerta de un tercero, en la extraviada calle del Rubio. La hermosa hembra vestía bata de percal granate con flores rosa; calzaba chinelas; llevaba ese peinado de exageradas *peteneras*, sujetas con goma, que las mujeres del pueblo bajo de Madrid han desechado hoy para usar un retorcidillo puntiagudo. Admiré sin desinterés alguno su negrísimo pelo, sus gallardas formas, sus mejillas, en que una fresca palidez luchaba con los polvos de arroz, ordinarios y dados aprisa; y sus ojos de terciopelo, atrevidos, pero dulces por las buenas pestañas, claváronse en los míos, y me dijeron algo a que inmediatamente respondí con el propio lenguaje mudo. Detrás de este bello ejemplar del tipo madrileño, asomó la cabeza de una mocita más joven, menos guapa, desmedradilla, burlona, tan repeinada y empolvada como su hermana mayor. Mi tío entró con fueros de conquistador y amo. «A ver... inmediatamente... aquí todo el mundo... hoy os traigo un pollo... cuidadito cómo me lo obsequiáis». Diciendo así guió por el pasillo de desencajados baldosines, a una salita estrecha, sin otro mobiliario más que un sofá y dos butacas resguardadas por camiones de percal, una consola de caoba, muy antigua, algunos cromos «de frailes», un veladorcito donde se destacaban varios frascos de gorra, platos desportillados, pinceles y tijeras; y por sillas, sofá, piso, consola y hasta creo que por el techo y las paredes, andaban esparcidos infinidad de retales de gro, raso y felpa, azules, amarillos, verdes, rosa, de todos los colores del arco iris, mezclados y revueltos con tiras de cartón, redondeles de lo mismo, recortes de papel dorado y plateado, esterillas y galones, cromos y estampas, florecitas y otros mil accesorios pertenecientes a la graciosa industria de cubrir y guarnecer cajas de dulces «para bodas y bautizos»: que este era el oficio *oficial* de aquellas barbianas.

Una mujer como de cincuenta años, ajada, sucia y de ojos muy tiernos, se ocupaba en decorar una especie de saquito de tafetán lila, pegándole en cada lado un ramo de azucenas y la cara de un ángel, que recortaba de una hoja de cromos, donde había por lo menos diez legiones celestiales. Saludó a mi tío con un «felices» bastante seco y continuó pegando ángeles y azucenas. Entonces mi tío, volviéndose hacia las muchachas que nos seguían, las agarró por la barbilla consecutivamente y me las presentó. «La señorita Belén... La señorita Cinta...». Después, acercándose al velador, exclamó en tono chancero: «Está tan ocupado esto... Qué barricada... A ver si lo desembarzáis un poco, chicas. Hay que festejar a mi sobrino». Entonces intervino la vieja, exclamando con acritud: «¡Eso, a perder la tarde! Cuando toquen a entregar la labor, le decimos al de la fábrica que hubo palique, ¿verdausté? Y de comer no hay aquí na, sino una pobreza de almejas con arroz». Los labios de mi tío sufrieron aquella contracción especial

que precedía a un gasto; pero fue instantáneo el estremecimiento, y sacando del bolsillo del chaleco algo que abultaba más que un billete, pero que no debía valer tanto como el más chico, se lo puso en la mano a la mozueta, diciendo: «Cintita, tráete Jerez y pasteles... y también naranjas». El argumento fue convincente para la vieja. «Asnos, me largaré al otro cuarto con la música de pegar estos angelotes. Pa que desocupen el velador y estén ustés a gusto».

Vinieron los pasteles y el vinillo; aparecieron algunos vasos desportillados y verdosos, traídos de las profundidades del antro de la cocina, y se animó bastante la escena. Belén descolgó una guitarra, y se cantó no sé qué, con esa ronquera flamenca que recuerda el arrullo de la paloma, y con el salero de su meridional belleza, luciendo el pie tentador y curvo apoyado sobre las barras de la silla. Cinta trajo una pandereta, y se la puso a guisa de calañés, sacudiendo la cabeza, riendo a borbotones y divirtiéndose en arrojarlos cáscaras de naranja: después desenterró de un cajón un viejo mantoncillo de Manila, con sus flecos y su bordado charro, y empezó a hacer contorsiones declarando que quería *matar la culebra*. Hubo olés, empujones, carreras, butacas volcadas y recortes de seda volando por los aires; después nos obligaron a nosotros a rascar la guitarra y a Jalear, mientras bailaban las señoritas. Armore la juerga, y el Jerez corría que era una bendición de Dios. No habiendo sacacorchos, mi tío rompió la botella contra la arista del velador de mármol, y como el licor desapareciese rápidamente, mandó a Cinta subir otra botella. «Se me han acabado los cuartos», alegó la muchacha. Mi tío frunció algún tanto el entrecejo. «Si te di cuatro duros...». Intervino la señorita Belén: «Galleguito, no hay que ser roñoso... Aquí estamos necesitando horror de cosas, y en la tienda no les da la gana de fiarnos por nuestra cara bonita... Cállese usted, cuentacomino, cicatero». Entre regaños y bromas, aflojó el pagano otros dos duritos, y no nos faltó con qué remojar el gznate. La cara de mi tío echaba chispas; por cada poro de la piel diríase que asomaba una gota de sangre; su lengua, si no trabada del todo, al menos se revolvía con dificultad; en cambio sus miradas relucían más que nunca, y una expresión de beatitud, el regocijo de la materia, se acentuaba en sus facciones. Yo también advertía los efectos del licor, que con no ser muy auténtico, se subía a las narices, y entre esta excitación y otras muy naturales en la mocedad y en presencia de dos hembras -la una arrogante y la otra picante y salada, pero ambas capaces de volver tarumba a un ermitaño, cuanto más a un estudiante-, encontrábame fuera de quicio.

Sin embargo, no sería justo decir que me achispé. El innoble embrutecimiento por la bebida es un estado a que me había propuesto no llegar nunca. Muchas veces viera a Botello completamente beodo, tropezando aquí y acullá, ya caído en tierra como un cesto, ya alborotado, frenético, loco; y nunca olvidaba el espectáculo de aquella hermosa criatura convertida en bestia, diciendo absurdos o llorando como un becerro. Luis Portal, el hombre del justo medio en el epicureísmo, solía decir: «En bromas, para sacar partido, hay que estar unas mijas alumbrado, pero borracho nunca: al contrario, debe conservarse la sangre fría, y divertirse a cuenta de los borrachines». Observé esta máxima, y pude mantenerme en el límite de la animación sin embriaguez; hice disparates comprendiendo que los hacía, y saboreando el hacerlos.

Y que la juerga iba siendo redonda. Mi tío se corrió a soltar otros tres pesos; Cinta bajó distintas veces, ya por vino, ya por una ensaladita de langostinos, ya por dulces, ya por fruta; a última hora, sangría nueva para que subiesen café y licores; en fin, acabó por reunirse una

apetitosa comida-cena. La vieja debió de engullirse solita, allá en la cocina, la cazuela de arroz con almejas que pensaban cenar todas, pues este plato casero no salió a relucir.

De aquella gazapera diabólica no nos despedimos hasta la una bien dada. Por la gibosa y angustiada escalera nos alumbró la mamá, amparando con la mano un reverbero de petróleo, que sacaba flecha de apestosa luz: y cuando nos vimos en la calle, la primer bocanada de aire relativamente puro me sorprendió como el despertar de un sueño. Al bajar la calle Ancha, se relamía mi tío, rumiando la humorada. «¿Qué tal las chicas? ¿Eh? Son de lo que no se gasta por nuestra tierra. ¿Cuál te chista más a ti? ¡Ah, claro, Belén es de órdago! ¡Qué esto, y qué aquello, y qué lo otro tiene la indina! ¡Por supuesto, me figuro que tú eres ya un hombre formal, y... chitón! De estas pavas que uno corre por aquí no conviene que se hagan cargo por allá; son guasas inocentes, que a nadie perjudican. Hay que pasar el rato, chico; por lo mismo que va uno a entrar en otro estado muy diferente... Una cana al aire siempre gusta echarla. Y la Belén y la Cinta no son de las más exigentes, aunque si pueden, todo el día ha de estar uno chorreando pesetillas».

-¿Por qué no les dio usted desde luego un billete o dos? Mejor fuera eso que andar regateando el duro ahora y el duro después.

-¡Psstt! ¿Tú por lo visto eres algún príncipe raso? Pues con estas pájaras, si abre uno la mano... se soliviantan de modo que se hacen imposibles. Si acierto a enseñarles la cartera... Hasta me había pesado llevarla, porque, en estas bromas, nunca sabe uno...

Se detuvo de repente, completamente disipados los vapores del jerez, pálido y alarmadísimo, y echando con precipitación mano al gabán, exclamó:

-Pues... mi cartera... lo que es mi cartera no va aquí... ¡Puñales, navajas! no está, no está... ¡Aquellas tías ladronas me la habrán cogido! Tres billetes de a cien nada menos... ¡Centellas, chispas! Que no está, te digo... ¡Vamos a sacársela!

-Mire usted bien... -murmuré disimulando a duras penas el tedio y la repugnancia-. Mire usted... ¡No le han robado, qué disparate! Por aquí se me figura que abulta el sobretodo...

Respiró profundamente: la cartera había parecido. La palpó gozoso y se detuvo bajo la luz de un farol para asegurarse de que el contenido estaba intacto. Recobrado el buen humor, y registrando en los rincones de la cartera, añadió:

-Y para más iba con el dinero el retrato de mi novia. Buena se armaba si me lo pillan. La Belén es muy capaz de picarle los ojos con un alfiler de a ochavo.

Me alargó la fotografía. Era chica, de tarjeta, de esas que se dan a las personas muy queridas, y vi un rostro juvenil, un peinado sencillito, que descubría una frente ancha y convexa, y unos ojos vivos, con un rayo de pasión y voluntad que me sorprendió, pues yo me figuraba a la novia de mi tío apagada y dulce, sometida a todas las imposiciones por su pasividad. Lo que no

la encontré fue tan fea como aseguraba mi madre. Tenía una de esas caras que, sin irradiación de belleza, atraen la mirada segunda vez.

Dejé a mi tío a la puerta del hotel y me recogí a horas ya no muy distantes de la del alba. Decir lo que me mareó Portal al día siguiente, sería el cuento de no acabar nunca. Me olfateaba la ropa y luego se relamía exclamando: «¡Ah trucha, perdis, apunte! ¡*Odor di femina!*!». De repente soltó la carcajada: «¿Qué es esto?».

En la pierna izquierda de mi pantalón había pegadas dos cabecitas de angelote, una rosa, una vara de azucenas, y no sé qué atributos más. No hubo remedio sino cantar de plano y hacer una descripción fiel, circunstanciada y afrodisíaca de las artistas en cajas de dulce.

- VI -

¡Con qué gusto emprendí el viaje hacia Galicia! En Madrid calor asfixiante ya, y en la tierra aire fresco, saturado de campestre aroma. Parecíame como si nunca lo hubiese respirado y mis pulmones resecos necesitasen, para funcionar en las condiciones fisiológicas normales, aquellas partículas de humedad, aquel hidrógeno embalsamado y puro. No soy de los gallegos que sienten con patológica intensidad la *morriña*; sin embargo, el primer grupo de castaños que se perfiló en el horizonte me pareció un amigo que con acento de bienvenida me saludaba.

Mi madre estaba en la Ullosa, y allá me fui derecho, parte por el coche de línea, parte a pie, que todos estos medios de locomoción exige la situación de la finca. Llegué a la puesta del sol; mi madre salió a esperarme al camino, y medio agarrados de las manos y medio de bracete, anduvimos el trecho que divide a la Ullosa de la carretera provincial. Cuando se hubo enjugado el rocío que siempre asoma a los párpados de una madre que ve a un hijo después de año y medio de ausencia, su primer descarga de preguntas fue como sigue:

-¿Conque tu tío pone casa, eh? ¿Es verdad que la amuebla a todo lujo? Así hace el que puede y no el que quiere. ¿La cama dice que es preciosas? ¿Y de alquiler, qué paga? De seguro una barbaridad, porque en ese Madrid todo está por las nubes. ¿Y sabes si ya tomó criada? Milagro será que no meta en casa una bribona. ¿Conque mucho de muebles majos? Aire, aire a los cuartos del Ayuntamiento. Para eso se hacen ciertas porquerías. No me digas que no, Salustiano, que me voy a poner fuera de mí.

-Pero mamá, ¿qué nos importa a nosotros eso? -exclamé cuando me consintió meter baza- ¿qué culpa tengo yo de que el tío se case?

-Como dijiste que hacía bien... -me respondió deteniéndose para respirar y con los labios temblorosos, a la manera de los niños cuando les entra corajina.

-No parece sino que por lo que yo dijese iba a guiarse el tío. Es preciso que usted se conforme, mamá, y aguante lo que no es posible evitar de ningún modo. Creo que vale más proceder así, por todos estilos, hasta por conveniencia propia.

Mamá clavó los ojos en mí. Era mayor dos años que el tío Felipe y se conservaba muy agradable, gracias a su robusta salud, a la vida higiénica y natural que llevaba casi siempre, y acaso a la falta de meditación profunda y de fatiga intelectual, a una movilidad de pájaro y a una facilidad para encolerizarse y aplacarse que le esparcía la bilis y fustigaba su sangre, aligerándola. Esta volubilidad moral, esta incapacidad de elevarse a la región de las ideas generales y abstractas, conservaban a mi madre toda su fuerza y capacidad para la acción. Era su voluntad quien guiaba a su pensamiento, el predominio del elemento afectivo y activo se leía en su frente lisa y angosta, en el mohín voluntarioso de sus labios, en la mirada inquieta y preguntona de sus ojos nunca distraídos.

Mi madre no se recogía a Pontevedra sino en tiempo de frío riguroso, o en Semana Santa y Pascua para comulgar. La huerta de la Ullosa la mantenía durante el año entero. Con tanto renegar de la estirpe de los Cardosos, mi madre tenía mucho de la adquisividad, la economía sórdida y el genio mercantil que caracterizan a la raza hebrea. ¡Lo que puede el cariño, y cómo enreda las nociones de la lógica! Estas condiciones, que en mi tío me repugnaban, parecíanme virtudes en mamá, y lo eran en efecto, si es virtud acomodarse a la necesidad. Con tristes ocho o nueve mil realitos que a lo sumo y exprimiéndole bien podría rentar nuestro patrimonio, no era chico milagro vivir con cierto bienestar relativo, sufragar no pequeña parte de los gastos de mi carrera, y aún esconder en las vueltas de un colchón cuatro o seis onzas para un apuro. Quien esto consigue, no es una mujer cualquiera. Mamá andaba siempre de hábito del Carmen, por ahorrar trajes, claro está; del lino que producían sus heredades, hacía tejer lienzo, ese lienzo gallego moreno y duro que nunca se ve roto, para camisas y sábanas; de una viña de uvas agrias sacaba vinillo clarete para dármele a beber en las vacaciones; del centeno de su renta amasaba el pan que comía; con un par de cerdos engordados en casa, armaba puchero para todo el año; criaba gallinas y conseguía huevos; recogía leña en una mota de bosque; tenía vaca y la revendía con ganancias en la feria cuando ya no daba leche; otros ganados los llevaba a aparcería con sus caseros, salteando unas ganancillas; del orujo de la vid destilaba aguardiente y en él ponía guindas en conserva; en fin, no perdonaba arbitrio de sacarle el jugo al dinero y a la propiedad, realizando esos prodigios de buen gobierno y frugal existencia que sólo ejecuta la mujer tirando vive sola. Obligada por su sexo a limitar la esfera de sus negocios, se desquitaba aprovechando las menudencias y no perdiendo ni el valor de mi alfiler. Sana, animosa, infatigable, todas las horas del día las empleaba en algo útil, y hasta sospecho que en más de una ocasión bordaría o cosería secretamente para fuera.

-El día que acabes la carrerita y salgas ganando ya tu sueldo, estaré hecha una reina -decíame cuando yo me admiraba de verla tan atareada y afanosa. Y yo estudiaba con gusto pensando que los últimos años de mi madre serían de tranquilidad y calma. Idea errónea, porque

aunque mi madre apalease el dinero, había de agitarse lo mismo, dados mi temperamento y su índole. Rebosaba tanta vida; era un ser tan lleno de energía y, tan resuelto a sacar partido de la existencia, que lejos de infundir lástima, debía inspirar envidia a los que habitamos mucho en nosotros mismos y acabamos por hacer nuestra imaginación nuestra cárcel celular. El carácter de mi madre es de los que constituyen a los individuos felices, fuertes y armados contra los rozamientos y las deficiencias de la realidad. ¡Cosa rara! Cuando yo no veía a mi madre, la idealizaba, suponiéndole ciertas condiciones y debilidades propias de su sexo, a las cuales era muy ajena. Verbigracia: me empeñaba en suponerle ardientes convicciones religiosas y algunas veces me sucedió contestar a las bromas impías de los compañeros o exclamar al exponer una opinión atrevida: «¡Libreme Dios de que lo supiese mi madre!». Si comía carne en Semana Santa, o recordaba el tiempo transcurrido ya de sin oír misa, pensaba: «¡Ay si mamá se entera!». Y el caso es que mamá, a pesar de su hábito del Carmen, se limitaba a cumplir lo más superficial de los mandamientos de la Iglesia, sin manifestar que le importase gran cosa el estado interior de mi espíritu.

No por eso carecía de creencias aquella gallega briosa. Sin duda por transmisión hereditaria de la rama israelita, la concepción religiosa más arraigada en mi madre era la de un Dios airado, rencoroso e implacable: el Dios bíblico que «visita la iniquidad de los padres en los hijos, hasta la tercera y cuarta generación». Creía buenamente que Dios lo castiga todo a raja tabla, aquí de telas abajo; y se imaginaba además que esas venganzas y represalias celestiales, estaba el Señor dispuestísimo a ejercerlas contra todos cuantos la molestasen a ella, Benigna Unceta, por cualquier causa o en cualquier asunto. Gracias a aquella incapacidad suya de generalizar las ideas, presumía que sus agravios y resentimientos personales interesaban muchísimo a la divinidad. Tanto, que al detenerse en el repecho que nos separaba de la Ullosa, hubo de exclamar en profético tono, agitada con todo el sobrealiento de la subida y la fogosidad de su genio:

-Ya verás cómo Dios castiga a tu tío Felipe sin palo ni piedra: ya lo verás. Deja correr el tiempo. No se escapa.

Protesté contra tan peregrina suposición, y como si alguna voz descendida de otras regiones se uniese a mí para rechazar cuanto no fuese perdón y caridad, sonó en la iglesia próxima el *Angelus*, con tristeza muy resignada y poesía grande.

Mi madre se volvió bruscamente y me interrogó:

-¿Tú vas a la boda?

-Sí señora, y usted también debiera ir. Es una campanada que usted no vaya.

-Déjame de historias, que no se me antoja presenciar semejante esperpento. Cosa más disparatada no se ha visto ni verá. Quiera Dios que a tu señor tío no le nazca madera de aire... No pondría un céntimo a que no le naciese. ¡A su edad casarse! ¿Estaría bonito que me casase yo ahora?

Bregué con aquella obstinación invencible, alegando que mi tío estaba en muy buena edad para matrimoniarse, y que nosotros haríamos desairado papel enojándonos por acción tan justa y sencilla. «El viento y el aire -replicaba mamá furiosa-. Valiente mamarracho defiendes. Yo sé lo que digo, y sé también las palabras que se me dieron. Ya Dios le ajustará las cuarenta. No creas que estoy loca, no; él ha de caer... ¡ya lo verás! Y la muchacha que se casa con él, te digo que no tiene vergüenza. A tu tío no le quería yo ni cubierto de oro, y si no fuese mi hermano...».

Diome de cenar mi madre un plato regional que sabía me agradaba mucho. Eran *papas* o puches de harina de maíz con leche fresca. Sacaba las *papas* hirviendo, las dejaba enfriarse y formar costra, y abriendo un agujero en medio de la pasta, derramaba allí la leche riquísima contenida en un puchero de barro. Mientras yo despachaba este manjar de homérica sencillez, ella no cesaba de hablar, de preguntarme, y siempre volvía al punto inicial... mi tío.

-Ahora está metido ahí en una, que no sé cómo va a salir... Una trifulca atroz, en que me parece a mí que le van a sentar las costuras... Otro chanchullo más gordo que el de los solares y los ranchos... ¡Y cuidado que aquel!... El de ahora es cuestión de la contrata de la plaza de abastos: dicen que tu tío va a medias con el contratista en las ganancias, y que le han dado unas ventajas atroces, y que el hombre no ha cumplido ninguna condición, absolutamente ninguna, y que el Municipio le pone pleito. Y hoy el Municipio no es lo que era el año pasado: tu tío no marida allí. Tendrá que ir en romería al Santo... Si don Vicente no lo saca de esta, mal negocio. Pero lo sacará: tan bueno es Juan como Pedro. Con el gallo de la protección de don Vicente, hacen de esta provincia cuanto se les antoja. Como tu tío se larga a Madrid, le van a alquilar para el correo la casa suya de Pontevedra..., otro guisado. Bonitos andamos. En estos tiempos es preciso que todo el mundo se despabile. Yo no soy hombre, pero si lo fuese, iría también en peregrinación al Santuario, como cada quisque. Esto te lo digo yo aquí; pero por allí, por fuera, cuidadito con lo que hablas... Don Vicente tiene la mar de paniaguados y de amigotes: no conviene que te coja tirria, que andando el tiempo te podrá servir.

Viéndola tan expansiva, la agarré por el talle, la besé en el pescuezo y en las mejillas, y me determiné a decirle riendo:

-Mamá, para presentame en el Tejo con un poquito de decoro, me es indispensable llevar un regalo a la novia de mi tío. El será lo que gustes, y nos habrá jugado mil perradas, pero al fin está sufragando mucha parte de los gastos de mi carrera.

-Por algo lo hace. Chiquillo, ojo. Si fuésemos a rechinar nosotros lo que nos corresponde de derecho... Y a saber si de hoy en adelante sigue pagando.

-Pues no importa, mamá; pues no importa. Aunque no pague. El regalito.

-¡Pero si no tengo maldito cuarto! ¿Tú crees que aquí se fabrica moneda? ¡Sí, para fabricar estamos! Caro me cuesta salir del día.

-Bueno -respondí con resolución-. Entonces no hay más que hablar: mañana voy a Pontevedra y empeño el reló o las botas... Ello regalo ha de haber... se me ha puesto en el moño.

A la mañana siguiente mi madre entró a despertarme. Traía debajo del brazo un cesto de cerezas maduras, que dejó sobre la cama para que me desayunase: y entre los dedos dos redondelitos brillantes que elevó a la altura de mis ojos. Eran dos monedas de a cinco.

-¿Qué te parece? ¡Cuántos trabajitos para juntar esto! Anda, ve y derróchalo; estrágalo, ya que te da por ahí... No quiero que digas que tu madre te deja mal, pudiendo dejarte bien, en parte ninguna.

Le eché los brazos al cuello y le di tres o cuatro besos *chilreados*, mientras ella se defendía mal exclamando: -Payaso... sobón... ¡vete a paseo, chiquillo!

Con los diez duros adquirí en la metrópoli un imperdible o cosa parecida, que representaba dos áncoras cruzadas, en medio un cupidillo, con un rubí chico y dos perlas. De esos dijés chabacanos que inventa la moda y desecha el buen gusto. Pero en fin, ya no iba a la boda con las manos vacías.

- VII -

De Pontevedra a San Andrés de Louza y a la quinta del Tejo, es una jornada recreativa más bien que un viaje. Atravesé la ría en una lancha alquilada en Pontevedra: desembarqué en la opuesta orilla, y me resolví a andar a pie cosa de un cuarto de legua por la comarca más pintoresca que soñarse puede. Desde la playa, cuya arena finísima y plateada conserva la huella del pie, y que rodean grandes matas de aloes en flor, hasta los senderos cuajados de madreseiva y los campos de maíz que susurraban al soplo del viento, todo me pareció un oasis, y mi espíritu se inundó de esa vaga felicidad que en la juventud nace de la excitación de los sentidos y de una especie de presentimiento inexplicable, nuncio del porvenir: presentimiento que sin augurarnos sucesos felices, nos alborozaba como si en efecto hubiesen de serlo.

Situada en un alto la quinta del futuro suegro de mi tío, la vi desde la misma ensenada donde desembarcamos. Por mejor decir: lo único que distinguí claramente fue la torre cuadrangular, almenada, y las ventanas cuyos cristales teñía de rojo y oro el sol poniente. El resto del edificio lo cubría una masa de verdor, tal vez un grupo de árboles. De todos modos, para orientarme bastaba con lo visto. Dejé mi maleta en el pueblo, advirtiendo que ya enviaría por ella a la mañana siguiente, y emprendí la caminata.

Subí por el sendero en cuesta, azotando con la vara que empuñaba los sonoros maizales y las zarzas, de donde volaban asustadas las mariposas; y a una revuelta del camino, sorprendiome extraordinariamente la vista de mi hombre sentado en una piedra... La sorpresa no se explica al pronto, pero el caso es que el hombre era un fraile.

Por primera vez en mi vida veía yo un fraile: en carne y hueso. Me admiré como si creyese que los frailes ya no podían encontrarse más que en los lienzos de Zurbarán o Murillo. De pinturas del Museo, como de haber visto a Rafael Calvo, una tarde, representar el drama del duque de Rivas *Don Álvaro o la fuerza del sino*, se derivaban todos mis conocimientos en indumentaria frailesca. Comprendí que el fraile sentado en la piedra era un franciscano: el sayal se plegaba de un modo estatuario sobre sus muslos; la capilla la tenía caída sobre los hombros, y en la mano uno de esos sombreros de abate francés, de felpa grosera y alas abarquilladas, con el cual se abanicaba la frente sudorosa, respirando fuerte. Luego depositó el sombrero en el suelo mismo, y volviendo hacia fuera los codos y apoyando en los muslos las manos abiertas, se quedó meditando. Yo le observaba con ardiente curiosidad, imaginándome que por el hecho de ser fraile había de meditar aquel hombre en cosas o estrambóticas o sublimes. Él alzó la mano derecha, y deslizándola en la manga izquierda, sacó de la especie de bolso que formaba la joroba de la manga un pañuelo enorme, a cuadros blancos y azules, y se sonó con energía. Después se incorporó, y como el que dice «sus» recogió su chapeo y rompió a andar, a tiempo que emparejé con él.

Yo no sabía si ponerme a su lado, si quedarme atrás, o adelantarme y darle las buenas tardes sencillamente. Me intrigaba, me interesaba, me atraía aquel hombre, sin motivo racional ninguno. De los frailes tenía yo dos ideas muy antitéticas que, sin embargo, coexistían en mi espíritu: por un lado el fraile de cromo de Ortego, picaresco, glotón, lascivo, beodo, «hombre sin vergüenza asomado a una ventana de paño»; por otro el fraile de las novelas y los poemas, tétrico, exaltado, visionario, con la mente enflaquecida por el ayuno y los nervios desequilibrados por la continencia, huyendo de las mujeres, evitando a los hombres, lleno de flato, de tentaciones y de escrúpulos. Y quería saber a qué sección de estas dos pertenecía mi fraile.

Como si él me hubiese adivinado el pensamiento, al sentir mis pasos se detuvo, se enfrentó conmigo, y me dijo con acento resuelto e imperioso:

-Felices tardes, caballero. Usted me dispensará que le haga una pregunta. ¿Viene usted por casualidad de San Andrés de Louza? ¿Va usted a la Torre de los señores de Aldao?

-Sí señor, allá voy -contesté un tanto sorprendido.

-Pues si usted no tiene inconveniente iremos juntos. Yo sé el camino, porque estuve aquí otra vez. Me tomo la libertad de hacer a usted esta proposición, figurándome que en el campo, cuando uno va solo, no le molesta...

-¡Molestar! Al contrario -respondí, agrado de la marcialidad del fraile.

Echamos a andar brazo con brazo, pues el sendero se ensanchaba, y permitía este lujo de sociabilidad. Entonces noté que el fraile iba descalzo, con unas sandalias que sujetaban el pie por el empeine dejando libres los dedos, que eran bien modelados y carnosos, como los de las esculturas de San Antonio de Padua. Empezó a dirigirme preguntas.

-Ha de perdonarme usted, porque soy, amigo de la franqueza y de que la gente se conozca. ¿Es usted acaso pariente de Carmiña Aldao?

-No, señor, de su novio. Nada menos que sobrino carnal.

-¡Ah! Ya sé. El que estudia para ingeniero en Madrid. El hijo de Benigna.

-Justo. ¿Cómo está usted tan bien informado?

-Diré a usted: la familia de Aldao me distingue con bastante confianza: por eso me encuentro al tanto de esos pormenores. ¿Y qué tal, qué tal de estudios? Ya sé también que es usted muy asiduo, y joven de gran porvenir. Tengo muchísimo gusto en conocerle: se lo digo de corazón, porque gasto pocos cumplimientos. ¡Ah! Y ahora caigo en la cuenta de que todavía no sabe usted mi nombre. Como un pobre religioso no necesita presentarse, que el hábito le presenta... Me llamo Silvestre Moreno, para servirle.

-Yo Salustio...

-Ya estoy, ya estoy. Salustio Meléndez Unceta.

-Veo que no hay cosa que usted ignore.

-Eso quisiera -repuso el fraile riendo de muy buena gana; y de pronto, deteniéndose bruscamente me imploró:

-¿No podría usted hacerme el favor de un cigarrito de papel?

-No fumo -contesté con cierta prosopopeya, que después me pareció ridícula.

-Hace usted bien: una necesidad menos... Pero yo ¡caramelo! estoy tan viciado, que... En fin, lo mismo da, hasta el Tejo paciencia.

-¿Desde cuándo no ha fumado usted?

-¡Caramelo! Desde ayer por la tarde. En Pontevedra paré en casa de una señora anciana, muy respetable, viuda, sola, que, como usted comprenderá, no fuma, ni su criada tampoco. Por la mañana, cuando me afeité, me di un par de cortes, porque tenía un serrucho por navaja, y la señora fue tan caritativa, que me compró una navajita inglesa, que corta el pensamiento, finísima... aquí la llevo -añadió señalando a la manga-: no la he estrenado todavía. Ya ve usted que después de este obsequio, que debe de haberle costado algunas pesetillas, yo no iba a ser tan gorrón que le pidiese cuartos para tabaco...

-Pero -exclamé contagiado por la franqueza del fraile-, ¿es que no lleva usted consigo un céntimo?

-Pues claro que muchísimas veces no lo llevo, ni medio tampoco.

-¿Y cómo es posible?

-¿Y el voto de pobreza, recaramelo, es guasa?

-Siento muchísimo no fumar -exclamé- para este caso especial tan sólo.

-No se apure usted, amigo, que los frailes no nos apuramos tampoco porque nos falte una mala costumbre. Además, que en cuanto lleguemos al Tejo, me van a sobrar víveres. Ya verá usted el señor de Aldao cómo se despepita a ofrecerme cigarros.

Dijo esto con alegre filosofía y emprendió el camino con buen ánimo y gentil determinación, andando más listo que un servidor de ustedes. Una pregunta me bullía en los labios y me resolví a formularla.

-¿No le molesta a usted el ir descalzo?

Volvióse sorprendido el fraile.

-No señor -contestó, recapacitando como para recordar si en efecto le molestaba la descalcez-. Al principio eché de menos, no los zapatos, sino las medias, y eso que no tenían nada de finas: que mi madre me las calcetaba bien gordas, y yo nunca puse otras sino las calcetadas por mi madre. Digo, sí... acabo de ponerlas no hace mucho... y de seda finísima; para que vea usted; no vaya a creerse que porque soy fraile no he gastado de esos lujos. Pero en fin, esto es capítulo aparte. Viniendo a lo de la descalcez, que es lo que usted me pregunta ya que yo quiero contestar categóricamente, sepa que desde que voy descalzo, nunca tuve sabañones en los pies, ni padecí de callos, ni de ojos de gallo, ni de ninguna molestia parecida -Al decir esto sacaba el pie, que en efecto era contorneado y sano, sin esa deformación de los dedos que produce la bota-. Y mire usted lo que puede la costumbre, caballero. Ya me parece que estoy más limpio así. Se me figura que las calcetas y el calzado no consiguen más que archivar las porquerías. Nadie que

vaya descalzo lleva los pies realmente sucios, por mucho que trajine y mucho calor que haga, sobre todo si tiene la manía que tengo yo...

Diciendo y haciendo, se apartó diez pasos, y llegándose al regatillo que corría al borde del sendero, entre cañas y mimbrales, dejó en tierra las sandalias, remangó un tanto el hábito y metió un pie tras otro en el agua corriente. Después que hubo secado las plantas en la hierba, se volvió a poner sus sandalias y me miró con aire victorioso. Yo sonreí impulsado por una idea, o más bien por un sentimiento cordialísimo, que podía traducirse en esta forma:

-¡Qué fraile más raro y más simpático!

-Vamos -me dijo-: que adivino lo que está usted pensando, caballero.

-Puede ser. Diga usted y yo le diré si acierta.

-Pues, ¡caramelo!, usted piensa allá para su sayo... que los frailes gastamos pocos cumplidos, que somos muy democráticos y muy ajenos a los estilos de la sociedad, y que enseguida entruchamos con la gente.

-No señor, no era eso. Yo pensaba...

-Llámeme usted Padre Moreno, o Moreno a secas, si le es igual. Lo de «señor» es demasiado lujo para un pobre fraile.

-Pues Padre Moreno, lo que yo cavilaba... Pero temo que si lo digo le moleste.

-Nada de eso, nada de eso, yo me muero por la franqueza.

-Pues cavilaba en que los frailes no tienen faena de ser así... tan partidarios de la limpieza corporal como usted -(Al decir esto le miraba de soslayo, examinando con rápida ojeada sus manos, sus orejas, su cogote, todo lo que exteriormente delata los hábitos de pulcritud del individuo.)-. Hasta creí que condenaban ustedes por pecado el cuidar de la persona. Dicen que el mérito de algunos santos ascetas consistía en poseer un millón de habitantes y llevar el pelo y la barba... colonizados.

En vez de enojarse por tan irreverente supuesto, el Padre soltó la carcajada más sincera que he oído salir de humana boca.

-¿Con que usted creía eso? -me dijo cuando la risa le permitió hablar-. Y usted que parece un joven tan instruido ¿no sabe lo que decía la gloriosa Santa Teresa? Pues se lavaba muy bien, y luego exclamaba: «Señor, mi alma como mi cuerpo». ¿De modo que para usted todos los frailes éramos unos solemnes gorrinos? Entonces, buen susto habrá pasado al verme. ¿Usted ha tratado más frailes que este su servidor y capellán?

-A la verdad es usted el primero que veo en mi vida. Es más; pensé que no existían ustedes. Una tontería, porque sé muy bien que en España se están repoblando los conventos de varias órdenes; pero francamente, con la imaginación me figuraba yo que los frailes solo se encontraban en los cuadros, en los retablos de las iglesias, y así... Nada, aprensiones.

-Pues ya los ve usted en persona. Entre los frailes sucede igual que en el siglo, porque usted bien comprenderá que hay genios y gustos muy diferentes, aunque se rijan por una misma regla. Unos son descuidados; otros se acicalan más; pero como usted conoce, nuestro santo hábito no nos permite andarnos con muchas agüitas de olor y tarretes de esencias y de pomadas. Estaría bonito un religioso usando la *velutina Fay* y el *Kananga* o *ganga*... o como recaramelo se llame ese perfume que ahora se estila tanto.

-¡Vaya que está usted enterado, padre! -exclamé riendo a mi vez.

-Es que yo trato a señoras muy elegantonas y muy majas... Y no extrañe usted que quiera vindicarme y vindicar a los pobrecitos frailes de la mala fama que usted les cuelga. Figúrese que nuestro Santo Patriarca era tan aficionado al agua, que hasta compuso en alabanza suya unos versos preciosos, diciendo que es casta y limpia. Yo le hablo a usted con el corazón en la mano; me gusta la gente aseada, pero ciertos extremos de pulcritud que hacen ciertos hombres, me parecen cargantes y empalagosos. ¡Caramelo! Eso de que un señorito pierda media hora en recortarse y pulirse las tiñas... pase en las mujeres; lo que es en quien peina barbas...

Diciendo esto cruzose de brazos el fraile y se volvió hacia mí como queriendo respirar y descansar un poco. A la luz rojiza del poniente, que tanto entona las figuras, noté que la suya guardaba armonía con aquella profesión de fe viril. Era membrudo sin llegar a grueso, y de aventajada estatura sin pasarse de alto. Su tez tostada y cetrina revelaba complejión biliosa y curtientes fatigas de viajero por regiones de sol. Los ojos los tenía vivos, alegres, negrísimos, bien delineados y abiertos sobre el alma de par en par. Su cuello, descubierto por la tonsura del cerquillo, indicaba vigor, y lo mismo las manos, grandes, ágiles y robustas, manos que así servían para elevar delicadamente la hostia como pudieran empuñar, caso de necesidad, la arada, el garrote o la carabina. Las facciones no desmerecían de las manos: acentuadas como por el palillo de hábil escultor, tenían la mezcla de calma y de firmeza que se advierte en ciertas esculturas de retablo. Entre la boca y la nariz, así como en la meseta de la barbilla, existían dos hoyuelos indicadores casi siempre de un fondo de bondad llamada a templar la fuerza del carácter. Por fijarme, hasta en las orejas me fijé, notando que eran como de confesor, de ancho conducto y casi movibles; unas orejas con mucha fisonomía, según suelen tenerla los eclesiásticos.

-¡Caramba con el fraile, y qué terne parece! -discurría yo sorprendido.

Seguimos caminando. Ya debía de estar muy próxima la quinta de Aldao, pero no llegaríamos antes de haberse entrado la noche, que caía plácidamente. Eran más penetrantes los olores de la madreSelva; los perros, asomándose a las paredillas de las heredades, nos ladraban con mayor furia; oíase en lontananza la queja del mochuelo, y el bicornio de la luna, fino como

un trazo de pincel, asomaba hacia la parte de la ría. El fraile manifestó con una exclamación trivial que sentía la belleza del sitio y de la hora.

-¡Vaya una tarde! ¡Cuidado que es lindo este país! Cuanto más se ve más hermoso parece. ¡Y tan fresco! Para mi gusto ya es demasiado; prefiero el clima del África.

-¿Ha estado usted mucho tiempo en África?

-¡Toma! Pues si soy medio moro.

-¿Y ha viajado usted por el desierto?

-¡Ya lo creo! Y sin tiendas de campaña, ni caja de provisiones, ni escolta, ni otras monsergas de esas que llevan los exploradores al uso. ¡Sobre un mulo y con un par de gallinas atadas al arzón de la silla; bebiendo el agua de los charcos y durmiendo bajo el pabellón de las estrellas, he rodado yo más por aquellos arenales y me han sucedido más lances y más aventuras!

De buena gana le hubiese preguntado sobre las correrías africanas: pero otra curiosidad mayor me punzaba, cuyo recuerdo despertó en mí el ver blanquear la cerca del *Teixo* y negrear sobre la cerca y bajo la torre la que me parecía mancha enorme de arbolado. Quise contrastar la exactitud de las noticias de mi madre, consultando a una persona que ya se me figuraba por todo extremo imparcial y sincera.

-¿Diga usted, Padre Moreno, usted conoce a la futura familia de mi tío? ¿Cómo es la novia? ¿Qué tal persona es el papá?

-Claro que les conozco -respondió el fraile aplicando sobre su abierto rostro una especie de máscara de discreción absoluta-. Es una familia muy apreciable y la novia de su tío de usted... una señorita muy buena.

-¿Y... es bonita?

No se espantó el fraile de la pregunta, antes respondió con desahogos:

-Yo soy mal juez: acaso me equivoque. Confieso que no me parece... así... ninguna cosa de quedarse admirado. No la llamaré fea, pero tampoco... Y no crea usted: aunque digo que soy mal juez, no es que me falten motivos para entender: porque allá en Tánger, Tetuán y Melilla hay judías y moras que pasan por guapas; y asómbrese usted: tengo moros tan amigos, que alguno me enseñó su harén... Le advierto que entre ellos es una prueba de estimación grandísima.

-¡Ah!... -murmuré sin poder reprimir una expresión maliciosa-. ¿Conque franca la entrada del harén?

-Sí -afirmó alardeando de naturalidad el fraile-. Y ¿quiere usted que le cuente cómo estaba la mora favorita, vamos, la predilecta de este moro amigo mío, que era un ricachón de allí?

-¿A ver cómo estaba? ¿Muy tentadora?

-Ya le he dicho que soy mal juez: yo sólo puedo describirle exterioridades... y usted opinará. El traje era de una seda riquísima, abierto en el pecho, y este adornado con unos collares de perlas gordas y de diamantes y pedrerías: dos o tres collares lo menos tenía la mujer. En los brazos unas ajorcas como las que pinta Cervantes en la novela del *Cautivo*... ¿no la ha leído usted? Pues así. Luego cojines, cojines y más cojines: unos debajo de los brazos, otros debajo de las caderas, otros detrás de la cabeza: y los cojines eran para impedir que se rozase, porque la mujer estaba reventando de gorda, que es el secreto de la hermosura entre las moras. Esta no se podía menear. ¿Y sabe usted con qué la engordaban? Pues con bolitas de pan, que ya no se puede llamar engordar a una mujer, sino cebarla. Fumaba por un tubo largo así... y tenía delante un veladorcito incrustado de nácar, con dulces y bebidas.

-¡Ah socarrón de fraile! -discurrí yo-. Te finges muy corriente y muy sencillo, y eres más tuno y más ladino que todas las cosas. Me estás mareando con tantos infundios moriscos, por no soltar prenda respecto a mi futura tía. Yo te pondré a parir: aguarda. -Y en voz alta exclamé: - Padre Moreno, usted que tan perfectamente describe a las moras, mejor sabrá retratar a una cristiana. Bien puede usted decirme, al menos, si la novia de mi tío está cebada con bolas de pan, o si tiene un talle esbelto y mono, como la palmera del desierto. Vamos, Padre...

Subíamos ya por el sendero peñascoso que linda con la cerca del Tejo. Allí no cabíamos bien los dos de frente. El fraile se volvió y se encaró conmigo para responder. Ya no le alumbraba el último reflejo del sol, como antes, pero aún entre la media oscuridad chispearon sus ojos cuando me respondió con inexplicable mezcla de donaire chancero y solemnidad entusiasta:

-Caballero, usted le ha de perdonar a un pobre fraile que se exprese como lo manda el hábito que viste y la regla a que obedece. De una mora, de tara infiel, yo puedo describir el cuerpo, porque si Dios se lo ha concedido hermoso, será lo único que se pueda alabar en ella, ya que el alma está envuelta en las tinieblas del error. Pero usted mismo ha dicho que la novia de su tío es una cristiana. Y a mí me consta que merece ese nombre tan... dispense si me expreso con demasiada vehemencia... iba a decir ese nombre tan sublime. De una cristiana, lo primero y acaso lo único que merece ensalzarse es el alma, y en mi boca sonarían mal otros elogios. ¡Un cuerpo que encierra un alma redimida con la sangre de Cristo! ¡Caramelo! No se lo voy a alabar a usted con palabras bonitas ni con flores retóricas. Con asegurarle a usted que su futura tía es en efecto una cristiana... he dicho cuanto tengo que decir.

-¿Tan buena es, Padre Moreno?

-Excelente, excelente, excelente.

El tono con que el fraile triplicó el adjetivo, no dejaba lugar a insistencia. Por otra parte, habíamos llegado al portón. Sin embargo, cuando el Padre agarró la aldaba, no pude menos de soltarle una preguntita insidiosa:

-¿Y usted, Padre Moreno... viene a la boda por pura amistad?

-¡Naranjas! -exclamó con el tono recio que suele darse a las interjecciones más castizas-. ¡Si vengo a echar las bendiciones!

- VIII -

El gran portalón se abrió. Estábamos en un patio, todo poblado de arbustos y tupido de enredaderas, que trepaban por la fachada de la quinta, sin dejar adivinar mucho de su arquitectura. Enredaderas y arbustos estarían cuajados de flor, porque allí olía a gloria, a ese perfume divino, inaccesible a la ciencia del químico y que únicamente destila en sus misteriosos alambiques la natura.

Sentadas en bancos de piedra y sillas metálicas, tomando la luna, vimos a unas cuantas personas que se levantaron al entrar nosotros y vinieron al encuentro del Padre con exclamaciones de júbilo. Como sólo a él hicieron caso en los primeros instantes, pude enterarme bien de la composición del grupo. En primer término mi tío, vestido de dril claro, próximo a una señorita de mediana estatura, de silueta elegante y airosa, que al ver al Padre exhaló un chillido de gozo. A la izquierda un señor ya machucho, calvo, con bigotes... el suegro, un curita sumamente joven, casi un niño, una muchachona espigada, como de dieciséis años, y una chiquilla que no pasaría de doce. Todos se apiñaban alrededor del Padre, dándole la bienvenida con guería confusa. Por fin se acordaron de mi existencia, y mi tío hizo la presentación:

-Señor de Aldao, el hijo de Benigna, mi sobrino... Carmiña, Salustio...

La futura tía me miró distraídamente. Absorbía toda su atención el Padre. Sin embargo, pasados algunos momentos, se volvió hacia mí para preguntarme «si vendría Benigna, que ella lo deseaba mucho». Disculpé lo mejor que supe la ausencia de mi madre, y la señorita de Aldao insistió en obsequiar al fraile. «¿Quería agua, naranjada, cerveza, Jerez? ¿Una copa de leche? ¿Chocolatito?».

-¡Hija! -gritó el Padre empujándola familiarmente, como el que se sacude una mosca-. ¡Si quieres darme algo que estime... caramelo! dame medio cigarrito, aunque sea de paja.

Chac... Rissch... Dos petacas, la del suegro y la del novio se abrieron a la vez, e inmediatamente se encendieron varias cerillas. Se llevó la palma un habano de mi tío.

-Puede usted fumarlo con satisfacción -advirtió este, que era muy dado a encomiar lo que regalaba-. Procede nada menos que de don Vicente Sotopeña...

-¡Ah! Pues ese los tendrá de rechupete... ¡naranjas con él!

-¡Siéntese usted, siéntese usted para fumar! -suplicaron todos.

Sentado ya, y con su puro entre los labios, empezó a satisfacer al pregunteo de cada quisque. Querían saber cuándo había salido de Compostela, y cómo quedaban los otros padres, y qué ocurría por allá. Yo me situé un poco aislado del grupo, vencido por una distracción rara, especie de embriaguez psíquica. Recostado en un banco, percibí que a mis espaldas se tendían como tapiz de seda verde las ramas de una enredadera magnífica, la *datura* o *trompeta del juicio final*; no se requería imaginación muy poética para comparar sus gigantescas flores blancas a copas llenas de esencia fragantísima. Entretejido con la *datura* se esparcía por la pared un jazmín doble. Aquellos olores, columpia dos por el vientecillo suave, me subían hasta el cerebro, hacían bullir la savia de mis veintidós años y me inspiraban furioso apetito de amor, pero de un amor muy superferolítico, muy delicado y profundo, exclusivo y resuelto a atropellar las leyes humanas y divinas.

Cuando mudamos de residencia -aunque nuestra suerte no cambie-; cuando penetramos en un círculo de gente nueva y desconocida, se nos exaltan la fantasía y el amor propio, y aquellas personas ayer indiferentes, nos interesan de pronto, preocupándonos mucho la opinión que de nosotros pueden formar y los sentimientos que les inspiramos. El empleado, el militar a quien destinan a lejana provincia, lleva una idea vaga del lugar donde va a residir: apenas sienta el pie en él, lo pasado se borra y lo presente le domina, con la poderosa fuerza de lo actual y el estímulo de la novedad y de lo ignorado. Así, yo, excitado por los nuevos horizontes, algo mortificado en el fondo del alma porque mi presencia pasaba totalmente inadvertida, me figuraba que de aquella gente, apenas entrevista, extraña para mí pocos momentos antes, tenía que salir algo decisivo para mi suerte o para mi corazón.

Empecé por figurarme que en el seno de aquella familia pacíficamente reunida *tomando la luna*, se desenvolvía un drama moral muy extraño, cuyo secreto poseía el fraile, de seguro. «En todas partes -meditaba yo borracho de esencia de jazmín- hay sus dramitas de entre bastidores y su crónica secreta. Allá en Madrid, en casa de la Josefa Urrutia, el drama tiene aspecto grotesco, pero no por eso deja de ser drama. Con la suerte y la vida de Botello se puede hacer el gran sainete dramático. Aquí, el conflicto, si existe, lo conoce el Padre Moreno. ¿Por qué se casa esta señorita, que parece tan distinguida, con el antipático de mi tíos? ¿Será verdad que la maltratan? No, mi misma madre, cuando la apremié, me ha confesado que eso es un dicho sin fundamento. Y estas mocitas que veo aquí, ¿qué papel componen? Y la concubina del señor de Aldao, ¿por dónde anda? Y en esa pareja de futuros esposos, reunidos en un sitio tan propio para excitar la fantasía y los nervios, ¿hay amor? y si no hay amor, ¿por qué hay boda?». »

De estas reflexiones me sacó repentinamente el joven curita, que acercándose me dijo en tono pueril y con dejo gallego que desempedraba:

-Perdone la curiosidad... ¿Es el hijo de doña Benigna?

-El mismo.

-¿Uno que estudia para *electro imántico científico*?

Como yo no comprendiese al pronto este conato de chiste, el curilla rectificó:

-Para ingenioso, digo, para ingeniero.

-¡Ah! sí.

-Pues cuénteme entre sus servidores. ¿Quiere algo? ¿Esta cansado? ¿Fuma?

-¿Y usted, es el párroco de San Andrés de Louza? -le pregunté a un vez, por decir alguna cosa menos incoherente.

Con la más injustificada familiaridad, el curilla me puso una mano sobre la cabeza, y forzándome a bajarla hasta tocar con las rodillas, chilló:

-Bájese... bájese vucencia, que no está tan arriba... ¡Párroco! ¡Ay! Con clérigo *contantaverit mihi*... No he pasada por ahora de aprendiz, es decir, de recluta en la milicia sacra.

Sentose a mi lado y comenzó a referirme mil insulseces, a que presté muy poca atención, porque, a la verdad, pensaba en otras cosas bien distintas; y entre tanto fue llegándose la hora en que la caída insensible del rocío y la humedad que impregna la atmósfera hacen desagradable en Galicia permanecer al raso; y el amo de la casa, levantándose, nos hizo entrar y subir a una salita muy adornada de cortinajes de cretona, de donde pasamos al ancho comedor, en que nos esperaba la cena, servida por dos criados, el uno con trazas de gañán mal desbastado aún, el otro algo más pulido, bajo la dirección de una vieja obesa que arrastraba los pies y que se me figuró, a pesar de su ruinoso físico, la ex-odalisca del señor de Aldao. Las dos muchachas entrevistadas en el patio se habían evaporado: no aparecieron en la mesa ni en la sala.

Sentado frente a la novia, cuyo rostro iluminaba de lleno la luz de la lámpara, satisfice ansiosamente la curiosidad de mirarla: le bebí el rostro. Al pronto di la razón al Padre Moreno: ni era fea ni bonita. Su cuerpo, elegante y cimbrador, valía más que su cara, de las que se llaman de perfil acarnerado, desprovista de ese esplendor de la tez y esa corrección de facciones que son elementos primarios de la belleza. Pero al cuarto de hora de examen, ya me inclinaba a votar, si no por la hermosura, al menos por el inexplicable encanto de la novia. Al abrir sus ojos negros, de mirar apasionado; al sonreír; al volverse para contestar a una pregunta, la movible faz se animaba, la vida corría por aquellas facciones que yo siempre imaginara plácidas y frías, a pesar

de haber visto ya en su retrato, a la luz de un farol madrileño, el no sé qué del alma. Carmiña Aldao se reía poco, y sin embargo no parecía triste; había en ella la animación de la voluntad. Hasta extremosa me pareció, cuando, terminada la cena, y sacando yo del bolsillo el estuche con mi finecita, se deshizo en elogios de la pobre joya.

-¡Ay... qué cosa de tanto gusto! Papá, mire usted... Felipe... Es una monada. ¿Y lo escogió usted mismo? ¡Un estudiante! Vamos, que ya se le pueden hacer encargos. Nada, es precioso.

También el Padre Moreno metió su cucharada en lo del imperdible.

-¡Hombre! Bonito de veras. Así hacen los poderosos. Los frailes no nos atrevemos a corrernos tanto: nuestros obsequios son más sencillos...

Diciendo así fue a buscar un saco de camino, su único equipaje, que había traído un muchacho desde San Andrés de Louza, y extrajo de él una cruz de nácar, de esas de Jerusalem, que aunque modernas tienen tallada con cierta rigidez bizantina la figura del Crucificado. Mediría media vara de altura.

-Es lo único que puedo darte, hija. La cruz viene tocada a la piedra del Gólgota, donde plantaron la de Nuestro Señor.

Nada respondió la novia: con movimiento rápido se inclinó y besó ardientemente no sé si el regalo o la mano que se lo ofrecía. El fraile iba extrayendo del saquillo variedad de rosarios, unos de nácar, otros de huesos negruzcos, pasados por un cordel, sin engarzar todavía.

-De los olivos del monte Olivete -dijo desenredándolos y repartiendo a los que estábamos presentes. Cuando llegó mi turno, debí de hacer algún movimiento de sorpresa, porque el fraile me preguntó con hidalga cortesanía:

-¿No lo quiere usted? Las cosas se toman como de quien vienen; nosotros somos pobres de oficio, y no podemos ofrecer dádiva de mayor valor material, caballero don Salustio.

Guardé el rosario, algo sonrojado de la lección. Había venido gente de San Andrés para ayudar a pasar la velada y hacer la partida de tresillo: el párroco, el boticario, el ayudante de Marina. Me brindaron con el cuarto lugar en la mesa, pero rehusé: temía perder y encontrarme sin dinero en casa extraña. Mi tío, sentándose al lado de su prometida, pegó la hebra; el Padre Moreno se retiró a rezar horas, y yo volví a encontrarme entregado al aprendiz de clérigo.

-¿Dónde está mi cuarto? -le pregunté- ¿usted lo sabe? De buena gana me recogería.

-No lo *sabo*... pero el que tiene lengua va a Roma. Véngase usted. Agárrese a mi dedo meñique.

Cruzamos el comedor. La lámpara ardía aún, y la vieja presenciaba la operación de alzar los manteles, trasegar vasos y platos y recoger postres. Volví a fijarme en la sultana retirada. En otro tiempo de fijo pasaría por buena moza: hoy el pelo escaso y gris, la tez erisipelatosa y el exceso de obesidad la hacían abominable. Parecía laboriosa, regañona y al par humilde, resignada con su papel de escalera abajo. El curilla, para dirigirle una pregunta, le apretó el brazo derecho.

-¡Ay! Serafín, estese quieto... ¡Qué chanzas gasta más indecentes! ¡Vaya que ser!...

-Mulier, en usted se puede pellizcar sin reparo, que usted es ya contra toda tentación... ¿Dónde está el cubículo, alias dormitorio, de este señorito?

-Mismo al lado del de usted... Dios le dé paciencia al infeliz para aguantar vecindad semejante... ¡Candidiña, Candidiñaá! Una luz... alumbró a estos señores...

Apareció, palmatoria en mano, la mozuela espigada de antes, fresca, rubia, de facciones inocentes y aún algo bobaliconas, como de querubín de retablo, pero de ojuelos maliciosos, parleros, que ella procuraba entornar para que no la delatasen. Echó delante, y haciéndonos subir una escalera bastante pina, nos condujo a nuestros cuartos, situados en la parte alta de la torre, y separados uno del otro por un pasillo estrecho. Estas habitaciones, a las cuales no alcanzara la recomposición general dada por el señor de Aldao a la quinta, tenían aspecto de vetustez, y probablemente en circunstancias normales sólo servían para almacenar la cosecha de calabazos o castañas. Los muebles se reducían a la cama, dos sillas, una mesita y un palanganero. La mozuela, dejando la palmatoria sobre la mesa, advirtió:

-Allí Serafín y aquí usted. Bien anchos están.

-Aún cabes tú, muliércula -advirtió desvergonzadamente el aprendiz de clérigo. La muchachuela pestañeó, soltó la carcajada, amenazando con la mano a Serafín; pero instantáneamente, volviéndose a mí, adoptó continente modesto y preguntó en tono humilde si mandaba algo. Contesté que deseaba recado de escribir, y dijo que iba volando por un tintero. Como se llevó otra vez la palmatoria, me quedé casi a oscuras, alumbrado sólo por el reflejo de la luna.

Me asomé a la ventana. En primer término vi extenderse enorme masa oscura, especie de lago vegetal, que parecía un solo árbol, aunque me lo hiciese dudar su magnitud. A lo lejos la ría brillaba como traje de raso gris salpicado de lentejuelas de plata; el creciente se multiplicaba en su seno y el ruido imperceptible del manso oleaje se confundía el del viento nocturno que estremecía las ramas próximas. Un aire húmedo y refrigerante acariciaba el rostro. Candidiña interrumpió mi contemplación colándose sin pedir permiso, trayendo en una mano el tintero, que casi rebosaba de tinta; en otra, además de la luz, papel, sobres, un cabo de pluma, un cucurucho de arenillas.

-Dice tía Andrea que tiene que dispensar, que todo viene así... cachifollado. Dice que mañana sin falta le dará la salvadora. Dice que en la aldea hay que perdonar muchas cosas.

Empecé a disponer lo necesario para escribir a Luis Portal, pero la muchacha, en vez de marcharse, quedose allí plantada, contemplándome como si mi persona y mis actos fuesen asunto de gran curiosidad. Cuando se inclinó por encima de mi hombro para fisgonear cómo disponía yo el papel, diciendo con asombro casi infantil y dejo gallego riberano muy dulce: «¡Ay! ¡y va a escribir ahora, tan tarde como es!», me cruzó a mí por la imaginación un capricho y por los nervios una corriente que reprimí con el esfuerzo relativo que cuesta desechar las sugerencias puramente físicas. «Cuidadito, Salustio... Hoy estás muy alborotado... Ándate con pies de plomo...». Por decirle algo a la mozuela, pregunté:

-¿Es un solo árbol eso que se ve desde la ventana?

-¿Pues no sabe que es el Teixo?

-¡Un tejo solo esa inmensidad! ¡Santa Bárbara! Cogera media legua de circuito.

-¡Media legua! ¡Ay qué risa! No sea ponderativo. Media legua aún no la hay de aquí a San Andrés. Pero mire, tres pisos los tiene.

-¿Tres pisos un árbol?

-¡Ay! sí, ya lo verá. En uno se baila, en otro se toma el café, desde el otro se ve muchísima tierra... y la ría, y todo.

- IX -

Facsímile de una carta a Luis Portal.

«Chacho: aquí estoy a tus órdenes en el Teixo, quinta del papá de la novia de mi tío... ¡atiza! que se llama así, no el tío, sino la quinta, a causa de un tejo colosal que según fama tiene tres pisos, tantos como la mejor casa de Orense. Como acabo de llegar no puedo decirte aún lo que opino de la novia y gente que la rodea: esta gente es el papá, una vieja que tuvo que ver con el papá, y dos niñas hijas o sobrinas de esta vieja, una de ellas ya en sazón, y que aunque se llama Cándida... en fin, punto y aparte. La futura tití es una señorita de aire elegante, con una cara que agrada si se mira despacio: los ojos buenos, y hasta buenísimos. No sé si está enamorada, pero se muestra bastante cariñosa con mi tío. Hijito, vuelvo a mi tema. ¿Concibes tú que una mujer decente y honrada (dicen que mi futura tía lo es) se case así, por casarse, con semejante hombre? ¿No habrá allá en su corazoncito una historia secreta? ¿O es que en fuerza de su pureza misma, se figurará que casarse con un hombre se reduce a salir con él del brazo?

»La cosa me preocupa, porque en poquísimo tiempo he formado de Carmiña Aldao una idea particular, gracias a informes que tomé de un fraile... ¿No sabes? Chachote, he viajado con un

fraile, un fraile de verdad, un franciscano descalzo y todo. Y puso a mi futura tía en las nubes. Me dijo que era el modelo de la mujer cristiana. Esto en boca de un fraile...

»¡Si vieses qué tipo curioso es el tal Padre Moreno! Hombre más corriente, más llano, más simpático, no lo ha echado Dios a este mundo. Me tiene atónito. Ni se asusta de nada, ni es intolerante, ni rehuye ninguna conversación de las admitidas en sociedad, ni le trata a uno despóticamente, ni incurre en piadosas gansadas, ni hace cosa que no resulte cordial, discreta y oportuna. Por esto que te digo no creas que el fraile me la pega. Lo que es pegármela... Al contrario: me escama terriblemente ese mismo don de captarse las voluntades, empezando por la mía. Le observaré, y poco he de poder si no le arranco la careta. ¿Qué se propondrá ese tíos? ¿Catequizar mejor? Porque no hay duda que con un carácter y modales como los que gasta, se adquieren amigos y ascendiente. ¿O tal vez disimular propensiones no muy conformes con el sayal? Porque o es un santo o es un hipócrita, aunque de distinto corte que los hipócritas conocidos hasta el día. ¿Te crees tú, chacho, que un hombre puede vivir así, rodeado de *sirtas* y *escollos* y sin tropezar en ellos? Pase el voto de pobreza, porque he visto que en efecto no llevaba ni con qué comprar un pitillo: pase el de obediencia, porque también los militares obedecen a sus superiores; pero lo que es el de castidad... Vamos, que si lo cumple... ¿Verdad que no cuele, chacho?

»Ya supondrás que mi tío está todo lo amartelado que puede. A decir verdad, la novia se parece una ganga para él. Este señor de Aldao no tendrá mucho parné, porque dicen que es amigo de figurar, y que la quinta le consume dinero, y que el hijo casado le da sus sangrías; pero así y todo, siendo mi tío quien es, me parece que ha logrado lo que nunca debió prometerse.

»La boda será pronto: el día del Carmen. Mi tío duerme en la casa del boticario de San Andrés: yo, como no soy el novio, tengo hospedaje en el Tejo. Ya te contaré lo que ocurra. Escríbeme, chachiño, holgazán. Ahí estarás rumiando tus oportunismos y tus componendas con todo Dios y hasta con el diablo. ¡Eres más trucha! Se me olvidaba. Rompe esta carta... aunque, con tus mañas de prudencia ya habías de hacerlo sin que yo te lo encargase».

Había terminado, y hasta cerrado el sobre, por fortuna, cuando se metió campechanamente en mi dormitorio el aprendicillo de clérigo. A no mediar ciertas circunstancias que ya saldrán a relucir, no recordaría yo con tanta exactitud la silueta de aquel eclesiástico *in fieri*; pero conviene decir que tenía una especie de hocico de roedor, boquilla sin labios que al reír descubría los dientes careados y mal puestos, nariz roma y menuda como pico de garbanzo, unos ojos sorbidos hacia el meollo (el cual debía de ser poco mayor que el de un gorrión), tez blanca y salpicada de anchas pecas, rostro imberbe, cabellera, cejas y pestañas rojas. Podía clasificarse su tipo físico entre el del bobo de comedia y el mico malicioso. Dudaba yo si encontrarle cara de simple o de trasto. Al mismo tiempo había en él algo de persistencia de la infancia, tan a la vista, que impedía tomar por lo serio sus palabras ni sus acciones.

-¿Se baña? -me preguntó hablando en impersonal, según costumbre.

-¿Que si me baño

-En el mar, señor. En San Andrés. Porque yo bajo todos los días a la playa, y puedo acompañarle.

-Bien, convenido; nos remojaremos.

-Ya me parecía a mí que le iba a petar eso del baño. Su tío también se remoja todas las mañanas. Hace como el bacalao. Ni por esas está más fresco. ¡Gui, gui!

-Lo malo es que no tengo traje de baño.

-¡Ay! Yo *tampuerco*. Si es tan melindroso... Con irse a un rinconcillo detrás de unas peñas...

-¡Hombre!

-O con llevar unos calzoncillos de repuesto...

-Vamos, así pase.

A todas estas el cleriguín (mejor le llamaría el monago), se arrellanó en la silla con trazas de no despegarse en toda la noche. Yo comprendí que era preciso tomarle a beneficio de inventario, y desnudándome rápidamente, me deslicé en la cama.

-¿Tiene *soneca*? -preguntome Serafín arrimándose al lecho y pegándose, con la mayor confianza, un pellizco monjil en un hombro y una sobadura en los carrillos. Chillé, y por instinto devolví un coscorrón formidable, lo cual le hizo estallar en convulsiva risa: «¡Gui, guiii guiii!». Empeñose después en averiguar experimentalmente si yo tenía cosquillas, y también si tenía mimo, para lo cual me apretó fuertemente el dedo meñique. Aquella extraña familiaridad, más propia de criatura de seis años que de hombre, y particularmente de hombre que aspira al sacerdocio, ejerció sobre mí el irresistible contagio de un desprecio cómico, y en el fondo indulgente, y amenacé al monago con tirarle una bota si no se estaba quietecito. La amenaza surtió efecto; Serafín se calmó, y echándose como un perrillo atravesado a los pies de mi cama, me dijo que no tenía sueño, que lo que apetecía era charlar un poco. Le autoricé a que charlase, y nunca se cumplió programa alguno más al pie de la letra. Salió de aquella boca un río de tonterías y despropósitos, de inocentadas ridículas, mezcladas con golpes de ciencia teológica y rasgos de malicia grosera tan certeros a veces, que me sorprendían, dejando pendiente el problema de si aquel tipo era rematado imbécil o larguísimo truhán.

-Conque de Madrí... ¡Ay, qué gusto será Madrí! Yo no fui nunca. No hay cuartos para el *ferrancho-ferril*. ¡Cuartos! Quién los viera. Límpiate, Serafín, que estás de huevo. Y en Madrí, ¿las calles son... así... como las de Pontevedra? ¡Ca! El *empiedrado* será de *marmole*... Bueno, ¿allí también se va la gente al otro mundo rabiando o cantando, verdad? Pues entonces no les tengo miga de envidia a los madrileros. Ante la muerte todos iguales, señorito. ¿Y usted para qué estudia? ¿Para esos que hacen *ferriles* y *viraductos* y *tunantes*, digo, *toneles*? ¡Ah! Entonces tenemos que darle vucencia. Será ministro de la ministración y me hará a mí canónigo electoral,

digo, lectoral. Aunque yo sirvo mejor para penitenciario, porque soy una penitencia. Y usted, aunque llegue a ser más ingeniero que el que discurrió la condenada ingeniería, no hará la carrera de su tío. ¡Hacer!... No, su tío sabe: es peje. Nadie le saca a don Vicente Sotopena la nata como él. Los solares ya fueron buena tajada, y ahora le alquilan la casa para correo y le pagan de alquiler un millón de duros... ¡gui, gui! luego, cuando hay *eleuciones*, nos viene a jonjabar a los cerdotes... bueno, a los que seguimos la sacrosanta carrera del sacerdocio... Pero lo que le dijo un cerdote amigo mío: ¡Arre allá, *vade retro, exorciso te*, que el liberalismo es pecado, y al que lo dude le paso por las narices la doctrina fundamental *de fide*, expuesta por el santo Concilio Vaticano! Aquí no somos de esos paladares estragados por salsas mestizas! ¡Gui, gui, gui!...

-¿Y tú, cómo piensas en política? -pregunté resolviéndome a tutear al monillo eclesiástico.

-¿Yo? ¿En política? No cabe en pechos nobles más que una opinión...

-Sepamos qué opinión cabe en pechos nobles.

-Pues lo diré por boca del que supo lo que se decía: *Nequit idem simul esse et non esse*: ¿lo quiere más claro? Yo no soy partidario de la Iglesia liebre en el Estado galgo. *Quod semper, quod ubique, quod ab omnibus*.

-Habla en cristiano o siquiera en gallego. ¿Eres carcunda?

-*Ego sum qui sum*; es decir, ¡ojo con las mesticerías y los distingos y las transacciones! A su señor tío don Felipe se lo canté muy claro; y también a don Román Aldao, que es un valiente farolón y anda lampando por el título de Marqués del Tejo, o al menos por una gran cruz. Dicen que el yerno se la trae de regalo de boda. *Vanitas vanitatis*, gori gori. También el hermanito de Carmiña pide teta: ese quiere la chupandina de la Administración del Hospital... creo que engordan mucho las cataplasmas...

-Cállate, que me revuelves el estómago.

-No las catará, que el cuñado le tiene tema. No hará el caldiño con harina de linaza, ni les echará en el puchero a los pobres enfermitos gallinas de boj, para figurar. El tío Felipe es de recibo. Sirve. Y vergüenza, ni tanta. Con ir a casarse y con todo, aún corre detrás de Candidiña por la era. ¿Piensa que no? Candidiña también es doctora. Ya sabe más que muchas viejas. *Ne attendas fallaciæ sapientes*.

-No calumnies a mi tío, miquín -exclamé impulsado por la curiosidad, pues se me figuraba que aquel bobillo, en bastantes ocasiones, no dejaba de dar en el clavo-. ¿En la misma presencia de su novia iba a andar siguiendo chicuelas?

-Sí, sí, fíese... Si viese a otros vejestorios que ya no pueden con los calzones ir detrás de la monicaca... *Vium et mulieres apostatare faciunt sapientes*, como dijo el otro. La Cándida les da

cuerda: y no piense que es por gastar tiempo. Le digo yo que Cándida sabe donde echa el anzuelo. A Carmiña le va a salir de detrás de una berza una madrastra.

Me incorporé sorprendido.

-¿Pero y esa Candidiña, no es... no es hija de...?

El monago pegó un chillido.

-¡Gui, gui! pensaba que... (hizo ademán de juntarlas yemas de los dedos índices). No, hombre, no... Ni Candidiña ni la otra pequeña son *higas* de la higuera de doña Andrea... Son sobrinas... Yo conocí a su papá, que era general... digo, cabo de carabineros. La vieja cargó con ellas porque se murieron los papás. Y a fe que la rapaza... acuérdesese que se lo dice Serafín Espiña... no se va tras los amoríos por la *concupiscentia carnis*... Esa quiere arrastrar un rabo de seda... Si vivimos hemos de ver milagros.

- X -

A la mañana siguiente nos bañamos en la preciosa playa; nos paseamos por San Andrés, dándonos tono, pues nuestra presencia era acontecimiento en el pueblecito, visitamos la iglesia parroquial, cogimos lapas, nácaras y bocinas, y a las nueve estábamos en el Tejo, dispuestos a despachar el chocolate. El Padre Moreno no nos acompañara: prefería el baño por la tarde, pues no le gustaba prescindir de su misa. Mi tío no se había presentado aún, ni vendría hasta la una, hora de comer; y Carmiña, libre de la obligación de charlar con su novio, me prestó atención, y hasta me dio indicios de confianza y afecto.

-Anoche se retiró usted temprano porque se aburría. No sabemos realmente con qué divertirle, y si usted no procura buscarse entretenimiento... En el campo...

-No se apure por eso, Carmiña. El campo me gusta muchísimo. Nunca me aburro en la aldea. Este sitio es precioso. Hoy, tomé un baño más rico...

-¿Y esa ingrata de Benigna? ¡Cuánto siento que no venga! Es muy simpática su mamá de usted, y yo siempre la quise. Ahora... con más razón.

-Ya ve usted... A mamá no le es fácil moverse. Nunca falta que hacer por allá...

Después de estos lugares comunes, mi futura tía y yo nos quedamos hechos unos páparos, sin saber qué decirnos. Ella, al fin, discurrió un acto de cortesía y amabilidad.

-Como me trajo usted una fineza tan mona... ¿quiere ver las demás que he recibido? Las tenemos en una habitación aparte, porque si no, las chiquillas son tan curiosas y tan amigas de revolver, que... Por aquí.

Echó a andar y yo tras ella: en el bolsillo de su traje, al compás de sus pasos, sonaban varias llaves, haciendo una musiquilla graciosa, familiar. Sacó el manajo, y abierta la puerta misteriosa, recorridas las cortinas, brotaron en todo su esplendor las magnificencias del equipo.

Cuando digo magnificencias, no hay que entenderlo en sentido absolutamente literal, porque bastantes objetos olían a provincia, y otros, aunque de origen madrileño, no eran de exquisito gusto, al menos según puedo yo juzgar de estas materias. La novia iba explicándome todo. Aquel vestido de raso negro, con bordados de azabache, era regalo del novio, como también los pendientes de la perla rodeada de brillantes. Papá se había despilfarrado con un traje azul marino, seda rica, muy buena combinación de brochado; y por allí andaban los sombrerillos correspondientes. Otro traje pareció muy lindo a mis ojos profanos: de seda blanco hueso, lucía delante una sutil red que imitaba perlas, una preciosa cola, y dos grupos de hojas y flores colocados con exquisita gracia. Este -declaró Carmiña- era una inutilidad, un capricho de la señora de Sotopeña, encargada en Madrid de la elección de las galas, y que se había empeñado en que la novia no podía estar sin un traje de sociedad. Las joyas ofrecidas por el papá eran arreglo de un aderezo antiguo: había un hermoso broche y no sé qué otras menudencias. La familia Sotopeña había contribuido con un abanico riquísimo, la Vicaría de Fortuny, varillaje de concha. El hermano de la novia, un brazalete bastante cursi... Después, una serie de joyeros, álbumes, cacharros, los mil cachivaches tan vulgares como inútiles, que sólo se compran y venden a pretexto de santos y bodas... Detrás de ellos, en un rincón, como avergonzado, descubrí un objeto rarísimo: una ratonera enorme...

-¿Pero quién le ha regalado a usted esto? -pregunté sin contener la risa.

-¿Quién había de ser sino Serafín? -respondió acompañándome en mi hilaridad.

-¿Pero es posible?

-Y venía tan ufano. Quisiera que usted le viese, con su ratonera enarbolada, diciendo: «Esto al menos sirve de algo».

-¿Pero ese Serafín es tonto, o loco, o qué es?

-En mi opinión, no ha pasado de chiquillo. Su corazón no es malo, y a veces tiene dichos de persona lista. Pero a los dos minutos se le va el santo al cielo, y habla mil simplezas. Acertará por ejemplo en un punto de teología o de moral -esto lo sé porque lo dice el Padre Moreno- y en cambio es tan romo para las cosas más sencillas, que una vez que le pusimos delante unas despabiladeras encargándole que despabilase una vela, las cogió, las estuvo mirando, mojó los dedos con saliva, despabiló con ellos, y abriendo las despabiladeras metió dentro el pábilo, diciendo muy ufano: «¡Bien te entiendo, cajetilla!».

Nos duraba la risa de esta anécdota cuando salimos al jardín. La futura tití me enseñó las dependencias, el gallinero, los establos y la huerta, convidándome a probar la fruta del cerezo dulce, a coger flores y a ensayar los trapecios y el columpio. Por allí se apareció el Padre Moreno, reposado, comunicativo, y aun bromista. Me interpeló acerca de ciertas personas que habían preferido remojarse a oír misa frailuna; de Serafin, que no había sido para hacer de acólito; de nuestro paseo triunfal por San Andrés. A su vez, no tardó en presentarse el señor de Aldao. Venía atusado, engomado, con los bigotes teñidos, el cráneo luciente como una bola de billar; pero se me figuró una ruina, bajo la sombra verdosa del quitasol abierto. Preguntome si «lo había visto todo» con el tono de un Médicis que se informa de si un extranjero ha visitado detenidamente sus palacios y galerías. Y enseguida añadió:

-¿Qué me dice usted del Tejo? ¿El Tejo famoso?

-¡Ah! cosa magnífica, sorprendente.

-¡Oh! el año pasado estuvo aquí un marino de la escuadra inglesa... Entusiasmado: empeñado en fotografiarlo. Se llevó más de diez fotografías, tomadas de distintos puntos. Don Vicente Sompeña me ha asegurado que Castelar, en el discurso de los Juegos florales, al hablar de las bellezas y maravillas de Galicia, también sacó a relucir el Tejo... Gran orador es Castelar ¿eh? Florido, sobre todo: florido.

El señor de Aldao me pareció una de esas personas que llevan la vanidad (algo escondida en los demás hombres) por fuera y completamente a la vista. Supe después que en efecto, siempre había pecado de vanidoso, y puesto la vanidad en las cosas más realmente vanas, más huecas y exteriores. Cuando joven presumía de buen mozo, del género empalagoso, con bigotes retorcidos y cejas tiradas a cordel. Luego le picara la tarántula de la nobleza, y durante una larga temporada le diera por usar a cada triqui traque el uniforme de maestrante de Ronda y soñar con el marquesado del Tejo. Al tal marquesado le hizo una corte platónica, arrojándose mucho a los gobernadores civiles cuando lo deseaba de Castilla, y a los obispos cuando lo quería palatino. Este conato de haitianismo se frustró enteramente. Ya llegado a la vejez, el poderío extraordinario, el dominio absoluto que ejercía sobre la provincia y sobre mucha parte de la región gallega don Vicente Sotopeña, habían hecho comprender al señor de Aldao que en nuestra época la importancia social no se funda en pergaminos más o menos rancios. «En el día la política -solía decir él- lo absorbe todo. El que puede repartir con la derecha confites, latigazos con la izquierda, es el verdadero personaje». Esta apreciación había influido bastante en la buena acogida que mereció al papá de Carmiña Aldao la candidatura matrimonial de mi tío. Vio en ella el asidero por donde agarrarse a una puntita del faldón del gran Santo galaico, y satisfacer multitud de miserables ambiciones que guardaba en conserva años hacía y que ya iban avinagrándose; lo de la gran cruz, la despertadora del expediente de una carretera que dormía el sueño de los justos, y no sé qué otras menudencias relacionadas con la Diputación Provincial y la contrata.

Por mucho que descendamos a bucear en ese abismo laberíntico llamado el corazón del hombre, jamás lograremos desentrañar la razón de ciertos sentimientos inconfesables. La

envidia, la competencia y la emulación, exigen, al parecer, alguna analogía, y no se comprende que estas malas pasiones se desarrollen cuando no existe la menor paridad entre el envidioso y el envidiado. ¿Ha de envidiar a la Patti una tiple de zarzuela, a la reina una modesta señora de la burguesía? Pues las envidian, no cabe duda; y desde la penumbra en que viven tratan de echar un rayito de luz que compita con el del astro. Así don Román Aldao, caballere de provincia, poseedor de una renta mediana, se permitía a veces sus pujos de competencia... ¿con quién? con don Vicente Sotopaña, el renombrado político, la lumbrera del aula de Derecho, el famoso Santo, el gran cacique de Galicia, el jurista abrumado de negocios suculentos, el poderoso, el millonario, la influencia universal. ¿Y en qué terreno quería don Román eclipsar a Sotopaña? Pues en el de sus respectivas quintas. Don Vicente poseía en las inmediaciones de Pontevedra una especie de sitio real, descanso de sus fatigas y solaz en sus contados ocios: y cada vez que el señor de Aldao oía hablar de la soberbia villa, de su vega de naranjos, de su bosque de eucaliptos, de sus estatuas de mármol, de su capilla de estalactitas, de su magnífica verja, y de otras mil preciosidades que el Naranjal luce, torcía el gesto, se contraían sus labios con el mohín de la vanidad mortificada, y preguntaba a sus interlocutores: «¿Qué le parece a usted del Tejos? ¿De mi Tejo? Un marino de la escuadra inglesa, entusiasmado, empeñado en fotografiarlo...» etc., etc.

Embellecer su finca, a imitación del Naranjal, era pues la ilusión irrealizable de don Román Aldao. La naturaleza era cómplice de este ensueño, porque además de haber criado aquel Tejo gigante y único, desplegaba en torno de él cuantos hechizos suele desplegar en el rincón de paraíso que se llama las Rías Bajas. El sol, el mar, el cielo, el clima, las playas, la vegetación de comarca tan espléndida, hacían que el Tejo, sin poder compararse al Naranjal en lo que depende de la mano del hombre, fuese un oasis. Puede el arte ostentarse en el campo, pero el mayor atractivo de una quinta pende siempre de la naturaleza. Don Román no lo entendía así. Del campo, no sentía la inefable dulzura y reposo que infunde olvido de la vida social, sino al contrario, la apariencia y el bullicio, las glorias de propietario y anfitrión y sobre todo, el pugilato de vanidad, tan ridícula por su impotencia. Claro está que Aldao no intentaba copiar esplendores como la famosa capilla de estalactitas, tan ensalzada por cronistas y viajeros; pero si en el Naranjal se estrenaba un amplio merendero emparrado de jazmín, pongo por caso, ya estaba don Román ideando un chocolatorio raquíptico todo cubierto de madre selva. ¿Que en el Naranjal colocaban estatuas preciosas? Pues el señor de Aldao salía con sus bustos de yeso, sus «cuatro Estaciones» o su grupo de «amorcillos» y me los plantificaba en mitad de un prado o de un espaller. ¿Que en el Naranjal instalaron una estufa caliente, con sus *encefalartus*, sus gomeros, sus helechos, sus orquídeas? Cátate al señor de Aldao adquiriendo de lance en Pontevedra la mayor cantidad posible de vidrieras de desecho, para armar un invernáculo barato, atestado de las ya insufribles y acartonadas begonias. ¿Que en el Naranjal había mesas y bancos rústicos traídos de Suiza? Pues el señor de Aldao enseñaba al carpintero de su aldea a aserrar por la mitad las piñas y a armar con troncos de pino cada asiento y cada mueble. ¡Y por último... el Tejo!

El primer día de mi estancia en el Tejo vino a comer gente de Pontevedra: Luciano, hijo mayor del señor de Aldao, con su niño, que podría tener entonces cosa de cuatro años de edad, y un diputado provincial llamado Castro Mera, a la sazón el mayor amigote de mi tío, jefe de la fracción que representaba su política en el seno de la Asamblea pontevedresa: porque todo es

relativo, y en Pontevedra había *los* de mi tío, y la política propia de mi tío, gobernada por los rígidos principios que el lector supondrá. Acudió asimismo el director del *Teucrense*, periodiquito afecto a mi tío entonces, aun cuando seis meses antes le tiraba a codillo; pero para tales cancerberos hay tortas mágicas. Hablase mucho de la consabida política local, tan menuda, que rayaba en microscópica.

El café se tomó en el Tejo. Con este motivo fijé la estación en aquel respetable patriarca de los vegetales, llamado a ejercer alguna influencia en mi destino. El tronco, enorme, rugoso, caprichosamente veteado de musgo y con la corteza, a pesar de los años, viva y sana, soportaba bien el peso de la majestuosa ramazón del gigante de la Ría, según le llamaban en estilo poético los revisteros de Helenes y los corresponsales de diarios madrileños cuando venían a veranear. La manera de crecer y extenderse aquel ramaje, su intenso y oscuro verdor, tenían algo de bíblico y solemne. Era imposible mirar al Tejo sin profunda veneración, como símbolo de la naturaleza exuberante y maternal que había dado de sí tan soberana criatura.

El Océano, enamorado de la gentileza de Galicia, la ciñe amoroso con sus olas, la besa y orla con sus espumas, la rodea, la acaricia, y tiende hacia ella una mano azul ávida de palpar las suaves redondeces de la costa: los dedos de esta mano son las Rías. En las Rías el aire es más puro, más tibio, más fragante; la vegetación más lozana y meridional. Aquel Tejo, rey, de los otros árboles, sólo al borde de una Ría y en terreno fecundado por ella pudo desarrollarse con tal señorío y pujanza. Él era el verdadero monumento de la región. Daba nombre a la quinta; servía de faro a los lancheros y pescadores, cuando dudaban al orientarse hacia San Andrés; desde lo alto de su copa se dominaba la perspectiva, no sólo de los pueblecitos riberaños, sino del grupo de islas, las famosas Casitérides de los antiguos geógrafos, y la extensión ilimitada de un mar casi helénico por su serenidad y belleza. Para construir en el Tejo los tres miradores sobrepuestos que lo adornaban, no se había requerido gran habilidad ni ciencia arquitectónica, bastando con aprovechar la gallarda horizontalidad de sus ramas y construir sobre tan robusto apoyo unas plataformas circulares, que le guarnecía alrededor balaustre ligero.

La escalera, de caracol, encontraba natural sostén en el mismo tronco del gigante. La espesura del ramaje era tal, que desde el suelo no se distinguía a los que tomaban café o refrescaban en el segundo piso, ni a los que danzaban en el primero; y quien se encaramase al tercero, necesitaba asomarse al mirador practicado entre las ramas para ser visto. Cada piso tenía su nombre. El primero se llamaba «el salón de baile»; el segundo «el cenador» y el tercero «Bellavista». Y en casa de Aldao se oía a menudo preguntar: «¿Subiste hoy a Bellavista?». «No, me quedé en el salón de baile». A la verdad, el salón de baile -preciso es reconocerlo aunque el señor de Aldao se desazone- no admiraba por su magnitud. Con todo, alcanzaba para que se bailase desahogadamente un rigodón, a los ecos del piano que para estas solemnidades era llevado al jardín. Y no carecía de encanto danzar bajo el toldo verde, entre paredes verdes también, que apenas filtraban la luz solar. El salón retemblaba mucho; semejante ejercicio era bailar y columpiarse.

- XI -

Aquel día, cuando subimos a tomar café al «cenador», donde ya a prevención había sillas, bancos y veladores rústicos en cantidad suficiente, el Tejo estaba más atractivo que nunca. Una brisa fresca, procedente de la Ría, hacía ondular ligeramente las ramas; el sol, hiriendo de lleno su copa, la doraba y arrancaba del árbol ese perfume penetrante y algo resinoso que aumenta en nuestro corazón la embriaguez de la vida. La altura a que nos hallábamos suspendidos podía persuadirnos de que éramos aves; a mí se me ocurrió que los pájaros tenían bien grata morada en el seno del coloso; y de repente, como si la naturaleza se complaciese en infundirme uno de esos deseos imposibles de satisfacer con que ilude a los mortales, me entraron ganas, mejor diré ansias y soledades de volar, de perderme en aquellos espacios azules, puros e inmensos que veíamos al través de las aberturas que siempre ofrece el ramaje. Cuando noté que estaba envidiando a las gaviotas que allá a lo lejos descendían sobre los peñascos de San Andrés, me acusé de insensato y haciendo un esfuerzo atendí a la conversación.

Llevaba la voz cantante, como no podía menos de suceder, el Padre Moreno, afirmando una vez más a su auditorio que él se había encontrado siempre mejor en Marruecos que en España; mejor entre moros que entre cristianos «de estos de por acá».

-No crean ustedes -apresurose a añadir- que en África hacemos vida regalada los frailes. Si allí me hallo más a gusto, es porque aquella pobre gente se desvive por uno y le manifiesta gran respeto. Yo aprendí el árabe, aunque no como mi hermano en religión el Padre Lerchundi, lo bastante para entenderme. ¡Pues si viesen ustedes qué útil me fue! Para aquellos infelices es una recomendación el habito. Nos llaman, en su idioma, santos y sabios... ¡Lo mismito que por aquí!

-Más claro no puede decir el padre que le agradaría pasarse al moro -advirtió don Román.

-Moro, ya lo fui -respondió con viveza el fraile-. Es decir -rectificó enseguida-, ya supondrán ustedes que no me hice mahometano, ni yo digo mahometano, esto es, sectario de Mahoma, sino moro, que significa hijo del África; mauritano.

-Ya entendemos, ya entendemos que usted no renegó -exclamó mi futura tía con el acento de apacible y tierna broma que adoptaba siempre al dirigirse al Padre.

-No, hija, renegar no: por la misericordia divina no llegué a eso.

-Pues cuéntenos cómo fue moro.

-¡Anda! ¡Caramelo! ¡Pues apenas tiene que contar! Es una historia muy larga... Si hasta anduvo en periódicos: la *Revista Popular* Barcelona insertó sobre eso un artículo.

-¡Ay, cuente, cuente por Dios!

No deseaba otra cosa el fraile, a juzgar por la complacencia con que se avino a narrar su historia. Echó mano al pañuelo que llevaba en la manga, y se limpió los labios del anisado que acababa de beber.

-Pues verán ustedes... Era poco antes de la Restauración, cuando andaban aquí más desatadas las cosas políticas y la república traía revuelta a toda España. Yo estaba en Tánger, bien contento, porque como les he dicho a ustedes África me gusta muchísimo. Pero somos hijos de la obediencia, y cádate que me encuentro con la orden de tocar tabletas para España... nada menos que a Madrid. Y el caso es que no se podía venir con el hábito: bonitos estaban los tiempos para hábitos, señores. Ea, Moreno -dije yo para mí-, ahora tocan a desenfrillar (por fuera) y convertirse en un caballere... Ya saben ustedes que allí nos dejamos siempre la barba, lo cual ayuda mucho para la esencia del disfraz, porque una de las cosas en que más se conoce al eclesiástico vestido de seglar es en la rasuración. La corona la teníamos bastante descuidadilla: de modo que con abandonarla enteramente los días que precedieron al viaje e igualarla después con el resto del pelo, estábamos corrientes. La vestimenta se encargó al mejor sastre. Y los accesorios... porque el traje de caballero tiene mil accesorios... de esos se encargaron las señoras que yo trataba, y en especial las del Cónsul inglés. Estas damas me querían muchísimo, y eran personas que entendían los perfiles de la elegancia, y cómo se emperejila un señor. Ellas me prepararon calcetines, ¡de seda, bordados y todo!, corbatas, camisolas, y hasta pañuelos marcados con mi cifra. Pero todo el pío era verme puestas las galas. «Padre Moreno, después de vestido vendrá usted a enseñarme... Padre Moreno, es preciso que nosotras le demos la última mano, si no irá hecho una visión... No nos quite usted ese gusto, Padre Moreno». Yo me cuadré. «¿Soy algún mico, para andar haciendo las habilidades? A otra puerta. Lo que es del fraile no se han de reír. No me verán vestido. Si lo quieren así, bueno, y si no perdemos las amistades». Llega el día y yo me emperifollo de pies a cabeza; no me faltaba ni el más pequeño detalle, incluso gemelos en los puños, que hasta eso me habían regalado. Me visto en el convento, y por calles excusadas salgo a tomar un barquichuelo que me lleva a bordo. ¿Pues creerán ustedes que así y todo aquellas buenas señoras se las arreglaron para verme? Al saber que iba a zarpar el vapor, se plantaron en los balcones muy armadas de gemelos marinos, y como yo estaba tan descuidado, sobre el puente, ellas me contemplaron muy a su sabor. Dicen que les parecía yo una persona diferentísima... ¡Claro! ¡pues si llevaba mi americana o cazadora, y mi cartera de viaje, y sombrero ladeado, y guantes de dos botones!

Hubo una explosión de risa en el auditorio, al figurarse al Padre Moreno en tan gentil atavío.

-¿Y después, y después? -preguntó la novia interesadísima.

-Desembarqué en Gibraltar... ¡menuda rabia que me dio ver flotando allí el banderín inglés! Desde allí volví a embarcarme con dirección a Málaga. No me ocurrió cosa de mayor importancia, sino encontrarme a dos sacerdotes ingleses, católicos, y conversar con ellos en latín (porque inglés no lo diquelo) sobre los grandes adelantos del catolicismo en Inglaterra. De Málaga me fui a Granada. Francamente, rabiaba por ver esa ciudad tan hermosa, tan celebrada en todo el mundo, y por visitar la Alhambra y el Generalife. A los primeros pasos que doy, por las calles de Granada, ¡zas! me encuentro un conocido, un juez a quien trataba yo allá en Canarias, y

que se me queda mirando atónito; ¡claro está! sin resolverse a dar crédito a sus ojos. Yo me fui hacia él, y no tuvo más remedio que convencerse. Nos explicamos, me convidó al café, y quedamos citados para ver al otro día juntos la Alhambra, en unión de algunos compañeros suyos de fonda. Le supliqué no les dijese que yo era fraile. Me lo prometió, y verán ustedes que aún hizo más de lo prometido. En efecto, cuando nos reunimos a la mañana siguiente, venía él acompañado de tres militares, dos médicos *in fieri* y un sacerdote; y al divisarme desde lejos, pónese a gritar fingiendo sorpresa: «¡Hola, Aben Jusuf. ¿Usted por aquí?». «¡Cáspita! ¡Quién contaba con usted en tal sitio y a tal hora!» respondí yo comprendiendo el objeto de mi amigo. «Por Alá, que al salir de Marruecos no esperaba tan buen encuentro». Los compañeros ya alborotados le preguntaban al oído a mi amigo: «Pero qué, ¿este caballero es moro?». Y mi amigo, por no mentir descaradamente, contestó: «Bien lo conocerán en el nombre: Aben Jusuf le he llamado». «¿Y es amigo de usted?». «Sí, le conocí en Canarias, donde fue a tomar unos baños». «¡Hombre! convidarle a ver la Alhambra, por ver qué dice». «Corriente». Acepté el convite, por supuesto: como que lo tenía aceptado desde la víspera. Mi amigo, acercándose a mí, me tendió la mano y me dijo: «Aben Jusuf, yo le convidaría a venir con nosotros a la Alhambra; pero temo causarle impresiones tristes». Repuse, que, en efecto, había de ser triste para un hijo del desierto la vista de monumentos erigidos por sus antepasados y que ya no pueden habitar; pero que por no desairar su compañía y la de aquellos señores, iría de buena gana...

-¿Y seguían teniéndole a usted por moro? -preguntó el señor de Aldao.

-¡Vaya! Y por tan moro: por morísimo. Yo representaba mi papel con toda seriedad. A uno de los acompañantes le oí que decía a los demás: «Buen tipo de raza tiene este moro». En cada puerta, en cada ajimez, en cada patio, yo me detenía como entristecido y caviloso, pronunciando frases entrecortadas, así como una especie de gruñidos de pena: en fin, lo que imaginaba que un moro debía expresar allí. Una vez me eché mano a la barba...

-¡Ay Padre Moreno! -exclamó mi futura tía-. ¡Quién me diera verle con la barba!

-¡Naranjas! ¡Verdad que no me has visto! -exclamó el fraile moro soltando el hilo de la narración-. Aguárdate, mujer, que aquí debo de tener yo... Espera... -Y rebuscando en la joroba de su manga, sacó una cartera desflorada y pobre, y de ella una tarjeta fotográfica que en un momento recorrió toda la sociedad apiñada en el segundo piso del árbol. Las mujeres lanzaban chillidos de admiración y Candidiña exclamó con maliciosa bobería: «¡Qué buen mozo era, Padre Moreno!». Cuando me llegó mi turno, no pude menos de convenir para mi sayo en que efectivamente resultaba buen mozo. La longitud del cabello y lo poblado de la barba acentuaban el carácter siempre franco y varonil de la figura del fraile: el cual, terminado el incidente del retrato, prosiguió:

-Pues yo me eché mano a esas barbas que ven ustedes ahí, y con gran formalidad exclamé: «Si España continúa por el camino que ha emprendido desde hace algunos años, Alá volverá a conducir los caballos africanos a estas llanuras, que aún recuerdan en medio del desierto». Y luego me volví hacia los presentes, sin mirar a mi amigo que se volvía loco para reprimir la risa, y les dije: «Perdonen, señores, a un hijo del África; estos conceptos se me han

escapado sin yo poderlo remediar...». ¡Allí vería usted a aquellos hombres entusiasmados con mi salida! «No, no, que nos parece muy bien; ole los moros simpáticos...» y otros dichos del mismo género. Pero el apuro fue citando empezaron a hacerme preguntas sobre la que ellos creían mi religión y las costumbres de mi supuesto país. A uno se le ocurrió interrogarme «si era cierto que la ley de Mahoma autoriza para casarse con muchas mujeres» y, entonces otro, oficial de caballería por más señas, saltó diciendo...: «¡Ajo! eso es lo mejor que tiene la ley de Mahoma...».

Algazara general provocó esta parte del relato. Mi tío se apretaba la frente; el señor de Aldao la cintura; Serafín hipaba; Carmiña reía de muy buen corazón y yo le hacía el dúo.

-¿Y cómo salió usted del paso, Padre Moreno? Vamos a ver... que eso será curiosísimo.

-Oigan ustedes -dijo el fraile errando se hubo aquietado un poco la greguería-. Yo me puse serio, sin amoscarme, y les dije en un tono así... muy natural: «Señores, aunque nos llaman bárbaros y fanáticos, sabemos reconocer los defectos de nuestra legislación. He viajado mucho, he estudiado la constitución íntima de muchas sociedades, y pueden asegurar que nada me encanta tanto como una familia de un solo varón y una sola mujer, consagrados a amarse mutuamente y a proteger al fruto de sus amores. Ni el corazón del hombre, ni el reposo y tranquilidad de la familia, ni la dignidad de la mujer se realzan y consolidan con la poligamia. Hasta ni la sensualidad se satisface, porque... como ustedes saben... la sensualidad es una hidropesía nogal, que siempre acaba por engendrar el aburrimiento... el fastidio».

-¡Bravo, Padre!

-¡De primera! ¿Y qué respondieron ellos?

-No crean ustedes que lo digo por alabarme... Se quedaron de una pieza. El oír que me expresaba así les dejó estupefactos. El oficial me miraba, y abría una boca de a palmo. ¿Y por dónde dirán ustedes que salió el bribón así que pudo recobrar su aplomo? Pues se encaró conmigo y me preguntó muy formal: «Y usted, Aben Jusuf, ¿cuántas mujeres tiene?». El auditorio soltó nuevamente la rienda a la hilaridad.

-¡Ay, qué lance!

-¡Arre, ese se iba al bulto!

-¿Y usted que contestó?

-Yo... A la verdad, así de pronto me quedé un poquito parado. Pero se me ocurrió una idea, vi como un rayito de luz... y verán ustedes como le paré los pies: «El señor (y señalaba a mi amigo) conoce mis gustos. Soy hombre que no quiere sacrificar su afición a los viajes y su independencia a la obligación de sostener una esposa y una familia. Quiero ser libre como el ave y por eso he formado, desde muy antiguo, la resolución de no casarme nunca».

-¿Y se dieron por satisfechos con esa razón? ¿No preguntaron algo más?

-Sobre eso nada -respondió el fraile-. La conversación cesó de girar sobre mujeres. Se habló de política, y ahí tenía yo el camino más expedito aún. Los mediquillos y dos de los militares, que eran más liberales que Riego, empezaron a ponderar los beneficios de la revolución. Entonces les dije que ese concepto de libertad acaso lo entendía yo, moro, de distinta manera que ellos. «Dispénsenme, que al fin soy extranjero aquí, y explíquenme cómo es que habiendo tanta libertad para todo el mundo, me han asegurado que no consienten ustedes unos hombres a quienes respetamos mucho por allá; una especie de santones cristianos que llevan túnica parduzca, los pies casi descalzos... y, se llaman... se llaman...». Chilló el oficialito: «¡Frailes!... Buenos peines están... Entre moros, que los dejen entre moros...». Yo, sin hacerle caso, proseguí: «Allá en Marruecos se les respeta mucho, y ellos contribuyen a infundirnos cariño a esta tierra española que consideramos nuestra segunda patria... Yo me admiro de que aquí (según refiere la historia de ustedes que he leído, porque soy amigo de leer) les hayan degollado bárbaramente el año 34 en Madrid y el 35 en Vich, Zaragoza, Barcelona y Valencia, quemándoles las casas... ¿Estoy, equivocado o fue así? Esto no lo ejecutamos en Marruecos con gente inofensiva dedicada a rezar y a hacer penitencia...». Ellos, callados como difuntos. Uno dio al otro un codazo y le oí que decía: «¡ves qué ilustrado es el morito!». «Nos ha jeringado», replicó el otro. Así dijo: jeringado.

-Y al fin, ¿en qué paró todo eso de la morería?

-¡Bah! Pueden ustedes suponer en lo que paró. Al regresar a Granada y meternos por las callejuelas tortuosas, cerca ya de mi posada, me volví hacia aquella gente, y dije con mucha seriedad: «Señores, lo de moro ha sido una broma. Yo no soy sino un pobre fraile franciscano, que gracias a la libertad reinante ha tenido que disfrazarse de moro para venir a su país natal. En mi verdadero ser saludo a ustedes». Di media vuelta y me largué, dejándolos más pasmados que nunca.

La aventura del fraile, referida con puntualidad y gracia, nos infundió deseos de conocer el final del viaje. El Padre Moreno contó su estancia en los baños de Lanjarón, sus polémicas con un caballere de desvergonzado y boquirroto, a quien hizo callar en la mesa redonda dejándole más comedido que un anacoreta; su viaje a Madrid en un tren de segunda, siempre oficiando de moro y siempre valiéndose de su disfraz mauritano para censurar los abusos de la España contemporánea. «Como lo decía un moro», advirtió el Padre, «no sólo no lo llevaban a mal, sino que hacían efecto mis predicaciones. Si averiguan que era fraile, hubiera bastado para que me enviasen a paseo. Y en verdad me causaba disgusto grandísimo no poder gritar: fraile soy, fraile seré y fraile he de morir si Dios lo permite. Sólo que como no iba uno a Madrid para divertirse sino para lo que le mandaban, era preciso tascar el freno y echarla de moro. Tan bien me penetré de mi papel, que ni una sola vez me deslicé a hacer un movimiento propio de fraile; jamás busqué el pañuelo en la manga, sino en el bolsillo izquierdo de mi cazadora. Hasta me parece que la morería de las barbas causaban su poquillo de aprensión a aquellos señores y que no les gustaba armar quimera con Aben Jusuf».

Salimos del cenador cuando ya casi anochecía. Iba la novia tan radiante de animación, comentando tan alegremente el relato del Padre, que cruzó por mi mente una sospecha respecto al Abencerraje con sayal. Procuré desecharla, pero formulando las ideas que me bullían en la mente, decidí:

-Del Padre no será, pero lo que es de mi tío... tampoco, tampoco.

- XII -

Esta convicción se me impuso, y no sé si me fue grata o dolorosa. Sé que hizo en mí una especie de revolución interna, renovando aquel sentimiento de repugnancia invencible que me inspiraba mi tío, y reforzándolo con todo el desamor que creí notar en la futura esposa. A la vez me preguntaba con rabia de curiosidad: ¿Por qué se casa esta mujer?

Tres o cuatro días bastaron para convencerme de que sólo la apasionada inquina de mi madre podía insinuar que en su casa trataban mal a Carmiña. Doña Andrea apenas componía papel, como no fuese el pasivo de un ama de llaves muy antigua, versada en los misterios domésticos, y bastante esclava de su trabajo. Creo que el único privilegio que disfrutaba doña Andrea en calidad de odalisca retirada, era el de sostener conversación más frecuente de lo debido con la bota del vino añejo del Borde o con la damajuana del aguardiente. Por lo demás, a la señorita de Aldao la hablaba cariñosamente, y ella a su vez mostraba confianza e indulgencia a la criada antigua. Doña Andrea no se salía jamás de su esfera propia, el gobierno interior de la casa, ni aparecía en el salón, ni manifestaba otras pretensiones más que las compatibles con su oficio. Allí la única persona que estaba fuera de su lugar, era Candidiña. Ni era señorita que pudiese alternar con la hija de don Román Aldao, ni fregatriz que viviese entre los pucheros: algo tenía de lo uno y de lo otro, y no se explicaba bien su presencia y su ambigua personalidad, admitida en la sala y excluida de la mesa. Su hermanita pequeña, más humilde, ocupaba al parecer situación distinta, sin que se justificase la diferencia.

De todos modos, era evidente que la novia de mi tío no llevaba vida de Cenicienta, ni, al contraer matrimonio, obedecía al deseo de emanciparse, de reinar en su casa, que impulsa a tantas solteras a acoger bien al primero que les dice algo de amores. ¿Pues entonces a qué? Probablemente sería a la desahogada posición, al buen porvenir indiscutible de mi tío. No podía ser otra cosa. Se casaba aquella muchacha, si no precisamente por cálculo, al menos porque no es razonable desdeñar una situación ventajosa. En esto, aunque el modo de proceder de la señorita de Aldao no me pareciese de lo más delicado y sublime, tampoco era lícito censurarle.

Por otra parte, y convencido del verdadero móvil de los actos de mi futura tía, yo notaba en ella, al observarla diariamente, en la intimidad y franqueza que dan el próximo parentesco, la similitud de edades y la vida del campo, algo que contrastaba con los procedimientos razonables

y prácticos que le atribuía. Carmiña tenía ráfagas de vehemencias y rasgos de sentimiento que delataban su natural apasionado. A ratos brillaban sus ojos, palpitaban las ventanas de su nariz y una firmeza singular destellaba en aquel rostro soñador, de ascéticas líneas. A mí se me figuraba que debajo de la superficie debía de haber fuego, y mucho fuego oculto.

Como no soy novelista, no he menester preparar hábilmente las transiciones; y como tampoco soy hipócrita, he de consignar algo que no sé si ha declarado tan sinceramente algún observador o moralista. Y es que casi siempre la primer mirada de un hombre a una mujer - hombre en mis condiciones, mozo y en disponibilidad amorosa- es mirada de curiosidad amorosa también; mirada que dice: «¿Me querría esta mujer a mí? ¿Cómo sería si me quisiese?». Esto no es un alarde de cinismo, ni hacer a la humanidad peor de lo que Dios la hizo: es indicar solamente que el instinto sexual, como todos los instintos, no descansa, aunque le reprima la razón. Si yo profesase a mi tío cariño y respeto, yo hubiera apagado sin pérdida de tiempo la voz confusa del instinto. Pero sucedía lo contrario: mi tío me irritaba, me sublevaba el alma secretamente; y al creer advertir en su novia gérmenes de sentimiento análogo, me sentía atraído hacia ella, por una fraternidad psíquica que iba derecha hacia el enamoramiento.

Sin que hubiese en mí un minuto de duda, sin que la cosa me sorprendiese lo más mínimo ni yo vacilase cinco minutos en confesármelo a mí propio (confesión siempre más fácil que la auricular), deseé y me propuse insinuarme suavemente con mi futura tía, si era posible. La tentación se apoderó de mí con tanta mayor facilidad, cuanto que no habiéndose realizado todavía el matrimonio, ni aun hubo en mi alma ese breve combate interior, ese recelo que infunde la mujer ajena.

Para decir la estricta verdad, lo que yo me propuse no fue seducir a la novia ni desbancar al novio. Sobre que el verbo seducir indica una fatuidad que yo no padezco, no soy capaz de combinar perversamente y a sangre fría lo que Luis Portal llamaba drama de familia. Lo único a que aspiré fue a averiguar si eran ciertos mis barruntos referentes al desvío interior de la novia, y si a mí podía verme con tierna indulgencia. De buena fe creí que conseguido esto, se calmaría mi inquietud.

La vida en el Tejo se prestaba a estrechar intimidades. De vuelta del baño tomábamos el desayuno dónde y cómo quería cada cual; libertad sumamente propicia a encontrarse a la novia en grato aislamiento, por el huerto o por el jardín. Costábame mucho trabajo, para lograr este propósito, desembarazarme del monaguillo, que me había cobrado afición y se me agarraba como una lapa. Quedábase él tumbado leyendo periódicos, o jugando a las damas con don Román, o cogiendo cerezas y fresas con Candidiña, y yo me escurría en busca de Carmen. Generalmente la sorprendía al salir de la capilla, donde había oído la misa del Padre Moreno. Al hacerme el encontradizo, la ofrecía flores y, la daba palique. Hablábamos de lo que puede hablar una muchacha soltera: si Pontevedra es animado, de las fiestas de la Peregrina, de los bailes del Casino, del paseo, de qué tal se pasaba el invierno allí, de los amoríos y noviazgos de sus amigas, con otras insulseces semejantes, propias en mi opinión para traer de la mano algún galanteo. Tuve pretexto y ocasión para piroppearla disimuladamente, ya elogiando lo bien que la sentaba su traje, o lo bonito de su pelo, ya convidándola a que se apoyase mejor en mi brazo para

andar, alegando que tan grata pesadumbre no podía fatigarme. A estas insinuaciones mi tía no opuso jamás la *cara feroce* de la virtud. Acogía los requiebros con graciosa sonrisa de malicia, como si dijese: «Bueno, quedamos enterados: es muy amable mi futuro sobrino». A los ofrecimientos respondía apoyándose en efecto, sin recelo alguno, con una cordialidad decorosa. Al airecillo melancólico que adopté un día, por variar de registro, sacó ella el de suponerme enfermo y de cuidarme con solicitud, ofreciéndome toda clase de remedios físicos, cuando yo afectaba solicitar uno moral. En realidad, no encontraba brecha abierta por donde atacar aquel corazoncito.

Observé su actitud respecto a mi tío. Mientras conmigo, hecho ya el conocimiento, se manifestaba alegre y cordial, respecto a su novio demostraba, al par que sumisión y solicitud complaciente, una formalidad y corrección excesivas que podían ojos profanos tomar por encogimiento o púdica modestia, pero que a mí, vistas a la luz siniestra que alumbraba mi alma me parecieron síntomas de una frialdad absoluta.

Cuando creí hacer este descubrimiento, percibí un impulso de misteriosa simpatía hacia la casta novia. Si en efecto ella sentía por su futuro el mismo desvío que yo, ¿cuál lazo psíquico más fuerte podía atarnos? «A la novia la repugna el novio. Acaso ella misma no se da cuenta, pero la repugna. Es evidente, y esto prueba su buen gusto, su delicadeza de epidermis moral. Ya decía yo...». Después la eterna pregunta: «¿Y entonces, por qué se casa con él? ¿Por qué se casa?».

Mientras me proponía a mí mismo este enigma, no me descuidaba en insinuarme con la novia. Parecíame a mí, que lo único de que carecía para lograr mis propósitos era tiempo: faltaban días no más para la boda, y era evidente que para merecer no va la ternura, sino solamente la amistad y la confianza entera de aquella señorita se necesitaba frecuente y asiduo trato, en que cada hora diese su fruto, despacito, poco a poco, como se entreabren, al impregnarse de agua el tallo, las arrugadas y plegadas hojas de una rosa de Jericó: «Naturalmente», discurría yo al verla tan amable, pero tan reservada en cuanto toca a los asuntos del corazón, «esta mujer no va a entregarme de buenas a primeras la llave del tesoro. No es fácil que yo sepa de su boca las razones que tiene para aceptar al tío».

Entretanto, la obsequiaba, la daba bromas corteses, procurando ganar algunas pulgadas de terreno. La primer broma fue llamarla *tiíta*. Al principio esta chanza no le cayó en gracia, pero luego se resolvió a tratarme, chanceándose también, de *sobrino*. Así que oí de sus labios un nombre que ya suponía cierta familiaridad, volví a la carga, y pedí permiso para llamarla *tití Carmen*. Estos dos nombres, el primero tierno e infantil, y más aún el segundo con su fragancia de juventud y belleza, me parecieron encantadores, y desde aquel momento los vinculé en la señorita de Aldao, a quien en mi vida volví a llamar de otra manera.

Hubo una ocasión en que imaginé que tití Carmen había entrado ya en ese período en que deliberadamente o indeliberadamente reflejamos algo del ajeno sentir, y por contagio experimentamos el mal que a nuestro lado se padece. Fue una tarde en que mi tío no estaba en San Andrés, sino en Pontevedra, manejando y tocando aquel teclado de la política al menudeo

que afirmaba conocer tan perfectamente. Para distraernos, don Román dispuso que saliésemos a pescar panchos en las aguas tranquilas de la ría. Esta pesca se hace en días serenos, dejando ir la embarcación muy despacio, y echando anzuelos cebados con carnada de *miñocas* o lombrices de tierra. Es en realidad un paseo por mar, a la hora más linda que se puede disfrutar en el campo. Nosotros ocupábamos una lancha. Tití, sentada a mi lado, me embromaba porque en mi *liña* no se sentía jamás el nervioso tironcillo del pez, mientras la suya no cesaba de atirantarse y de traer a la superficie panchos y alguna otra pesca menuda. Propúsele cambiar de liña, y aceptó el cambio, pero los peces no se dejaron engañar y siguieron desairándome. Aprovechándome de que Candidiña se peleaba con Serafín, y de que el Padre Moreno, cuya perspicacia me infundía temor, se divertía y gozaba como un muchacho pescando y parecía distraído, me atreví a decir a la tití no sé qué boberías algo acarameladas por demás. Ella respondió sonriendo y mirándome fijamente, con mirada que yo no sabré explicar sino diciendo que parecía hecha de una mezcla de luz y angelical travesura. Si aquello era burla, sería una burla adobada con miel, adornada de rosas y sazónada con la dulce sal de la cariñosa risa. De repente, me pareció que los ojos de gloria se velaban con profunda tristeza; que de aquel pecho salía un suspiro... suspiro hondo, el cual no expresaba ni podía expresar más que esto: «Todo está muy bien, futuro sobrino, pero yo por desgracia ya estoy ligada al antipático de tu tío y resulta que no podemos entendernos. Déjate de niñerías, o tendré que decirte *tarde piache*».

Puso fin a la pesca el haberse venido encima la noche. Regresamos al Tejo a pie, por el camino ya conocido. Hacía luna, esa luna que vista en el campo parece más argentina, más triste, hasta más grande que cuando alumbraba las ciudades. Tití iba delante, apoyándose en Candidiña, y algunas veces se volvía para hablar con el Padre Moreno o conmigo. Para acortar, atravesamos por sembrados, y hasta nos metimos en una era arrojando la furia de un mastín que quería probar el sabor de nuestra carne.

Al llegar al Tejo, y entrar en la sala donde alrededor de la gran lámpara giraban multitud de mariposillas y falenas, que entraban por las ventanas abiertas de par en par, tití lanzó una exclamación: «¡Ay! ¡Al pasar la era me he llenado de *amores!*». Comprendí perfectamente el sentido de la frase: era que se habían pegado a sus faldas esas florecillas o por mejor decir plantas erizadas de ganchos que se adhieren de tal manera que no hay modo de desprenderlas. Al punto me arrodillé y empecé a quitar amores por aquí, amores por allá. Los condenados se agarraban al paño de mi ropa; sin variar de postura, alcé los ojos hacia la novia murmurando: «Se me pegan».

De allí a poco entró por las ventanas, un negro bicharraco en quien reconocimos a un murciélago alevoso. Volando con ese aleteo torpe y fatídico propio de tales avechuchos, giró varias veces por la sala, apareciéndose en los rincones donde menos contábamos con él, y batiéndose contra las paredes o cayendo, cuando más descuidados estábamos, sobre nuestras cabezas. Risa va y grito viene, nos armamos todos de lo primero que encontramos: pañuelos, cubiertas de las sillas... y dimos caza al feo monstruo. Serafín fue el primero que le puso la mano encima. A pesar de los agrios chillidos que exhalaba al verse preso, el monago lo sujetó, pidió dos alfileres y extendiéndole de punta a punta las alas membranosas, lo clavó contra la madera de una ventana. Después le introdujo en el hocico un cigarro hecho de un rollo o flecha de papel,

encendiéndolo con un fósforo; y mientras el animal se estremecía agonizante y convulso su verdugo le hacía mil gestos y visajes. Era una escena grotesca que nos hacía desternillar de risa, y yo me entretenía en saborearla, cuando oí a la novia preguntar impaciente:

-¡Cándida! ¿Dónde está Cándida?

La muchacha no parecía. Entonces Carmen, asomándose a la ventana, exclamó:

-¡Papá, papá! Sube... Ven a ver el murciélago que hemos cazado...

Desde el jardín contestó «voy» la voz de don Román Aldao, y el vejete entró en la sala echando chispas por los ojos, animadísimo. El suplicio del murciélago le hizo mucha gracia. Pero la novia intercedió por la víctima.

-Serafín, deja al pobre animal... Matarlo, bueno; pero atormentarlo no... ¡No seas judío!

- XIII -

Después de la pesca, todas las tardes vino mi tío a hacer la corte a su futura, y se desvanecieron aquellas vislumbres, acaso imaginarias, de intimidación entre ella y yo. La boda se acercaba, y notábase en la casa la fermentación que precede a los grandes acontecimientos domésticos. Una mañana fue mi tío al Naranjal, con el fin de conseguir que Sotopeña honrase con su presencia la ceremonia; pero el Santo andaba molesto de unos cólicos biliosos, y cabalmente se preparaba a salir para las aguas de Mondariz, sin que la multiplicidad de sus asuntos e importantes ocupaciones le permitiese diferir o modificar sus planes ni veinticuatro horas. Fue esta negativa un parchazo para mi tío, cuya influencia en la provincia crecería al recibir pública muestra de amistad del tutelar de la región, el hombre que alcanzaba popularidad hasta entre sus conterráneos residentes en las Antillas y la América del Sur. El señor de Aldao, en cambio, se tranquilizó cuando supo que no les visitaría don Vicente. ¿Qué opinión formaría el dueño del Naranjal acerca de las mejoras y ornato del Tejo? El instinto de conservación de la vanidad (que lo tiene, y muy grande) le dictaba a don Román el recelo de que Sotopeña pudiese reírse, allá en su interior, de las bolitas tornasoladas donde se reflejaba el paisaje, de los bustos de yeso, de los cristales de colorines de la capilla, del gran escudo de boj que dibujaba las armas de los Aldaos, del invernáculo hecho con vidrieras, y por último, de todo pormenor, requisito y aparato de la boda, finezas y convite.

A medida que se acercaba el día nupcial, y llegaban regalitos de amigos y parientes, y el novio usaba y abusaba de su privilegio de dar conversación a Carmen, yo encontraba menos pretexto para acercarme a calla, y al par era mayor mi deseo de semejantes aproximaciones.

Lo que cada día notaba mejor, era la frialdad glacial de la tití hacia su futuro, frialdad disimulada y envuelta en formas complacientes. No, lo que es en esto sí que estaba yo bien cierto; no podía equivocarme como se equivocaría otra persona menos interesada en la observación. Dos o tres veces percibí un movimiento como de desvío, un gesto de impaciencia nerviosa, en momentos en que el rostro de la mujer, sentada cerca del que quiere, se ilumina de alegría. Noté también -y esto prestaba importancia a la primer observación- que la novia no revelaba mayor satisfacción y ternura al hablar con su padre o con su hermano. Era respetuosa, cordial, afable; pero nada más: la efusión faltaba. En cambio advertí que esta efusión, imposible de ocultar, porque la delatan los ojos con su luz y la voz con sus inflexiones, la mostraba tití al hablar con el Padre Moreno: en vista de lo cual hice desvergonzados soliloquios: «El frailecito no me engaña a mí. Con esos ojos tan negros, ese aire tan resuelto, ese carácter tan explícito y esos retratos barbudos... ¡Ay, ay! El tal aben Jusuf...».

Confirmé estas sospechas al cerciorarme que entre el Padre moro y mi tití se cruzaban alguna vez esas ojeadas que son de inteligencia en todas partes; miradas ya rápidas y expresivas, ya largas y llenas de sentido. Diríase que el fraile y la novia trataban de ponerse de acuerdo, con algún propósito misterioso y grave. Hasta una vez en la huerta, vi que cambiaban algunas palabras quedito. «¿Se verán de noche?», me atreví a pensar. Estudiando la distribución de la casa, comprendí que era imposible. Al Padre Moreno le habían dado la mejor habitación, exceptuando la destinada a los novios; y este dormitorio del Padre comunicaba con el del señor de Aldao, de manera que no podría el fraile rebullirse sin que don Román lo sintiese. Al lado de mi tití dormía Candidiña y su hermana; imposible intentar escapatoria nocturna que no fuese sabida y comentada. Por este lado tampoco encontró terreno firme mi bárbara malicia. Y sin embargo, no podía quedarme duda de que se entendían el fraile y la señorita de Aldao, y andaban a cara de una ocasión de reunirse clandestinamente. Yo me di cuenta en distintas ocasiones, de estos proyectos de cita: vi a los culpables, que después de haber tomado el café intentaban escurrirse al jardín; noté que por la mañana, a la hora del chocolate, procuraban secretar en algún rincón de la galería. Siempre interrumpían su coloquio o maliciosas intervenciones mías, o jugarretas y travesuras de Candidiña, o majaderías de Serafín, o faranduladas obsequiosas de don Román Aldao. Entonces era visible en el rostro de mi tití la contrariedad. Padre disimulaba mejor.

Reflexionando en lo que haría yo si me viese en el caso de ellos, vine a comprender que sólo les quedaba una hora hábil para verse *de oculis*: la madrugada. Con un madrugón resolvían el problema. En efecto, cuando el Padre decía su misa muy tempranito, la mayor parte de los habitantes de la quinta se quedaban repantigados en la cama. En espera de que a mis dos reos se les ocurriese este ardid, empecé a darne los grandes madrugones. Me acostaba tempranito, no sin luchar a brazo partido con el aprendiz de clérigo, empeñado en darne palique hasta las altas horas. Aún no empezaba a clarear la luz del día, cuando dejaba yo las ociosas plumas, y mal despabilado me lanzaba al huerto, que a decir verdad estaba delicioso de frescura, regado por el rocío nocturno, lleno del estremecimiento misterioso del follaje al despertarlo la aurora, y embalsamado por los ligeros olores de churras, resedas y heliotropos, venidos del jardín. El ruidito de la fuente era más que nunca melodioso, dulce y alternativo, como si cayese del cielo en un tazón de cristal. Todos estos encantos me predisponían a soñar y hasta me hacían olvidarme de mi acecho. A la segunda mañana que lo practiqué, ya era para mi secundario, y

madrugaba por gusto, temiendo que no conseguiría averiguar nada y que mis hábiles emboscadas no me producirían sino el recreo de ver el huerto tan deleitable. No obstante, continué madrugando, y la cuarta mañana, al respirar con deleite la primer bocanada de aire puro, se me ocurrió cuán bonito sería subir al *Teixo* y presenciar desde allí la salida del sol en el mar. Mi dicho, mi hecho. Trepé por la escalera, pasé del salón de baile, ascendí hasta el cenador, y de allí a Bellavista.

Me detuve sorprendido y anonadado ante el panorama que se desarrollaba a mis pies. Delante de mí, muy cercana, la gentil ladera donde se asienta San Andrés de Louza: bosquetes de castaños, maizales, praderías, algunos molinos salpicados por las vueltas del riachuelo, a manera de broches de perlas en un collar de brillantes, que el sol no hacía resplandecer aún. Apenas asomaba, como reflejo delator de una vasta hoguera, sobre la parte del horizonte en que se confundían mar y cielo y se dibujaba la mancha negruzca de las Casitérides. Era una luz difusa, semejante a la primer mirada todavía incierta de unas hermosas pupilas que se entreabren. La niebla la velaba todavía. Cuando los primeros rayos del globo rojo empezaron a encender el mar prodigiosamente sereno, sacudida misteriosa estremeció la superficie de las olas que se tiñeron de opulentos colores, como si la mano de algún mago esparciese en ellas oro, zafiro y derretido carmín. Al mismo tiempo el paisaje se animaba, espejeaban ya las aguas del riachuelo, y las playas de San Andrés y Portomouro surgían blancas y pulcras, como lavadas por el oleaje, con el plateado tono de sus arenas finísimas y el festón verde de sus algas. Las matas de grandes aloes en flor lucían, sobre la pureza del cielo, sus penachos amarillos. El rojo de los tejados podía compararse a pulido coral. De repente, como ave que sacude sus alas para ensayar el vuelo, la vela latina de una lancha sardinera brotó del infinito azul de la Ría, al pie de San Andrés, y tras ella fueron saliendo otras marchas, apiñadas como un bando de palomas. Yo me quedé embelesado.

No sé qué aviso interior me hizo variar la dirección de mis miradas, convirtiéndola hacia el huerto y la quinta, muda y cerrada a tal hora. El escudo de armas de recortados bojés, las canastillas y arriates de rosas, pensamientos y petunias, el bosquecillo de frutales, el pilón, parecían, desde Bellavista, dibujos de un jardín geométrico, trazado sobre el fondo de un tapiz. Los cristales de la silenciosa casa rebrillaban. De improviso...

Un suceso muy previsto por la imaginación y que racionalmente nos parece inverosímil, causa viva emoción, aunque en el fondo no nos afecte ni pueda importarnos. A mí se me apretó el corazón y se me enfriaron las manos cuando vi salir por dos puertas diferentes de la casa y casi a un tiempo al Padre Moreno y a la tití. Indudablemente competían en exactitud; habían convenido en una hora fija, y ni la saboneta de Carmiña ni el cronómetro cebolla del Padre, regalado por la señora del Cónsul inglés, discrepaban un minuto.

La señorita y el fraile, al verse, se acercaron vivamente como personas que desde hace tiempo aspiran a encontrarse a solas y tienen algo muy importante que decirse; y mi tití, con inesperado movimiento, se inclinó, besando la manga del Padre. Luego parecieron discutir un momento acaloradamente, los dos muy serios y animados; y de repente el Padre extendió el brazo y señaló al Tejo.

Yo sabía que no podían verme. Por un instinto de prudencia me había agazapado detrás del ramaje. Así es que comprendí el significado de aquella mímica. «Allí en el Tejo es donde estaremos mejor y podremos charlar más a nuestras anchas». Hacerme cargo de esto y tener una inspiración súbita fue todo uno. Lo quería, lo necesitaba, ansiaba oír aquella conversación criminal o inocente, pero de seguro interesantísima para mí. Adiviné que lo primero que harían, antes de hablar sin recelo, sería registrar el árbol, aunque a tales horas no podían suponer razonablemente que estuviese habitado. En consecuencia, miré a mi alrededor buscando un escondrijo. El ramaje del Tejo era, a más de tupido, sólido, cerrado y adecuado para recatar a una persona; pero hacia la copa se clareaba. No vi medio de ocultarme sino bajando de nivel, es decir, poniéndome al del cenador. Donde quiera que el Padre y la señorita se colocasen, a aquella altura yo podía oírlos y verlos. Bajé, pues, y salvando la barandilla y perdiéndome entre las sombrías ramas, cabalgué en la más fuerte y resistente que vi. Crujieron muchas, rompiéronse dos o tres de las más pequeñas, gimió la espesura, y algunos pajarillos salieron azorados y revoloteando para huir de mi supuesta agresión. Por fortuna el fraile y la novia pasaban entonces bajo las calles cubiertas del espaller y ni era posible que mirasen hacia el Tejo, ni que vieses aunque mirasen. De otro modo, notarían el oleaje de las ramas, comparable al de un estanque cuando cae en él la cáscara de nuez de un botecillo. Aún susurraban y se estremecían, cuando sentí por la escalera el taconeo de tití y las reverendas pisadas del Padre Moreno.

Sentáronse muy cerca el uno del otro. Se habían colocado tan bien en lo alto del mirador, que les veía de frente, aunque un poco de abajo arriba; y el estar ellos en plena luz y yo en relativa oscuridad, me permitía sorprender mejor la expresión de sus caras, y la proximidad oír hasta el sobrealiento de la subida y el crujido del asiento de madera al caer en él todo el peso del Padre. Él fue quien habló primero, celebrando la acertada elección de sitio y el excelente acuerdo de refugiarse allí, donde era imposible que nadie sorprendiese su diálogo confidencial.

-Verdad -afirmó la señorita satisfecha-. También a mí me parecía que o aquí o en ninguna parte podríamos hablar con libertad completa. En la huerta se descolgarían Serafín o Salustio, se nos pegarían, y ya imposible. Aunque les dé la manía de madrugar, es bien seguro que al Tejo no se les ocurre venir. ¿Y ha visto usted qué pesados, qué manera de no dejarle a uno respirar?

- XIV -

-Particularmente tu futuro sobrino -respondió el Padre-. No sé qué tiene ese señorito, que hasta parece que nos espía. A veces me entran ganas de mandarlo al caramelo. Porque si no nos atisbasen tanto él y todo bicho viviente, maldita la necesidad que teníamos de estos tapujos, que no me agradan, hija; no me agradan, porque pueden dar lugar a interpretaciones maliciosas y no basta ser bueno, hay que parecerlo también.

-Es cierto; pero yo, si no desahogaba con usted, creo que me moría. En el confesionario no se pueden explicar bien ciertas cosas.

-Corriente, ahora ya estamos aquí; esperemos que Dios nos saque con bien de este fregado... Chiquilla, abre el corazón y di lo que quieras, aquí está el Padre Moreno para oírte y aconsejarte, no ya como confesor, sino como amigo. Lo soy muy de veras... ya me conoces, basta de palabrería.

-Pues Padre, yo no tengo tampoco más amigo que usted: mi mala sombra es tal, que ni con mi padre ni con mi hermano es posible que consulte, porque no hay inteligencia de las almas; hay una barrera, hay no se qué... El asunto de mi consulta creo que ya se lo sospecha usted.

El Padre se cogió la barbilla con la diestra, reflexionando.

-Según me dijiste te casas por evitar mayores males... Se me figura que he comprendido...

-No, Padre, no es eso... Mire usted: los males que aquí sobrevengan, yo no puedo evitarlos ya: he puesto de mi parte cuanto he podido; me he convertido en guardia civil, en policía, en esbirro, en todo lo que puede uno convertirse... papel bien desairado y bien triste a veces... pero estoy convencida de que a la mujer que no quiere guardarse, nadie la guarda, y que los caprichos de los señores mayores son más difíciles de combatir que los de los niños. Mi...

La tití titubeó un poco.

-Mi papá -dijo al fin con resolución- está como en sus quince. Ciego por tal muchacha, ciego siguiéndola, aguantándole las burlas y cayéndosele la baba si ella le hace un gesto tonto. A mí esto bien sabe Dios que no me importaría, si... al fin y al cabo...

-Tú querías que se casase...

-Naturalmente. Que no condene su alma el que me dio la vida... y a todo lo demás me resigno. Ya sabe usted la campaña que sostuve en favor de doña Andrea. Mientras ella y mi padre vivieron... así... yo aspiré únicamente a que se casasen. Tendría por madrastra a la doncella de mi madre; pero papá viviría en gracia de Dios. Doña Andrea es una infeliz, créame usted, una pasta excelente; a mí no me ha dado nunca lo que se llama una desazón; me ha cuidado con un cariño que no se lo puedo pintar a usted; sólo que no tiene... ¿cómo diré?

-Sentido moral.

-Eso. Es buena de suyo; pero no distingue lo malo de lo bueno.

-A eso llamo yo -dijo el Padre- ser idiota de la conciencia.

-Justo. Pues así que comprendió que estaba vieja y hecha una calamidad, le pareció lo más natural del mundo traer a casa a esa chica, con propósito sin duda de recobrar la influencia que ejercía sobre mi padre, o de que un individuo de la familia heredase ese puesto tan honorífico.

-Chiquilla, como vas a casarte... es mejor hablar claro para que nos entendamos. Antes, tu padre vivía maritalmente con doña Andrea, y ahora... ya no.

-Cabal. Ahora no.

-Pues entonces... ya no importa mucho que se case o no se case con ella tu papá. Si se ha quitado el pecado... Verdad que como vive en la misma casa, el escándalo continúa.

-No señor. Como escándalo, no. Doña Andrea está de tal hechura, que me parece que no escandaliza a nadie -dijo con sonrisa graciosa y un tanto maliciosa la tití.

-Mejor, mejor... por más que, hija, la gente para escandalizarse no mira si las caras son bonitas o feas.

-Padre, por desgracia, aquí hay o habrá muy pronto otra piedra de escándalo, y a esa es a la que miran. No crea usted que se le pasa por alto a la gente nada de eso... Ni tanto así. Se me sube a la cara la vergüenza, cuando noto que alguien repara en ciertas cosas...

-Pues tú no tienes de qué avergonzarte, hija. Para ti no se han hecho las vergüenzas -murmuró el fraile con acento tan halagüeño y cariñoso, que mi tía se ruborizó un poco, creo que de placer.

-No lo puedo remediar -balbució-. Es tan sagrado un padre, que usted no sabe cuánto se sufre al comprender que no podemos respetarlo como corresponde y como manda Dios. Yo por fuera no le he perdido el respeto a papá; pero interiormente... No, no es posible vivir de esta manera: hay momentos en que imagino volverme loca.

-¡Tururú! -exclamó festivamente el fraile-. ¡Loca nada menos! Ya te lo tengo dicho; esa cabeza tuya es un volcán. Supongo que te referirás a lo que ya me indicaste... ¡Candidiña!

-Sí, señor. Anda tras ella lo mismo que un cadete. Yo no sé qué hacer, ni a qué santo encomendarme. Estos días, con la gente y los huéspedes, se domina; pero cuando estábamos solos, todo cuanto le diga de cómo la perseguía es poco. No doy detalles, porque hasta feo me parece: bástele saber que un día vi tal escena por la mañana, que a la noche me eché de rodillas a los pies de papá, rogándole por Dios y por la Virgen que o se casase de una vez con la chiquilla o la enviase a servir fuera.

-Y la chiquilla, ¿crees tú que le da cuerda?

-Sí, señor. Cuerda sí: pero al mismo tiempo... en las cosas graves... se defiende, se defiende, y me lo deja en blanco. En fin, yo no estoy obligada a mirar por ella. Bien la he persuadido, bien la he regañado, bien la he aconsejado: la tengo en mi propia habitación: su madre no hiciera más. Lo que me horroriza es que mi padre... Y créame usted: papá está que no sabe por dónde anda. Se ha vuelto loco, loco de remate. Está perdido por la chica. En eso me fundaba yo para rogarle que se casara; pero me sale con que el mundo... y la gente... y su categoría... ¡Ah, Padre, yo no puedo resistir más! No puedo.

-¡Válgame Dios! -suspiró el fraile-. ¡Qué ceguera... y permíteme la frase, qué estupidez! ¡caramelo! ¡A su edad! ¡A su edad!

-Figúrese usted que ha llegado al extremo de decirme: «No me caso porque es un desatino; pero si Cándida sale por una puerta, saldrás por otra, a casa de tu hermano»... y lo decía con un tono y un aire, que... Más lágrimas lloré aquel día, Padre, que lloraría si mi padre se hubiese muerto. ¡Si se hubiese muerto! ¡Ojalá, y que fuese en gracia de Dios! ¡Mil veces verle de cuerpo presente y no así, avergonzando sus canas!

Al decir esto la señorita de Aldao me pareció hermosísima. Sus ojos centelleaban y el entusiasmo y la indignación hacían palpitar las alas de su nariz. Su seno se alzaba y deprimía a intervalos. El fraile la miraba consternado.

-¡Tienes razón que te sobra! -exclamó al fin- ¡Cuánto mejor sería morir que encenagarse en asquerosos pecados! Morir es la ley natural; todos hemos de pagar ese tributo... pero chiquilla, al menos no paguemos otro al demonio, para que se ría de las indecencias con que nos engaña... ¡Qué poca cosa es el hombre, hija, y por qué cochinas va a condenarse! El pecado de Luzbel era la soberbia: mal pecado es, pero siquiera no es sucio y nauseabundo... ¡eff!... -y el fraile hizo el movimiento del que retrocede viendo un bicho asqueroso.

-Por desgracia -añadió la señorita, tratando de serenarse-, aquí hay de todo, y la soberbia toma mucha parte en el asunto. Si no fuese por la soberbia, papá se casaría con esa chiquilla que le tiene sorbido el seso: la gente se reiría un poco, es decir mucho... pero no habría delito ni vergüenza: no vería yo a mi alrededor lo que tan amargos ratos me ha costado desde que tuve uso de razón... y además... no tendría...

Aquí vaciló, decidiéndose al fin.

-Yo no tendría necesidad de casarme.

La revelación entrañaba tal gravedad que el fraile se quedó suspenso, moviendo la cabeza y apretando los labios, como el que dice para sí: «Malo, malísimo».

-De modo que tú... hablemos claro, Carmiña, que aquí en cierto modo estamos como en el confesionario. Tú no te casas de buena gana.

-Sí, señor; me caso de buena gana porque lo he resuelto, y cuando yo resuelvo las cosas... Formé la resolución el día en que mi padre me dijo que si Candidiña salía, saldría yo también de mi casa. Todo, menos oír y ver lo que tengo oído y visto. No puedo protestar de otra manera: el respeto filial me ata las manos, y hasta la lengua. Pero la sanción de mi presencia... ¡eso no!

-¿Y tu hermano? -preguntó vivamente el fraile.

-Mi hermano... Mi hermano tiene cada año un hijo... necesita dinero... mi padre le da... Ese cierra los ojos a todo... y hasta me ha regañado muchas veces porque aconsejo a papá el casamiento. Dice que si se casa puede tener más hijos y perjudicarnos. Yo alguna vez pensé recogerme a casa de mi hermano; pero su mujer no me quiere allí, ni él tampoco... No he de meterme por fuerza donde no tienen gana de mí.

El Padre se quedó un rato mudo, con el entrecejo fruncido y las manos ocupadas en dar tormento a los nudos del cordón. Su fisonomía revelaba la mayor ansiedad, y tosió y respiró fuerte, antes de resolverse a tomar la palabra, como si lo que iba a decir fuese sumamente grave y decisivo.

-Pues chiquilla... -pronunció al cabo-, mi consejo aquí no puede ser otro sino el que te daría cualquier persona de mediano criterio. El casarse no es broma, ni se hace para un día. No, hija: es el paso más decisivo de la vida entera, para una mujer honrada; como eres tú por la misericordia de Dios. La verdad, ese hombre... te repugna

-Repugnarme...

Hubo otro momento de silencio, bastante largo. Yo contenía hasta la respiración. Las asperezas de la rama del Tejo se me incrustaban en las carnes, y la mano con que me agarraba al árbol empezaba a dormirse.

Al fin se oyó nuevamente la voz alterada de la novia.

-Repugnarme... No sé. Lo que sé es que no siento por él ni gran cariño, ni nada de ese entusiasmo... No se asuste, Padre; yo no digo entusiasmo... amoroso. A ver si me explico o si hablo tonterías. Yo quisiera, al casarme, considerar al marido que he de recibir delante de Dios, como a una persona digna de la estimación de todo el mundo... Padre, ¿usted cree que don Felipe es... así?

-Hija, con el corazón en la mano... No he oído contar de él ningún crimen; pero tiene una fama mediana en lo tocante a manejos políticos... y goza de pocas simpatías. Esto, ya que preguntas... te lo he de decir.

-Lo de las pocas simpatías -advirtió con rara sagacidad la novia- no será por lo de los manejos políticos, porque, Padre, en eso el que menos y el que más... A mí se me figura que es por otra cosa... ¿Ha reparado usted la cara de Felipe?

-Sí, la he reparado... Es... ¡Caramelo, no sé qué te diga chiquilla!

-Es de judío -afirmó la novia terminantemente-. Le parecerá a usted sorprendente que yo lo diga... No me atrevo a decirlo sino a usted. Es de judío, sí, tan clavada, que no se despinta. Por eso, al preguntarme usted si me repugna... me he quedado indecisa. Esa cara... me ha costado bastante trabajo acostumbrarme a ella. Ni le llamo feo ni bonito: sólo que su cara...

Oía yo con toda mi alma, cuando, por una circunstancia ajena a la conversación, se apoderó de mí verdadera angustia. Es el caso que me figuré sentir que la rama en que a horcajadas me sostenía empezaba a crujir con cierta lentitud, como avistádome de que no estaba hecha a soportar aves de mi tamaño. No obstante, atendí.

-Pues hija -dijo el Padre terminantemente-, con esa antipatía o repulsa, porque en realidad me parece que lo es, no debieras casarte. Al menos, consulta a tus fuerzas... Medita bien lo que es el estado de una mujer casada. Considera que el marido que tomes, agrádate o no, es el compañero de toda tu vida, el único hombre a quien te es lícito querer, el que va a ser contigo en una carne; así, así dicte la iglesia: en una carne. Él será el padre de tus hijos, y le debes no sólo fidelidad, sino amor... ¿entiendes? te lo voy a repetir: ¡amoor! Chiquilla... reflexiona, ahora que todavía estás a tiempo no te amontones: ya sé que sería un alboroto y un ruido atroz deshacer el casamiento; pero mientras no exista el lazo indisoluble... ¡pch! son cosas que dan pábulo a las lenguas de los necios un par de días, y luego se las lleva el aire. Mientras que lo otro, hija... la muerte, sólo la muerte de uno de los consortes lo disuelve. ¿Tú te haces cargo de lo que significa el sacramento del matrimonio? ¿Sabes lo que es un esposo para la mujer cristiana? Quiero que te fijas bien, chiquilla. No digas luego que tu amigo Moreno no te avisó.

Al llegar aquí un sudor frío, sudor de congoja, empezó a asomarse a mis sienes. No era aprensión, no: la rama crujía. No bastaba el peligro de una caída desde tan alto para asustarme en aquel momento: más me fatigaba la vergüenza de ser sorprendido en indiscreto e indigno espionaje. Porque entonces veía claro que el espionaje era indigno, mi curiosidad una ofensa, y mi emboscada una mala acción. Los crujidos de la madera seca, aquel sordo y agonioso ¡crrraá! ¡crrraá! me decían en su lengua oscura y truncada: «Impertinente, entrometido, novelero, mamarracho». Y creía escuchar la voz recia y despreciativa del Padre, abofeteándome con estas palabras categóricas: «Ya le había yo calado a usted. Ya noté que usted nos espiaba. Necio, creyó usted que todos éramos esclavos complacientes de la materia, y que esta señorita y yo... Pues ya habrá usted visto que somos dos personas decentes».

Renunciando a oír lo que faltaba del diálogo, probé a escurrirme por la rama abajo, cabalgar en otra, y, de rama en rama, descender hasta el salón de baile, y de allí a tierra. La operación, como gimnasia, no era difícil; pero imposible realizarla sin hacer ruido, un ruido que tenía que llamar la atención de los dos interlocutores y delatar al punto mi acecho. Ya los tanteos y ensayos que practiqué para medir la distancia, causaron un susurro prolongado entre el ramaje, único arbitrio: tener calma, aguantarse, no respirar, encomendarse a Dios y esperar todo de la firmeza y complacencia de la rama... Con este propósito hice por no apoyarme fuerte, y me quedé medio en el aire, en posición sumamente violenta. Lo que me desesperaba era no poder

atender bien a la conferencia, entonces más animada que nunca. No sé si habré oído bien la última parte: se me figura que así, poco más o menos, dijo la novia:

-Claro que no podemos prescindir de la gracia de Dios; pero creo que no es vanidad el asegurarle que he de cumplir con los deberes que me impongo. ¡Si usted supiese, Padre, cómo me suena a mí eso del deber...! Le digo con toda la verdad de mi alma, que si me figurase que había de faltar a él andando el tiempo, quisiera morirme seis mil veces antes. Ni mi padre, ni mi marido, ni Dios, han de tener nunca queja de mí. Así viviré... o moriré contenta. De otro modo... ¡me ahogaría! Me caso a sabiendas... las circunstancias me ponen en esta situación especial... pues a sabiendas seré buena. No quiero disculpas anticipadas. Seré buena... ¡aunque se hunda el mundo!

Ríase el lector: estas palabras me volvieron loco de entusiasmo, hasta hacerme olvidar mi posición difícil. Me levanté como para aplaudir, tendiendo las manos hacia la tití angelical. Cuando por inevitable movimiento descendí pesadamente sobre la rama, oyose un estallido formidable, que me sonó a mí como al fragor de la más desencadenada tormenta; y sin dilación comprendí que caía, que caía lentamente, sirviéndome de paracaídas el extenso y tupido ramaje, pero causándome contusiones y arañazos sin número los picos de las ramas menudas y los *gallos* de las gruesas. La caída se me figuró que duraba un siglo: y en medio de mi trastorno, creí oír arriba, en lo alto del árbol exclamaciones, gritos, clamoreo confuso.

Al fin mi bajada se aceleró, desgarrose no sé qué prenda de mi ropa y me aplané, la faz contra tierra, sobre el césped. No sé cuál fue más pronto, si dar en el suelo o rebotar lo mismo que una pelota de goma y echar a correr como ciervo perseguido. Lo que yo pretendía era esconderme, desaparecer, encubrir si era posible mi delito y mi ridículo fracaso. Y este pensamiento me espoleó, me dio alas y hasta creo que aguzó mi instinto llevándome a meterme en la calle de frutales, entoldada toda, refugio el más seguro pues no me verían desde el Tejo. De allí al bosquecillo no había un paso: y del bosquecillo al merendero de madreSelva, cortísima distancia. A él me subí, y sin reparar en mis ensangrentadas y arañadas manos, sin notar el molimiento de la caída, excitado, loco, me descolgué por el muro, y fuera ya de la huerta, no me creí salvado hasta que, por atajos y veredas, a escape, llegué a la playa. «Coartada segura... Yo estaba bañándome».

Y me desnudé en un periquete.

- XV -

El día de la boda, dos después de este episodio, me desperté con la impresión de sentir allá dentro, dentro, en el fondo de la caja torácica, el molimiento del batacanazo. A fuerza de aplicarme paños del árnica que compré secretamente en la botica de San Andrés, yo había conseguido que no se percibiesen mucho las contusiones y erosiones que tenía en la cara. De mi ropa se había rasgado tan sólo el forro de la americana; menos mal. Los dos únicos testigos de la escena sin duda se habían puesto de acuerdo para callar; pero me miraban de vez en cuando, y yo sentía desagradable impresión al encontrar la mirada de Carmiña, sorprendida y severa, o los ojos del franciscano, en que me parecía notar mezcla humillante de enojo y desdén.

Por eso lamentaba tener el cuerpo tan quebrantado. «¿A que me he resentido o roto alguna cosa -pensé- y ahora se descubre el pastel por fuerza?». Con el decaimiento físico se enlazaba un estado espiritual de bastante lirismo, según demostrarán algunos párrafos de mi nueva carta a Luis:

«Chacho, no sé cómo decirte lo que me sucede. He sorprendido los secretos de mi futura tía, por casualidad, y me he convencido de que es un ángel, un serafín en figura de mujer. Con razón aseguraba el fraile que Carmiña realiza el tipo de la perfecta cristiana. Es indudable que en una mujer así hay algo que impone veneración, algo de celestial. Hice mal en dudarle y en imaginar siguiera que no fuese una santa. ¿Y si vieses qué desgraciada, qué abnegación la suya! Te referiré lo que sucede... y me dirás si cabe mayor heroísmo, ni más dignidad. Estoy absorto desde que he penetrado los móviles de su conducta...».

Se los explicaba largamente, encomiando la resolución admirable de tití: y añadía, para concluir de descargar mi conciencia:

«También el fraile me parece bueno... Aunque sea rarísimo, me voy inclinando a que cumplirá todos sus votos. Nada, chico: los cumplirá. Existe la virtud ¡cuidado si existe! Aún hay patria... No sé lo que siento: no sé si desde que veo claro quiero más a la tití, de un modo allá muy refinado, o si ya no me importa como mujer. Lo que sé es que mi tío no merece el tesoro que le cae del cielo. ¡No encontraré yo mujer semejante, si llego a casarme andando el tiempo!».

Esta epístola la escribí la víspera del día fatal. Al amanecer este, me encontré, según iba diciendo, molido y sin hueso que bien me quisiera; con unas ganas incontrastables de quedarme así, tumbado boca arriba, sin moverme, ni pensar; ni resollar siquiera. Pero el maldito monaguillo entró en mi cuarto con sus fueros y sus niñerías habituales, y vino derecho a alzar las sábanas.

-¿Qué tiene? -preguntaba-. ¿Se le ha caído la paletilla? Está como los gatos cuando se estrellan al saltar de los tejados. ¿Qué le duele al señorito? ¿le doy unas friegas?

Me levanté penosamente, y amenazándole con el puño cerrado, exclamé:

-Como hables de caídas...

-Bueno, hablaremos de lo que usía disponga... *¡Ne in furore tou arguas me!*

-Voy a argüirte con un zapatazo si no callas...

-Ey... no vale arrimar piñas. Arribita, que ya están poniéndole cascabeles a la noria... ¿No oye la orquesta del teatro Real, Imperial y Botánico? Pues bien que toca.

En efecto, del patio subían norias ligeras, campesinas, rápidas, notas que parecían danzar con alegría pastoral. Eran los gaiteros afinando y preludiando la alborada. Aquella música fresca, jubilosa, me oprimió el corazón. Haciendo un esfuerzo, puse los huesos de punta. Parecíame notar en el pecho una especie de malestar depresivo, algo como si tuviese allí una piedra de mucho peso, de estorbo intolerable. Sacando fuerzas de flaqueza me lavé, me vestí lo mejor que pude, y bajé a desayunarme. Otro tanto hacían la mayor parte de los convidados a la boda. Noté que el señor de Aldao estaba inquieto, y supe que su inquietud provenía de una carta recién llegada del Naranjal. Escribála, en nombre de don Vicente Sotopeña, su ahijado y protegido Lupercio Pimentel; el cual, después de muchas y muy corteses felicitaciones y grandes protestas de amistad hacia mi tío, se declaraba comisionado por don Vicente para asistir en su nombre, ya que no a la ceremonia, a la comida. Y aquí de los apuros de don Román, temeroso de que no hubiese todos los perfiles que requería la presencia de tan importante persona. Casi hubiera preferido Aldao tener que habérselas con el mismo Santo. Este al fin era la quinta esencia de la llaneza, y en dándole platos regionales y bromas en dialecto, de seguro que en ninguna falta repararía. En cambio el ahijado... ¡Dios sabe! Joven, elegantón, acostumbrado a los festines de la corte...

Despachado el chocolate con cierta anarquía, entramos en la sala, se oyeron en el pasillo voces femeniles, dos o tres risas, y apareció la novia rodeada de varias amiguitas pontevedresas convidadas a la ceremonia y seguida de Candidiña, de doña Andrea, de la chiquilla, que se atropellaban para contemplarla mejor.

Carriña Aldao venía pálida, ojerosa, febril: sus ojos negros tenían el párpado oscuro, cárdeno, como después de una noche de insomnio. Lucía el traje blanco con la red de perlas, mantilla negra sujeta con joyas, un ramito de azahar natural en el pecho, tan rico pañuelo, guantes largos, devocionario y rosario de nácar. Después de saludar a su novio, que le dio los buenos días algo cohibido, y de sonreír a los demás, se quedó sin saber qué hacer, plantada en mitad del saloncito; pero cuando el señor de Aldao, a un movimiento de cabeza de mi tío Felipe, contestó diciendo: «Vamos», la señorita se adelantó y con sencillez y viveza se acercó a su padre. «Perdóname si en algo te he ofendido -le dijo en voz vibrante, aunque contenida- y clame tu permiso, para que sea feliz». Al pronunciar estas palabras, clavó en su padre una mirada elocuente, profunda, casi terrible a fuerza de concentración. El señor de Aldao volvió la cabeza, murmurando un «Dios te bendiga». Creo que noté en sus pupilas cierto brillo... Hay cosas que crisan los nervios. Las amiguitas se dedicaron a arreglar a la novia los volantes, a recoger las perlititas del bordado, algunas de las cuales andaban por el suelo ya. Y sin darnos el brazo, en formación desordenada, nos encaminamos a la capilla.

Esta estaba fragante de flores, toda tapizada de helecho y anís, iluminado el altar con infinitos cirios. La ceremonia fue larga, porque se casaron y velaron a un tiempo. Escuché el claro sí de la esposa, y el opaco del esposo. Oí leer la que todo el mundo llama epístola de San Pablo, aunque no lo sea. Allí el marido era asimilado a Cristo, la mujer a la Iglesia; y en confirmación de esta superioridad viril, la bordada estola cayó sobre la cabeza de la novia a la vez que sobre el cuello del novio. Carmiña Aldao, cruzando las manos sobre el pecho, inclinó la frente sometiéndose al yugo.

Había entre el concurso de espectadores aldeanos y aldeanas, venidos por curiosidad, y que se empujaban, con murmullo respetuoso, a fin de ver algo por encima de las cabezas del señorío. Cuando se hubo terminado la misa, estallaron los cohetes, las gaitas del país dejaron oír su ronquido característico, y la gente se agolpó, saliendo en tropel, la novia rodeada de sus amiguitas, que pellizcaban pétalos y gromos de azahar, y la besuqueaban. Aquel fue un momento embarazoso. ¿A dónde ir; qué hacer; con qué entretener a la reunión? Castro Mera, que era joven y animado, propuso que nos trasladásemos al Tejo, que sacasen el piano al jardín y que armásemos baile, mientras los novios y el Padre Moreno se desayunaban, pues por la misa y la comunión no habían podido hacerlo.

Aceptaron la idea. Aún no había empezado el baile, cuando volvió a aparecer la novia, ya sin mantilla; había tomado un sorbo de chocolate: y venía a cumplir sus deberes de sociedad. El primer rigodón lo tocó ella, desde el jardín. El segundo una señorita pontevedresa y Castro Mera lo bailó con la que ya puedo llamar «mi tía» propiamente. Después una señorita de San Andrés propuso un vals de vueltas. Yo había bailado los rigodones a rastras, sólo porque no cayesen en la cuenta del molimiento y dolor de mis costillas; pero apenas oí vals, me pasó por la mente un verteriano relámpago. «La abrazaré antes que la hayan tocado los brazos de su novio». Y levantándome con ímpetu, olvidado ya del resentimiento de la caída, la propuse el vals. Se negaba sonriendo, pero las amiguitas la empujaron, y entonces, haciendo un mohín a manera del que dice «Así como así ya es la última vez», colocó su brazo izquierdo sobre el mío y dejó que con el derecho rodease su cintura.

Al estrecharla olvidé la fatiga, el molimiento y comprendí por repentina intuición que estaba más prendado que nunca de aquella mujer, irremisiblemente ligada ya a otro hombre. El tenerla así enlazada -en aquel camarín vegetal, aromático, espolvoreado de oro por el sol que a veces colándose entre las ramas, lanzaba una juguetona estrellita de luz entre el pelo o en la frente de la novia- me volvía loco. Notaba las delicadas líneas del cuerpo airoso de Carmiña; sentime bañado en su aliento, y la disparatada idea que revoloteaba en torno mío se convirtió en sentimiento tan vehemente que necesité reprimirme para no estrechar a mi pareja, haciéndola daño. Mi arrebató era no obstante de lo más puro y elevado que se ha visto en esto de arrebatos amorosos. Yo sentía una ilusión celestial, si me es dado expresarme así; una ilusión divina, noble en su origen y en su desarrollo. Lo que me exaltaba era pensar que tenía allí en mis brazos a la mujer más santa y pura de la tierra y que esta mujer, aunque perteneciente a otro, estaba todavía virgen, intacta, como el cáliz de una azucena, como el propio azahar que llevaba prendido aún en el pecho, y que al empezar a marchitarse, despedía aroma más fuerte y embriagador.

Girábamos con gran suavidad, y entre vuelta y vuelta creo que la dije: «Ya somos parientes: ¿puedo tutearte?».

-Naturalmente: sólo faltaría que me dijese de usted con mucha política.

-¿Te enfadarás?

-No. ¿Por qué?

Guardé silencio. Los pliegues de su traje de seda me acariciaban las rodillas, y sentía el corazón, agitado por el movimiento del vals, latir fuertemente.

Entonces, con impulso invencible, ascendió la verdad a mis labios.

-Tití -murmuré-, perdóname, yo me he portado mal contigo. ¿No sabes? Fui un indiscreto... ¡Pero me alegro tanto, tanto! Porque ahora conozco todo lo que vales tú... y mira, lo conozco tanto, que estoy como loco. ¿No ves?

-Calla, tonto -articuló ella algo acortada de respiración por el movimiento del vals-. Si fuiste indiscreto... ¿qué quieres que te diga? Hiciste muy mal.

-Ya lo sé -respondí compungido-. Por eso te digo que me perdones. Perdóname, anda. ¿Me perdonas?

-Bueno -dijo ella como el que accede al antojo de un niño.

-¡Qué santa eres! -exclamé arrebatadamente, en voz baja y honda.

Dimos algunas vueltas más. Nos mareábamos de girar en aquel sitio tan estrecho. Ella se detuvo un instante. Entonces la pregunté:

-Tití, ¿piensas bailar más en tu vida?

-No. Este es el último vals. Las casadas no bailan.

-¿El último?

-De seguro.

-Pues dame por Dios y por la Peregrina, ese ramito de azahar. Dámelo.

-¿Para qué lo quieres?

-Dámelo... Si no haré cualquier estupidez.

-¡Toma, sobrino! -exclamó deteniéndose- y no vuelvas a esconderte en los árboles.

Guardé el ramo como el ladrón la robada presea, y miré a mi títí calando la mirada hasta el fondo de los ojos. No me pareció notar en ella severidad ni cólera al hacerme aquella franca declaración de haber sorprendido mi diablura. Un poco de pudor alarmado se veía, sí, en sus pupilas; pero este continente grave lo templaba la media sonrisa y la animación de su rostro encendido por el movimiento del vals. Por mi gusto, el tal baile no se concluiría nunca. Silencioso ya, porque la fuerza de mis sentimientos me ataba la lengua; arrebatado al quinto cielo, incapaz de reprimirme, debí de apretar convulso la delgada cintura... porque de improviso se detuvo mi Tití, y con rostro demudado y voz firme pronunció:

-Basta.

- XVI -

No nos sentamos a la mesa hasta las tres de la tarde. En el comedor apenas se cabía, pues lo ocupaba casi todo la inmensa mesa en forma de herradura, guarnecida por simétricos jarrones con flores y ramilletes de dulce. Yo no sé cómo había ido reuniéndose gente y más gente en la boda: de suerte que los convidados pasábamos de treinta. Había allí mucho señorío de San Andrés, mucho cura, mucho médico, el ayudante de Marina, dos o tres propietarios rurales, alcaldes, caciquillos, señoritas, amigos políticos de mi tío, y hasta el buen don Wenceslao Viñal, que se colocó a mi lado por gusto de tener a quien hablar de sus chifladuras arqueológico-históricas.

Lupercio Pimentel, el ahijado de don Vicente Sotopeña, ocupaba el puesto de honor, a la derecha de la novia. Era apuesto, correcto, bien hablado, cordial y bromista al modo que lo son los políticos de este período actual, que reemplazan la influencia de las ideas y los principios con la de las simpatías personales que suman incesantemente. Desde que empezó la comida, noté que no perdía ripio, que trataba de atraerse a aquel auditorio, a aquellos *elementos*, como diría él. Tendió la vista en derredor, e inclinándose hacia mi tío por encima del hombro de la novia, le oí que murmuraba:

-¿Y el alcalde de San Andrés, cómo no está aquí?

-Hombre... -respondió mi tío- le tenemos así, tan de esquina con nosotros...

-Por lo mismo, por lo mismo. Conviene que luego el amigo Calvete le ponga entro los convidados -añadió señalando al director del *Teucrense*, que se inclinó lisonjeadísimo.

Después de reflexionar un momento, añadió Pimentel:

-Que vayan a buscarle dos... Que le traigan por fuerza si es preciso: Con que llegue a los brindis...

Levantáronse dócilmente Castro Mera y el ayudante de Marina, bajo un sol abrasador salieron camino de San Andrés, a fin de traernos el *elemento* desperdigado y refractario.

Mientras servían la sopa, el ahijado del Santo hablaba a media voz con el novio, pero de manera que sus palabras produjesen impresión en el público.

-Cánovas se ha hecho imposible... Tiene contra sí a la opinión sensata... La Regencia no es viable con él... Una situación conservadora no sería viable...

Se me figuró, no sé por qué, que algunos de los presentes no comprendían el sentido de la palabra *viable*; pero en fin, se daban cuenta de que no ser viable era cosa mala y perjudicial en grado sumo para Cánovas; y cuando Pimentel dijo que los de Pi eran partido un *utópico*, eso sí que lo entendieron muy bien y hubo murmullos de aprobación a la redonda.

Yo apenas oía. Estaba en el Tejo, valsando, sintiendo a cada vuelta cimbrarse el piso y temblar con prolongado susurro el ramaje verde... Al segundo plato fue preciso salir de mi abstracción, porque el aprendiz de clérigo, sentado a mi izquierda, salió con el registro de pellizcarme, empujarme el codo y oprimirme el pie a cada palabra que Pimentel decía. No sé qué hierba habría pisado el tal Serafín: acaso los dos vasitos de rico tinto del Borde que se atizara al tragar la sopa, estimularon su empobrecida sangre y le sacaron de su infantil sosera convirtiéndole en satírico mordaz: lo que afirmo es que al par de los codazos y pisotones, dio en soltarme observaciones tremendas, dignas de un Juvenal con sotana.

-Mire -me decía pasito- el mayor milagro del Santiño milagroso. Hacer de este un grande hombre. ¿Qué le parece, Salustio? ¿Y qué me dice de la poca vergüenza que tenemos los gallegos? Dejamos desierto el templo del Señor, y adoramos al becerro de oro... *feceruntque sibi deos aureos!* No van en roncería a Nuestra Señora de las Nieves... y van al Santo de las naranjas por mamar destinos, por chupar turrón... Van todos, ni uno falta... Quien no va de vivo irá de muerto... usted no escapa. Ya le rezará al Santiño milagroso. Y si no le reza... más que invente *puentes imánticos* o *carreteras eléctricas*... maldito caso que sus paisanos le han de hacer. ¿Quién le manda no ser Santo también, tonto?

Afortunadamente la extensión de la mesa, el número de los convidados y el zumbido de las conversaciones impedían que se oyese los disparates que ensartaba el mico eclesiástico; pero yo no pude contener la risa al notar el azoramiento de don Wenceslao Viñal, colocado a mi derecha. Acababa el Santo de obrar uno de sus milagros con el bienaventurado arqueólogo, inventándole un sueldecillo de bibliotecario de la Diputación; y el terror más profundo se pintaba en sus espantados ojos. ¡Si Pimentel oía aquellas barrabasadas y se las atribuía a él! A pesar del habitual

sonambulismo de los ratones de biblioteca, Viñal aguzaba las orejas advirtiendo el riesgo horrible que corrían sus benditos seis mil reales...

-Salustio -me suplicó angustiado- haga callar a ese majadero... Está poniéndonos en evidencia... Por las benditas ánimas...

La excitación de mis nervios me impulsó a llevar la contraria al pacífico erudito. Yo también me sentía inclinado a la censura agria y pesimista. Lo que me irritaba era el aspecto de mi tío, rebosando satisfacción, haciendo la corte a Pimentel más que a su novia; brindándole la función al protector de sus desastrosos manejos. «¡Gente rastrera! -pensaba yo- si queréis inclinaros, inclinaos enhorabuena ante el Padre Moreno, que representa el sacrificio de la vida en aras de una idea; ante esa recién casada, que personifica la virtud y el deber, pero ante el que no tiene más mérito que repartir la sopa boba... También a mí me entran ganas de desahogar. Serafín no va descaminado».

No sabiendo cómo dar vado a mi impaciencia, y sin hacer caso de Viñal que me tiraba de la manga, aproveché la primer coyuntura para contradecir a Pimentel. Creo que fue a propósito de Pi, de las utopías y de las cosas *viabes* o no *viabes*. Causó general asombro el que yo me atreviese a alzar la voz de tan inconsiderada manera, y mi tío me miró con una expresión que redobló mis bríos.

-¿Que no es *viabes* la república aquí? ¿Y por qué, vamos a ver? Lo que no puede prolongarse es la anarquía mansa en que vivimos... Padecemos los inconvenientes de la monarquía, y no nos alcanzan sus ventajas. No hay cohesión, no hay unidad, y las costumbres políticas han llegado a relajarse de tal modo, que el hombre de Estado que aspira a dar ejemplo de moralidad, se pone en ridículo, y el que tiene convicciones, ídem.

Pimentel se volvió hacia mí, respondiéndome con calma y cortesía: «Lo que usted desea, y que en el fondo todos deseamos, en otras razas, en razas del Norte, ¡pssch! podría ser; pero aquí, con la sangre árabe que llevamos en las venas y nuestra eterna indisciplina... ¡oh! imposible, imposible...». Nadie más ardiente defensor de las libertades que él; conocidos eran sus sacrificios... (todo el mundo asintió) pero no confundamos, señores... no confundamos, señores, la anarquía y la licencia con la libertad justa, racional, *viabes*. Los países del Norte producen hombres de Estado porque las multitudes están educadas ya para las libertades políticas; es una transmisión hereditaria, digámoslo así; hereditaria. Y si no, vean ustedes las teorías de Thiers, la opinión inglesa...

Yo, no sabiendo por dónde salir, me agarré a Thiers como quien se agarra a un clavo ardiendo.

-Será la opinión francesa, señor mío. Porque usted no ignorará que Thiers...

Hice de propósito una pausa, durante la cual mi adversario me miró con cierta ansiedad.

-Que Thiers era francés.

El cura de San Andrés, desde un rincón, lanzó tímidamente:

-Claro que era francés. Como que fue el que pacificó a Francia después de la Commune.

Dirigiendo la vista alrededor para juzgar del efecto de mis palabras, vi el rostro del señor de Aldao que expresaba desaprobación y sorpresa, el de mi tío, sofocado de cólera; y el del Padre Moreno, alegrado por una picaresca sonrisa. Pimentel replicó, algo desorientado:

-Desde luego que era francés... No se trataba de eso, me parece... Decíamos que la opinión inglesa... porque no hay duda, Inglaterra es el país del *self*... del *self government*, como demostró con mucho acierto el distinguido Azcárate... y nosotros... nuestra idiosincrasia... Implanten ustedes aquí lo que en naciones más... No resultará viable: porque todo gobernante ha de tomar muy en cuenta las tendencias ingénnitas de la raza...

-Todo eso es palabrería -argüí-. Generalidades que nada prueban. Concretémonos, si usted gusta. No tratamos de razas. Se habla de la República española, con la cual el que más y el que menos de los que hoy, mandan tenía adquiridos compromisos y que entregaron por treinta dineros como Judas. ¿Harían otro tanto si la Restauración no les hubiese abierto el presupuesto de par en par?

Sólo comprendí la impertinencia de mi agresión al oír a Serafín que, batiendo palmas, exclamaba con destemplado chillido:

-Por ahí, por ahí... Gui guii. ¡Por ahí duele!

Pimentel, limpiándose el bigote con la servilleta, se volvió hacia mí, y en lugar de responder enojado, me dio la razón sonriendo.

-Es muy cierto, señor Meléndez. El tacto de la Restauración al aceptar los elementos revolucionarios, ha hecho viable lo que acaso en otras circunstancias...

Interrumpió el período la llegada del alcalde de San Andrés, a quien traían medio a rastras los dos comisionados del joven personaje. Todos debían de haber subido muy aprisa la cuesta, porque venían sofocadísimos. El alcalde sudaba a chorro y se limpiaba las mejillas con un pañuelo enorme. Tartamudeó algunas frases para decir que él «no se consideraba llamado a sentarse en tal banquete» y Pimentel, hecho un azúcar, le apretó la mano, le buscó sitio a su lado, no perdonando medio de captarse la voluntad del adversario político.

Yo no sabré decir cómo era el *menú* de aquella pesada comida. Me parecía que iban saliendo todos los platos que en libros de cocina figuran, y que la torpeza de los criados, su inexperiencia en servir, prolongaban el convite indefinidamente. Lo más difícil de sujetar a inventario serían los postres, los licores, los vinos, los interminables pasteles, los amazotados

dulces de Pontevedra, las tartas enviadas por Fulanito y Menganito, los cuales estaban presentes y a quienes no se podía desairar.

Yo bebí cinco o seis copas de champaña; pero no me produjeron otro efecto sino un recrudescimiento del espíritu batallador que me había inducido a provocar a Pimentel. Me sentía guerrero, agresivo, quijotesco, deseoso de arriarla con todos y contra todos. Y bajo aquella efervescencia singular, notaba yo el latido sordo de una pena muy recóndita, especie de nostalgia de algo que me parecía haber perdido. No acertaría a explicarlo: era de esos sentimientos sutiles y punzadores que a veces no corresponden a las necesidades profundas de nuestra alma, sino a ciertos antojillos de la fantasía defraudados por la realidad. La novia -a quien miraba de cuando en cuando a hurtadillas- tenía el semblante abatido y fatigado; probablemente no era sino cansancio del largo festín, pero a mí se me figuraba que era tristeza, la amargura del cáliz, el antesabor de las hieles del trago... ¿Y por qué no? ¿No existía la conversación en el árbol? ¿No me constaba que mi tío le inspiraba repugnancia indefinible, y que sólo por cumplir un deber moral, el *imperativo categórico* de su fe, se había acercado al ara, verdadera ara de sacrificio? Yo quería a toda costa penetrar en su alma, ver por dentro aquel espíritu gentil y doliente. ¿Qué pensará? ¿Qué esperará? ¿Qué temerá la blanca novia?

Entretanto el champaña, que a mí sólo me había exaltado la imaginación, surtía sus efectos por la mesa, y no faltaban caras sofocadas, ojos que echaban chispas, voces algo descompasadas e injustificadas locuacidades, excesivas y vehementes, risotadas de alto diapason y efusiones sin causa. Pimentel, siempre irás correcto y dueño de sí que los demás, también se animaba, hablando con mi tío de un gran proyecto, que había de hacer época en los anales del partido Sotopañista: la procesión de la Divina Peregrina convertida en manifestación imponentísima, don Vicente en persona llevando el guión, Pontevedra y sus cercanías, en siete leguas a la redonda, despoblándose para alumbrar y escoltar a los númenes de la provincia, la Virgen y el Santo milagroso... Algunos curas atendían, se entusiasmaban con el plan, y exclamaban por lo bajo: «Muy bien... lo primero los sentimientos católicos, hombre». Castro Mera estaba empeñado en defender las excelencias del derecho; un señorito de San Andrés desafiaba a otro de Pontevedra a quién se bebía más curasao; el ayudante de Marina disputaba con el alcalde sobre aparejos de pesca prohibidos; Serafín reía convulsivamente, porque Viñal sostenía con gran tesón que él poseía documentos comprobantes de cómo Teucro había fundado a Helenes, y hasta se jactaba de conocer el sitio en que Teucro podía estar enterrado. El señor de Aldao determinó levantar la sesión diciendo a los convidados que no se molestasen, que él iba a enseñarle a Pimentel la finca y a tomar un poco el fresco. Fuéronse la novia del brazo de Pimentel y el novio y suegro muy compinches.

Con su marcha, la animación de la mesa subió de punto, y la algarabía fue tal, que allí no se entendía nadie. Unos disputaban, otros reían, otros argüían descargando puñadas sobre el mantel, ya manchado de vino y salpicado a trechos del huevo hilado que se caía de las tartas o de pedazos de fruta en dulce. En los platillos se derretían fragmentos de queso helado, mezclados con ceniza de cigarro. Ya nadie comía; sólo se bebía haciendo gasto extraordinario de licores y vinos dulces. El señorito de San Andrés, el de la apuesta, había tenido que asomarse a tomar el fresco en la ventana, y en cambio el de Pontevedra, impávido a pesar de la prodigiosa cantidad

de copas sorbidas, se entretenía ahora en sacar de sus casillas a Serafín. Ya le había hecho beber media azumbre de anís del Mono, y ahora se entretenía en echarle, por un barquillo puesto a manera de embudo, Jerez y Pajarete, todo mezclado.

El monago protestaba unas veces, tragaba otras y en su rostro pálido y desencajado notábamos los efectos del alcohol. Hubo un momento en que se formalizó, y gritando con voz becerril: «No más, no me da la gana, cebolla, piñones, *quoniam*, ¡que no soy esponja!», rechazó la mano y el Jerez le vino a caer sobre la pechera, empapándosela toda. De repente su palidez se convirtió en rubicundez apoplética, y subiéndose encima de la silla, dio en perorar.

-Señores, hago muy mal en estar aquí. Bien empleado que me ahoguen con Pa... Pajarito... o con otro veneno liberal. Ustedes son liberales; la primera se prueba *per se... per se...*

-¡Per *só!*, chillaron Castro Mera y el ayudante.

-El ser liberal constituye un pecado mayor que ser homicida, adúltero o blasfemo... Esta segunda la pruebo con Sardá y los Padres de la Iglesia en la uña... Luego yo, que bebo Pajarito con ustedes... estoy incurso en excomunión mayor *latae sententiae!* ¿No sabéis lo que dijo un pájaro gordo en la jerarquía eclesiásticas? ¿No lo sabéis, piñones? ¡Gui, gui! Pues dijo: «*Cum ejus modi nec cibum sumere*». ¿Eh? Me parece que bien claro lo cantó. *Cum ejus modi nec Pajaritum su... sum...*

Yo le miraba con curiosidad. No podía dudar que por momentos aquel escuerzo era sincerísimo en sus alharacas, y que salía de su pecho a borbotones un sentimiento real. Se creía el monago nada menos que un apóstol y hablaba amenazándonos a todos con los puños cerrados. Sus gritos fueron haciéndose muy roncós; su garganta se apretó, y sus ojos, como dos bolas blancas, salieron de sus órbitas. Después de una gesticulación frenética, pasando de la elocuencia que demuestra a la violencia que contunde, enarboló la botella que tenía delante y nos amenazó con tirárnosla a la cabeza. Lo que encendía su furor eran los proyectos de procesión cívico-política de Pimentel. Aquello le sacaba de quicio. ¡Extraños efectos de la *curda!* Tan borrego, manso y humilde como parecía el pobrete aprendiz de teólogo cuando se encontraba en su estado normal y libre de la influencia de los espíritus parrales, tan belicoso y propagandista se volvía bajo el influjo del alcohol. Nos dijo a todos horrores y se desató principalmente contra Sotopeña. Vi el instante en que todo aquello se iba a poner feo; porque Castro Mera, algo alumbradillo también, emprendió a voces y manotadas la defensa de las ideas políticas que atacaba el cleriguín; y como este respondiese con desaforadas invectivas, o por mejor decir, injurias manifiestas, de repente le vi espumar por la boca, oí su risa timbrada por la insensatez, y noté que sus puños se crispaban y que sus dedos errantes buscaban al través de platos y copas un arma, un cuchillo. Refrené a Castro Mera, diciéndole por lo bajo: «Es un ataque de epilepsia como una casa. En efecto, Serafín se retorció ya entre brazos de los que pretendían sujetarle. Con fuerza hercúlea, o más bien con formidable tensión nerviosa, momentánea virtud del aura epileptiforme, a patadas, a mordiscos, a puñadas, se defendía lo mismo que una fiera, y hubo momentos en que creímos que podría más que todos nosotros juntos. Al fin logramos atarle las manos con una servilleta; le inundamos de colonia, de agua fría, de vinagre; le cogimos por los

pies y por los hombros, y no sin trabajo le subimos a la torre y le echamos sobre su cama, sumido, al parecer, en una modorra que interrumpían a veces cortos espasmos.

- XVII -

Bajamos al jardín: la tarde caía ya, y no venía mal la brisa fresca para despejar las cabezas acaloradas. Yo creía no tener ni sombra de lo que por borracheras se entiende: y sin embargo atribuí el extraño peso que notaba en el corazón, la infinita melancolía que se apoderó de mí, a los efectos del vino, que a veces producen ese doloroso tedio, cayendo en el alma como piedras en la hondura de un pozo. Aquella gente alborotada, alegre, bromista, que tomaba la boda como un fausto acontecimiento, me producía no sé qué fastidio y aborrecimiento inexplicable: parecíame no haber tropezado nunca con personas tan antipáticas. Se esparcieron por la finca gozando y riendo, y yo procuré quedar a solas con mis negros pensamientos y mis lúgubres ideas. La imaginación se me ponía más negra cada vez, como si alguna enorme desventura pesase sobre mí. Dirigime por instinto a lo más retirado de la huerta, y abriendo la puertecilla carcomida que comunicaba con el soto, la crucé con ímpetu, hambriento de silencio y soledad. Una voz clara y enérgica pronunció: «¿A dónde va usted, caballero Salustio?». Y en voz y frase conocí al Padre Moreno. El fraile estaba sentado en un banco de piedra, apoyado contra la tapia, y leía en un libro, ocupación que suspendió al verme.

-Aquí me vine -dijo- buscando un sitio a propósito para hacer mis rezos de costumbre. Ya estaba concluyendo. Y usted... ¿se puede saber si también sale de la huerta para rezar?

-No -contesté en uno de esos ímpetus de franqueza súbita que suelen nacer al encontrarse con algunas copas de vinos fuertes y variados entre pecho y espalda-. He venido porque me aburría tanta gente, tanta bulla, tanto regocijo y tanta necesidad; porque me levantaba jaqueca la estupidez.

-¡Bravo! Señor mío, ahora digo que le sobra a usted razón. Lo dicho, le sobra. A mí también me hastiaban el comedor y la comida. Es un barullo insoportable y nada tiene de particular que a un fraile le asuste; pero a usted...

-Padre Moreno, crea usted que hay días en que, convicciones aparte, le entran a uno ganas de ser fraile y de echar a rodar las tonterías del mundo.

El fraile me miró, clavando en los míos sus ojos poderosos, serenos y perspicaces.

-¿De veras se le ocurre a usted eso? Pues no extrañará usted si un pobre fraile le responde que en mi opinión, ya está usted a la entrada del camino de la sabiduría, y aun de la felicidad,

hasta donde cabe en la vida del hombre. Buscar la paz y el desasimiento no es virtud: es egoísmo y cálculo. Crea usted, caballero, que yo no envidio a nadie... y en cambio compadezco a mucha, a muchísima gente.

El orgullo laico no se me encabrió al oír tales palabras. Después he reflexionado con sorpresa en que a mí debiera enojarme la compasión del fraile, compasión probablemente irónica: porque dadas mis ideas, mi manera de pensar y sentir en cuestiones religiosas y la significación absurda que para mí tenían los votos monásticos, era yo quien debía compadecer al fraile, y compadecerle como se compadece a las víctimas del absurdo y de la inmolación inútil en aras de un concepto erróneo. Únicamente se explica mi extraña aquiescencia a las palabras del Padre Moreno, suponiendo que existe en el fondo de nuestro espíritu una tendencia perpetua a la abnegación, a la renunciación, por decirlo así, tendencia que se deriva del subsuelo cristiano sobre el cual reposa la cáscara de nuestro racionalismo. A mí se me ocurría en aquel momento de depresión moral: «¿Cuál es mejor, Salustio? ¿Seguir estudiando, acabar la carrera, ejercerla, casarse, cargarte de hijos, sufrir las impertinencias y los rozamientos de la vida, aguantar todo lo que forzosamente ha de traer consigo, dolores, desengaños, conflictos y peleas, o pasártela como este padre, que en un día de boda coge su libro y se viene a rezar al bosque tan pacíficamente?».

-Sí que compadezco a muchos -prosiguió el Padre cogiéndose de mi brazo con familiaridad y llevándome, al través del soto, hasta un pradito que limitaba un vallado vestido de parietarias y flores silvestres-. A las gentes que juzguen... así, nada más que por la superficie, les parecerá que hoy, en medio de la fiesta de boda, debo yo experimentar algo de envidia, o por lo menos considerar mi estado, tan diferente del de los casados ¿eh?... Pues mire usted, le aseguro (y usted no creerá que le digo una cosa por otra, pues ya sabe que mi carácter es muy franco) que más bien parece como si me inspirasen los novios una especie de compasión... vamos, compasión de considerar los trabajos que les esperan en la jornada, por más felices que sean; aunque Dios les reparta a manos llenas cuanto se entiende por felicidad.

Los sentimientos del fraile estaban en aquel momento tan conformes con los míos, que de buena gana le hubiese abrazado. Y cediendo por segunda vez al prurito de desahogarme, indiqué sentándome en el vallado:

-A mí, Padre Moreno, esta boda me parece un puro disparate; o mucho me engaño, o va a traer consecuencias funestísimas. Carmiña es un ángel, una santa, mi ser excepcional; y mi tío... ¡Qué sé yo!... tengo mis motivos para conocerle.

Mudó repentinamente de aspecto la cara del Padre. Sus ojos se tornaron severos: su entrecejo se frunció: recogió su boca pasando de la amabilidad a la seriedad, a la austeridad casi. Vi en su fisonomía una expresión que tenía rara vez: era la profesión saliendo a la cara: era el fraile y el confesor que reaparecía bajo el hombre afable, cortés, comunicativo, humano.

-Habla usted con ligereza -dijo sin ambages- y perdone que le ate corto. Tal vez crea tener algo en qué fundarse, y a la verdad, siento que irte obligue a recordar eso... porque quería olvidarme de que fríe usted más imprudente y curioso de lo que corresponde a una persona que

por los principios de su educación y el objeto científico de su carrera parece que debe dar a todos ejemplo de seriedad. Ya sabe usted que nunca hemos sacado a relucir este asunto... Ya que usted mismo me presente la ocasión, caballero no la desperdiciaré. Yo creo que obró usted así por aturdimiento natural en los pocos años; que a ser otra cosa... ¡caramelo!

-¿A qué se refiere usted? -dije sintiendo despertarse mi amor propio y mirando cara a cara al fraile.

-¡Bah! Como si usted no lo supiera. Pero no soy yo persona de medias palabras. Me refiero al árbol... al Tejo. ¿Más claro aún? Al batacazo que usted se chupó por escuchar lo que no le iba ni le venía.

-Oiga usted, Padre... Los hábitos no dan derecho a todo... Yo...

-Usted nos escuchaba. ¿Sí o no? Nada de retóricas.

-Sí, ya que lo quiere usted saber. Sí; pero con ánimo...

-Con ánimo de saber lo que hablábamos.

-No señor... Aguárdese usted, déjeme explicar... Me podrá usted vencer en prudencia, Padre Moreno, y en esta ocasión lo reconozco; pero en pureza de intención y en altura de propósitos... Lo que es en eso... Padre, con todos sus votos y su fe, no me gana usted, lo juro a fe de hombre honrado.

-Admito, y no es poco admitir -arguyó reposadamente el fraile-, que eso sea verdad; y lo admito, porque me ha sido usted simpático desde el primer momento, porque me ha parecido conocer y discernir bien su carácter, y no veo en usted malicia diabólica, ni corazón dañado, ni perversidad de intención ninguna. Vamos, no dirá que no le hago justicia cumplidísima. Pero en el caso de que tratamos, se me figura que adolece usted de un romanticismo bobo, que le mete a desfacer entuertos como don Quijote, y de ese prurito de curiosidad malsana que nos induce a meternos en lo que no nos importa, ni nos ha dado Dios misión de arreglar.

-Es que la boda de mi tío...

-Podrá interesarle a usted por lo que afecta a sus intereses; pero por si Carmiña va a ser feliz o desgraciada, o es buena, o es mala... lo que es en eso tiene usted tanto que ver como yo en los asuntos del Emperador de la China. Igualito, señor don Salustio. Y menos para querer por medio de una indiscreción penetrar en el santuario de un espíritu y en los repliegues de una conciencia.

-Padre -contesté con firmeza, porque me estimulaba el enojo de la reprimenda y lo extraño y desairado de mi situación-, usted dirá lo que quiera del proceder mío; y yo respetaré sus dichos, no por el hábito que viste, y que ante mis convicciones no significa gran cosa, sino por la dignidad con que usted lo lleva. Quedamos, en que soy un indiscreto, un imprudente, un

entrometido, y cuanto usted guste agregar; pero no quita para que tenga razón cuando auguro mal de una boda hecha en ciertas condiciones y circunstancias. Ya que no ignora usted que yo tengo motivos para estar enterado y que reconozco el delito de espionaje y de indiscreción, no me niegue que lo que hoy hizo usted en la capilla es la sanción de una fatalidad, de un desastre horrible...

El fraile seguía mirándome, cada vez más disgustado y más nublado de ceño. En otras circunstancias acaso me contendría su desagrado evidente; pero en aquel instante, no había quien pudiese reducirme al silencio: cogí al fraile del brazo y le dije con gran resolución:

-Oiga, usted, Padre. Los matrimonios no consumados son muy fáciles de deshacer dentro del derecho canónico. Mejor que yo lo sabrá usted. Hábleme con sinceridad: a su honradez apelo, Padre. Podemos evitar una desgracia grandísima. ¿Le parece que me acerque a la señorita de Aldao y le diga: «Pobrecita, tú no comprendes en la que te has metido, pero estás a tiempo: no es válido tu matrimonio: protesta y échalo todo a rodar. No quieras que el daño sea completo. Líbrate de esa cosa atroz... En tu inocencia no puedes imaginarte, infeliz, lo que es ser esposa de mi tío. Un horror... mira que te lo aseguro. No llegue yo a verlo. Antes cieguen mis ojos. El Padre Moreno es un hombre de bien y te aconseja lo mismo. Anda, valor... rompe, rompe la cadena... Yo te ayudaré, y el Padre, y todos... Ánimo»?

-Lo que juro -afirmó el fraile- es que está usted loco o va camino de ello. Y si no... ¡Tate!...

Diose una palmada en la frente, y añadió:

-¿Cuántas copas de Jerez han caído hoy, caballero?

-¿Me supone usted borracho? -grité irguiéndome en fiera actitud.

-Le doy a usted mi palabra -declaró con espontaneidad- de que no creo que se encuentre usted en ese estado vergonzoso. Únicamente quiero decir que el vino le ha exaltado algo la sesera, produciéndole esa perturbación moral más bien que física, que se traduce en hablar disparates ordenados, meternos en lo que no nos compete y arreglar el mundo a nuestro modo, ¡caramelo! cuando quien debe arreglarlo es Dios.

-Bueno: y si yo le dijese a Carmiña lo de romper el matrimonio... ¿qué respondería?

-Le aconsejaría que se cuidase, y probablemente en estos términos: «Mójate la cabeza, hijo, que la tienes hecha un horno».

-Según eso, ¿usted cree que no hay remedio ninguno? -exclamé con vehemencia y dolor-. ¿Que debemos dejar consumirse la iniquidad y sobrevenir la catástrofe cruzados de brazos? ¿Pero, usted no conoce a mi tío? ¿No se da usted cuenta de las condiciones de su carácter, de la pequeñez y vileza de su alma, sobre todo comparadas a la bondad de esa mujer incomparable, a quien usted debe respetar como a la Virgen María, porque es tan bue...

No pude proseguir. Amostazado ya y encendido de cólera, con todo el empuje de su carácter y el brío de su condición, el fraile me tapó la boca apoyando en ella su ancha mano.

-¡Caramelo y recaramelo! que me dan ganas de mandarle a usted bien sé yo adónde, y le mandarí, si no viese el estado anormal en que se encuentra. Serafin bebió el pajarote y usted tiene la humareda en los cascos. Antes no lo creí, pero ahora... Yo no concebía que fuese *jumera* lo de usted, mas si se me va por los cerros de úbeda, el mayor favor que puedo hacerle es suponerle alumbrado.

Retrocedí protestando y ofendido.

-Cuidado, Padre... Hay que mirarlo que se dice, y no herir...

El fraile, pasando sin transición del enfado a la cordialidad, me dio una palmada en el hombro.

-No se formalice, ¡caramelo! Óigame con tranquilidad, si puede. Es la de usted una jumerita así... muy por lo serio y lo lo sublime, lo cual revela que tiene usted en el fondo del alma un depósito de buenos sentimientos que salen a la superficie cuando es usted menos dueño de sí; precisamente al punto que habla usted con entera libertad, *ex abundantia cordis*. Esto es lo que yo observo, y se lo declaro con la sinceridad propia de un religioso, que no disfraza su pensamiento ni se anda con repulgos. Más le voy a conceder. Pudiera suceder que usted en medio de su... alteración, vea claramente el porvenir, y sea profeta al sostener que este matrimonio ha sido, humanamente hablando, un desacierto. Pero usted prescinde del auxilio de la gracia y de la Providencia, que no falta nunca a los buenos, a los sencillos de corazón, a los que cumplen con sus deberes y fían en la palabra de Cristo. La paz del alma es un bien real entre los muchos bienes falsos que ofrece el mundo. No compadezca usted a su tía, ni a mí, ni a nadie que ande derecho y sepa reírse de la materia... Ya sabe usted que la bienaventuranza no existe por acá, y nosotros, los que aparentamos mortificarnos, somos realmente unos egoístones: sacamos más partido de la vida que nadie.

Las razones del fraile penetraban en mi cerebro como el hierro en la herida. Mejor dicho: no eran las razones mismas, sino el tono de convicción y veracidad con que iban pronunciadas, ayudando a que me produjesen tal efecto mi situación de ánimo, y la ternura bobalicona que infunden las *jumeras* «por lo fino y lo sublime» como decía el Padre. Ello es que remanecieron en mí las filosofías pesimistas y los deseos de dar al traste con la pícara existencia, o al menos con sus ilusiones nocivas: y reprimiendo la tentación de abrazar al fraile, exclamé:

-¡Ay Padre! ¡Cómo acierta usted en eso! ¡Quién tuviera sus creencias y vistiera su sayal! Explíqueme usted si puede entrar en el convento un racionalista. Yo creo que sí. ¡Estoy más triste, más triste! Parece que se me acaba la vida.

El fraile me miró con singular perspicacia. Sus ojos eran dos bisturíes que me registraban el corazón, que me disecaban los tejidos. Su acento adquirió inflexiones duras al decirme:

-Cuidadito que no se le acabe a usted nunca la vergüenza, ni el propósito de conducirse como persona decente. Aunque bien mirado, siempre que no se les acabe a *los demás*... haga usted lo que quiera.

No torcí la cabeza, no entorné los párpados, no me sonrojé. Si las pupilas del fraile acusaban, las mías confesaban explícitamente: retaban casi. «Conformes: tú me adivinas, yo no me oculto. Ante mi ley moral, lo que siento no es ningún crimen. El crimen es haber bendecido ese matrimonio». Le volví la espalda y saltando el vallado me interné en las tierras.

- XVIII -

No sé si por impulso de alejarme del Tejo o por deseo de mayor soledad, me dirigí muy despacio hacia la playa. Era de noche ya. La luna, que se bahía alzado roja e inflamada, recobraba al ascender al cielo su serena placidez, y las olas del mar, dormidas también y arrulladoras, venían a estrellarse a los pies del peñasco donde me senté aturdido de pena, dispuesto a entregarme a todos los sueños y quimeras de la imaginación, recalentada por el trasabor del champaña. El blando rumorcillo de la encalmada ría; el trémulo rebrillar de la luna sobre la superficie del agua, y la misteriosa efusión de la naturaleza, me predisponían al monólogo siguiente: «Si hoy nos hubiésemos casado *ella y yo*, despacharía a los importunos y me la traería aquí del brazo; la sentaría junto a mí, en esta misma peña, que parece hecha a propósito para una escena tan inolvidable. Ciñendo su cintura, reclinando su frente sobre mi pecho, sin asustarla, sin herir su pudor, iría preparándola suavemente a compartir el arrebató de la pasión; a transigir gustosa con el fatal desenvolvimiento del amor humano. Y los instantes más bonitos, los instantes deliciosos, en que pensaríamos toda la vida... serían estos, estos. ¡Qué gozo callado y profundo nos abrumaría! ¡Qué silencio el nuestro tan dulce! Tal vez una ventura así será demasiado grande para que la resista el corazón. Pesa tanto, que no hay quien pueda con ella. Por eso dura poco y se encuentra rara vez. Y -decía yo prosiguiendo en mi soliloquio- el caso es que esa ventura ya no la catas nunca tú, hijo mío. Tití Carmen es como todas las mujeres, que sólo tienen una inocencia. Hoy la perderá; hoy otro hombre corta la azucena; hoy profanan lo que más respetas en el mundo. Por muchos años que transcurran y muchos favores que consigas de esa mujer, no te será posible traértela a una playa, con luna, de noche, por caminos donde a un lado y a otro crecen madre selvas, a probar emociones no sentidas, a entrar en la vida por la puerta de la ilusión». En sustancia, y sin duda en más desordenada forma y con mayor viveza de imágenes, ved aquí lo que se me ocurría durante el paroxismo de la pena, mientras luchaba con el abatimiento que causa la semiembriaguez. Un pensamiento flotaba confusamente dominando a los restantes. «Si el dueño de Carmen no fuese mi tío, yo no estaría tan llevado de los diablos. Mi entusiasmo romántico por *ella* no es más que la eterna prevención contra *él*, que adquiere otra forma».

Subí al Tejo más desesperado que si me apretase alguna tribulación real y positiva. Creo que en el camino arrojé y pisé con furia aquella rama de azahar tan solicitada por la mañana. Me dominaba para no hacer mayores extremos y locuras, y al entrar en la quinta huí de la gente y me fui derecho al dormitorio, deseoso de tumbarme sobre la cama para blasfemar o para revolcarme en ella o para aletargarme vencido por el cansancio.

Al subir la escalera de la torre, se me vino a la memoria que llevaba en el bolsillo la llave del cuarto de Serafín y que era preciso ver cómo lo pasaba el aprendiz de clérigo. «Estará roncando esa calamidad», pensé al abrir la puerta. Yo amparaba con la mano la luz de la palmatoria, tratando de distinguir lo que hacía el pobre borrachín. Según miraba hacia la cama donde juzgué que estaría tendido, a mis pies, del suelo donde permanecía a gatas, alzose el monago, riendo y enseñándome la fea dentadura, como un jimio.

-Mostrenco, ¿qué haces allí? -le dije-. Buena la armaste hoy. Lástima de azotes. ¿Rezabas por tus pecados? Ea, a la cama inmediatamente, o te doy una mano de nalgadas.

Él se incorporó. Los ojillos rebrillaban con gatuna fosforescencia: la cara estaba desencajada aún, y el erizado pelo rojo completaba lo extraño y diabólico de su catadura.

-No me da la gana de dormir... -contestó rechinando los dientes-. Tengo función de balde, en palco principal. Balcón de preferencia.

-¿Qué dices, escuerzo?

-Lo que es verdad. Mire por ahí.

Repentina luz me alumbró, y arrodillándome presuroso, apliqué la vista al punto que señalaba el monago.

El cuarto de los novios caía exactamente debajo de la torre: yo lo sabía, y lo recordaba en aquel instante, antes de mirar, con súbita lucidez. No era el techo de cielo raso, sino de madera con sus vigas y pontonaje; y al través de una rendija del piso nuestro, como estuviese iluminada la habitación inferior, veíase perfectamente, con total claridad, cuanto en ella ocurría.

Una crispación me contrajo los nervios al convencerme de que en efecto registraban mis ojos la cámara nupcial. ¡Era verdad, la veía, la veía! ¡Qué atroz descubrimiento! Me contuve para no gritar, para permanecer inmóvil en vez de arañar el piso y confundir sus tablas con necia cólera.

Por fortuna, por casualidad, por disposición de Dios, en aquella alcoba no sucedía nada. Hallábase enteramente vacía y desierta.

A ambos lados del tocador ardían, en dos candelabros de latón con colgantes de cristal, velas color de rosa. Detrás de la gran cama de bronce dorado, encima de la mesa de noche, otra

vela, en menuda palmatoria de porcelana. Por el tocador, sobre la mesa, sobre el escritorio, en jardineras pendientes de la pared... flores, flores, flores, particularmente rosas. ¡Profanación de la naturaleza! ¡Rosas para aquella noche nupcial!

La propia soledad del sitio, el misterioso silencio, de tal manera iban soliviantando mi fantasía, que pensaba respirar el olor de las rosas, su perfume regalado difundido en la atmósfera tranquila. Creía oír al través de la ventana abierta la voz del ruiseñor, que a horas semejantes cantaba en el naranjo grande, y sus revoloteos en las enredaderas del patio. La blancura de las entreabiertas sábanas; la dulce paz de la habitación; la gracia del tocador de muselina y encajes, cuyos pliegues caían vaporosos hasta el suelo, todo me causaba exaltación y furia, acrecentando el desconcierto de mi alma. Mis sienes latían, y sentía en los oídos como el relumbar de un borrascoso oleaje: la posición en que me había colocado agolpaba a la cabeza la sangre, y me inspiraba deseos de rugir. El monillo eclesiástico me tocó en el hombro.

-¡Eh, *monsiú*, compañero... que eso no es lo tratado! -gruñó-. ¡Yo también soy de Dios y tengo los ojos para ver!

-¡Si no te callas te trituro! -respondí con ferocidad.

-¡Pues a lo menos, cuéntame lo que veas!

-¡No se ve nada, cernícalo! -respondí-. ¡Nada, nada, nada!

-¿No llegaron aún los cómicos? ¿No se ha levantado el telón? ¿No toca la orquesta?

-¡He dicho que te calles inmediatamente! -grité con ira.

Desde aquel instante el intransigente guardó silencio, aunque después comprendí que no era por prudencia ni por virtud.

Yo seguía acechando, sin hacerle caso maldito. La cámara nupcial continuaba vacía, sugestiva, tentadora. Veía con desesperante claridad los detalles menores: sobre un platillo de cristal, horquillas; en un acerico, alfileres; en el centro de las almohadas un escudo enorme, ricamente bordado; en la pililla de agua bendita, una rama de boj... Conté las mariposillas o falenas que entraron por la ventana a abrasarse en la luz; conté las lágrimas de cristal de los candeleros... Me pareció que el corazón se me rajaba cuando escuché voces mi la puerta, un rumor confuso de despedida; se alzó el pestillo, y penetró en el dormitorio, con paso ligero y algo azorado, una persona sola: tití Carmen...

¡Ay Dios! Fuerzas, fuerzas para no gritar, para no desfallecer... Con su traje blanco, ajado ya de tenerlo puesto tantas horas, venía hechicera. Lo primero que hizo fue asomarse a la ventana, como si le faltase aire que respirar. Allí permaneció algunos minutos, y yo distinguía la línea bonita de su espalda, y comprendía o creía comprender mis pensamientos. Luego se quitó de la ventana y se miró un rato al espejo, a mi entender con más curiosidad que coquetería. Parecíame

que la consulta al espejo respondía a la idea siguiente: «Veamos qué cariz se me ha puesto desde el gran suceso de esta mañana». Luego, con una agilidad que demostraba el hábito de prescindir de la doncella, empezó a quitarse pendientes, aderezo, pulseras, broches, alfileres, dejándolos sobre el platillo de cristal, cuidadosamente, con aquel inteligente reposo que caracterizaba sus movimientos puramente mecánicos, donde no entraba la pasión. Y subiendo los brazos, se desprendió una por una las horquillas del pelo. Entonces vi suelto y en toda su belleza aquel magnífico adorno femenino. Destrenzado, cayó con blando culebreo primero hasta la cintura, luego hasta cerca de la corva, en olas negrísimas. Una inquietud cruel se apoderó de mí. Aquel destreza y soltura de cabellos me pareció prólogo de otras licencias de tocado íntimo que iba a presenciar... y que sólo con imaginarlas ya me encendían la sangre en furor doloroso. Por fortuna -me pondría otra vez de rodillas para darla gracias- vi que la emancipación del pelo no era lo que yo suponía, sino un preparativo de comodidad, pues no tardó en pasarse el batidor y recoger toda la mata en moño bajo, con gran sencillez. Terminada esta operación, puso el codo en el tocador y apoyó la mejilla en la palma de la mano, apretando los labios y moviendo algo de alto abajo la cabeza, como el que lucha con graves reflexiones. En su rostro distinguí una contracción penosa: tenía la cara del que, ya a solas, se entrega libremente a la preocupación y permite al semblante expresar lo que siente el alma. Sus pupilas se nublaron: inclinó la cabeza sobre el pecho: abandonó las manos en el regazo, y... aquello sí que lo oí claramente: suspiró, un suspiro profundo, arrancado de las entrañas... Luego alzó la frente y permaneció algunos minutos fijos los ojos en un punto ideal del espacio, probablemente sin mirar. De repente respiró fuerte y se levantó, como quien adopta una resolución decisiva y firme. Y en el mismo instante...

¡Ay! ¡No quiero ver, no quiero! Un hombre penetró en la cámara, furtivo, risueño, y al par acortado e irresoluto... Si mi ojeada tuviese el poder de la del basilisco, allí mismo se cae redondo el novio, muerto, carbonizado por el rayo de mi voluntad. Sobre el marco de la ventana se dibujó la silueta del deicida, y vi brillar su blanca pechera. Las bujías alumbraban de lleno su cara más repulsiva que nunca, su barba cobre, sus ojos impíos, que yo me sentía capaz de arrancar... Detrás de mí sonó clara y distinta una risa necia y burlona. Me volví, me incorporé y divisé al monago, a gatas, inclinado sobre otra rendija del piso. Aún empuñaba la navajilla con que la había ensanchado.

Un estremecimiento homicida corrió por mis venas: temblando de rabia ceñí con mis manos la garganta de Serafín y cortándole el resuello grité: «Te parto, te deshago, te ahogo, ahora mismo si vuelves a mirar. ¿Lo oyes, escuerzo? ¡Pobre de ti como nunca apliques los ojos a esas rendijas! Te asesino sin remordimiento ninguno».

-Pues tú bien mirabas... ¡piñones! ¡pateta! -chilló el infeliz casi hipando, cuando le permití resollar-. ¡Vaya unos modos! ¡Pateta! ¡Me ha clavado los dedos en la nuez!

-Yo no miro ya... Ni tú tampoco... Éramos unos brutos... Si tuviésemos decencia, no se nos hubiese ocurrido ni la idea de mirar. Serafín, Serafín, no somos bestias, somos hombres. ¡No, mirar no!

-Ahora lloras tú... Estás loquito, vamos -exclamó el aprendiz de teólogo.

-Tú serás el loco y el energúmeno -contesté haciendo un esfuerzo digno de un héroe para reprimir las ridículas lágrimas que se me quedaban ardiendo entre los párpados-. Yo no lloro. Si llorase, sería de vergüenza de haberme arrodillado ahí. Voy a acostarme; pero como no estoy seguro de que tú no te pongas otra vez en cuatro pies, voy a amarrarte al de la cama.

-No, formal, formal, Salustiano... ¡Pateta! -gritó el intransigente aterrado-. No me amarre, que doy palabra de honor de no mirar...

-¡Palabra de honor! Buenos están los tiempos para honores... No hay confianza en la cuadrilla. A Segura llevan preso. No te haré daño, tonto... Ya verás cómo no te hago daño.

Conforme lo dije así se hizo. Le ató las manos con un pañuelo y el cuerpo con una toalla. El menor movimiento le hubiera bastado para desprenderse; pero estaba tan acoquinado y subyugado, que ni se rebulló. Sólo gemía de tiempo en tiempo. Yo me tendí en la cama. ¿Quién dormiría en mi caso? Transcurrieron las horas de aquella interminable noche, y las entretuve volviéndome y revolviéndome, ocultando la faz en el hueco de la almohada, cubriendo con las manos oídos y ojos, como si unos y otros se viesan obligados a sufrir el martirio de los sonidos y de las imágenes que envenenan los celos. Al amanecer salté del potro, me lavé, me arreglé, no di suelta a Serafín, recogí mi ropa, y sin despedirme de nadie, sin ver a nadie, bajé a San Andrés y de allí a Pontevedra y a la Ullosa, a manera de quien huye del lugar donde se ha cometido un negro atentado.

- XIX -

Mi madre, con su sagacidad relativa y al pormenor, conoció al punto que yo iba preocupado y mohíno, pero erró la causa. «A ti te han dado algún desaire en el Tejo. No me digas que no. Te hicieron perrerías, de seguro. Si no fue así, ¿por qué te viniste como los conejos en busca del *tobo*, sin despedirte ni cosa que lo valga? Vamos, confíesale a tu mamá el disgusto». Por más que juré y perjuré no haber recibido sino atenciones, ella no la tragó. «Bien, bien, cállate, haz misterio... Yo lo sabré, que todo se sabe. Ya me lo contarán los de fuera». Tuve que referirle punto por punto las circunstancias de la boda: digo mal, ella fue quien se adelantó a mis explicaciones, mostrándose enterada de menudencias que me asombraron. Estaba en detalles que yo desconocía. Era condición de su inteligencia pronta y aguda dominar la *micrografía* de la vida y desconocer en cambio sus leyes eternas, hondas, visibles sólo para los espíritus superiores: las que han de regirla hasta que se apague su soplo y el universo se enfríe por falta de amor...

Los primeros días de estancia en la aldea sentí gran alivio. Aquel raro frenesí del día de la boda se había calmado con la falta de *especies sensibles* que lo reavivasen, y me parecía que el entusiasmo por la tití, el furor celoso, el lirismo y las meditaciones poéticas en la playa, fueran

no más que travesura de la imaginación, la cual gusta de fingir sentimientos profundos donde no hay sino antojo, efervescencia y espejismo.

Contribuyó a sosegar me la compañía de Luis Portal, que vino desde Orense a pasar conmigo una semana. Nos dimos tales paseos y tales atracones de pan y leche, que el sano cansancio y la rusticación hicieron su oficio, preparándome a oír con tranquilidad y hasta prestar asentimiento a razones por el estilo de las que siguen:

-«Lo que te sucede a ti -me decía Luis en ocasión de estar los dos tumbados al pie de un castaño, donde habíamos *escotado* la meridiana- es un fenómeno muy común entre nosotros los españoles, que creyendo de buena fe preparar y desear el porvenir, vivimos enamorados del pasado, y somos siempre, en el fondo, tradicionalistas acérrimos, aunque nos llamemos republicanos. Lo que te encanta y atrae en la señora de tu tío Felipe, es precisamente aquello en que menos se ajusta a tus ideas, a tus convicciones y a tu modo de ser como hombre de tu siglo. Me sales con que la señorita de Aldao realiza el ideal de la mujer cristiana. Patarata, chacho. ¿Me quieres tú decir qué encontramos nosotros de bonito en ese ideal, si lo examinamos detenidamente? El ideal para nosotros, debiera ser la mujer contemporánea, o mejor dicho la futura: una hembra que nos comprendiese y comulgase en aspiraciones con nosotros. Dirás que no existe. Pues a tratar de fabricarla. Nunca existirá si la condenamos antes de nacer.

»¿Cuáles son y en qué consisten las virtudes que atribuyes a la tití y que tanto admiras? A mí me parecen negativas, irracionales, brutales. No te asustes, brutales he dicho. ¿Casarse con un hombre repulsivo, entregársele como un autómatas, y todo por qué? ¿Por no autorizar con su presencia los pecados ajenos? ¿Quién responde de más acciones que las propias? Esa señorita o está demente o es tonta de remate; y al fraile que tal consiente y apadrina... no quiero calificarle, porque se me iría la lengua. Ese comprende mejor que la tití a lo que la tití se compromete: ese debiera haber evitado semejante barbaridad... Te digo que el frailecito... ¡Rediós! Pero, en fin, el fraile es el fraile; y nosotros, que pretendemos innovar la sociedad, en algo hemos de diferenciarnos de él.

»Una mujer como la que está pidiendo la sociedad nueva se pondría a servir, a coser, a fregar los suelos, si no se hallaba bien en la casa paterna, si creía su dignidad lastimada; pero nunca enajenaría su libertad y su corazón y su cuerpo para irse con semejante marido.

»A ti te entró la manía del cristianismo. Hay que dejarte. ¡Una perfecta cristiana! ¿Y por qué te seduce una perfecta cristiana? ¿Eres acaso perfecto cristiano tú? ¿Aspiras a serlo? ¿O crees que la ordenada marcha de la sociedad consiste en la esposa cristiana y el esposo racionalista?

»Salustiño, despierta, que estás soñando. ¡Vas a enamorarte de una mujer porque piensa al revés que tú en casi todo! Pues que está soltera; que te corresponde; que os casáis, que ella conserva encendida la *antorcha de la fe*... y que no te arrienda la ganancia. Déjasela a tu tío, que para él es de molde. Harán la gran pareja. ¡Pero para ti! Chachiño, cúrate de romanticismos y de cristiandades. Esto no quiere decir que no le hagas el amor a la tía; pero al modo humano, sin música de Pobulo. Si te gusta, ¡arriba con ella! Es decir... siempre debes tener cuidado, para

evitar dramas... Los dramas, en el teatro Español... y aun allí, la mayor parte salen hueros. En fin... sin drama... ya me entiendes. Pero como vuelvas a hacerme novelas de cristianas y judíos... te doy bromuro. Y sobre todo... ¡a empollar! Yo otro año no soy perdigón, ni por la diosa Venus que venga a hacerme garatusas».

No dejaron de persuadirme las observaciones del discretísimo orensano. Cuando menos, me indujeron a meditar sobre el problema de mis entusiasmos locos. En efecto, el pensar y el sentir de mi tití eran radicalmente opuestos a los míos: yo no creía en nada de lo que ella reverenciaba por dogma; su moral difería de mi moral: la palabra deber en nuestros labios tenía diferente significación; y sin embargo, me atraía más hacia ella esa propia disparidad de ideal, como al blanco le atrae a veces el color cetrino de la mulata, y a la ardiente gitana el dorado cabello del inglés. ¿Acertaba Portal al decir que nosotros estábamos sin hembra propia y nos convenía buscarla, hacerla a nuestra imagen para que su alma nos comprendiese y su cerebro funcionase a compás del nuestro? O al contrario, ¿era mayor atractivo la picante oposición de las almas y el tener yo en la mía cámaras oscuras donde, como en la de *Barba Azul*, le estaría a ella siempre vedado penetrar? Por qué exaltaba yo a aquella mujer viendo en ella la perfección misma del tipo femenino? ¿Por qué su sacrificio, que en mí me parecería absurdo, en ella se me antojaba sublime?

«En lo que acierta Luis -resolvía yo definitivamente- es en eso de que nos conviene empollar y que el drama interior es enemigo del estudio». En efecto, cogía yo los libros para repasar un poco aprovechando el ocio de las vacaciones, y al concentrar mis facultades para aplicarlas a las inflexibles matemáticas, trabábase en el campo de mi mollera descomunal batalla, que yo llamaba, en mi lenguaje íntimo, la *guerra entre las rectas y las curvas*. Las rectas eran las ecuaciones, los polinomios, los teoremas, los problemas de secciones de ángulos y otras demoniuras semejantes; las curvas, los ensueños amorosos, las antipatías judaicas y toda la pícaro ebullición de mi fantasía moza. Al principio las curvas llevaron la mejor parte, pero la táctica y precisión de las rectas acabó por imponerse a aquel indisciplinado ejército, que se replegó en el peor orden posible hacia el corazón, su íntimo refugio.

Ya se acercaban a su término las vacaciones cuando tuvimos una visita inesperada. El Intransigente Serafín vino en persona, sin asomo de hiel ni de rencor, sobón y cordial lo mismo que un gozquecillo, a instalarse en la Callosa: yo no pude recordar que le hubiese convidado, y, mamá juraba que tampoco. Le tomamos a beneficio de inventario, y desde el primer día le dedicó mi madre a recortar espalleres, a recoger fruta y a echar pitanza a los pollos, tareas que él desempeñaba gustosísimo. Cuando nos hablamos sin testigos, lejos de mostrarme el más mínimo enfado, me soltó un abrazo vehemente y me hizo cosquillas. «¿No sabe? -preguntó muy cariñoso-. Así que usted se largó yo me desaté. Si me pillan así, liado, buena la hacíamos. ¡Qué guasa! Lo de mirar no estaba bien. Pero era guasa, era pavita. El *Pajaritum* tenía la culpa. Los novios, a Pontevedra aquella misma tarde. Ahora andan por allá muy *majaderos*, luciendo las galas; el Santo les ha obsequiado con una gran comida en el Naranjal: hubo sesos de contribuyente fritos, y pierna de litigante en escabeche... De postres, turrón: como que ya la casa de su tío está alquilada para oficina de Correos. ¿Eh? ¡Gui, gui! Al señor de Aldao le ha venido no sé qué cruz, con mucho tratamiento de *perliquitencia*... ¿Y no sabe lo bueno? ¿No ha leído de la irrisión, digo, de la procesión de la Divina peregrina? Me pasmó de que no cayese sobre ella

fuego del cielo, según dijo el otro: *Pluit super Sodomam et Gomorrhham sulphur et ignem a Domino de caelo*. ¡Si viera la carnavalada! Don Vicente llevando el guión; Pimentel, muy foncho, de corbatín blanco; su tío alumbrando, con una cara que parecía el pecado mortal; todos los turroneiros con su cirio agarrado... ¡que nunca en su vida pensaron agarrar un cirio...! ¡y detrás los polainudos, los secretarios de ayuntamiento con sus *cirolas*, cada alcalde y cada juez y cada registrador y cada fanteche! Hombre, ¿cómo no fue a Pontevedra ese día? Otra igual, ni en veinte años. Hasta los periodiqueros y los masones alumbraban. Le digo que sí. Y luego el *Teucrense* le llamó a la procesión *festival*. ¿Qué es festival? A modo de *saturnal*, sin duda». Después, bajando la voz, añadió: «También un obispo papaba moscas allí, y no por amor de la Peregrina, sino por el Santiño de los milagros oficiales... Pero no se pame de eso. Nestorio fue obispo de Constantinopla. ¿Y quién promovió el cisma de aquel grandiosísimo cerdo del rey de Inglaterra, sino otro gorrino de obispo hereje que se llamaba *Crémor* o *Cremen*...? Déjenle de obispos. La Iglesia la hemos de regenerar solitos el Papa y los clérigos... digo, no, los aprendices de clérigo y unos cuantos laicos de agallas... mande lo que guste la Encíclica *Cum multa*».

Le aseguré que no sabía lo que podía mandar semejante Encíclica, y le pregunté por Candidiña como al descuido. «¡Uy! Buena pieza... gui, gui. Ahora solita con el viejo... Lo ha de volver del revés». Hablome también del Padre Moreno y supe que el fraile moro, terminados sus baños de mar, pensaba recalar dos días en la Ullosa.

En breve se confirmó el anuncio y apareció el Padre todo empolvado de su larga jornada en diligencia. Mi madre, que le quería mucho, le recibió al pronto con cierta frialdad: no podía perdonarle el haber bendecido la boda. Yo en cambio extremé la cortesía. Hubiera deseado poder decirle a Aben Jusuf: «Aquellos delirios pasaron. Se ha deshinchado el énfasis sentimental. ¡Si viese usted, Padre, qué bien me encuentro! Lo mismo que quien se aplica un anestésico para curar una neuralgia, y la cura. Mi neuralgia o dolor de muelas amoroso ya no existe. Me parece increíble haber sido yo aquel que por poco se desnucaba arrojándose de un árbol, se envilece espiondo, se tira al mar en una noche de bodas o le pide a usted el hábito de novicio. Aquí tiene usted a un muchacho formal, alumno de Ingenieros e hijo de Benigna Unceta, señora muy práctica. Estoy sano». Si no fue esto mismo, algo muy semejante indiqué en un paseíto que nos dimos por los montes el fraile y yo. Recuerdo que él se mostró sinceramente satisfecho y debió de contestarme por el estilo que verán ustedes:

«Lo celebro, pero no fiarse. Los calenturones del corazón no duran como dan; ¡Dios nos asista! sólo que repiten. Y repiten por culpa nuestra, que nos llegamos al fuego. En esa lotería se pagan aproximaciones. No aproximarse. Respetuosa distancia. Cordón sanitario. Si hace usted otra cosa, no le tendré por hombre de bien».

Mutatis mutandis, así se expresó el Padre Moreno. Pasados los primeros instantes, mi madre, que tiene corazón de oro e instintos hospitalarios, le trató con agasajo, empeñándose en alimentarle bien y a todas horas, hasta el extremo de que el fraile se sublevase cómicamente. «No más pollo, aunque usted me haga pedazos... Ni más pisto... ¡Qué señora! Alma de almirez, corazón de dátil, ¿quiere que yo reviente aquí? Usted mande en su polisón, señora, que yo mando en mi estómago...». Poco duró el exagerado obsequio gastronómico; a los dos días el Padre se

nos marchó a su convento, dejándonos un gran vacío. Había expirado también su temporada de vacaciones y el permiso del superior para bañarse y atender a la salud, y el moro con sayal se volvía resignadamente a su tétrico retiro de Compostela, donde a fuerza de humedad sudaban los muros y verdeaban el marco de las ventanas y las junturas de las piedras. A pesar de la entereza con que el fraile afirmó que iba satisfecho al cumplimiento de su deber, comprendí que aquel español medio sarraceno, prendado de la luz del África, debía de sufrir mucho en cuerpo y espíritu viéndose desterrado a clima tan húmedo y gris.

Le vi marchar a su ostracismo recordando con sorpresa que le había envidiado aquel sayal y hasta aquella cadena de los votos. «A la fuerza yo he padecido este verano una especie de *psicalgia* o neurosis moral. Ahora que estoy convaleciente lo comprendo». Los pocos días que faltaban ya para mi salida hacia Madrid, como no teníamos huéspedes ni gran distracción, me sepulté en la lectura de dos o tres libretos muy interesantes: obras de filosofía, entre ellas la *Crítica de la razón pura*, de Kant. Exento, a mi parecer, de todo sentimental oleaje y de toda engañosa alucinación, ¡con qué puro deleite se empapaba mi inteligencia, docilitada por el estudio de las matemáticas, en la doctrina del filósofo! ¡Con qué dulce firmeza sentía penetrar en las últimas casillas de mi cerebro aquellas verdades del criticismo, que, lejos de conducir a la escéptica negación, nos infunden sereno convencimiento de la vanidad de nuestras tentativas para conocer el mundo exterior y nos encierran en el benéfico egoísmo del estudio de nuestras propias facultades!

Cuando después de una lectura de Kant salía yo a recorrer el soto, la pradería, las modestas dependencias de la granja patrimonial, y la paz del atardecer se me infiltraba en el espíritu, me encontraba venturoso, salvado de mis locuras, encerrado en la línea recta. «Entiende y serás libre», repetía para mí con juvenil orgullo.

- XX -

Al bajarme del tren en Madrid, en la estación del Norte, lo primero que pude divisar fue la roja barba y el rostro acentuado de mi tío Felipe, que me alargó la mano y llamó a un mozo para entregarle el talón de mi baúl. Después, metiéndose conmigo en un coche de punto, dio las señas de su casa: «Claudio Coello, número tantos...».

-¿No vamos a mi posada? -pregunté sorprendido.

-Verás... -respondió el hebreo con aquella especie de dificultad de frase y aquella contracción en el rostro que acompañaban en él a la manifestación de la avaricia-. Es una tontería andar con eso de posadas, entre parientes... En mi casa hay un cuarto sobrante, que de nada sirve; lo ocupaban unos trastos... Es alegre y capaz... Mejor tratado que en la posada ya estarás, hijo... Y para tus estudios, la tranquilidad que quieras.

Comprendí el mezquino cálculo. Pagarme el pupilaje tenía que costarle más, por barato que fuese, que hospedarme en su casa. Pero yo allí... En el primer momento no sé explicar qué efecto me produjo la idea. Lo cierto es que exclamé:

-Mi tía no ha de ver con gusto que yo me aloje en casa de ustedes.

-Te diré -respondió el marido-. Al principio se le figuró que para tu objeto convenía más la casa de huéspedes... Se aferraba en eso... Pero la he convencido... Ya no pone el menor obstáculo.

Guardé silencio. Notaba la impresión desagradable que se experimenta al salir de una atmósfera templada a una corriente de aire frío, que azota el rostro. La vida en la Ullosa había sido un paréntesis, un descanso, una especie de grata somnolencia; y aquel brusco llamamiento al exterior, a la agitación y a la fantasmagoría, cuando precisamente estaba yo en el momento de reanudar los estudios, necesitando de toda mi voluntad y fuerza mental para consagrarla a muy arduas tareas, me trastornaba. Y sin embargo, la juventud ama tanto el riesgo, la marejada y la tormenta, que sentí un estremecimiento de placer cuando mi tío tiró del botón de cobre de la campanilla eléctrica, y se abrió la puerta tras de la cual estaba Carmiña Aldao.

¡Con qué temblor del alma la saludé! Mi sangre toda giró por el cuerpo precipitándose al corazón, y conocí los síntomas de la antigua llama -como dice Dante al hablar de su encuentro con Beatriz-. La esposa de mi tío me recibió correctamente, sin mostrar ni despego ni excesiva cordialidad. Llenando sus deberes de dueña de casa, me instaló en mi cuarto, se enteró de lo que yo necesitaba, me mostró algunos muebles donde podía colocar mis libros y ropas, me dio consejos prácticos para aprovechar mejor las cuatro paredes... «Aquí pones tus camisolas... En esta percha cuelgas la capa... La mesa aquí, junto a la ventana, que podrás estudiar mejor... Mira, este es el lavabo... Ten aquí siempre las toallas... Te he buscado este quinqué de pantalla verde, que no te echará a perder la vista...».

Mientras ella me explicaba semejantes pormenores, yo la miraba con tal sed de verla, que bebía sus facciones y devoraba su aspecto querido. Lo que buscaba al contemplarla era esa revelación que, bien estudiado, encierra todo rostro de mujer casada, y que pudiera llamarse la cuenta corriente de la felicidad. No, no era feliz. Lo cárdeno de sus ojeras no procedía de amorosa fiebre, sino de pena oculta. Su boca no se dilataba para la risa o el halago; se recogía como la de todos los luchadores que mortifican solitariamente el cuerpo o el espíritu. Sus sienes estaban un tanto marchitas. Su talle era más plano: no había adquirido la redondez graciosa y majestuosa que se advierte en las esposas a los pocos meses de vida conyugal, aunque no sean madres. ¡No era feliz!

¡Cuánto trabajó mi fantasía sobre la base de esta suposición! No tardé sin embargo en habituarme a la convivencia con tití, y fue pareciéndome algo menos peligrosa que al pronto. La proximidad es siempre incentivo, pero la convivencia, quitando interés dramático y novedad a las ocasiones de encontrarse, tal vez disminuye el riesgo.

Aunque los últimos años de la carrera de ingeniero distan mucho de ser tan absorbentes como los primeros, y las dificultades van allanándose a medida que se sube la áspera cuesta; la empollación bastaba a ocupar mis ocios. La vida de títí se deslizaba tan apartada de la mía, que viviendo bajo el mismo techo, apenas nos tropezábamos, fuera de las horas oficiales. Por la mañana salíamos los dos, yo a mis clases, ella a compras y a devociones muy largas. Al almuerzo yo observaba en Carmiña cierta animación y un contento inexplicable. Venía consolada de la iglesia: era evidente. Mi tío, también satisfecho y decidor, de zapatillas y sin corbata, charlaba conmigo, me hacía preguntas, comentaba las noticias de la víspera, los diálogos en el salón de conferencias y en los pasillos del Congreso con don Vicente Sotopena sobre el cariz de la política, las insinuaciones de los periódicos, la última conversación confidencial de la Regente con el embajador de Austria, que persona bien enterada había repetido en el Casino de pe a pa. Yo provocaba la locuacidad de los esposos, pues títí, a su vez, me contaba la gaceta de Pontevedra, los inocentes chismes que la escribían sus amigas, y mil detalles relativos a las vecinas del principal y del entresuelo, a las cuales solía visitar de noche, según la costumbre mesocrática madrileña, que organiza en cada casa una tertulia de vecindad. Por la tarde mi tío salía, ya solo, ya con su mujer; yo necesitaba bien el tiempo para trabajar o pasear con Luis, y ¡adiós hasta la comida! Esta era más triste que el almuerzo: mi tía estaba nerviosa y excitada, o aplanada y distraída, sin que lograra disimularlo. De noche, ella subía a sus tertulias caseras o hacía labor junto a la chimenea, y mi tío me sacaba de casa, llevándome, a veces, a algún teatrillo por horas. Ningún peligro, pues. El engranaje de mis tareas me salvaba de las sugerencias de la ociosidad. El diablo no sabía cuándo tentarme.

Ya supondrán ustedes con quién desahogaba yo. ¿Para qué están en el mundo las personas sesudas y discretas como Portal, sino para oír confidencias de maniáticos? Creo que me incitaba a hacer confesión plenísima lo muy a contrapelo que Portal la tomaba. Sus agrias censuras eran latigazos o pinchazos que me estimulaban obligándome a reflexionar sobre mi estado y a escarbar más hondo allá en los rincones de mi espíritu.

-Chacho -díjome un día el formal amigo-, ya he adivinado lo que padeces. Conozco la medicina de tus achaques. Guíate por mí y sanas al cuarto de hora. El mal tuyo recibe este nombre técnico: *espuma de la mocedad comprimida*. El remedio se llama... ¡adivina adivinanza! Se llama Belén.

-¿Belén?

-Qué, ¿no te acuerdas va de ella? Belén, la hurí de negros ojos, la que pegaba angelitos en cajas de cartón. ¿Conque tan olvidada la tenías? ¡Descastado! Pues yo le he seguido la pista... Chico, transformación de comedia de magia. Verás tú ahora a la prójima esa en su apogeo. Coche no lo arrastra aún... pero todo se andará.

-¿De verás? ¿Ha encontrado *gran Paganini*? -pregunté sin curiosidad.

-No quiero decirte nada hasta que juzgues por ti mismo... Te quedarás absorto.

De allí a pocas tardes, el orensano me condujo a una buena casa, en la calle céntrica y solitaria a la vez, de las Hileras. El portal era decente; la escalera cómoda y clara, y la puerta del entresuelo, a que llamamos, tenía notable aspecto de seriedad y discreción, y metales relucientísimos.

Nos abrió una mujer de mediana edad, vestida de negro, mestiza de doncella y ama de llaves, y a las primeras palabras de Luis nos dijo que pasásemos a la sala, que iba a avisar «a la señora».

-¿Eh? ¿Qué tal? -exclamó mi amigo-. ¿Qué te parece? «La señora» por arriba y «la señora» por abajo... Sillería de lana, color botón de oro... espejo con marco de palo santo... alfombra de buena moqueta... cortinas de yute fino... dos jarrones de bronce y porcelana... su quinqué con pantalla de paraguas... Me parece a mí que el bolsista no se queda corto.

-Pero chico, ¡qué metamorfosis!

-Ahí verás tú... Los tiempos *cambean*. Por otra parte, la metamorfosis era prevista. La chica se cansaba de pegar flores de azahar en cucuruchos; pero no le habían saltado más gangas que el cicatero de tu tío, que al darla dinero para dulces, le tomaba después la cuenta por céntimos. Cuando apareció el bueno de don Telesforo Armiñón, resuelto a sacarla de penas, ¡no te quiero decir lo que pasó! Vio el cielo abierto la chica. Lo primero que pidió la infeliz fue calzado... Tu tío la traía echando los dedos... Estas de Madrid, el pie es lo que las desquicia. ¡Ahora hay cada zapatito!... (Portal lanzó un beso al aire). Ahí viene ya... Ponte serio.

Rugir de faldas... Belén hizo su entrada solemne. ¡Rediós! Era verdad; no había quien fuese capaz de conocerla disfrazada así. Peinada con la clásica modestia de las señoras, lucía una bata de terciopelo color hoja seca, y en las orejas dos tornillitos de brillantes. En las manos, afinadas ya por la holganza, relucía también alguna piedra; y al andar, se le entreveían aquellos zapatitos famosos, estrechos, entaconados, de raso oscuro, manzana de su perdición. Me pareció más gruesa, de movimientos más tranquilos y lánguidos, de tez aún más pálida y fresca que antes, comparable sólo al satinado de la hoja de magnolia.

-¿Venimos a mala hora? -preguntó Portal.

Antes de responder, Belén se fijó en mí, y casi chilló de alegría...

-¡Hola! ¡ya pareció el perdido! ¿Es usted, mala persona? Una sola vez he tenido el gusto de verle, y luego la del humo... Veraneando ¿eh? Pues aquí nos hemos aguantado los demás con calores y resquemores... Pero, y ¿desde cuándo estás por aquí? -añadió, apeándome con resolución el tratamiento.

-Desde dos días hace -atajó Portal-, y siempre suspirando por echar la vista encima a la gente buena. No me dejaba vivir con «vamos a saludar a Belén... Aunque como ahora está hecha

una señorona, puede que no haga maldito caso a los pobres estudiantes... Pero yo me pongo malo si no la veo... Lo dicho, me da un ataque de... algo...».

-Ande usted, gallego trapacero -contestó la hermosa, que clavando en mí sus flechadores y soberbios ojos, me envolvió en una mirada fogosa y humilde a la vez-. Ni este se acordaba de mí, ni ganas... Na, después de aquel día de jaleíto... si te he visto, no me acuerdo. Y yo... claro, ¿qué ha de hacer una? Para los despilfarros que le costaba a tu tío... ¡Tiñoso mayor! Dicen que se ha casado... Divertida estará la mujer... En fin, ahora me encuentro bien, lo que se dice bien... Estos son otros López. Mira -añadió sin dar tiempo siquiera a que nos sentásemos- ven a ver mi casita; es la gran casa... Gabinete con chimenea y todo... Hoy no han encendido, porque todavía no hace frío ¿sabes tú?, pero voy a mandar que enciendan... volando. ¿Ves?, pasa por aquí... el comedor... chiquito, pero muy desahogado... una cocina hermosa... cuarto para baúles... Da la vuelta por allí... alcoba de columnas y todo...

-Hija -advirtió Portal con ánimo de sacarla de sus casillas-, no me convences. Has pasado de un catre franco a un catre hipócrita. Armiñón tiene más duros que arenas la mar, y no te ha puesto coche, ni te ha vestido los muebles de seda; de manera que... no me digas a mí que se porta. Lo que es el diván de raso, y la victoria y la yegua inglesa, te lo debe como yo debo la vida a mi padre. Andan por ahí la Sevillana y Concha Ríos hechas unas reinas en su milor. ¿De qué te sirven los trajes majos ni los aretitos de piedras, si no puedes ir al Retiro a lucirlos?

-Calla, calla... Déjame a mí de coches. El coche me marea -respondió la pecadora, molestanda, sin poderlo remediar, pollo del milor-. ¿Qué te crees tú, que si le pido coche va a negármelo? Pero no lo pediré. Yo tengo mucha dignidá, ¿sabes? Cuando veo personas decentes, y no como aquel Iscariote de tío de este... ¡Hijo, qué tipejo! No será tío verdadero suyo. Puede que la abuela...

Después nos trazó una semblanza de su bolsista.

-Lo mejor que tiene, que viene poco. En jamás hasta que cierra el... el Bolsín -repitió afirmándose en lo dicho-. Y hay días que ni aporta. Hoy, verbigracia. Me ha avisado, de manera que estoy en grande...

-¿Y si se le antoja presentarse de repente?

-¡Vaya una dificultad! Con no abrir... El no tiene llave. Si te digo yo que mejor pasta de hombre... Como yo le diga «coche», va a contestar «de seis caballos». Pues si viene... que mañana le digo que había salido con la Fausta, a ver a mi madre y a Cinta... Lo cree a puño cerrado.

-¿Y esas? -preguntó Portal.

-¿Quién? ¿mi madre y la otra? Pues... hijo, insufribles. Si les diese el Perú me piden el Potosí. No hago más que sacudírmelas, porque me chupan la sangre. Cada bronca que me

arman... ¿Y no sabes? A Cinta le ha entrado la tarantela de echarme sermones, y dale con que ella, antes de sujetarse a un hombre por dinero, ha de trabajar y buscarse la vida... Empeñada en meterse a tiple de zarzuela. Lo malo es... que tiene que aprender el solfeo. Pero yo he convencido a mi señor de que me alquile un piano, y que pague maestro, y la muchacha vendrá aquí a dar lecciones. Hay que estrujar el limón... ¿Para qué sirve un rico, digo yo, si no es para eso? Pues nada, tú hoy te quedas aquí, hijo: hoy hacéis penitencia en esta casa... Verás qué vajilla tan mona, y qué cubiertos de plata... Es decir, de plata Meneses: porque no era cosa de exponerse a un robo. Me pondré el vestido bueno de faya francesa, que me regaló ahora poco, día de su santo... Nada, que tengo gusto en que me veáis con mis galas. Estrenaré mi reloj. Rige mal, pero es de oro... Luisillo que se largue si quiere: ¡lo que es tú no te vas...!

Algunos días después del convite de Belén, paseando con Luis por Recoletos, me dijo mi amigo entre severo y envidioso:

-Todos los pícaros tienen fortuna. La Belén, loca por ti: mujer más encaprichada no se ha visto. Ayer tuve que darla buenos consejos para que no plante a su bolsista y vuelva a vivir en un sotabanco, a fin de recibirte a su sabor y con toda libertad. La he dicho que se agarre al señor de Armiñón mientras no le salga otro que tenga más arranque y ponga landó y regale plata fina en vez de Meneses. ¡Lo que yo la he predicado! Ni un misionero... Pero tienes más suerte que un ahorcado, trucha. Cuidado que entrarle así por el ojo derecho a la niña esa... ¿Y qué, aún no estás contento? ¿Aún andas por los espacios imaginarios? Si te parto un alón...

-Pues hijo, párteme lo que gustes -contesté francamente y condensando mis desilusiones en un suspiro-. Chachiño, en el mundo hay algo más que las satisfacciones de la materia. Si me apuras te salgo con que la materia no existe... Es un mito. Idea y más idea. A los dos minutos de haberme despedido de Belén... nada, me olvido hasta de que vive tal mujer en el mundo. Salgo yo de allí todo contrito... y más espiritualista que un diablo.

-No puedo oírte desatinar así -gritaba Portal furioso-. ¿Qué idea, ni qué espiritualismos, ni qué calabazas? Ándate con ideas y sé perdigón. Pues ¿dónde hay ganga como una Belén, una mujer que no se le acuerda a uno más que cuando hace falta? Belén es para ti el premio gordo. Lo que te pasa es que te han embrujado en esa casa maldita de tus tíos. La atmósfera de hipocresía y de estupidez en que vives te va secando el magín poco a poco. ¿Por qué no te vienes a mi posada, vamos a ver? Allí estarías como el pez en el agua. Te sacaríamos inmediatamente los demonios del cuerpo. Trinito, este año, más célebre que nunca. ¿Querrás creer que nos canta no solamente las óperas, sino todo cuanto oye en los conciertos del Salón Romero? Nos tiene de *Lohengrín* y de *Tanhauser* y de *Parsifal*, que no le aguantamos. Y lo mejor es, que piensa meterse a crítico musical. Ayer por poco le tiramos la cafetera a las narices, porque nos rompió el tímpano con el *oro del Rhin*. Anda, memo, arrímate a nosotros.

-Luis, seré todo lo simple que quieras... pero yo no puedo resistir a esa muchacha. Conozco que es guapa, que me tiene ley, y así y todo... Vamos, no; que no me resulta. A ver si tú, que has armado este lío, lo desarmas pronto. El mejor día la digo en su misma cara que la aborrezco, lo

cual sería una crueldad tonta. Nada; dejarlo. El vicio y la desvergüenza podrán entretener un rato, pero hastían.

-Bobalicón, ¿dónde están semejantes desvergüenzas ni semejantes vicios? ¡Pues si Belén, moralmente vale un tesoro para ti! Belén te quiere de verdad; Belén daría por ti la plata Meneses y los zapatos de raso... Belén posee un corazón, y tu tía no, al menos para ti, criatura. ¡Dale con las mujeres virtuosas! Ya me apestan. Más virtuosa es una estatua de yeso, que ni siente ni padece.

-¿Qué sabes tú -murmuré dejando, como a pesar mío, que se desbordase la esperanza-, qué sabes tú si ese corazón existirá para mí? Es mucho hablar el tuyo... ¿Y si existiera?

Portal se quedó repentinamente preocupado y serio. Su entrecejo se frunció, y con voz algo aterada me dijo:

-No quiera Dios que exista. He pensado sobre el caso, y te juro que lo mejor que puede sucederte es que el tal caso no se presente nunca. ¿Lo oyes? Eres un guillatí, un loco de atar, y pararás en manos del doctor Ezquerdo. Supón que en efecto la tití te quisiera; vamos, que se revelase ese corazón consabido. Pues después de revelarse y quereros mucho, mucho, como Francesca y Paolo, ¿qué hacías, tonto de capirote? Sepámoslo. ¡Venga ese programa amoroso! ¿Te escapabas con ella? ¿Le ponías un piso? ¿Profanabas el hogar paterno de tu tío, sin más ni más, con toda frescura? ¡Contesta, majadero!

Su interés por mí le cegaba y le irritaba. Sus ojos saltones me miraban con cólera, igual que mirarían a un chico emperrado en cortarse un dedo manejando una navaja.

-Yo no sé qué te responda, chacho... -contesté apaciblemente-. Lo que comprendo es que sería feliz ¿entiendes?, completamente feliz, si me quisiese esa mujer tan buena. Que me quiera. No pido más. Me apartaré de ella, me iré al polo Norte, pero seguro de que me quiere. A eso aguardo y por eso vivo. La respeto como a la Virgen... pero que me quiera, que me quiera.

-Que me quiera, que me quiera -tararé Portal remedándome la voz y el gesto-. Pues es una borricada muy grande, ¡caracoles!, y yo no puedo aguantar que la digas. Excuso advertirte que no hablo así por el aquel de la moralidad ni del respeto al hogar ¡bsssss! La moralidad... que cada uno se la arregle; el hogar... tal como hoy está constituido es una institución caduca, y el que más la barrene más recompensas merece de la patria. No es eso ¡rábanos! Se trata de la conveniencia... de tu conveniencia propia. Estás perdiendo el juicio y vas a perder el año, ¿por qué? Por un fantasma de tu imaginación. A nuestra edad, todos soñamos con la mujer, y es bien natural que soñemos; pero debiéramos soñar con la mujer cortada para nosotros, y no precisamente con la que nos haría más infelices si nos uniésemos a ella. ¡Que tu tía es muy buena, muy pura, muy santa! Bondad pasiva; sumisión al destino; rutina moral, hijo... y se acabó, se acabó. Tú, casado con tití Carmen, procederías como tu tío: no la dirigirías la palabra a las horas de comer, y la dejarías sola todo el tiempo posible, porque ni ella te entendería, ni tú a ella, ni os resistiríais el uno al otro. Divorcio de alma más completo no se ha visto ni verá. Creelo. No

te forjes ilusiones bobas. ¿Serías tú íntimo amigo de un neo-católico sin cultura y lleno de preocupaciones? Pues tampoco serías amigo de tu esposa. Y lo que en ella consideras virtud en el neo-católico de seguro te parece mojigatería.

-Pero -exclamé- ¡cómo te atreves a negar el heroísmo de una mujer que por no presenciar los extravíos de su padre, sacrifica su juventud y se casa con un hombre a quien no puede querer! Ya otra vez hablamos de esto, y me subleva que no estimes el mérito del sacrificio.

-¡Pues por eso, pues por eso! -vociferó Portal, ya fuera de sí-. Yo retuerzo el argumento: ¿cómo te atreves a calificar de virtud la acción de la mujer que acepta a un esposo repugnante, y no prefiere salir a cantar en un teatro como Cinta, o fregar pisos como la alcarreña que nos sirve en casa de doña Desusa? ¿Pues en qué se distingue tu soñado ángel de Belén, por ejemplo? Belén sufre a un protector antipático, porque le conviene... porque así come y gasta y, triunfa... Y tu señora tía...

-Cállate, cállate -grité levantándome furioso a mi vez-. Si dices una palabra más sobre eso, creeré que eres un canallita y te abofetearé, tan cierto como que llamo Salustio. No me nombres a Carmiña después de nombrar a Belén. No busques tres pies al gato...

-Tú eres quien buscas camorra, retal...

-Recual, a mí no me...

-Bueno, pues anda a freír espárragos...

-Y tú a escardar cebollinos...

Etcétera. No añado un detalle más, porque el discreto lector supondrá fácilmente lo que se dirían dos acalorados amigos. En quince días no le miré a la cara a Luis. El caso es que me parecía que me faltaba algo, la razón práctica de mi vida, el Sancho moderador de mi fantasía quijotesca. No me hallaba sin sus advertencias, sus burlas, sus enojos y sus lecciones. A la hora de ir a buscarle a su posada, me entraba desazón e inquietud y hasta nostalgia indecible. Echaba de menos el hábito inveterado, la dulce costumbre de la comunicación, del chispazo intelectual, de la contradicción prisma. Hubo días en que llegué a figurarme que me era más indispensable la acostumbrada amistad, que el sueño amoroso. «Maldito si sabía yo -pensé- que necesitaba tanto a este hombre. Es que no me encuentro sin él. Nada, que no me encuentro. Pero yo no me doblo. Que venga si quiere...». Y vino, vino, probándome una vez más que él representaba, en nuestro mutuo trato, el buen sentido o el sentido común, o como se nos antoje llamar a esa cualidad modesta y grata que quita énfasis a nuestros actos y nos enseña a no amargar la vida con necios tesones y quisquillosidades dramáticas. La reconciliación se verificó con la mayor naturalidad: un día, al salir de clase, Luis me empujó el codo, y preguntome risueño: «¿Se ha pasado el cabrito? ¿Vamos a hacer las paces?». Me abracé a él -lo confieso- con toda el alma, tartamudeando: «Luisiño, ¡chacho de mi vida!». Y él se reía, diciéndome: «Quita, memo... parece que vuelves de América después de veinte años de emigración».

Salimos de allí agarrados de bracete, y aquella tarde charlamos más que nunca. « Ya no te llevaré la contraria -advirtió mi amigo con resignación burlona-. Enamórate como un dromedario africano o como Marsilla el de Teruel... yo dejo correr el agua. Tú por ti mismo has de convencerte de la majadería de tus ilusiones. Nosotros, para ser felices, necesitamos mujeres ilustradas, que piensen como nosotros y que nos entiendan. Bueno, yo lo creo así; pero a ti se te ha puesto en el periquito que nos convienen las damas del siglo XIII o las santas góticas pintadas sobre fondo de oro... adelante. Ya te convencerás. Aparte de que la tití... chacho, ni esto. La lucha con lo imposible acabará por cansarte. Ea, no te atufes. Dime cómo andan tus amores; aligera ese corazoncito».

-Luis -murmuró con misterio- yo no sé si me quiere o no me quiere a mí. Pero estoy cierto... ¡atiende bien!, de que le repugna su marido.

-En eso demuestra buen gusto.

-No me equivoco, no. La observo, Luisiño, la observo. Está la pobre descolorida: apenas come; por las mañanas, cuando va a la iglesia, y sobre todo los días que comulga, manifiesta cierta serenidad; pero por las noches... ¡Ay! Yo creo que tiene la cotidiana de la repugnancia.

-¿Y el marido? ¿Se distrae por ahí?

-Me parece que no. Se retira a horas razonables, aunque salga a conferenciar con Sotopeña o al Círculo. A Belén no intenta verla: me consta. Mi tío es avaro, ya lo sabes, y por economía capaz es de contentarse con lo de casa... Luis, yo trago mucha saliva, pero me consuela saber que ella está triste y padece.

-Bonito consuelo. Y sabe Dios si te engañarás, y si esa mujer se entenderá perfectamente con su marido.

-Es que si yo la viese hecha una tórtola con él... no sé qué me sucedería.

-Que se te quitaría el viento de la cabeza. ¡Los diablos carguen contigo!

Pasábamos esta conversación a tiempo que saliendo de la calle Mayor, penetrábamos en el famoso Viaducto o suicidadero. La tarde, de magnífica serenidad, convidaba a arrimarse al alto enverjado y admirar al través de sus huecos el punto de vista, acaso el más hermoso de Madrid. Sin entretenernos en resolver los libros viejos, de texto la mayor parte, mugrientos y maltratados casi todos, que vendía al aire libre y sobre el santo suelo un vejete con facha de maniático, aproximamos la cara a los hierros y nos embelesamos en mirar primero el grandioso panorama de la izquierda, el rojo palacio de Uceda con sus blancos escudos a que sirven de tenantes fieros leones, las mil cúpulas y rotondas de templos y casas que domina, esbelta como la palmera, la torre mudéjar de San Pedro. Luego nos volvimos hacia la derecha, encantados por la fresca verdura del jardinete que a gran distancia debajo de nosotros extendía un tapete de coníferas y arbustos en flor. Allá a lo lejos, el Manzanares trazaba sobre las verdes praderas una ese de metal

blanco, y el Guadarrama erguía su línea blanca y refulgente detrás de los severos y escuetos contornos de las sierras próximas. Pero lo que nos fascinaba, la nota sublime de aquel conjunto, era la calle de Segovia, a pavorosa profundidad, abajo, abajo... Luis me apretó la muñeca diciéndome:

-Hijo, este viaducto explica todas las muertes que han ocurrido en él.

-Como que convida a arrojarse -respondí sin dejar de contemplar el abismo del empedrado y sintiendo ya en la planta de los pies el hormigueo del vértigo.

-Mira un suicida, chacho -exclamó súbitamente Portal, señalándome a un hombre de muy derrotadas trazas, apoyado en la barandilla también. Lo que es ese se tira de un momento a otro.

Me acerqué curiosamente. El presunto suicida se volvió... ¡Cuánto tiempo hacía que no viera su rostro noble y expresivo, su mugrienta y astrosa ropa, sus ojos negros, su apostura gallarda! ¡Pobre Botello! Experimenté rara y extraordinaria alegría al encontrar a aquel ser incoherente, a aquel ripio social, inofensivo e inútil.

-¿Ibas a matarte? -le pregunté sonriendo, pasadas las primeras efusiones y los primeros abrazos.

-¡Hombre! no... -respondió el huésped de Pepita-. Sólo meditaba, por entretenerme, en lo sabiamente que obraría si me tirase de cabeza. Esa calle, con sus piedras duras, me llamaba a voces. Así se acabarían todas las trampas y todas las miserias... ¿No sabéis? Pepa casi me ha plantado en la calle... Apenas fumo... Tengo un cuarto donde duermo, pero eso de comer es un lujo que desconozco. La vizcaína anda rabiosa porque don Julián hizo la del humo, y se niega a mantenerme. Me han embargado mi pensión. ¿Me pagáis un bisté?

Salimos a la calle de Bailén, y no tardamos en instalarnos en un figón, delante de unas chuletitas esparrilladas muy apetitosas. El perdis nos dijo melancólicamente:

-Hay días en que estoy tan desesperado, que hasta se me ocurre trabajar en cualquier cosa. Pero ¿en qué? Y además, esas son ideas absurdas, hijas de la debilidad o del coñac. No; cuando tenga una peseta la apunto y me gano cien. Yo no sirvo para la ignominia del trabajo. Quédese para los negros. Y después, siempre le salen a uno buenos amigos que no niegan un duro a quien se lo pide. No creáis que vivo del sable, hijos; no; sablazo es cuando ofrece uno pagar... y yo no ofrezco nunca semejante desatino. El que me presta me regala. ¿Sabéis la que me jugaron Mauricio Parra y Pepe Vidal estos Carnavales? ¿Les conocéis? Uno de arquitectura, y otro de minas. Están de huéspedes en casa de Pepa Urrutia. Pues nada, que nos vino una huéspeda de buen trapío... una viuda cordobesa, ¡más salada...! y yo... la miraba un poco. Una noche supe que iba al baile del Real... ¡Y yo sin un cuarto! Mauricio y Pepe me animan y me toman la entrada... van conmigo... Se nos acerca la mascarita... que la conocí perfectamente... «Tengo sed... ¿Me convidas? ¿Vamos al buffet?». Yo vi el cielo abierto... y el infierno, porque no tenía un ochavo. Echo la mano atrás, y con ella hago señas a Mauricio y Pepe... Siento que me ponen en el hueco

de la mano una moneda... ¡Dios! ¡Qué será! De fijo un duro... aunque parecía algo chico. Me lo echo sin mirarlo al bolsillo, y ¡zás! subo tan intrépido... Ella se pone a comer pastelillos, a beber Jerez... Yo temblando que la cuenta pasase del duro... Nunca acababa de engullir la buena señora... Al fin se resuelve a acabar, y yo saco del bolsillo la moneda y le digo al mozo con gran prosopopeya: «Cóbrese usted». «¡Pero, caballero, si me da usted un perro grande!». ¡Hijos, la que allí se armó! Creí que me llevaban a la prevención derecho... ¡Y qué chacota! Pues así, así vive uno, y así está siempre: más arrancado hoy que ayer, y más mañana que hoy. Ya supondréis que mi portuguesiño se ha vuelto a Portugal; en cambio, tengo a un diputado provincial conquense, a quien se le ha puesto en la cabeza ser autor dramático, y le acompaño entre bastidores, porque se le antoja que debo conocer íntimamente a los actores y actrices; y en efecto, los conozco; ¿quién no conoce aquí a todo el género humano? Pero no sé qué papel compongo en Lara, en Eslava y en Apolo; el caso es que los acomodadores me toman por actor, los actores por autor tronado, y yo allí de coronilla con mi diputado provincial, empeñado en que le representen su propósito, o juguete, o revista, o lo que sea...

-¿No lo sabes a punto fijo?

-No. Cien veces intenté leérmelo; pero por ahora voy parando el golpe. Veremos si lo consigo hasta el fin. Adiós, salvadores míos... Mis ideas de muerte ya se han disipado. Gracias.

«Hoy el cielo y la tierra me sonríen;
Hoy, llega al fondo de mi alma el sol;
Hoy me disteis chuletas ¡dos chuletas!
Hoy creo en Dios».

Declamando así, Dumillas nos estrechó las manos con las suyas puercas y enlutadas, y se fue...

-Ahí tienes al romanticismo -murmuró desdeñosamente Luis alzando los hombros-. ¡Qué falta tan grande les hace a este y a los que son como él un curso de *sentido-comunología*!

- XXI -

Que dijese lo que gustase Portal, yo estudiaba la fisonomía y las acciones de títi, y con la doble vista de la pasión comprobaba una repugnancia, un desvío cada vez más acentuado y profundo... Dramaturgos que prodigáis venenos y puñales en vuestras espeluznantes creaciones; poetas que cantáis horribles tragedias; novelistas que realizáis tantos asesinatos como capítulos, decidme si hay conflicto más tremendo que aquel cuyas peripecias se desarrollan en el fondo del alma de una mujer unida, sujeta, enlazada día y noche al hombre cuya presencia basta para

estremecer de aversión todas sus libras. Y dirán los que creen que la psicología es -como las positivas, exactas, físicas y naturales- una ciencia de hechos: ¿pues por qué había de repugnarle tanto a su mujer ese marido? No hay razón suficiente. Ninguna falta grave había cometido contra ella. Reina y señora en su casa, su esposo no le hacía infidelidades, antes bien se mostraba asiduo, aficionado al hogar y a la joven esposa que le aguardaba en él. ¡Ah! es evidente que la antipatía de tití era irrazonada, y por lo mismo más fuerte, más honda, más imposible de combatir y desarraigar. Se combate al adversario cuando tiene cuerpo, no cuando es impalpable sombra, real solamente allá en los oscuros antros de nuestro espíritu. Maridos hay que maltratan a sus mujeres, que las traicionan, que las arruinan, y sin embargo son amados, o al menos no repugnan. ¿Quién puede precisar de dónde sopla esa aura llamada Repulsión?

No es odio. El odio tiene porqué, se funda en motivos, se razona y se justifica: y si a veces me he dejado decir que yo odiaba a mi tío, me he expresado mal, con poca exactitud. No era odio lo que sentíamos hacia él su mujer y yo, sino algo menos vencible: repulsión profunda. El odio puede convertirse en amistad, hasta en amor, porque como se origina de causas positivas, otras causas positivas logran desterrarlo; pero la repugnancia misteriosa, la antipatía que nace de las profundidades de nuestro ser psíquico, esa no muere, ni se extirpa, ni se transforma: contra la sinrazón no hay raciocinio, ni lógica que valga contra el instinto, el cual obra en nosotros como la naturaleza: directa e intuitivamente, en virtud de leyes cuya esencia es y será para nosotros, por los siglos de los siglos, indescifrable arcano.

Convengamos en que tití Carmen no odiaba a mi tío Felipe. En su bondad no cabía el odio. Mi tío le había dado su nombre, su posición, tal cual fuese; mi tío no la maltrataba, ni siquiera notaba yo que le escatimase mucho el dinero, aunque bien veía que la esposa, a ser dueña de su voluntad, ensancharía el renglón de limosnas... El matrimonio de mis tíos era, pues, como uno de tantos que se ven hoy, en apariencia tranquilos, y hasta dichosos, unidos por esa concordia decorosa y burguesa que está de moda en nuestra sociedad, donde las costumbres, lo mismo que las calles, se tiran a cordel, cada día más rectas y simétricas. Pero así como dentro de las casas de esas calles tiradas a cordel se desarrollan episodios trágicos, y laten el amor, el vicio y el crimen, lo mismo que en las más tortuosas de la Edad Media, así bajo la capa de buena armonía y mutua consideración de aquella pareja veía yo el real maridaje, la predisposición tiránica y mezquina del marido y la repulsión inconsciente, fría, tremenda, de la mujer.

A veces decíame a mí mismo: «Cuidado que tiene razón Luis, y que soy tonto. Poco debiera dárseme de la repugnancia conyugal que en tití observo a cada rato. Lo que podría preocuparme, serían los sentimientos que la inspiro. Si me quisiese como yo la quiero, ¿qué importaría que, a semejanza de ciertas heroínas de dramas y novelas de ahora, sin dejar de airarme con locura, consagrarse también a su marido un tiernísimo cariño y una veneración y respeto filiales, o fraternales, o conyugales, etc.? Que ella me correspondiese, y lo demás debía pasar para mí entre bastidores del alma... allí donde no conviene que penetre nadie. ¿Qué saco en limpio de que mire con malos ojos a su legítimo dueño, si a mí no me mira?».

Pues yo no sacaría nada: pero el caso es que espiaba los indicios de la tal antipatía con intenso gozo. Lo mismo que al sospechar si la mujer amada pagará nuestro amor, acechamos con

afán una ojeada, una sonrisa, un rubor fugitivo, el paso de una emoción que rasgando el delicado velo en que se envuelve el alma femenina, descubra y patentice la recóndita hoguera, así yo estudiaba las inflexiones de la voz, la chispa mal amortiguada de los ojos, el temblor apenas perceptible de los labios, que me delatasen el estado moral de la esposa.

A las horas de comer, yo observaba tenazmente, haciéndome el distraído, jugando con el tenedor o siguiendo con mi tío conversaciones de política -discusiones casi siempre-. Estoy convencido de que todo puede fingirse, todo puede sujetarse a la voluntad; todo, hasta la expresión de la cara, pero no la voz. Tití llegaba a mandar en sus músculos, a apagar sus pupilas, a inmovilizar las ventanas de su nariz fina y palpitante; pero nunca conseguía que su acento, de notas graves, pastosas y bien timbradas citando se dirigía a otras personas, no fuese mate y sordo al hablar a su marido. Y aparte de la voz, había mil indicios evidentes. El más claro, su afán de prolongar la velada. Por su gusto, aquella mujer no se recogería nunca. ¡Ah, qué deliciosa impresión para mí -las pocas veces que logré acompañarla de noche- el verla retrasar la hora con mil pretextos, enfrascarse en su labor, alegar que se había puesto tarea, que hasta que la terminase no se acostaría, que tenía aún que escribir dos letras a su padre o a sus amigas de Pontevedra, hasta que mi tío ordenaba la retirada sin miramientos! Estas observaciones no podía yo hacerlas sino la noche de algún sábado: las restantes de la semana tenía que acostarme temprano, por mis clases. Solía ponerme al lado de la chimenea, en el gabinete contiguo a la alcoba, cuyas columnas adornaba un pabellón de felpa y damasco verde musgo, dejando entrever el mueblaje de la odiosa cámara donde diariamente se consumaba el inicuo misterio de la absoluta intimidad de dos seres que ni se amaban, ni tal vez se estimaban, ni se entendían, ni tenían más punto de contacto que haberles echado a un tiempo la misma estola el fraile moro.

Una mañana recibí carta de mi madre, escrita en el estilo precipitado e incoherente de costumbre, sin puntuación, no hay para qué decirlo, y consagrada toda a participarme cierta extraña noticia. «No sabes la carnavalada el viejo chocho de Aldao cayó con la mocosa de Candidiña lo envolvió lo mareó lo volvió tarumba le hizo rabiarse hasta que consintió en casarse pero no en público sino de *ocultis* muy a cencerritos tapados el cura citando le preguntan lo niega el viejo lo mismo pero yo lo sé por quien lo vio y lo presencié con sus ojos y en Pontevedra corren unas coplas muy indecentes sobre el fenómeno parece las escribió el director de *El Teucrense* es cosa de risa lo que no logra una chiquilla descarada dice que le regaló mantilla y vestido de seda negra Dios nos conserve el juicio y nos libre de chocheo no sé si la hija está enterada si no cállate que se sepa por fuera que va se lo escribirán a Felipe sus paniaguados buena la hizo ya tiene madrastra me alegro por haberse burlado de nosotros».

Excusado me parece decir que apenas pude coger a la tití sola, me apresuré a leerle la rara nueva, no sin grandes preámbulos y trasteos. Lejos de asustarse o de afligirse, la hija del señor de Aldao reveló satisfacción.

-Dios me ha oído -dijo con ímpetu-. Dios me premia, Salustio. A la edad de mi padre más vale estar casado que... de otro modo: por su misma dignidad, me alegro: puedes creer que me alegro, aunque preferiría que hubiese tenido distinta elección. Pero ya lo hizo: ahora, que resulte bien.

-Yo no quiero echarte a perder la alegría -respondí-, pero, Carmiña, a la edad de tu papá, un hombre se expone bastante, aun en el terreno de la dignidad misma, casándose con chicuelas de dieciséis años.

-Allá ella y su conciencia -arguyó tití-. Probablemente, ahora que está casada, se mirará muy mucho en faltar a sus deberes. Antes no los tenía; podía excusársele alguna informalidad.

-Y era una veleta, tití... y seguirá siéndolo, porque lo tiene de condición. ¡Cuidado con la rapaza! ¡Llevar a ese señor hasta tal extremo! Te aseguro que es pájara de cuenta tu señora madrastra. No veo claro el porvenir.

-Bueno, pues Dios sobre todo. Dejemos que haga su oficio la gracia del Sacramento.

-¿Crees tú en la gracia del Sacramento? -pregunté acordándome de Luis y sonriendo a pesar mío de un lenguaje que de tal modo contrastaba con mis ideas y convicciones, y sin embargo, en labios de mi tía, me estaba pareciendo la fórmula misma del decoro y de la belleza moral.

-¡Qué pregunta! ¿Pues no he de creer? Lucida estaba si no creyese. Cuando Dios instituyó el Sacramento, se obligó a ayudar con su gracia a los que lo contraen. Sin semejante ayuda no habría matrimonio posible.

-La gracia consiste en quererse, Carmen -murmuré llegándome a ella un poco y clavando mis ojos en los suyos. No deseaba convencerla, bien lo sabe Dios, ni seducirla, sino al contrario, que ella desplegara todas las monerías de su ciencia teológica, y luciese ante mí, como amazona aguerrida, las armas bien templadas con que escudaba su virtud. Pero me salió la pascua en viernes, porque tití no estaba para controversias. Sólo me contestó con afabilidad:

-Es natural que pienses así siendo muchacho y teniendo las ideas que tienes, y que siento muchísimo que no sean más religiosas. Los años te desengañarán, y juzgarás mejor. Ya sentarás la cabeza.

-Bueno, Carmiña; si yo para sentarla no necesito sino una palabrita tuya... ¿Dices que eso de quererse es un disparate? Pues basta que lo digas; lo creo. Pero al menos, no me negarás que para ser felices, por muy santos que me los supongas, los cónyuges necesitan profesarse algún afecto; vamos, al menos no aborrecerse, no repugnarse, no mirarse con antipatía. ¿Me engaño?

Carmiña palideció, y sus párpados aletearon ligeramente. Me miró severa y dolorida, como diciendo: «Esa es conversación vedada, y extraño que la toques».

Yo me llevé de aquel breve diálogo, interrumpido por la llegada de mi tío, una provisión mayor de esperanza. Mi tío entró apresuradamente, mal engestado y azoradísimo. Apenas vio a su mujer, sacó del bolsillo una carta.

-Carmen... ¿qué es esto? ¿Sabías algo tú? ¡Porque me escribe Castro Mera diciendo que en todo el pueblo está corrido que tu padre se ha casado secretamente con la sobrina de su doncella!

Tití afirmó la voz antes de contestar, y lo hizo sin miedo.

-Debe de ser verdad, porque a Salustio se lo escribe también Benigna.

-¡Y me lo dices así... con esa tranquilidad! -gritó el marido. Hay momentos en que se corre la cortina, se sorprende el alma desnuda, y se ven sus formas misteriosas, por muy aprisa que el sorprendido las quiera cubrir. En aquel grito vi yo patente toda el alma de mi tío, seca y dura, interesada y vil, semejante a otras muchas que andan por ahí metidas en cuerpos de aspecto menos judaico.

-¡Me hace gracia la frescura con que lo tomas! -prosiguió exaltado y fuera de quicio-. Según eso, ¿no te importa que se haya vuelto loco tu padre? Porque eso es locura senil, chochez, y tu hermano y yo nos uniremos para anular la boda e incapacitar a ese viejo. ¡Casarse! Pues hombre, ¡tiene chiste! Eso se llanta reírse del mundo y dar la castaña a los tontos de los yernos!

Sus ojos despedían chispas; su nariz corva acentuaba más la expresión de rapacidad y codicia de su boda innoble; su tez se había inyectado, igualándose casi en tonos con su barba; y su mano convulsa agarraba y soltaba, con estremecimiento maquinal, el cuchillo, el tenedor, la servilleta, de encima de la mesa preparada para el almuerzo.

-¡Qué quieres! -respondió con firmeza la esposa, ocupando su sitio como si fuésemos a almorzar pacíficamente-. Mi padre es dueño de sus acciones, por lo mismo que le autoriza la edad. No es cierto que esté chocho, y el respeto que le debemos nos prohíbe intentar nada contra sus resoluciones. Paciencia. Peor sería que viviese dando escándalo.

-Eres una tonta -exclamó el marido, descomponiéndose por primera vez y dispuesto a echarlo todo a rodar-. A la edad de tu padre, hija mía, ya no hay escándalo, ni Cristo que lo fundó: lo que hay es disparates y locuras y ridiculeces, y la mayor de todas, esa de casarse con una muchacha de pocos años y de baja extracción, ¡una criada!, para encontrarse, a la vuelta de un mes, con que la cabeza no le cabe en el sombrero. Las mujeres no entendéis de nada, ni sabéis lo que decís. Falta de experiencia y de mundo, que ni lo conocéis, ni tenéis motivo para conocerlo. Por eso la mayor parte de las veces obraríais muy bien en callaros, ¡sangre de Dios! Y tu papá -ya que lo quieres oír-, antes de casar a su hija, procedería más correctamente si dijese al futuro yerno: «Felipe, aunque se me caen los calzones de puro viejo, no hay que fiarse; yo estoy animoso, y no tardaré en contraer nupcias. Y como a mi edad siempre se tienen hijos, vendrán dos o tres muchachos que dejarán a mi hija *aspergis*». Qué bonito, ¿eh? ¡Qué bonito!

Mi tía, callada. La palidez de sus mejillas, el anhelar de su pecho y el resplandor de sus ojos, indicaban la interior indignación, la plenitud del espíritu y la ebullición de la protesta... Pero en vez de abrir la válvula, se reprimió, cogió el vaso de agua que tenía cerca, y sentí el choque del cristal contra sus dientes al beber, choque que indicaba la oscilación del pulso... Mi tío, sin tomar

en cuenta para nada aquella emoción y aquel valeroso silencio, exaltándose con sus propias palabras, continuó:

-Ahora mismo voy a ponerle una cartita caliente, diciéndole lo que viene al caso... Me ha de oír, te lo juro. Ha de salirse por cara la trastada esa, o no me llamo Felipe. Yo le crearé tales dificultades, que ha de acordarse del santo de mi nombre... Y se imaginará que voy a consentir que tú te trates con esa preciosidad de madrastra.

-En primer lugar -respondió lentamente mi tía, haciendo un esfuerzo-, creo que la boda, por ahora, es secreta; y en segundo, bien me trataba con ella cuando estaba allí... expuesta a cosas peores. ¿Por qué no he de tratarme, hoy que es la mujer de mi padre, si se porta bien?

-¡Portarse bien! ¡Eche usted portes! -exclamó irónicamente mi tío-. ¡Portarse bien! Ya te lo dirán de misas los señoritos de Pontevedra y de San Andrés... En fin, a mí eso me tiene sin cuidado...

-Pues a mí, eso será lo único que me importe -contestó mi tía con vehemencia, no pudiendo reprimirse ya-. Que no tenga mi padre que avergonzarse de su elección, y lo demás sea como Dios quiera, que al fin y al cabo, así ha de ser.

¡Oh dureza empedernida de los hebreos, con cuánta razón te estigmatizó Cristo! Aquellas palabras, dictadas por el sublime ímpetu de la fe, hubiesen conmovido a una peña; pero mi tío era macho más duro que las peñas mismas, y arrojando la servilleta, se levantó de la mesa, bufando entre dientes.

-Sobre que uno aguanta la mecha, le salen con estupideces y ñoñerías. ¡Tiene alma, hombre! ¡Mire usted que casarse ahora aquel estafermo! ¡Oír defenderle aquí, aquí, en mi misma cara!

Salió del comedor. Yo salí tras él: quería saber adónde se dirigía y llevaba mi objeto al dejar a Carmen sola. Oí a mi tío cerrarse en su despacho, sin duda para escribir al suegro la carta «caliente». Entonces retrocedí, y volviendo de repente a entrar en el comedor, me acerqué a Carmiña, y sentándome a su lado, murmuré con ternura:

-No llores, tití... Anda, no llores... Tontiña, no hagas caso.

No me había engañado en mi suposición. Azorada, volvió la cabeza, y vi los ojos arrasados, que secó instantáneamente la enérgica voluntad. En voz casi entera, me contestó, desviándose un poco:

-Gracias, Salustio, ya pasó... No se puede remediar a veces tiene uno tonterías así...

-Es que ese hombre te habla de un modo, que me indigna. Trabajo me costó callar. Y tú, ¿cómo resistes...?

-No, no, eso no; no digas siquiera eso. Es mi marido, y no ha de andar escogiendo las palabras.

-Sí señor que debe escogerlas. A una mujer como tú, que es la santidad, la bondad en persona, se la habla en esta postura... así... ¿ves? -murmuré hincando la rodilla en tierra.

-Si no te levantas me enfado, y si vuelves a decir eso, también -contestó tití poniéndose en pie resueltamente-. No te agradezco estos consuelos, Salustio: más bien parecen lisonjas, y lisonjas a mí... tiempo perdido. ¿Quieres que te diga la verdad? Pues la culpa de esta desazón es mía, mía solo. No debí llevarle la contraria a Felipe, sino dejar que se apaciguase el primer enfado, y después hacerle reflexiones. Al pronto se comprende que le haya molestado el casamiento de papá. Pongámonos en lo justo. Ningún marido se irrita contra una mujer que no le contesta. Por la lengua vienen todas las discusiones matrimoniales. Nuestro papel es callar.

-No, bobina, vuestro papel es hablar cuando tenéis razón; lo mismo que nosotros, aunque nosotros hablamos muchísimas veces sin tenerla. De modo que si tu marido suelta una barbaridad enorme... que no hay Dios, supongamos, ¿tú no debes replicarle?

-Mientras esté irritado, no... porque, ¿qué conseguiré? Echar leña al fuego, nunca persuadirle. Pero así que se aplaque, con suavidad y con cariño, le puedo hacer mis objeciones, lo mejor que sepa... y entonces sí que me oirá y se convencerá.

No supe qué replicar, pues aun cuando se me ocurrían mil reparos, el criterio de tití me subyugaba enteramente, pareciéndome el único digno de ella. Era un día nubladísimo; el comedor daba al patio, y las espesas cortinas, retrasando la luz, contribuían a hacerlo más lóbrego. Los pliegues de aquellas cortinas, de color parduzco y tela tupida, se me antojaron, por repentino capricho de la imaginación, el plegado de un hábito de fraile, contribuyendo bastante a la semejanza el grueso cordón que las ceñía y sujetaba al alzapuño. Los arabescos de la cortina, a cierta altura, me figuré que dibujaban con suma propiedad la cara de un hombre. Era un fenómeno de autosugestión, que evocaba allí, oyendo nuestro diálogo y burlándose de mí con sandunga, el fantasma o representación del Padre Moreno. «¡Maldito fraile! -dije mentalmente a la cortina-. Te has de llevar chasco, yo te lo prometo. Porque nada violento y absolutamente contrario a la naturaleza humana es durable, y esta abnegación heroica y esta fuerza que hace mi tía a sus sentimientos más profundos no pueden llegar hasta un límite indefinido. Ya vendrá ocasión en que salte el resorte... y yo la atisbaré, te lo juro, fraile tontín, que no has probado la única felicidad verdadera de esta vida». Por casualidad mi tití fijaba la mirada en la cortina, con esa intensidad de las personas que miran sin ver y a quienes distrae una idea triste. Me figuré que veía lo mismo que yo en las arrugas de la tela, y que también para ella se destacaba allí, callada pero elocuente en su actitud, la sombra del fraile...

¡Qué diera yo entonces por penetrar en los secretos camarines de aquel cerebro femenino, y leer la proclama revolucionaria que en ellos estaba escrita, de seguro, por invisible mano! Pero la esposa no dejó salir nada al exterior. Levantándose, pasó a la cocina y se enteró de cómo andaba

lo del almuerzo. «Porque tú ya tendrás hambre, Salustio», dijo volviéndose a entrar, serena y dueña de sí.

- XXII -

¿Cómo sucedió que descendiese a mi alma un rayo de divina alegría, de esperanza insensata y deliciosa, de luz en fin, parecido al que supone la tradición popular que penetra el día de la Candelaria en las tinieblas del Limbo? A ver si puedo recordarlo con todos sus detalles insignificantes y hasta cómicos, con su mezcla de sueños y realidades, tan inseparables, que no sé dónde acaban los primeros y empiezan las segundas, ni puedo jurar que estas hayan existido más que dentro del sujeto que las percibía, en mi propia representación, que es para mí mismo la realidad suprema.

Es el caso que Trinito, nuestro cubano filarmónico, habiendo recibido cierta plata enviada de su ínsula, se dedicó a gastarla sin ton ni son, ni gracia ninguna, desmadejadamente, como hacía él todas las cosas; y entre sus despilfarros se contó el de convidarnos a butacas del Real, para ver el estreno de una ópera española muy discutida y comentada de antemano por los periódicos. Vanamente le objetamos la inutilidad de este derroche, pues nosotros estaríamos mucho más a gusto en el paraíso, entre niñas cursis y guapas y, aficionados competentes en el *divino arte*. Pero él, que a lo que aspiraba era a darse tono y a jalearse el estreno de cierto frac, no quiso oírnos y nos arrastró a Portal y a mí hacia el coliseo: el zamorano ni hecho pedazos consintió en acompañarle. Ni Portal ni yo poseíamos frac; sólo que nos dejamos de chiquitas y nos encajamos la levita -el fondo del baúl-, esperando que nadie se fijaría en nosotros, y todas las miradas serían para el cubano, según iba de resplandeciente y repampirolante. Su frac y pantalón nuevos brillaban con el charolado especial del paño fino, y la estrecha solapa de raso, bajando hasta la cintura, realzaba la pechera blanquísima. El hombre, a fin de no perdonar circunstancia, se había gastado su pesetita en una olorosa gardenia, que lucía en el ojal con corrección irreprochable. Clac no se lo compró por falta de tiempo; pero entró en el teatro ocultando el hongo bajo el capote, a fin de no estropear el rizado del pelo y la primorosa raya. Nosotros ocupamos nuestros asientos un tanto cohibidos, aspirando a que nadie nos mirase ni viese; pero Trinito, plantado en pie y vuelto de espaldas a la orquesta, sacando el pecho donde bombeaba la fina camisa y pasándose la mano, desnuda de guantes, por el cabello bien atusado, parecía un gomoso de los más estirados y cargantes. Aunque el sentido de la vista, en el cubano, era tan expedito como el del oído, se había alquilado los grandes gemelos, y los clavaba alternativamente en los palcos entresuelos y plateas, y en las filas de butacas, pasando revista a las beldades, a los descotes y a las galas y joyas. Portal, muy encogido y acurrucado, se divertía en decirle *sotto voce* que la reina Cristina le flechaba sus lentecitos de mango largo, y que la infanta Isabel hacía señas a la infanta Eulalia para que se fijase en aquel nuevo dandy tan desconocido como fascinador.

Pero apenas se hubo levantado el telón, entrole a Trinito su acceso de epilepsia musical, y estuvo pendiente del tejido de la ópera, la cual por espacio de cinco horas nos zarandó de Wagner a Mevber, y de Donizetti a Rossini, pues de todo había en ella menos de nuevo y español. Trinito, en su exaltación y con la implacabilidad de su retentiva música, no nos dejaba vivir. «¡Camaradas, esto es ajíaco puro! Ahí ha metido el hombre el *largo assai* de la ópera 32 de Mendelssohn! Anda, anda, pues si se ha calzado enterito el *allegretto* de la introducción del *Don Juan*! Toma... eso es de la *Flauta encantada*: quince compases lo menos hay igualitos, calcados al pie de la letra... ¡Este *maestoso* está en *El Barco Fantasma* o en *Parsifal*...!

-O en las *Habas verdes* -añadía Portal con flema.

-No, pues no reírse, que algo hay de *Habas verdes*, o cosa parecida: porque esa especie de tango yo lo he oído en zarzuela... Ahora saltamos a la *sinfonía en ut menor del sordo sublime*... Camaraditas, estoy indignado. Voy a protestar. De esto a salir a los caminos con trabuco...

Al segundo acto de indignación de Trinito fue en un *crescendo* no menos estrepitoso que el del concertante final; al tercero nos aburrió a todos con sus investigaciones de reminiscencias y plagios, empeñándose en buscar a gritos, llamando la atención de los espectadores, los fragmentos de una mano de Mozart o de una canilla de Beethoven que por allí andaban desparramados: y al cuarto su indignación adquirió proporciones tan imponentes, que no nos permitió ver la conclusión de la ópera. «Larguémonos, antes que llamen a la escena a ese monedero falso. Yo silbaría, si me quedase, y no es cosa de armar escándalo aquí. Vámonos, pues: prudencia. Estoy tan atufado, que no sé lo que hago. Sujétenme, llévenme a la calle». Admirados de aquel arrechucho, no menos sorprendente en la dulce flema del cubano de lo que lo sería en un canario o un cordero, nos resignamos a salir antes que nadie, y echamos, por el salón de descanso, hacia la puerta.

Sin transición, desde la atmósfera recaliente, vibrante, zumbadora de las butacas, cruzamos al helado pasillo, más glacial aún por estar desierto, pues únicamente dos acomodadores daban vueltas por allí. Una corriente de aire, aguda como un estilete, se coló por mi boca entreabierta para reír y por mis dilatadas fosas nasales, llegando instantáneamente a mi pecho, donde noté una constricción singular.

-Taparse la boca, señores -advirtió el práctico Luis-. Vamos a pescar la gran pulmonía de la Era cristiana. Tápate, Salustio, no seas memo.

Yo buscaba el pañuelo para ampararme con él, pero ¡ay! sentía ya ese aviso extraño, esa punzada oscura y sorda de la enfermedad que traídoramente se nos ha metido en el cuerpo aprovechando nuestros descuidos e imprudencias, a manera de ladrón que ve puesta la llave y no pierde la coyuntura de registrar el arca.

-Yo creo que ya la he pescado -murmuré con alguna inquietud.

-No seas aprensivo. Vámonos a Fornos a tomar un ponche. Anda, verás qué calentito y qué bueno -dijeron mis compañeros, a tiempo que salíamos al páramo de la Plaza de Oriente. Y fuimos a Fornos y tomamos el ponche, todo a cuenta de la plata de Trinito, quien nos hizo de nuevo una monografía sobre los plagios y rapsodias de la ópera, y nos tarareó su indignación y hasta nos la tecleó sobre la mesa. ¡Esta vez se resolvía a escribir una crítica musical! ¡Ya lo creo! Iba a triturar al compositor, o por mejor decir al *rata* que había cogido infraganti visitándole a Wagner la faltriquera.

Me retiré tarde y dormí mal. Al otro día desperté con inexplicable fatiga y desaliento, con esa especie de *tædium vitæ* marasmo que precede a los graves desórdenes patológicos. Tití observó que tenía muy mala cara y me rogó que me acostase, regañándome suavemente por las horas imposibles a que me había recogido la noche anterior. Accedí, porque me sentía tan rendido, que como decimos en la tierra, ningún hueso de mi cuerpo me quería bien. Al retirarme, dije a Carmiña en suplicante tono:

-¿Irás a verme?

-¡No faltaba más! Ya se ve que iré. A llevarte una taza de flor de malva bien hervidita para que sudés... Eso que tienes es un resfriado. Locuras que habrás hecho.

Apenas me acosté ¡zas!, se declaró victoriosamente la calentura, y la fatiga, y la congestión de los órganos respiratorios. Empecé a divagar, a perder la brújula: aquello seguramente no sería delirio, pero sí una especie de libre y caprichoso viaje de la imaginación al través de las regiones más hermosas para mí cuando me sentía completamente dueño de mis facultades. En los intervalos lúcidos de la modorra y entre la angustia de la disnea, volví a ver el Tejo, con su ramaje verde oscuro, que se recortaba sobre el azul divino del cielo y sobre el luminoso y pálido verdor de la ría; oí cánticos de labradoras, gaitas que repicaban la alborada, cohetes, arpegios de piano, y hubo instantes en que juraría que un negro murciélago entraba revoloteando por la ventana y, traspasado por un alfiler, agonizaba a mi vista... Por supuesto que el Padre Moreno estaba allí, y unas veces me servía de consuelo su presencia, y otras me irritaba hasta tal punto, que de buena gana le hubiese arrojado a la cabeza cualquier cosa. En aquel trastorno de la fiebre debí de cantar, y también debí de enunciar fórmulas y plantear problemas de ciencia matemática. Lo que sé es que por cima del delirio, de la calentura, de la horrible opresión, de la constricción de mis bronquios y pulmones, revoloteaba una sensación encantadora. Tití no salía de mi cuarto; tití me aplicaba los remedios, me arreglaba las sábanas, me servía y atendía en todo; y cuando en un movimiento involuntario hijo de la fiebre se me ocurrió echarle los brazos al cuello... pensé... ¿era desvarío? que aquella mujer fuerte, inquebrantable, lejos de hacer el menor movimiento para apartarse de mí, me devolvía la afectuosa demostración. Yo juraría que sus ojos me miraban tiernos y dulces; que sus manos me acariciaban y halagaban como se halaga y acaricia a un niño; que su boca murmuraba frases de miel, cuyo sonido era una música del corazón... Y dejándome llevar de mi fantasía, pensé al adormecerme bajo la acción de un energético medicamento:

-Tití me quiere, me quiere, no cabe duda. ¡Qué feliz voy a ser si no me muero!

Suspiré, di media vuelta, y si pudiese formular en palabras el sentimiento que inundaba mi espíritu, añadiría:

-Y aunque me muera.

SEGUNDA PARTE

La prueba

- I -

No sé si he dicho en la primera parte de estos verídicos apuntes que Luis Portal, mi sensato, cuco y oportunista condiscípulo, era bastante feo y desgarbado, lo cual probablemente influía mucho en su manera de entender la vida y en su intransigencia para con los sueños, las ilusiones, la poesía, la pasión y demás cosas bonitas que dan interés a nuestro existir. Tenía Portal el cuerpo cuadrado y macizo; las manos anchas y mal puestas; la pierna corta; la cabeza bien desarrollada, pero redonda cual perilla de balcón; el cuello sin gallardía, y los hombros altos; las facciones demasíadamente grandes para su estatura, de lo cual resultaba una *facies* nada vulgar, pero de mascarón de proa; una *carofla*, como le decían para hacerle rabiar, cuando era chico, sus compañeros en el Instituto de Orense. El claro entendimiento de Portal le inducía a sufrir con risueña cachaza las bromas relativas a su físico; pero el amor propio inherente a la naturaleza humana debía de hacerle sentir a veces su agujijón, y lo revelaba, sin querer, en cierto afectado desprecio hacia la belleza masculina, y en las pullas que nos soltaba a los compañeros a quienes creía mejor tratados por la naturaleza.

Nunca advertiera yo la mala gracia y prosaico exterior de Luis como un día que vino a verme, hallándome ya convaleciente de la enfermedad que atrapé a la salida del teatro Real -y que no sé si debo llamar bronco-pneumonía, bronquitis capilar, laringitis aguda, pulmonía doble, o con otro de los infinitos nombres que entretejen la complicada red de las afecciones de los órganos respiratorios-. Después de haber estado en verdadero peligro, alcanzando esas temperaturas altísimas más allá de las cuales el organismo se abrasa y aniquila, y sobreviene la muerte, de pronto se me inició franca mejoría, y ya me permitían levantarme un poco a las horas favorables, y permanecer al lado de mi mesita, reclinado en una butaca. El día en que Portal vino a acompañarme -domingo por señas- estaba el cielo encapotado, cosa rara en Madrid, y el camarada entró hasta mi cuartito metido en luengo impermeable barato, de esos que apestan a

azufre desde una legua. Oculto en aquella garita de tela rígida, con su esclavina, su capucha caída a la espalda y su hongo, Portal parecía cada vez más rechoncho y desairado, y el color bazo de la prenda se confundía con el moreno de su gran cara. Esta, no obstante, irradiaba júbilo, que yo atribuí a la compra y estreno del impermeable, y así se lo dije al comprador.

-¡Qué tono nos damos! ¿Cuánto vales hoy con funda?

Portal sonrió, giró sobre sus tacones, se puso de perfil, se volvió de espaldas...

-¿No parece increíble que lo den por cuatro duros menos una peseta? ¡Y con esto, vengan chaparrones! Ya puede uno salir al campo, hacer cuantas expediciones quiera...

-Sí, pero no estar al lado de un amigo convaleciente. Hijo, eso huele a demonios -advertí sin fijarme en la rareza de que Portal, tan sedentario y comodón, soñase en hacer excursiones campestres cuando se necesita chubasquero.

Mi amigo salió a colgar su adquisición en el perchero del recibimiento, y volvió, ya a cuerpo gentil, a sentarse cerca de mi sillón, dirigiéndomela pregunta clásica:

-¿Qué tal ese valor?

Abrí la válvula. ¡Necesitaba tanto un desahogo! ¿Y con quién mejor que con Luis, el camarada y amigote conocedor de la rara historia de mi alma durante el período de un año?

-De la enfermedad, chacho, muy bien; a pedir de boca. Yo mismo conozco que voy reponiéndome. Cada sorbo de caldo es vida que bebo. Ya puedo andar ¿ves? sin trémolos en las piernas ni telarañas en los ojos.

Hice la prueba, me puse en pie y di algunos pasos firmes, tropezando en seguida con la pared, pues mi cuarto era, como ustedes no ignoran, reducidísimo.

-¡Eh, pocas valentías!... A sentarse -ordenó Luis-. ¿De modo que hecho un héroe? ¿Con ánimos para todo?

-Según para qué -respondí, dejándome caer en la butaca y envolviendo las piernas otra vez en mi capa raída-. La carne va robusteciéndose; pero el espíritu... ps, ps.

La faz de Portal expresó claramente este signo ortográfico?

-Tú no sabes las cosazas que yo soñé en los días de mayor gravedad, en los días del calenturón, de los treinta y nueve grados y muchas décimas... Soñé (pero mira que lo estaba viendo y oyendo tan claro como te puedo ver y oír a ti, si me hablas ahora) que la tití... ¿entiendes? la tití en carne y hueso me hacía mil caricias, me decía palabras tiernas así por lo bajo, me abrazaba, consentía que la abrazase... en fin, que teníamos resuelto el problema.

Portal continuaba mirándome, pensando tal vez: «Dejemos a este que desembuche. A ver en qué para».

-Pues hijo -continué-, cesar el peligro y disiparse el sueño, fue todo uno. Mi tití ya es la de siempre: fuerte e inexpugnable, revestida de su deber lo mismo que de una cota de mallas. Cariñosa conmigo, sí; ¿pero qué? El cariño que nadie rehúsa a un enfermo, a no tener entrañas de fiera. ¡Nada de lo otro... nada! Así es que estoy tan perturbado, que echo de menos la fiebre, y la antipirina, y las drogas puercas que me disponía nuestro paisano el doctorcillo Saúco, el cual me ha vuelto loco a fuerza de potingues. ¡Ay! Me papaba yo ahora un cuartillo de óxido blanco a trueque de oír alguna de aquellas palabritas de azúcar, que ni sé en qué consistían... o por soñar que las estaba oyendo.

Mi amigo se cogía la barbilla como quien reflexiona. Al fin resolvió:

-¿Y estás bien seguro de que efectivamente no has soñado las demostraciones de la tití? ¡Porque es tan fácil ilusionarse!

-¡Caramba! ¿De cuándo acá me ilusiono yo tratándose de esta mujer?

-Baja la voz -advirtió el prudente orensano-. Pueden andar por el pasillo, y si nos oyen...

-Tienes razón -contesté poniendo la sordina-. Pero conste que no me ilusiono, ni hay tales carneros. Habré delirado, habré divagado; solo que aquello... ni fue divagación ni delirio. Tan verdad como que ahora charlamos los dos aquí.

-Y después -interrogó Luis-, ¿nada?

-Nada absolutamente; ni esto.

Calló Portal un instante, y dándome suave palmada en el hombro, declaró con énfasis:

-Hijito, piensa bien si te es igual ser perdigón o aprobar las asignaturas. Si te es igual, sigue enamorado así, a lo Don Quijote, de la hermosa Dulcinea; si no, manda a paseo figuraciones y delirios; trinca los libritos en cuanto estés bueno del todo... y a vivir. Desde que te amartelaste, hablas y obras lo mismo que si tuvieses dos mil duros de renta asegurados, y siguieses la carrera por adorno. Mira que estamos en Abril, y que una enfermedad retrasa. Ya sabes que nuestros arrenegados estudios son como las cabras del cuento de Sancho Panza: si saltamos una cabra, hay, que empezar el cuento otra vez. Aprende de mí; a poco que me descuidé el año pasado... ¡No volverá a suceder, juro a Dios, por muchas tentaciones que se me presenten!

Al hablar así, sonrisa misteriosa iluminó la amplia faz de mi amigo, y sus ojos, expresivos a fuerza de inteligencia, destellaron chispas de orgullo, lo mismo que si dijese: «Tampoco por acá somos costal de paja, y tenemos nuestras aventuras como cada hijo de vecino».

-Chacho -pregunté-, ¿qué pasa? Aquí hay gato encerrado... ¿De cuándo acá secretitos para mí? ¿No te lo cuento yo todo?

La sonrisa de Portal se difundió por su gran cara, y fue ya, más que sonrisa, resplandor de alegría verdadera. Los hombres que tienen poco partido con las mujeres, sonríen así cuando pueden afirmar que han cautivado a una.

-¡Phs!... -respondió, alardeando de modesto y de discreto- verás. Como se trata de una cosa tan rara, tan distinta de lo que solemos encontrar... No sé si te harás cargo... ¿eh? Porque ya te digo que es de lo que no abunda.

-Gracias por la brillante opinión que tienes formada de mis entendederas.

-No es eso, hombre... no es eso. Es que no estando en pormenores...

-Bueno; cállatelo si te da la gana, pero no me vengas con músicas. A fe que si quieres explicarte...

-Pues procuraré enterarte bien... y enterarme yo mismo: estoy aún como quien ve visiones. Lo primero, te diré que es una extranjera, una inglesa...

-¿Inglesa?

-Sí, hijito; del mismo Londres... castiza. Una mujer preciosa; ese tipo de allí, ya sabes... alta, blanca como la nieve, muy fresca, facciones regulares, y el pelo de un rubio así pálido, pálido... casi ceniza... ¡No creas que sosa... no! ¡Más maliciosa y más salada!... En los carrillos dos hoyos llenos de chiste.

-Que me estás haciendo agua la boca... Ten caridad, hombre.

-No exagero pizca. ¡Si te aseguro que he tomado el asunto con cierta serenidad! No soy como tú, que te vas amelonando, amelonando... hasta que pierdes la chaveta. Nada de eso; yo en mis trece... Pero de ahí a cerrar los ojos y desconocer las cualidades de la persona...

-Anda con ellas. Inglesa, alta, pelo ceniza, hoyos... ¿Qué más?

-¡Bah!... ¿Soy algún simplón? Lo de los hoyos y del pelo es lo que menos me importa. Si algo me interesa o podrá llegar a interesarme, es el modo de ser de la chica. Ya sabes que a mí no me hacen feliz la ignorancia cerril y las rutinas educativas de la mujer española. Me gusta una muchacha instruida, capaz de alternar en conversación, despreocupada, con aficiones artísticas y conocimientos en todas las materias... Esta creo yo que es la mujer del porvenir. Bueno; pues mi *Mó* realiza ese tipo.

-Tu... ¿qué? -pregunté interrumpiéndole-. ¿Cómo dices que se llama esa señorita?

Portal se acercó a la mesa, cogió un lápiz y escribió sobre el primer papel que halló a mano: *Maud*.

-¡Ah! -exclamé, recordando mi inglés prendido con alfileres-. Eso me parece que significa *Matilde*. ¿Por qué no le llamas Matilde, que es más bonito y suena mejor?

-¡Hombre, qué ha de sonar! *Mó* es precioso... *Mó, Mó...* -repitió Luis relamiéndose.

-Bueno, pues convenido; responde por *Mó* la inglesa -dije, comprendiendo que mi amigo estaba encariñado con la sílaba británica-. ¿Y dónde has descubierto ese tesoro?

-En el tranvía. Suelo meterme en él a la tarde, ir hasta el fin del trayecto y volver luego paseando. Muchas veces subo por el de la Puerta del Sol a la calle de Fuencarral, y no me bajo hasta la Glorieta de Bilbao; desde allí, *pédibus* andando, a casa, a comer. Esto, generalmente, de seis a siete. Dos o tres tardes noté que en la misma Puerta del Sol entraba una señorita de aspecto extranjero. Chico, desde el primer día me llamó la atención. ¡Iba tan decidida y tan sencilla y tan seria! Por el camino sacaba un libro y leía. Miré de reojo... debía de ser una edición de Shakespeare, porque distinguí una lámina de Romeo subiendo por el balcón de Julieta.

-Bonito misal para una señorita -interrumpí yo-. ¿Sabes que por ahora no veo nada de particular en todo eso?

-Ni lo verás después -replicó Portal con algún enfado-. Para ti, todo lo que no sea descolgarse por una reja, robar a una *esposa del Señor* o seducir a una creyente heroína...

-No te sulfures, y sigue *palante*.

-Pues poco tengo ya que añadir -exclamó mi amigo, evidentemente amostazado por la interrupción-. Escalamientos y raptos, no los hay en esta historia. No la canté ninguna trova, ni la propuse *la fuga*. ¡Ha sido lo más vulgarón!... En vez de afincarme de hinojos, fui y la pagué el tranvía...

-¿Y diez a diez centimitos, entruchasteis la inglesa y tú?

-Yo no sé si puede llamarse entruchar -prosiguió el oportunista-. A las tres veces que pagué ya me saludó. Al otro viaje, después del saludo, me pidió prestado *El Imparcial*, que yo no acababa de comprar, y comentamos juntos alguna noticia. Ella solía bajarse poco más allá del Tribunal de Cuentas, a la entrada de una calle muy solitaria, donde me dijo que vivía. Así que se estableció el trato, la propuse que llegase conmigo hasta la iglesia de Chamberí, que luego nos volveríamos a pie; y aceptó la proposición sin empacho, porque en el extranjero no existen esas ñoñerías ridículas de aquí, y una señorita y un hombre se pasean juntos sin que tiemblen las esferas. A pie nos volvimos, con una tarde preciosa, y charlando que era una bendición de Dios.

-¿Y qué tal de varas? ¿Entra bien en suerte?

-¡Varas! ¡Estás fresco! Te equivocas de nación, hijo. A mi inglesa no ha nacido el que le ponga varas. Con una española, en el mero hecho de dar ese paseíto entre dos luces, teníamos arreglado el asunto; pero con esas barbianas... ¡Si ni sabe uno por dónde empezar!

-¡Inocente! -exclamé gozándome en ver al sagaz Luis cogido en la red, como un doctrino-. ¿No te acuerdas de lo que dice Shakespeare (ya ves que cito un inglés) en *Otelo*? «El vino que ella bebe está hecho con uvas».

-¿Sí? Pues aplícale eso a tu tití, que a *Mó* no le cuadra. Porque lo que no resultó en el primer paseo... resultó en los posteriores... ¡Pero si vieras! De la manera más natural del mundo. Si te cuento cómo...

-Todo soy oídos.

-Pues nada... Figúrate que siempre hablábamos de cosas indiferentes, de esas que son conversación vedada para las madrileñas: de política, de ciencias, de literatura, de artes, hasta de religión... y yo sin encontrar resquicio para espetarle la declaración y saber cómo lo tomaría... Una tarde que habíamos dado un paseo más largo que de costumbre, la veo que saluda a un señor alto y entrecano que pasaba, y al saludarlo se orzara bastante. Pregunto por qué, y quién era aquel señor, y me contesta: «¡Oh! Nadie... El representante de la compañía Stirling, que conoce a mi papá muchísimo. Yo me he puesto así, colorada, porque como aquí no es costumbre que las señoritas paseen solas con sus novios... En mi país se hace, y no extraña...». Así averigüé que era novio de *Mó*. ¡Figúrate cómo me quedaría!

-¡Olé por la pérfida Albión! ¡La niña que no tomaba varas! Total, que ella fue quien te espetó a ti su atrevido pensamiento.

-¡Bah!... Yo no sé a qué te entero de estas cosas. Está visto que nuestro ideal amoroso se parece como un huevo a una castaña. Mejor me fuera callarme el pico.

-No, hombre, no; si me hace gracia el verte dichoso y contento, en posesión de la mujer con que sueñas. ¿Qué es *Mó*? ¡Pues santas Pascuas! Ya ves que soy más tolerante, muchísimo más que tú. Tú no transiges con la mía... Yo admito la tuya, con sus pies de una vara de largo, que parecerán dos sollas... Ya todo esto, aún no sabemos qué oficio ni qué beneficio tiene la señorita *Mó*, ni si cuenta con padre, madre o perrito que le ladre.

-¡Qué cosa más rara! -exclamó riéndose Portal-. Has nombrado precisamente todas las cosas que *Mó* posee. ¡Padre y madre! ¡Ya lo creo! Y excelentes personas. Un poco así... vamos, muy ingleses en tu tipo. ¿Perrito que le ladre? Se me había olvidado decirte que cuantas tardes pasea conmigo, lleva un *king's Charles* de lanas negras... una monada.

-Estaréis muy monos, efectivamente, la señorita, el cuscueto y tú.

-Y -prosiguió mi amigo desdeñando la interrupción- en cuanto a oficio y beneficio... *Mó* lo tiene; no es como estas mujeres de por acá, que andan en busca de un marido que las mantenga, porque su ineptitud y las absurdas ideas sociales no les permiten ganarse honradamente la vida. *Mó* va todos los días a la calle Ancha de San Bernardo a dar lecciones de inglés, geografía e historia a unas señoritas hijas de gente rica. En muchísimas casas le hacen proposiciones para institutriz; pero no le conviene. Prefiere estar con su familia, con sus hermanitos.

-¡Ay, ay, ay!... ¡*Malorum!* -dije, saboreando el gusto de motejar a Portal-. ¡Muy encandilado te veo! Esto va a tener mal fin.

-¿Quién, yo? -preguntó mi amigo, tocándose con el índice de la izquierda la solapa de la americana-. ¿Casaca a mí, al hijo de mi padre? ¡Quia, hombre! Por lo mismo que se trata de una mujer ilustrada, instruida, superior a su sexo, ¿crees que va a preguntarme si *voy con buen fin*; ¡Dios nos libre! *Mó* y yo somos dos amigos... vamos... dos que se gustan, que se dan paseítos juntos por las afueras y que se irán algún domingo de excursión a Alcalá o al Escorial... ¡Pero de esto a lo otro! ¡A la Vicaría! ¡Qué desatino, chacho! Ella vive y se las arregla; yo estoy en camino de conquistarme también mi posición; no tengo nada de Quijote ni de visionario; por lo tanto, figúrate si me he de caer en ese pozo.

-¿Entras en la casa? -pregunté.

-Todavía no -respondió mi amigo con cierto embarazo.

-¿Pero vas a entrar?

-¡Ah! Sí, no habrá más remedio... Pero en concepto de amigo de *Mó* solamente. Nada de noviazgos oficiales. Así se lo he dicho a ella, y está enteramente conforme. En su casa tampoco hacen preguntas indiscretas, ni extrañarán que lleve presentado a un amigo, a tomar té. Son otras costumbres, más fáciles y racionales que las nuestras. Después de que me presenten a mí, te llevo a ti un día. Debe de ser una casa patriarcal.

-¿Conque excursioncitas? Ahora ya veo yo la razón práctica de los cuatro duros menos una peseta del apestoso -dije a Portal, para tirarle más de la lengua.

No conseguí. Continuó hablándome de su aventura y de los méritos de la señorita *Mó*, la cual era un estuche de habilidades; pintaba a la acuarela, tocaba el piano, escribía *impresiones*, bordaba y hasta sabía levantar mapas -mapas, no es broma-. Era visible que mi amigo estaba en ese período en que las naturalezas más egoístas que altruistas ceden al placer de creerse amadas, y experimentan una plenitud vanidosa que se parece muchísimo al verdadero entusiasmo. De repente torció la conversación, y me dijo con misterio:

-La Belén me ha preguntado más de diez veces por ti. Hasta dio una misa a no sé qué Virgen, para que te sanara. ¡Pillete!... ¡Qué fortuna! Haz, haz remilgos. Y... ¿y tu tío Felipe? ¿Qué tal se ha portado mientras duró la enfermedad? Explícame eso, que será curioso. ¿No ha

sacado el Cristo de los celos? ¡Si vieses cuánto me extraña que ya no tengas desazones por ese motivo!

-Ninguna -contesté sobriamente-. Admírate. En mi opinión, ese hombre está cansado de su mujer, y hasta creo que arrepentido de su boda.

-¡Chist!... ¡Baja la voz! No hablemos aquí de eso -suplicó mi cauteloso amigo-. Hacemos muy mal en tocar siquiera la conversación. Si no se enteran ellos, pueden enterarse la cocinera o el criado, y entonces peor que peor. Veo que este intríngulis toma nueva faz... El primer día que te permitan salir, charlaremos.

- II -

El día llegó por sus pasos contados, después de los trámites inevitables de toda convalecencia: el ala de pollo, devorada con placer y golosina; el sopicaldo frecuente; los paseos por la casa, realizados por países nuevos; y después de ejecutar tantas acciones indiferentes con la ilusión que ya no producen cuando son actos de la vida diaria, el *alta*, el regreso al mundo de los sanos, que, en vez de júbilo, causa inexplicable melancolía, análoga quizás a la del navegante que después de haberse acercado al puerto seguro, se arroja otra vez al Océano. Permitiéronme salir a la calle embozado en mi capita, a las horas de sol, de ese generoso luminar madrileño, alivio de los achacosos, alegría de los vagos y consuelo de los tristes. Una mano desconocida, sin duda la piadosa diestra de la tití, había descolgado de la pared de mi cuarto el espejo, para impedirme que comprobase lo que los médicos llaman el *hábito exterior* de la enfermedad. Con el *alta* volvió el espejo a su clavo, y cuando me vestía, pude echar una ojeada a mi *coram vobis*. La ropa me revelaba un estirón en mi persona, y la azogada luna me dio otra noticia más sorprendente, demostrándome que se había cumplido el ciclo de mi desarrollo físico y realizándose la plenitud de mi ser. Era una especie de vegetación suave, pero tupida, que me guarnecía el mentón, dando a mi fisonomía aspecto tan nuevo, que apenas me reconocí. ¡Barba, Dios mío, barba! ¡El signo de la dignidad viril; el noble atributo de la hombría de bien; el fenómeno que señala el pleno ritmo de las funciones fisiológicas; el adorno que negó la naturaleza a las razas inferiores, oscuras y salvajes; el símbolo de la lealtad; el distintivo de la aristocracia en sus orígenes; aquello que se les repelaba a los traidores, y por que juraban los caballeros sin tacha, como sobre sagrada reliquia!

Apenas podía creer que fuese realmente *barba* lo que orlaba mis mejillas con cerco de tan dulce sombra. Admirábame, a manera de hombre electrizado que ve cumplirse en su organismo, sin anuencia de su voluntad, arcanas leyes de la naturaleza. Tocaba aquel vello oscuro, lo acariciaba, lavábalo con agria y jabón, pasábale el peine, y me costaba trabajo reprimir la tentación de ir a retratarme en seguida. Nunca hice tanto gasto de espejo como al punto en que me convencí de que era hombre barbado. En mí surgía, con la entera virilidad, secreto orgullo y

cierta conciencia de la legitimidad de la pasión. Antes, cuando pensaba a solas en el enigma de mi enamoramiento loco, y me acusaba por dejarme llevar sin defensa de la corriente romántica, solía, buscando argumentos contra mí mismo, acordarme de mi faz casi lampiña, de mis mejillas lisas y redondas como las de una damisela, y del ligero trazo al difumino sobre el labio superior, único rasgo grave que realzaba una fisonomía por demás juvenil. Ahora me parecía que hasta el bigote se había robustecido y espesado, y contemplando mis ojos, agrandados por la enfermedad, y mis facciones, acentuadas por la transformación, sentía cual si hubiese subido un peldaño de la escala humana, pareciéndome que ya ni los grandes sentimientos ni los grandes actos eran ridículos en mí.

Además -con algún rubor lo declaro-, comprendía que mi apostura, mi exterioridad, lo que llamaba mi estampa Luis, habían mejorado en tercio y quinto con la aparición de la barba. Claro está que no pretendía darla de buen mozo, ni era semejante vanidad lo que me complacía, sino la idea de que parecer *más hombre* era desde luego el principal y tal vez el solo canon de la estética varonil.

Una cosa me cohibía, aguándome el gustazo de las barbas. Y era cierta deficiencia, no orgánica, sino social: la carencia de algo tan preciso para existir entre nuestros semejantes, en medio de nuestra civilización, como la sangre para el proceso biológico. Me faltaba, ¿quién no lo adivina?, metal acuñado; y el metal acuñado es padre de todo aplomo y arrogancia, y fundamento hasta de esa labor imaginativa que cristaliza en nuestro cerebro los ensueños y las aspiraciones poéticas. ¿Qué hace la criatura humana privada de tan indispensable emolumento? Ni aun la pasión es lícita al que carece de palanca de oro. Poned aun hombre en la fuerza de la juventud, con energía y plasticismo de ilusiones, y atadle las manos por falta de un pedazo de papel mugriento con la efigie de Mendizábal o de Lope de Vega, y veréis lo que es bueno en materia de berrinches vergonzantes. Sin dinero, sólo no agacha las orejas el descarado petardista, el corsario capaz de apostarse en la esquina de un callejón para dar caza a las pesetas ajenas, y que ya ha perdido esa delicada película que es al decoro lo que al cuerpo humano la epidermis.

En aquella ocasión, la escasez de *guita* se traducía en mí por gran decadencia en el ramo de indumentaria. Entre la batalla de todo el invierno y el estirón de la enfermedad, no había prenda que me sirviese. Lo noté al vestirme par a la primer salida, y cuando mi tití me despidió en la puerta, encargándome que «volviese temprano por causa del frío», me avergoncé de mis pantalones rabicortos y de mi capa vetusta. «Parezco un escribiente temporero», pensé con rabia.

Recuerdo que fue lo primerito de que hablamos Portal y yo mientras bajábamos, por las calles de Serrano y Lista, hacia el paseo de la Castellana. Hacíamos rumbo al *candelero* de Colón, cuando dije a mi amigo:

-Chico, no hay, cosa más cargante que no disponer de un céntimo. A veces me entran ganas de echarlo todo a rodar y marcharme a Buenos Aires. Con lo que sé ya me basta para ganarme la vida allí. Es una ridiculez andar como ando, con este tipo y este pergeño, y no poder irse en derechura al sastre: «Hagame usted un traje de mezclilla, que estamos en primavera». Aquí me tienes reducido a un *chupiturqui* que parece la chaquetilla del pirata Barbarroja, y a esta capa

indecente. Hijo, no nos acerquemos a Recoletos, que allí pulula la gente y encontraremos conocidos. El descubridor de las Américas nos manda volver atrás.

Así lo hicimos, y Portal, tomando a broma mis contrariedades, me preguntó:

-¿Y para cuándo son los sablazos a las mamás?

-¡Ya comprenderás que no deja de haberseme ocurrido! Y por ahí acabaré... pero me molesta. Mi madre hace demasiado; hace prodigios. No habrá otro remedio... Mal va a sentarla el petitorio, después de que mi tío la avisó de que le pasará la cuenta del médico.

-¿Eso hará?

-Eso. ¿Qué te creías tú? Y lo prefiero. Me avergonzaría que pagase él los gastos de mi enfermedad. Gracias a Dios, correrá con ellos mi madre. Mi tío está sufriendo en su carácter un cambio, para empeorar, por supuesto. Antes era únicamente antipático. Ahora se ha hecho aborrecible. El menor extraordinario le sobreexcita. Yo le observo, y me froto las manos, porque veo que en mi tití se establece correlación de sentimientos, y que conforme él se vuelve más tacaño, más cominero y más duro, ella se retrae más, y la intimidad matrimonial se la lleva el diablo.

-Chacho -advirtió Portal deteniéndose, con el movimiento característico que ejecutamos cuando una conversación nos interesa-, en la historia de tus tíos noto que armas unos embrollos psicológicos tales, que no ocurriendo nada en ese matrimonio, al menos exteriormente, cuando hablas tú parece que existe un drama interior complicadísimo. Ni comprendo al marido ni al galán. A ver si me aclaras el infundio.

-Verás -contesté, apoyándome en su brazo, porque aún me sentía un poco débil-. Pues la situación me parece bien sencilla, aunque en ella, como en todas estas cuestiones amorosas y matrimoniales, hay algo que no se explica bien. Ni en amor ni en filosofía conseguirás nunca entender las substancias. Soy el primero a reconocer que es una anomalía este entusiasmo tan fuerte, y creo que debido al solo hecho de haberse casado con mi tío esa mujer...

-Sí, hijo, es anomalía, o manía, hablando pronto -afirmó el oportunista-. He visto muy poco de eso. Si tú vivieses recluido en algún seminario... ¡Corcho! entonces... El hombre reprimido esta expuesto a cometer *ene* disparates por una escoba con faldas. Pero teniendo tú libertad y la suerte de haberle caído en gracia a una mujer tan principal como Belén... ¿No sabes? Coche, ¡tiene coche ya!... Tanto la calenté la cabeza, que la mujer no ha sosegado hasta sacárselo al bolsista. Lo sé porque ayer volvió a preguntarme por tu salud... No te quiere enfermo la chica.

-Déjame de belenes -contesté risueño-. ¿Nos sentamos en este banco? -añadí indicando uno entoldado por frondosa acacia.

-Corriente. Pero vas a confesarte conmigo. A ver si determino los coeficientes de tu estado moral, y averiguo la causa de que estés así, a quinientas atmósferas de amor, sin por qué ni para qué.

El sol, que picaba agradablemente, calentando mis piernas y mis pies y la parte de tronco que yo sacaba de la zona de sombra producida por el árbol, me infundía en las ideas claridad y optimismo, causándome a la vez cierta impresión que puede llamarse de *irrealidad de las penas*; benéfica operación mediante la cual el alma elimina el gas mortífero del dolor, y respira el oxígeno de la esperanza, sin causa ni motivo, sólo por la virtud curativa y reparadora que lleva consigo la existencia.

-También a mí -contesté- me han entrado ganas de hacer examen. A veces se me figura que vivo rodeado de fantasmas, y que esos fantasmas me los he forjado yo mismo. Se me ocurre si no habrá tal pasión, ni tal odio, ni nada. Chacho, ¿qué te parece?

Y al decirlo apoyé la mano en el hombro de Luis. Mi amigo, opuesto siempre a dar pábulo a la curiosidad de los transeúntes, y además muy poco demostrativo, al menos con los varones, se apartó, y dijo mirándome con un reposo lleno de inteligente sagacidad:

-Buena señal cuando tú mismo conoces tu extravagancia. Capítulo primero. Mientras estabas malito, ¿te figuraste que la mujer de tu tío te manifestaba cariño, o amor, o qué sé yo qué?

-Tampoco entiendo yo lo que era. Ojalá fuese *amor*; pero también pudo ser cariño.

-Y al cesar el peligro, ¿cesaron las demostraciones?

-Sí, de repente. Hoy sólo noto en ella... la simpatía involuntaria que siempre noté; una especie de atracción, que, comparada a la repulsión que la inspira su marido... ya es algo.

-¿Y él? ¿Él? Capítulo segundo e importantísimo. ¿Él ha pescado? ¿Hay celotipia?

-No. Casi no entró en mi cuarto.

-¿Y a qué atribuyes tú esa frescura?

-A dos cosas puede atribuirse. La primera, a que mi tío no es tonto, y sabe de qué madera está hecha su mujer.

Portal, sin abrir la boca, dejó oír el sonido de una *u* repetida y prolongada.

-¿No lo crees? A ver la segunda explicación. A mi tío no le importa su mujer. Nunca la quiso, y desde hará un par de meses se ha despegado totalmente de ella.

-¿Por qué?

-Sospecho que por la boda de su padre, aquel señor de Aldao, que debe de estar ido, cuando hizo la melonada de casarse en secreto con una chicuela, hija de un cabo de carabineros, que tendrá dieciséis o diecisiete años y la mayor cabeza de viento que se conoce en las cuatro provincias. A mi tío se le atravesó la boda; empezó por armar escándalo con su mujer, lo mismo que si ella fuese responsable de las chocheas del papá; y desde ese día casi no ha vuelto a dirigirle la palabra. Se está fuera todo el tiempo que puede, y escatima hasta un ochavo. Nunca fue espléndido; pero ahora sufre una crisis de avaricia. De rechazo, no por celos ¡quia!, tiembla que yo le sea gravoso. Uno de los motivos porque no quiero hablarle del mal estado de mi guardarropa, es porque le creo capaz de ofrecerme prendas suyas de desecho. Te digo que está el hombre medio lunático; se figura que el señor de Aldao tendrá sucesión, y, que la tití quedará desheredada, y anda todo caviloso; ninguna conversación le distrae; cuando la gente le pregunta qué le duele, responde que no sabe, que es un poco de murria... Sólo el verle da hipocondría.

Portal reflexionó algunos instantes, y clavando en mí las pupilas, intensas y escrutadoras, repitió:

-¿Pero tu estás seguro de que ese hombre no tiene celos?

-No -repliqué con energía-. *Siento*, conozco que no los tiene. Aunque me lo jurasen frailes descalzos. No tiene celos.

-¡Cosa más rara! -murmuró mi amigo, sacudiendo la cabeza meditabundo-. Porque no puedo convencerme de que sea únicamente cuestión de boda del suegro... Eso le pondría furioso al pronto; pero las murrias no penden de la boda. Si estás seguro de que no hay celos, otros disgustos habrá. Un paisano mío me dijo anteaer que en Pontevedra andan muy mal las cosas, y que el Santo del Naranjal le da de codo a don Felipe y protege a su gran enemigo Dochán, el que le hizo tanta guerra para que no le pusiesen en casa la oficina de Correos... En algo de esto consistirá; aunque, realmente, son motivos fútiles para tanto abatimiento. No lo entiendo. Nadie me quita de la cabeza que ahí hay *busiles*. Los celos sí que lo explicarían perfectamente; pero tú dices -insistió el muy porfiado- que celos no.

-Celos no. Vive seguro de ello. ¡Ojalá los tuviese, y fundados!

-Oraciones de locos no llegan al cielo. Y después de todo -añadió Portal rascándose una oreja-, ¿de dónde sacas que no existe fundamento para celarse? No me has repetido cien veces que ella le mira con repugnancia? Si tú lo notas, ¿no había de notarlo él? ¿Y no dices que ella te hizo muchas carantoñas mientras estabas enfermo? Pues auto en mi favor. Si él percibe algo, y al mismo tiempo nota que no le cae en gracia a su señora... blanco y migado...

-¡Te digo que no es eso! -repliqué impaciente-. Te digo que si fuese así, no me cabría a mí el gozo en el cuerpo, ni necesitaría tomar el sol para reanimarme. ¡Ay, ojalá! Pero naíta. Mi dicha ya sabes que carece de elementos positivos, y se funda en el negativo de sorprender en ella, no

sólo aquella repugnancia misteriosa de antes, sino, de algún tiempo acá, otro sentimiento más declarado y más activo. Sí; por mucho que se reprime y trata de no caer en lo que a ella misma le parece una maldad muy grande, no lo logra, y el sentimiento renace más fuerte que su voluntad. ¿No sabes que yo la estudio constantemente? Esta manía es una gran empollación.

-Ya lo sé... ¡Así empollases las asignaturas! ¿Y qué más averiguas de ese estudio?

-Que antes era sólo repulsión, y ahora es aborrecimiento... No lo dudes, no. Mi felicidad no tiene otra base. Vivo de que le aborrezca. ¿Comprendes lo que en una criatura como ella significa el odio? ¡Ella, que es toda simpatía y caridad! Pues le odia. Yo la observo: nada de cuanto hace puede escapárseme. Noto que por las mañanas, cuando vuelve de misa o del confesionario, se vence, le habla con dulzura, hasta con afecto, y no le mira, por no dejar asomar a sus ojos la luz de *aquello* que pretende encubrir a toda costa... Pero a medida que pasa el día, su vehemencia y su espontaneidad vuelven a sobreponerse, y ¡créelo! si la voluntad fuese un veneno... mi tío estaría muerto hace días.

-¡Válgala el diablo! ¿Y de qué razones nace ese odio?

-Ya te lo he dicho: en mi concepto, del actual modo de ser de él, y de que la antipatía enconada puede convertirse así, de pronto, en saña invencible. Yo no soy persona que haya sentido jamás impulsos de atentar a la vida de nadie; pero a mi tío, créeme que de algún tiempo a esta parte le hubiera escabechado dos o tres veces de muy buena gana.

El oportunista pegó un brinco sobre el banco de piedra, y se puso a mirarme lo mismo que se mira a los locos y a persignarse de prisa.

-¡Hijo... hijo... hijo...! ¡Esta es la cierta! ¡Rematado, rematado! No te lo digo de broma: tus nervios se encuentran desequilibrados completamente; por Dios, sin tardanza, duchas, bromuro, régimen tónico...

-Déjame a mí. Cada loco con su tema -le respondí sonriendo-. Mi gloria consiste en una quimera, ya lo sé, y quimera muy rara... ¿Pues qué mal hago? A mí me basta, y a los demás no les importa. Estoy satisfecho con que medie cierto paralelismo de sentimientos entre la mujer fuerte y yo. Si a mí me inspira repugnancia una persona, repugnancia le inspira a ella; lo que yo odio, ella lo odia: podrá no quererme a mí, pero nadie quita que sus afectos van al compás de los míos. Tú dices que mi tía es una mujer de otros tiempos, y que el espíritu cristiano y la religiosidad profunda que dictan sus acciones la hacen incompatible conmigo, que soy racionalista. Pues mira: podremos *entender* de diferente modo, pero *sentimos* igual. No lo dudes. A cualquier camueso que no conciba estas honduras y delicadezas, se le figurará que mi tío, el marido, su dueño, es el obstáculo que hay entre nosotros... ¡Memo quien tal crea! Mi tío es el lazo que nos une. No creas que yo le quiero mal porque esté casado con ella. ¡Qué disparate! Ya sabes que mi tío me es antipático desde hace *ene* años... desde que nací; y que ahora mi repulsión se ha convertido en aversión... porque ella le detesta también. No hay más.

Mi amigo no contestó al pronto. Después exclamó, mirándome compadecido:

-Vámonos a casa. Tienes calentura.

-No, no creas que estoy trastornado.

-¡Si no digo trastornado! Pero tienes fiebre. Echas chispas por los ojos. Embózate... y a casita.

Cuando ya habíamos pasado más allá del monumento colombino, Portal me dijo en el tono con que se da una mala noticia:

-¿No sabes quién está, en mi concepto, cien veces más malo que estuviste tú? ¿Pero sentenciadito?

-¿Quién?

-El empollón de Dolfos.

Así llamábamos en nuestra jerga amistosa y escolar a un pobre muchacho zamorano, muy corto de alcances, compañero de estudios y también de hospedaje el año anterior. Era un chico apocado, insulso, tristón, pero el más tenaz y asiduo de todos nosotros, porque, huérfano de padre y madre, le pagaba la carrera con sus economías una abuelita casi octogenaria, que le había dicho: «No quiero morirme sin verte ingeniero». Su verdadero nombre era Restituto Suárez; pero por su patria y su aspecto triste, o, como dicen los portugueses, *soturno*, le habíamos puesto *Dolfos*.

-¿Qué tiene? -pregunté a Portal.

-¿Qué ha de tener? Chacho, lo natural. Que los cerebros son igual que los estómagos; no todos pueden resistir una misma comida, y comida fuerte: no todos son capaces de cenar langosta, verbigracia. Al infeliz se le ha indigestado el atracón de *binomios* y *polinomios*, *invariantes* y *covariantes*, *canonizantes de las cúbicas*, y otras hierbas. ¿Te parece a ti que no has más que meterse eso en las casillas de la chola, de una chola pobre y sin *humus* ninguno? ¡Claro! como meter... se mete, mazo y escoplo, a fuerza de pasarse muchas noches en blanco, de suprimir todo ejercicio, y de embrutecerse con el machaques... Ese desgraciado de Dolfos no ha catado, puede decirse, un día de asueto desde que es alumno. No le ha dicho jamás a una mujer: «por ahí te pudras». ¡Si eso es vivir...! Y ahora está malo; malo de verdad. No prueba comida; tiene una tos blanda, que no me hace gracia ninguna; más flaco que un espectro... y dale que tienes a los libros. Quiere ganar al año a toda costa. Como no gane la Sacramental...

Quedamos en que yo iría en breve a visitar al malparado asiduo. A tiempo que nos acercábamos a doblar la esquina de la calle de Alcalá, Portal me dio un achuchón, exhalando un grito.

-Mira... mira quién va por allí...

Volví la cabeza. Al trote corto de un jaco no muy fogoso ni de sangre muy pura, rodaba paseo arriba la victoria donde se reclinaba, provocativa y tímida a la vez, como suelen ir las mujeres de su oficio, Belén, mi pecadora. Ceñida por el corsé, realzada por el traje verde y el redondo sombrero de castor, Belén parecía lo que era en realidad: una gran mujer, digna de precipitar al abismo a cualquier protector espléndido.

¡Cristo, en cuanto nos guipó! Porque estábamos situados de manera que sin vernos no podía pasar. Sus ojazos resplandecieron; la alegría se derramó por su hermosa cara, pálida y algo retocada de blanquete; y en su agitación, ni acertaba a decir al cochero que parase. Yo le conocí las intenciones, y arrastrando a mi amigo, me alejé, después de saludar a Belén con una sonrisa.

-Es capaz de hacernos subir al coche -dije a Portal-. Huyamos.

Ya en la plaza de la Independencia, le pregunté por *Mó*.

- ¿Qué dice la Gran Bretaña?

-Ayer me presentaron en casa de los padres -respondió mi amigo-. Otro día te contaré... o, mejor dicho, te llevaré allá. ¡Verás qué gente!

- III -

Escribí a mamá una carta de estudiante legítima, que partía los corazones a fuerza de exagerar mi situación y el estado de mi guardarropa. «La capa imposible. He preguntado a un sastruco de mala muerte lo que costaría su arreglo, y dice que veinticinco pesetas poniéndole buenos embozos, y veinte si se los pone inferiores. Como la pobre está tan tronitis, creo que son de esta última clase los que se le deben echar. Otro capítulo. Mi sombrero, más indecente todavía que la capa; por donde tiene pelo, que no es por todas partes ni mucho menos, lo tiene verde, casi color de esmeralda, y por donde no lo tiene, está cubierto de un barniz tornasolado de grasa, o de goma, o no sé de qué, que revuelve el estómago mirarlo. Item. Mis pantalones mejores amenazan romperse. Los peores ya se rompieron, y además todos ellos me sirven para los brazos mejor que para las piernas. Por hoy basta de calamidades, pero conste que necesito ropa sin remedio».

Toda madre atiende a estas demandas si le queda un solo céntimo disponible. Mamá me giró dinero para vestirme, aunque al mismo tiempo me encargaba la mayor parsimonia, quejándose amargamente, por variar, de mi tío. Es cierto que el residir yo en su casa le ahorra a ella parte de gastos de hospedaje; pero en cambio los de médico, que no habían sido flojos, los de botica, y todos los demás, de cualquier género que fuesen, recaían sobre la pobre señora, agobiándola,

precisamente aquel año, cuando las rentas bajaran la mitad con la emigración y la baratura de los trigos *de fuera*.

Entre estas lástimas del orden económico andaban mezcladas otras que pertenecían a la esfera del sentimiento. Mi madre lamentaba que le hubiesen ocultado la gravedad de mi mal, porque, eso sí, para venir a verme en momentos tales, no le faltaría a ella dinero nunca. Añadía - con aquella graciosa manera suya de confundir y barajar las cosas más incoherentes- calurosas protestas contra el doctorcillo Saúco, un chico de nuestro país, «tan gallego como nosotros», que al año de estar en Madrid buscándose la vida, ya se creía con derecho a cobrar duro por visita, lo cual era todo un escándalo. «El médico de Cebre, que lleva tanto tiempo de práctica, me asiste por seis ferrados de trigo anuales». ¡Cuarenta y pico de duros en médico! Este dato lo tenía mi madre clavado en el corazón, y, en su concepto, el hecho de ser gallego el doctor Saúco hacía más escandalosa la exorbitancia de sus honorarios. Las cuentas de botica que le había enviado mi tío, la horrorizaban también. Aquellos medicamentos debían de estar amasados con oro, a la fuerza. En fin, el asunto es que yo hubiese salido adelante, y estuviese ya bueno y guapo y con barba corrida...

Para mí, el asunto es que ya tenía ropa aceptable, y con ella podía presentarme ante la gente, de un modo adecuado a los ensanches y prolongaciones de mi cuerpo y a la eflorescencia de mi barba. En cuanto me puse de nuevo de pies a cabeza, estrenando un traje de entretiempos, barato, pero de agradable color y mediano corte, parecíome que recobraba la verdadera salud. Hasta entonces no había cesado mi dolencia; aún pesaba sobre mí, en forma de vestimenta menguada y pobre. Al salir a la calle llevaba, retozándome dentro, un regocijo bullicioso y pueril, más propio de algún chicuelo que de hombre hecho y derecho y barbado. ¡Tanto influye en nuestro espíritu la cáscara del ropaje, indispensable requisito o pasaporte que nos exige la sociedad!

Disipado aquel sentimiento de vaga nostalgia que noté en los primeros instantes de mi convalecencia, entrome una especie de hervor de vitalidad, de ansia de movimiento, que se tradujo en hacer visitas a todos mis conocidos, adquirir relaciones nuevas, salir, hablar... todo menos la necesaria y desesperante empolladura. Los libros me inspiraban tedio, un tedio que quería ocultarme a mí mismo, por vergüenza, pero que era real y efectivo; mi cabeza estaba como oxidada, y los goznes de mi entendimiento y de mi memoria se resistían a funcionar. La primera vez que comprobé este fenómeno, me causó una especie de terror. «¡No puedo, no puedo! ¡Ay, Dios mío, qué va a ser de mí este año!». Dos o tres veces realicé el esfuerzo penoso que consiste en poner en tensión la voluntad para obligar a la inteligencia a concentrarse y funcionar metódicamente, sin irse por esos cerros o entregarse a una inercia dormilona. La pícara no quería obedecer. Y, en cambio, el cuerpo, antojadizo y rebosando lozanía, resistíase a la sujeción y a la encerrona. Mi deseo mayor era flanear, callejear, tomar el sol, detenerme aquí y allí sin objeto, pasear solamente por el gusto de sentir que mis músculos y mis tendones poseían elasticidad y vigor propios de gimnasta. Como suele suceder en los años en que la corriente vital asciende aún, yo, después de mi enfermedad, encontrábame más animoso, firme y entero que antes, y la subida de la savia primaveral, combinada con la impetuosa salud, me espoleaba causándome una ebullición interna, volcánica, semidolorosa.

Mi primer visita fue a la calle del Clavel, a la casa de huéspedes de doña Jesusa. La encontré como siempre, ordenada, pacífica, limpia en lo que cabe, con su jilguero cantarín en el mismo rincón del pasillo; y a sus inquilinos, bien poco mudados en lo moral, siguiendo cada uno la pendiente de su carácter. A Trinito me lo hallé tumbado a la bartola, y al pobre de Dolfos, estudiando con furia. El cubano, en aquellos últimos tiempos de la carrera, no necesitaba más que dar un repaso; su memorió le sacaba de apuros. En cambio Dolfos, cuyas facultades de comprensión y asimilación disminuían con la progresiva debilidad del cuerpo y la anemia cerebral, se pasaba el día, y acaso la noche, encorvado sobre el libro mortífero. ¡Cómo estaba el infeliz aquel! Cuando se levantó para abrazarme, tuve ese movimiento involuntario de retroceso que realizamos ante la muerte pintada en un rostro. El asiduo era un espectro. En su faz térrea, ni aún brillaban sus ojos atónitos y apagados. Lo que se le veía mucho, por lo descarnado de sus mejillas, eran los dientes amarillentos en las encías pálidas y flácidas. Sus orejas se despegaban del cráneo de un modo aterrador, como si fuesen a caerse al suelo. Sentí su mano viscosa entre las mías, y noté en ella juntos el ardor de la calentura y el sudor de la agonía próxima. Su aliento era ya la descomposición de un estómago que no tiene jugos digestivos, ni energía para ejecutar esa benéfica contracción, la masticación interna, a que debemos el equilibrio funcional. Le dije las tonterías y vulgaridades de cajón. «Chico, cuidarse... Me parece que empollas demasiado... No conviene exagerar... El número uno ante todo... Prudencia, prudencia. ¿Por qué no sales y tomas aires de campos ¡Te encuentro algo flacucho!...». Y el maniático, con una sonrisa casi suplicante, que pedía excusas, respondiome: «Ya ves, ahora, para lo que falta... Pocas son las malas falos, como dices tú; hasta junio solamente... En examinándome y saliendo con bien... ¡plam! a casa, junto a la viejuca... Va a chochar de contento... va a ponerse a bailar, aunque no puede menearse de su butaquita. ¡Y yo!» -Interrupción, a cada palabra por una tos que parecía salir de una olla rota-. «Yo... mira, yo... para ser franco... contentísimo también. Porque chico, la aciertas... es demasiada sujeción, y lo que es este verano... te aseguro que he de correr liebres y que he de beber mosto. No; si ya hasta se me ocurre que este género de vida... me perjudicará... a la salud. La comida no me aprovecha y tengo una poquita... ¡ay!... nada más que una poquita... de expectoración. Pero no vale la pena; conozco el remedio. En llegando a Zamora...».

-Pues mira -insté-, lo que conviene... hacerlo pronto. Esas cosas que atañen a la salud, en tiempo... porque si no... ¿quién sabe a lo que te expones? Ea, hoy sales a dar una vuelta conmigo...

El asiduo se alarmó como si le propusiese cometer algún crimen.

-¿Una vuelta? Estás loco. ¡Tú no te fijas en lo que tengo que hacer! Esos condenados *puertos y señales marítimas* y esa... indecente... *legislación de obras públicas*... ¡ya ves que no es lo más difícil...! pues no acaban de entrarme. A veces... se me figura que mi cabeza es una espumadera: echo en ella párrafos y más párrafos... Al minuto no queda ni gota. ¡Ay! ¡Si yo pudiese apretar, apretar los sesos! No creas; un día hasta me até un pañuelo por las sienes... Lo que se me ha quitado... ahora... son las jaquecas que padecía al principio. Del mal el menos. Siquiera no tengo que acostarme y quedarme a oscuras. Únicamente... la cuestión del estómago... Pero en yendo este año a unas aguas minerales... ya me dijo Saúco que me pondría como nuevo. Lo que tengo es nervioso, puramente nervioso... Las ganas de acabar.

Dejele con sus consoladoras esperanzas y su obstinación honrada y absurda, para enterarme de cómo andaba el bueno de Trini. ¡Ah! De monises, rematadamente mal: ni un cuarto para hacer bailar a un ciego. Pero en cambio, de gloria... ¡ssss! Trinito, que para todo poseía la misma facilidad desastrosa, se había aprendido la jerga o caló de la crítica gacetillera, *fusilando* sin escrúpulo frases y hasta conceptos enteritos de escritores conocidos y celebrados; y sin omitir ni las frialdades jocosas que el género impone, ni unas cuantas citas trastrocadas y de cuarta mano, ponía él de oro y azul a los más pintados maestros y compositores del mundo; pues por ahora su especialidad era la crítica musical, aunque alimentaba siniestros propósitos de correrse a la artística, a la dramática, y a la literaria, si a mano viene. Como al ramo de crítica musical se dedican pocos autores, y no deja de *hacer bien* en un diario, aunque son contados los lectores que se enteran, Trinito había logrado en poco tiempo que «le abriese sus columnas» cierto periódico muy autorizado y popular; y a cada acontecimiento musical que sobrevenía, les endilgaba a los suscriptores dos columnas y media, de aquellas que le habían abierto. Cobrar no cobraba por su prosa un céntimo partido por la mitad; pero sus escauceos críticos le valían entrada gratis en teatros y conciertos, relación con cantantes, etcétera; y esperaba él que más adelante, cuando «se diese a conocer», aún le reportarían ventajas mayores. Portal estaba muy gracioso describiendo los artículos de Trini. «El tupé más colosal del siglo. Lo mismo habla de Mozart y de Beethoven, que si desde chiquito los hubiese tratado tú por tú. A Arrigo Boito le adivina las intenciones, y Saint-Saëns que no se descuide ni se caiga, que no habrá perdón para él. Da gusto verle encararse con Ambrosio Thomas preguntándole *si cree que por ese camino se va a alguna parte*, y tirarse como un gato a los ojos de Wagner cuando *incurre en monotonía*. Te aseguro que es divino el muchacho. ¿Pues con las cantantes? A la pobre de la Sgarbi me la puso de vuelta y media porque dice que no entró a tiempo en no sé qué cavatina. Estaba con la Sgarbi, por lo del retraso, como si la infeliz mujer le debiese dinero o le hubiese dado calabazas. Tú ya sabes lo patoso, lo manso que es a diario Trinito... Pues escribiendo parece un dragón. Se come a la gente».

También visité la casa de Pepa Urrutia, mi antigua patrona vizcaína, por el interés que me inspiraba siempre el desastrado de Botello. Me llevé chasco. Botello había desaparecido, tragado quizás por la obscura boca de la miseria, o lanzado a desconocidas regiones por la dura mano de la necesidad. La casa de la Pepa rebosaba de alumnos de Arquitectura y Minas, con algunos huéspedes de paso; y el puesto de don Julián, aquel valenciano trápala que en otros tiempos llevaba allí la batuta, ocupábalo (según pude inferir de algunas indiscreciones de los comensales, entre los cuales había uno bastante conocido mío, Mauricio Parra), el señor de Téllez de los Roeles de Porcuna, noble sin dinero, hombre ya entrado en años, de majestuosa presencia, pero más tronado que Botello mismo, si estar más tronado cupiese.

Venía este tal a Madrid a asuntos graves e importantísimos, pues se trataba de nada menos que de un pleito de tenuta sostenido contra la casa más ilustre quizá de nuestra nobleza, a fin de recobrar unos mayorazgos que le detentaban muy contra razón y fuero. Todos los días, en la mesa redonda, refería el buen señor Téllez de los Roeles las causas, orígenes, bases, razones y fundamentos de su derecho inconcuso a los dos mayorazgos de Solera de Hijosa y Mohadín, que sin justicia retenía la casa ducal de Puenteancha; citando el privilegio rodado concedido a su ascendiente el maestre de Alcántara, en virtud del cual su línea, adornada con el don de la masculinidad, era incuestionablemente la llamada a suceder. Vi al señor Téllez cuando me lo

presentó sin ceremonia Mauricio Parra, y no pude menos de admirar el evidente corte aristocrático de su figura, que era prolongada, bien barbada como la de los Apóstoles de los Museos, de ancha frente, que coronaban con dignidad mechones grises; la estatura aventajada, finas las manos, y toda la persona revestida de un carácter de autoridad, resignación y tristeza casi mística que imponía consideración y respeto. La misma pobreza de su ropa, raída y esmeradamente cepillada, le hacía simpático: el modo de caerle el abrigo era elegante, y su aspecto nunca delataba incuria, desaseo o sordidez. Yo, mirando al señor Téllez, juzgaba maliciosos y desvergonzados a los muchachos estudiantes que suponían a aquella persona tan decente extralegales influencias sobre Pepa Urrutia. ¿Era capaz de ejercitarlas? ¿No sería más bien que el corazón de la patrona, blando y caritativo de suyo, se había derretido aún más viendo al pariente de los duques de Puenteancha, sucesor en el marquesado de Mohadín de los Infantes y acaso en una grandeza de primera clase, reducido a la mayor estrechez? Lo cierto es que Pepita profesaba al señor de Téllez inexplicable veneración; que todo le parecía poco para su regalo; que se cree fundadamente que no le presentaba la cuenta nunca, y que se interesaba hasta el delirio por el éxito de las pretensiones del marqués de Mohadín... *in partibus infidelium*.

Hízome gran impresión aquel tipo original, con quien más adelante hube de trabar relaciones que en nada interesan al curso y desarrollo de la presente historia. La del respetable litigante la contaría yo de muy buena gana, si tuviese aptitudes de narrador; pero ella es tan peregrina, que no quedará en el olvido; se impondrá a la atención de los que pasan su vida escudriñando los repliegues del corazón ajeno, acaso para distraer nostalgias del propio.

Cierro la lista de las distracciones que encontré en la convalecencia, y con las cuales creí engañar el tiránico afecto enseñoreado de mi alma, diciendo que penetré en dos círculos sociales muy distintos: en casa de una señora que daba reuniones y en la de un importante personaje político, jefe de partido, escritor y sabio, a quien me presentó Mauricio Parra, que era de sus prosélitos más fervientes.

Yo también comulgaba, y no con menos devoción, en la creencia de Mauricio; yo me contaba entre los devotos de aquel insigne repúblico, a quien llamaré don Alejo Nevada, y le reconocía por *jefe* cuando mis fiebres amorosas dejaban lugar a las políticas. Creía además, o, mejor dicho, deseaba que el entusiasmo político borrara mis preocupaciones de otra índole, pues me encontraba en un momento de esos en que con sinceridad nos proponemos combatir nuestra locura, aplicando todos los derivados que dicta la ciencia. Mi entusiasmo por Nevada me infundía esperanzas de que su vista y trato refrigerante serenase mi cabeza, trayéndome a aquel camino de las *líneas rectas* en mal hora abandonado, al cual la severa figura del que yo interiormente llamaba *mi jefe* debía ayudarme a volver.

No pisé su casa sin religiosa emoción de neófito. He notado que cuando nos acercamos a los personajes célebres, de quienes se habla en todas partes y a quienes se juzga con criterio muy distinto y contradictorio, a veces con la más salvaje grosería y la maledicencia más inconsiderada y ponzoñosa; a quienes un día tras otro la caricatura, las sátiras de los periodiquines y los sueltos aviesos y ladrones de la sección política colocan en la picota a pública vergüenza; he notado digo, que citando nos llegamos a estos personajes, parece que el insulto, la inquina, el humo y el

polvo mismo de la batalla les han puesto aureola, y lejos de infundirnos irreverencia todo lo que hemos oído y leído, redobla nuestro acatamiento. Yo entré poseído de ese respeto involuntario - que muchos, considerándolo ridículo, encubren bajo una franqueza chabacana y de mal gusto- en la residencia de don Alejo Nevada.

La casa no tenía, sin embargo, nada de imponente, como no fuese su propia austera sencillez y la voluntaria abstención del lujo barato moderno, deslumbrador para los incautos. El edificio era antiguo, desahogado y alto de techos: pasado el recibimiento, descansábamos, en una pieza que adornaba vasta anaquelera abarrotada de libros. Allí esperábamos, y allí se leían periódicos o se discutía a media voz, mientras no llegaba el turno de ser introducido en el despacho contiguo y saludar al grande hombre.

Cuando me tocó la vez, entré aturrido y enajenado, ciego, enredándome en los muebles y tropezando con las sillas. Al dar la mano a Nevada humedecía mi diestra ligero trasudor, y el corazón me latía fuerte. No supe decir más que frases balbucientes y torpes. Tuve conciencia de mi falta de aplomo, y la amabilidad con que Nevada me sentó a su lado y me dirigió preguntas, acabó de aturrullarme. Sin embargo, poco a poco fue normalizándose mi circulación y disipándose la niebla que hasta entonces me oscurecía los rasgos de Nevada: vi claramente su faz de rey mago, que parecía desprendida de algún tríptico medioeval, su barba de nieve, sus ojos tranquilos, dormidos tras los espejuelos, sus mejillas rosadas como de figura de porcelana, el dibujo frío y anguloso de sus facciones, la calma de sus movimientos. Aquella impasibilidad sin mezcla de arrogancia alguna, aquella llaneza y tibieza de la expresión, aquella palabra glacial, que servía de verbo a una política abstracta, incolora y pacienzuda, me parecieron entonces el colmo de la sabiduría. Nada más distinto de como solemos representarnos a un agitador y a un radical, que aquel viejo apacible, semejante a las figuritas de cerámica que representan la ancianidad en el arte de los pueblos de Oriente. Nevada, con su trato afable y pálido y su yerta conversación, encarnaba a maravilla las *líneas rectas* que debían predominar en mi cerebro.

Así que recobré la presencia de ánimo, aprecié también el aspecto del despacho, y todos y cada uno de sus detalles contribuyeron a afianzar en mi espíritu la consideración. Tanta modestia y seriedad me cautivaron. El sillón que mi jefe ocupaba, de cuero negro con grandes y doradas tachuelas; la ancha mesa; la anaquelera cargada de libros y subiendo hasta el techo, lo mismo que la de la antecámara; los estantes, que en vez de ricos chirimbolos, lucían reproducciones en yeso, lo más barato y modesto que en arte cabe poseer; las anchas fotografías y grabados, único adorno de las paredes, todo revelaba la misma formalidad, la misma carencia de pretensiones, y el mismo propósito de huir de la vulgaridad por medio de la sobriedad espartana; e indicaban aficiones científicas los instrumentos de observación, colocados en otras rinconeras, los termómetros y giróscopos de Benot o Echegaray, un microscopio, una hermosa caja de compases.

La conversación del repúblico era como su nido; apagada, sorda, sin brillo alguno, aunque en ocasiones importante y firme, y en otras profunda. Sus palabras, pronunciadas por una voz sin inflexiones, una voz blanca, y en forma fríamente castiza, se me grababan en el cerebro como si me las inscribiese acerado punzón. Cuando ya dejé desbordar algo mi entusiasmo, revelándolo

en dos o tres frases, ni músculo ni fibra de aquella fisonomía se estremeció; sus ojos no brillaron, sus espejuelos sí; no observé en el semblante ni la dilatación de la vanidad, ni la inconsciente efusión de la simpatía que responde a la simpatía; sólo contestó a mis protestas un «vamos, vamos» inerte. La misma apacibilidad de Nevada me impulsó a extremar mis vehemencias, empeñándome en arrancar del trozo de sílex la chispa; recuerdo que le dije que estaba decidido a todo, y que me considerase como *recluta disponible*. El jefe me preguntó entonces mi nombre y señas, y lo apuntó cuidadosamente, con pulso igual y bien sentado, en un libro. Supe después que también llevaba, en papeletas, como un catálogo de biblioteca, el índice de todos los comités del partido en España, y me pareció que semejante idea de catálogo, de clasificación y de método, introducida en el hervor de una comunicación joven y entusiasta, pintaba al hombre.

Salía yo a tiempo que entraba un fuerte sostén del partido, prócer de tan alta alcurnia como pingüe hacienda, tipo bien diferente y aun opuesto al de Nevada, cabeza de enérgico diseño, meridional, respirando pasión, modelada con rasgos hondos y valientes curvas, como en lava del Vesubio. El contraste entre aquellos dos personajes políticos hacía sorprendente su estrecha unión y amistad. A pesar de la entrada del prócer, Nevada, al despedirme, me acompañó hasta la puerta.

Seguí yendo los domingos por la mañana a casa de mi jefe, aficionándome a la tertulia de la antesala, donde se dilucidaban problemas de actualidad, y la conversación al par que de miasmas políticos, se cargaba alguna que otra vez de efluvios intelectuales, sobre todo si alternaba en ella Mauricio Parra. Traté de presentar allí a Luis Portal; pero el orensano no quiso prestarse, porque, según decía, «en esa ermita no entran más que los devotos, y ya sabes que yo... *nequaquam*».

Nuestras polémicas en la antesala eran a media voz. Generalmente leíamos la prensa, que se amontonaba, en grandes cascadas, sobre la mesa central. Los personajes que despuntaban en la reunión eran un síndico de vinateros, hombre acomodado y de influencia, que solía ejercer altos cargos municipales; cierto tipógrafo socialista, de quien a veces, en nuestra zozobra de noveles conspiradores, sospechábamos que fuese agente provocador e hiciese bajo cuerda la política de Cánovas; un cura zorrillista que no formaba opinión sobre cosa alguna divina ni humana mientras no consultaba a don Manuel, y este resolvía la consulta -y el elemento estudiantil, no escaso ni pacífico. Tanto que muchas veces, en ocasión de entrar el prócer o algún personaje de alto fuste, y cuando oíamos el rumor alternado del diálogo en el despacho vecino, nos entraba ansia de esa atmósfera de disputa que ha sido por largo tiempo ambiente propio de la política española; y vencidos de nuestro antojo, apelábamos al recurso de irnos a otro piso de la misma casa, la redacción de un periódico masónico, donde veían la luz actas del Grande Oriente mantuano, el legítimo, el ajustado al rito antiguo escocés. Allí podíamos subir el diapasón y despacharnos a nuestro gusto. Mauricio Parra llevaba la batuta. Aquel muchacho, dotado de inteligencia no inferior a la de mi amigo Luis, era su polo opuesto, en el sentido de que tenía temperamento batallador, carácter acerbo y díscolo, poquísima transigencia, decidida afición a contradecir, y debajo de estas espinas y abrojos, un gran fondo de ternura y tal vez un candor de que no adolece el sagaz y cauto Portal. La vida, con su roce y su desgaste, no había conseguido limar los ángulos del carácter de Mauricio, ni atenuar la crudeza de sus opiniones, generalmente

paradójicas. Para muestra de estas trasladaré lo que decía de mi carrera y del espíritu que en ella domina.

-Déjeme usted -exclamaba encolerizado Mauricio-. Su carrera de ustedes, tal como aquí se entiende, es una carrera, ya que no de obstáculos, de disparates. Estudian ustedes, no cabe duda, diez veces más que los ingenieros franceses y belgas; pero estudian cosas que maldita la falta que les hacen para el ejercicio de la profesión. Aquí sacamos de quicio todas las carreras por querer elevarlas a sus elementos más sublimes, prescindiendo de los meramente útiles; y luego resulta que nuestros ingenieros hacen dramas, hacen leyes, hacen política, lo hacen todo menos ferrocarriles, puentes y montaje de fábricas. ¿Quieren ustedes saber cuál es para mí el ideal del ingeniero? El hombre que dirige a conciencia la construcción de un ferrocarril, y el día de la inauguración recibe de frac a las comisiones y al Rey, y en seguida, cuando se trata de que el Rey recorra la línea, se quita el frac, se planta su blusa, trepa a la locomotora y hace de maquinista y lleva el tren al final del trayecto. ¡No se subiría el hijo de mi padre a un tren dirigido por Echegaray o Sagasta! Esa gimnasia feroz de matemáticas, ¿me quieren ustedes decir para qué sirve? En Francia un ingeniero no estudia la teoría de su profesión más que tres años, y luego pasa a *centralier*, y blusa al canto, ¡y práctica, y práctica, y más práctica! Mientras que aquí, sabrán ustedes mucho de buñolería científica... pero no saben hacer lo que hace un maestro de obras: ¡una tapia!

-¡Hombre! -le contestaba alguno escandalizado-. ¡No tanto, por Dios!

-¡Ni una tapia! Me ratifico. Son ustedes, a estas alturas, lo que fueron los médicos allá en el siglo XVIII: una gente atestada de fórmulas, y sin el menor sentido de la realidad. Entonces los médicos se habían plantado en Aristóteles: ustedes hoy están en Euclides. Mucho fárrago de teorías y de proposiciones, muchos conocimientos abstractos, y nada de anatomía ni de clínica profesional. Para la cosa más sencilla se ven ustedes atarugados. Se les pide a uno de ustedes un modelo de puente, verbigracia, y, se toma un trabajo loco, se gasta cinco meses, lo calcula todo muy bien, resistencias, distancias, coeficientes de flexión... para que luego les digan a ustedes en el *Creuzol*: «Pues sí, señor, todo eso es óptimo, y muy meritorio y muy laudable, están ustedes muy fuertes en el cálculo...; pero han perdido el tiempo lastimosamente, porque aquí tenemos modelitos de puentes hechos ya, cuyo resultado se conoce por experiencia, y con pedir el modelo número 2, o el número 3, salían ustedes del apuro sin tanto descornarse».

-¡Pero eso -exclamaba yo indignado- es hacer de nosotros punto menos que artesanos! Suprímanos usted, y que nos reemplacen los sobrestantes de caminos.

-Pues eríjame la profesión en sacerdocio, y deje los puentes en el aire o abra túneles que luego resulten anteojos de teatro -respondiome el furioso paradojista-. ¿Ha visto usted que los Edison ni los Eiffel salgan de ninguna Escuela especial? ¿No sabe usted que Eiffel dice a quien lo quiere oír que *il se fiche* de las matemáticas? ¿Le parece a usted que es sano y bueno, en una cosa de carácter eminentemente práctico, mandar la práctica al rábano, como hacen ustedes? Y además, ¿no es doloroso ver reducir a tal estado a los alumnos, que en esos años de la carrera, lo más florido y plástico de la vida, no les quede ni tiempo ni cabeza para adquirir otra clase de

conocimientos sino los puramente técnicos? Da grima ver a los chicos pasar su juventud sin obtener ni ese barniz tan necesario hoy, que se llama cultura general, y que es como la camisa limpia del entendimiento. Salen ustedes de ahí aplatanados, atrofiados del cerebro, y con los sesos rellenos de guarismos. Usted y Portal son de lo más lucidito de la Escuela, no en la carrera tal vez, sino en cuanto a que han procurado ustedes, a salto de mata, apoderarse de algunas ideas, leer algo más que el libro de texto. Conservan ustedes cierta vida intelectual, que sería mucho mayor si no estuviesen sometidos a ese régimen depresivo. Su amigo Luis es un cabezón; de allí podría salir un grande hombre de estado, un economista... ¡yo qué sé! Y usted que tiene tanta sensibilidad, tanta fantasía... ¿por qué no había de ser artista, o escritor, o...?

-Pues si no quiere que Echegaray haga dramas -objeté-, ¿cómo me aconseja a mí que en vez de mis asignaturas cultive las letras?

No era Mauricio de los que se dejan coger en un renuncio. Se evadía con sofisticada habilidad. Nosotros atribuíamos su gran inquina contra la Escuela, a que en tiempos pretéritos tuvo que salir de ella por la puerta de los carros.

- IV -

La señora que daba reuniones vivía en el primero de la casa de mis tíos. Era viuda de un Subsecretario, y allá en sus mocedades hubo de presumir de elegante y peripuesta; hoy tenía el pelo blanco, las formas rozagantes, corva la nariz, el continente entre severo y meloso, y todas las pretensiones cifradas en sus dos pares de niñas, muchachas del género insulso, nerviosas y linfáticas, de estas cuya inutilidad e intolerable sosería son fruto combinado de la vida anodina, la deficiencia de instrucción, la estrechez de miras y la frivolidad. «De la cabecita de esas cuatro pollas no se saca para hacer un frito de sesos», afirmaba Luis. Las señoritas del primero eran prueba viviente de que andaba acertado mi amigo al insistir en la necesidad de crear una mujer nueva, distinta del tipo general mesocrático. ¿Quién podría sufrir la vida común con semejantes maniqués?

Pasábanse todo el día de Dios en la ventana, ya entre cristales, ya con el cuerpo fuera. Cuando no estaban así, en postura de loritos, martirizaban el piano, revolvían figurines, charlaban de modas, leían revistas de salones para husmear las bodas y los equipos de la gente encopetada, criticaban a sus amigas, figoneaban quién entraba y salía en casa de los vecinos, se miraban al espejo o daban vueltas a sus sombrerillos y trajes. A falta de otro género de doctrinas y conocimientos, su madre les inculcaba ideas de nimia corrección social, explicándoles día y noche lo que era *bien visto* y *mal visto*, lo que *podían hacer* y lo que *no podían hacer* unas señoritas; y a aquellas criaturas, capaces de establecer comunicación telegráfica con el primer mequetrefe que pasase por la acera fronteriza, les parecía tan imposible ir solas hasta la esquina de la calle, como en ferrocarril a la luna. A falta de su madre -que padecía un principio de

estrechez valvular, y no podía andar mucho a pie- las acompañaba una criada zafia y descaradilla, y con tan excelente rodrigón, ya se atrevían las muchachas a salir a compras, a misa, a casa de las amigas de confianza, mientras todas cuatro, juntas, pero sin la maritornes, no se hubieran determinado ni a tomar un carrete de hilo en la tienda de enfrente.

La noción fundamental de la moral inspirada a las niñas de Barrientos era la inseparabilidad. La madre se desvivía para meter en la cabeza a sus cuatro retoños que el toque de la fraternidad estribaba, no sólo en vestir tan idéntico, que si una de las hermanas compraba, verbigracia, un alfiler de cabeza de gallo, las demás revolviessen todas las tiendas de Madrid buscando otros tres gallos igualitos, sino en hablar, obrar, y hasta creo que estornudar a las mismas horas y del mismo modo. Cuando a una le dolía la cabeza, las otras tres suprimían el paseo; si una aprendía, por afición, a calar madera con sierrecilla, era obligatorio que a las restantes les entrase igual manía, llenándose la casa de cajitas enanas y edificios góticos de cinco pulgadas de alto; si una aprendía cierta sonata al piano, habían de aprenderla las restantes, y si una se levantaba y salía del gabinete, la seguían las otras en hilera como las grullas. La madre, viéndolas sometidas al régimen de la fraternidad forzosa, solía exclamar, cayéndosele la baba: «¡Cómo están tan unidas!». Y aprobaban los presentes: «¡Ay! muy unidas... ¡Da gusto ver una familia así!».

Lo que realmente daba -según Portal, presentado por mí a la señora de Barrientos- era pavor, de imaginar que se preparaban con tal régimen futuras esposas y madres de familia; de pensar que aquellas muñecas rellenas de serrín, y con la cabeza hueca, serían, andando el tiempo, base de un hogar, compañeras de un hombre inteligente, que hubiese probado las amarguras y los combates de la vida, ejercitado el cerebro, desarrollado sus ideas y contraído la necesidad de emitirlos. «¡Yo -exclamaba Luis- me suicido si me mandan que me amarre al tiránico yugo con una de esas sin sustancia! ¡No creas por eso que prefiero a tu ideal! Entre la tití y las señoritas de Barrientos, me quedo sin ninguna; la señora de tu tío (en mi concepto está algo loca) es una mujer de otras edades, a quien por errata le tocó nacer en el siglo presente, adornada con virtudes que no necesito y convicciones que me estorban; y las de Barrientos, unas pavisosas coquetuelas que no veo la necesidad de que naciesen ni en este siglo ni en ninguno, porque maldito si sirven para nada. Créeme, chacho: el hombre de mediano sentido común que cargue con ellas, a los dos meses las administra algún alcaloide. ¡Dios me libre de tales plepas por siempre jamás amén! ¿A quién le caerán semejantes gangas?».

Ya podía conjeturarse a quien, pues las señoritas de Barrientos tenían novio todas, aunque de muy diverso pronóstico matrimonial: dos había de casaca, y dos de pasatiempo. Los de casaca se dirigían a la segunda y tercera de las niñas, Aurora y Concha; los de entretenimiento a la mayor y menor, Camila y Raimunda. Eran los de casaca un par de buenos muchachos, que esperaban, el uno por la notaría y el otro por la efectividad de capitán, para ofrecer el cuello a la coyunda; y los de entretenimiento, dos estudiantes de leyes, asociados para aquellos amoríos, amigos de cháchara, pero más recelosos de la Vicaría que toro corrido de la garrocha.

Como las muchachas de Barrientos estaban «tan unidas», yo he de decir en toda verdad que cuando asistía a sus saraos me era imposible no confundirlas, y también a sus novios, de una manera a veces muy cómica. Viéndoles pegados a sus respectivas damiselas, conseguía

orientarme; pero en cuanto se deshacían los dúos, me quedaba en ayunas de cuál era *el de Raimunda* ni cuál *el de Concha*. Hasta tal punto me mareaba el amoroso rigodón, que se me puso en la cabeza que el novio de Aurora, el futuro notario, chico muy formal y dulce, la mejor proporción de los cuatro pretendientes, hablaba más con Camila, la mayor de las hermanas, que con su misma novia. Camila tendría sus veintiséis o veintisiete años largos de talle, y aunque ajustada al patrón uniforme de la insignificancia fraternal, me parecía que alguna vez, sobre todo cuando cantaba acompañándola al piano Raimunda, revelábase en ella una mujer distinta, escondida, nada espiritual por cierto. Al modular las notas de algún tango o cancioncilla, sus labios se entreabrían, el canto enronquecido y arrullador salía de ellos como chorro candente, sus ojos se nublaban, y transformaba su cara empalidecida una especie de deliquio. Aquella pobre criatura debía de estar muy fatigada de su larga soltería.

A casa de Barrientos bajaba yo con la tití una vez por semana, los jueves, día señalado para las recepciones. No sabiendo qué hacer, y en la imposibilidad de dar conversación a Carmiña, se la daba a Camila, lo cual me distraía un poco, pues lentamente, bajo el artificio de su educación convencional, iba descubriéndose la naturaleza más fogosa que yo había encontrado nunca. La proximidad de un individuo de mi sexo producía en Camila una impresión que encubría disimulando; a veces adoptaba la expresión cándida y bobalicona de sus hermanas, pero no siempre podía mandar en sus ojos ni en su fisonomía delatora, a no estar yo tan subyugado por otro orden de sentimientos, Camila hubiera sido un peligro para mí; y no porque me gustase, que no me gustaba poco ni mucho, sino porque mujeres de tal condición no necesitan gustar para constituir riesgo. Son el clásico fuego junto a la estopa.

En los saraos barrientescos, tití se manifestaba como cumple a su estado, absteniéndose de cuanto trascendiese a mundanismo: siempre moderada en el vestido y adorno, hallábase tan dispuesta a dar palique, en el rincón del sofá, a las señoras formales, como a teclear polkas y rigodones para que bailase la gente moza.

A lo que no se prestaba nunca era a tocar allí el piano en toda regla. No sé si la tití era una profesora, o algo menos; seguramente una aficionada discretísima. Es imposible sacar mejor partido de un instrumento seco, ingrato y duro como el piano, en que el sonido no se liga al sonido sino a fuerza de inteligencia y sensibilidad en el ejecutante. No se podía comparar la ejecución de Carmiña a esa catarata de notas sonoras, metálicas y brillantes que tanto se aplaude en los conciertos: jamás la vi romper a sudar mientras tocaba, ni hago memoria de que saltase cuerda alguna en el arrechucho de una serie de octavas o de una escala cromática doble. Su manera despuntaba por lo suave, tersa, matizada y sobria. No daba una pifia, ni aplicaba el pedal cuando no hacía falta. Tenía gusto en la elección de piezas: no recuerdo que estudiase *fantasías* sobre motivos de ópera alguna. Cogía, sí, la ópera entera, e iba leyéndola, divagando, deteniéndose más en los pasajes reconocidamente hermosos, y manifestando al traducirlos que había entendido muy bien su sentido recóndito, el pasional inclusive. Sus trozos predilectos eran sonatas de Beethoven o de Schumann. También tocaba música de iglesia, pero decía ella que no se prestaba el piano, y que tenía capricho de un buen armonio. Capricho, ¡ay! que llevaba pocas trazas de satisfacer, pues mi tío no parecía muy inclinado a aflojar cuartos para fines meramente recreativos.

Cada día se patentizaba mejor que mi tío Felipe Unceta sufría honda crisis: no estaría enfermo del cuerpo, pero debía de estarlo, y gravemente, del espíritu. Su carácter más desabrido y agrio, sus períodos de murria y silencio, la indiferencia en que a ratos caía, indicaban sobradamente que no era su estado de ánimo el propio de un hombre a quien mira con buenos ojos la fortuna, que ha triunfado en su pequeña escaramuza por la existencia, y es dueño de una esposa joven y envidiable como Carmiña Aldao.

Repito que le observaba sin cesar. No me ocupaba en otra cosa; aunque en apariencia me distrajesse, volvía siempre al foco o centro de mi vida sentimental, que eran Carmiña y su marido -y aún creo que pudiera invertir los términos diciendo mi tío Felipe y su mujer-. El odio puede ser más irritante y activo que el amor, y yo por odio me convertí en anatómico de dos almas. La historia de mi loca pasión por la tití podía reducirse a un espionaje, pues me bastaba saber las vicisitudes de su espíritu, juzgándome feliz si andaban acordes con las del mío propio. Pues bien: hacia la época a que voy refiriéndome -el mes de mayo- hube de notar (no era ilusión) que la inexplicable sequedad y acedumbre de mi tío para con su mujer tomaban carácter de desvío absoluto. Este desvío, acentuándose gradualmente, se manifestó sin rebozo en dos síntomas.

El primero fue tan significativo en el terreno material, que no dejaría duda ni al más topo. Había en la casa, contiguo al despacho, un gabinete o dormitorio interior, estucado, que servía de ropero: allí colgaba mi tío su vestuario, allí colocaba algún trasto estorboso, y allí se aseaba cuando su mujer tenía ocupado el lavabo de la cámara nupcial. En esta alcoba supletoria existía también una cama de hierro, doblada y arrimada a la pared. Pude cerciorarme de que a principios del mes de mayo la cama recibió colchones y sábanas, y mi tío pasó las noches en ella.

El segundo indicio, puramente moral, aún resultó para mí más luminoso y me produjo mayor satisfacción interna. Fue percibir en el semblante y en toda la persona de la tití -desde que se realizó este apartamiento conyugal- un cambio favorabilísimo. ¿Habéis visto la flor lacia y mustia, que al segarle con delicado corte de tijera el tallo, e introducirla en agua, yergue la cabeza, adquiere color, frescura y gallardía, y lozana sale del vaso de cristal? Pues así revivió la mujer incomparable, cuando sin intervención suya, sin tener que acusarse de nada, se aflojó el lazo que apretara en mal hora su generosa voluntad. Seguramente que los mártires de la leyenda cristiana irían al suplicio muy animados, cantando muchos himnos y todo lo que ustedes gusten; pero figurémonos que sin necesidad de quemar incienso ante los ídolos, ni de apostatar de la fe, ni de recibir un triste libelo, en aquellos instantes terribles, obtuviesen la conservación de la dulce vida... y crean ustedes que los mártires, sobre todo siendo jóvenes y llenos de esperanza, se pondrían tan contentos. ¿Pues qué? ¿Acaso el mismo Hijo del Hombre, en el Huerto, no se volvió a su Padre, implorando que pasase aquel cáliz, si era posible?

Mi tití no tenía que beber el cáliz ya. No era su culpa si el esposo se alejaba de ella. Ningún acto suyo había ocasionado el aislamiento. Podía cumplir su programa litoral, ser buena a toda costa, y al mismo tiempo no apurar la hiel de deberes tan amargos. Yo veía que los negros ojos de Carmiña recobraban el brillo y la húmeda suavidad de la ventura: que sus ojeras, perdiendo el amaratado color, sólo rodeaban de ligero cerco obscuro los luceros de la cara; que su tez dejaba el tinte rancio de la bilis estancada y reprimida, para adquirir el tono de nácar que presta la

sangre cuando circula normalmente; que hasta su buen apetito indicaba plenitud y serenidad, y su risa expansión del ánimo. En resumen, mi tía iba poniéndose guapa.

La satisfacción de títi se revelaba hasta en su modo de herir las teclas. Alegres y brillantes valeses, cadenciosas polkas, brotaban de sus dedos, saltando como mariposas juguetonas y aladas de un matorral. Arpegios rápidos, marchas y galopes sonoros nacían de sus manecitas, ya redondeadas y llenas, como son las de las mujeres felices. Otras veces volvía a Schumann y a Beethoven, pero con una reposada languidez que imprimía a aquellas ensoñadoras divagaciones mayor encanto. Las teclas no gemían, ni rezaban ya, o al menos su rezo se parecía a acción de gracias fervorosa.

Hasta en el traje de Carmiña me pareció advertir indicios de ese renacimiento moral que presta valor a los objetos exteriores y nos lleva a reflejar en ellos la situación de nuestro espíritu. Mi títi se componía más; su peinado, siempre sencillo, tenía algunos toques de coquetería modesta; prendía a veces una rama de lila en el pecho; otras un bonito y limpio *fichú* blanco alegraba su traje, habitualmente obscuro.

En esta ocasión tuve mil de hablarla a solas, porque mi tío se marchaba de casa con diferentes pretextos, y siempre andaba de cabildeos políticos, tejiendo intrigas de menor cuantía, relacionadas con sus proyectos de veraneo en Pontevedra y el influjo que allí deseaba reconquistar. Las tiranías locales, aunque piden frecuentes viajes a la corte, también imponen al tirano residencia en sus dominios. Sucédiale a mi tío lo que a muchos caciques de su misma exigua talla: que no poseyendo condiciones para volar con sus propias alas en Madrid, consiguen dominar una provincia merced al favor de personajes más altos; pero faltándoles este puntal, la acometida de otra medianía hace tambalearse su efímero poder. El adversario de mi tío era Dochán, ambiciosillo rastrero, de habilidad suma, que ya le tenía minados todos los caminos y tomadas todas las vueltas. Había empezado por fundar, contra *El Teucrense*, otro periodiquín llamado *La Aurora de Helenes*: esta hoja ladradora y procaz llenaba sus tres páginas con ataques a mi tío y a ciertos paniaguados suyos que, desatendidos por Sotopeña, iban inclinándose hacia el partido conservador o el reformista, únicamente por recurso; porque veían al Santo indiferente a sus quejas, sordo, desde lo alto de la hornacina, a sus postulaciones, y ya se permitían de vez en cuando, seguros de que nada lograban por medio del incienso, apelar a la intimidación, dirigirle estocadas y reticencias, sacando el estribillo aquel de *las romanas virtudes*. ¡Ancha y pródiga mano y paciencia heroica necesitaba el Santo bendito para satisfacer a todos sus conterráneos, que fundaban en sus milagros la aspiración de hacer del presupuesto la quinta provincia gallega!

A mi tío le pegaba *La Aurora* sin reparo. Le daba con las de alambre. Salían a relucir diariamente enjuagues y chanchullos, el alquiler de la casa para oficina de Correos, los solares lamosos, los expedientes de carreteras... todo, todo; la eterna miseria de los escándalos de provincia, basura removida sin cesar, que nunca se entierra, y no por indignación vengadora, sino por odios personales, o por desesperación de que otro haya sido autor de la fechoría y usufructuario también. Aparte de las concusiones, le arrojaban a la faz la dureza de su corazón, ajeno a los afectos de familia, y su guerra contra Luciano Aldao, a quien sitiaba por hambre

cerrándole el camino de la deseada prebenda del Hospital: en efecto, mi tío desplegaba encarnizamiento horrible contra su cuñado: si pudiese, le reduciría a la miseria.

He dicho que me encontraba muchas veces solo con Carmiña, sentado cerca del piano, oyéndola jugar con las teclas, o viéndola hacer, labor y repasar la ropa, tarea doméstica que desempeñaba a las mil maravillas. Decir que no se me ocurriese arriesgar un paso decisivo, sería mentir: yo, como es natural, pensé, no sólo en la posibilidad de declararme, sino en la probabilidad de sorprender dormida a la virtud, y robar a su sueño lo que su vigilia no me otorgaría nunca: pensé también que el temporal apartamiento de los cónyuges coadyuvase a mi propósito... Sí, todo lo pensé, y nada hice entonces. Tenía miedo, mucho miedo a que un desplante mío malograra lo obtenido ya: ¿no valía más gozar tan dulce intimidad que exponerme a una ruptura, un castigo, un extrañamiento impuesto por la tití? Calma...

¿Qué podía yo desear? Interrumpidas las relaciones entre ella y su dueño, libre casi, y yo a su lado... Lo demás que lo hiciera el tiempo... o alguna circunstancia fortuita como la de mi enfermedad, circunstancia que yo aguardaba siempre, con la viva fe de los enamorados, fiando en que nuestra convivencia y la soledad de aquella mujer acabarían por inclinarla hacia mí, de modo tan insensible como se inclina el sauce hacia el agua. Y así era. Sin pecar de fatuo comprendía que mi presencia agradaba; que Carmiña se entretenía charlando conmigo; que su juventud se entendía bien con mi juventud; que el interés de su vida lo constituía mi trato, y que la santa «pintada sobre fondo de oro», según la frase de Portal, iba destacándose de la niebla mística, y entrando en más humano ambiente. Mi mismo respeto, mi cautela para no espantarla, contribuían a captarme su corazón. ¡Ah! Era evidente: habían reflorecido aquellos días tan hermosos del Tejo, porque a veces las pupilas de tití adquirían la misma expresión que la tarde en que salimos a pescar en la ría y cogimos el murciélago alevoso; y su voz, inflexiones parecidísimas a las que tuvo en los supremos instantes de mi grave enfermedad... Yo no sabré encarecer lo azucarado de aquellas proximidades y aquellos coloquios, tan inocentes en el terreno positivo.

Empezaba a mostrarme suma confianza. Hablome varias veces de asuntos de familia, de cómo Candidiña le había escrito una carta pidiendo perdón por su boda, y ella había respondido con otra atestada de buenos consejos. «Pero de esto no le he dicho nada a Felipe -añadió-. Sería probable que se enfadase mucho; y ¿a qué provocar discusiones y malos humores y tonterías? ¿No te parece que hice bien? Yo creo que no es ninguna acción reprobable el haber contestado a Cándida. ¿Qué sacábamos de darla un bufido? Ella con eso no había de volverse más formal. Al contrario, tal vez mi carta influya para sentarle la cabecita a aquella *tolitatis*... Mira, esto de que Candidiña es una *tolitatis* te lo digo a ti: que a la gente... ¡líbreme Dios! Si las primeras en desacreditar a una mujer son las personas de su familia, nunca honra tendrá. Yo quiero que Cándida tenga honra, ya que se ha casado con mi padre. Estoy deseando llegar allá para calentarle bien las orejas, y hartarla de sermones. Ella no es tonta, y yo le demostraré claramente la cuenta que trae cumplir con su deber. ¿Sabes lo que voy a decirle? Pues lo siguiente, y en tono bien categórico: -Cándida, mira, sé buena, que no te pesará. Si eres buena, te prometo que aunque no tengas hijos, he de hacer que mi padre te deje cuanto pueda; que asegure tu suerte para toda la vida. Mi pobre padre, por un orden natural, poco tiempo ha de vivir; conserva su

decoro los años que viva, y después libre quedas... Yo haré que la pobreza no te angustie... Seré tu mejor amiga, te querré mucho, iré contigo a todos lados, no sufriré que te haga nadie un desaire ni una mala partida... He de conseguir que te trates con todo el señorío de Pontevedra... ¡Vaya! ¿Qué te pensabas tú? Con la del Gobernador, con los marqueses del Remo, con la familia de Filgueira... pero no avergüences a mi padre... ¿lo oyes? porque entonces tendrás en mí la enemiga peor... -Todo esto he de encargárselo a la chiquilla... ¡y si así no consigo nada!... Espero que conseguiré... ¡ojalá!... Cándida es una aturdida, pero no creo que se atreva a cometer el mayor crimen de una mujer... que es faltar a su marido. ¡No, de eso no puede ser capaz!».

Cuando hablaba así, articulando estas palabras para mí tan funestas, me hubiera corrido a besos su sagrada boca.

«Por desgracia -añadía-, Felipe no me permitirá que trate a Cándida. Esto sí que me lo temo. ¡Mis consejos serían tan convenientes para la infeliz! Y no es igual... ¡quia! es enteramente distinto aconsejar por carta, que de viva voz. Felipe ni quiere oír hablar de que yo la trate. Dice que si en público se dirige a nosotros, debemos volverle las espaldas. Te aseguro que esto me tiene disgustadísima».

Prometí que le conseguiría una entrevista clandestina con Cándida, o que iría yo mismo a transmitir los recados.

-¡Bah! no... guasas tuyas -contestó la tití-. ¡Valiente embajador! Lo que harías sería levantar de cascos a mi madrastra. No conviene. No tienes tú formalidad ni suposición para semejante envío de recaditos. Te tiemblo... Salustio... Esa cabeza... Pero mira: otro enredo que me trae muy cavilosa, mucho, es lo de mi hermano. El pobre, cargado de familia: todos los años un chico: papá sin darle gran cosa... y cuanto le diese siempre sería insignificante para mantener el pico a tanta gente menuda. Por eso pretende el empleíto del Hospital, u otra cualquiera que le ayude... Y mira tú, ¿qué trabajo le costaría a Felipe apoyarle en su pretensión? Pues le hace una guerra a muerte... y mi hermano lo va a conseguir por Dochán... ¡Figúrate qué vergüenza! ¡El mayor enemigo de mi marido! Parece que hasta don Vicente Sotopeña se manifestó sorprendido y disgustado al ver que Felipe le tira a degüello al pariente más próximo de su mujer. Tú ya sabes que don Vicente Sotopeña es tan amante de la familia... Nada, por Felipe se moriría de hambre mi hermano...

-Tú -interrumpí-, lo que es a tu hermano, no tienes que agradecerle mucho... Si él te recibe en su casa, no te hubieras casado.

Tití no contestó a esto. Parpadeó, y sus grandes pupilas me contemplaron un segundo. Indudablemente iba humanizándose y saliendo del fondo de oro.

-No importa -contestó-. Que él se haya portado mejor o peor conmigo, no quita para que yo le desee buena suerte y me parezca mal perjudicarlo. Es mi hermano, tiene muchos hijos, y es un prójimo. No sé qué daría porque Dios le tocase en el corazón a Felipe. Te aseguro que...

Vi favorable coyuntura para entrar en materia y dije:

-Vamos, tití, confiesa que no eres allá muy dichosa con tu cónyuge.

- V -

Carmiña no se arredró. Esperaba sin duda, desde que nos hablábamos así confidencialmente, que tarde o temprano se me fuese a mí la lengua y saliese a relucir la cuestión vedada, la eterna manzana conyugal. Estaba, pues, dispuesta al combate, y a la resistencia apercebida.

-¿Y por qué no he de ser dichosa? -contestó dejando asomar a sus mejillas un carmín puro-. La dicha (no te rías de estos términos) está en nosotros mismos. El que cumple con su obligación y lo hace de buena gana, es feliz. ¿A que no me lo niegas?

-¿Pues no he de negártelo? La felicidad del ser humano consiste en realizar plenamente su destino y los fines propios de la vida, y uno de los fines principalísimos en tu sexo es el amor y la maternidad. Tú no amas ni tienes hijos; luego...

Al tocar este registro, al asestar contra el corazón de la noble mujer este dardo impregnado de ponzoña, vi que ella no esperaba tan rudo ataque. Se puso de color de la grana; sus ojos se entornaron dolorosamente; abrió primero la boca para respirar y beber el aire, como quien recibe tremendo golpe, y luego la cerró, como el que comprende la necesidad de callar a toda costa. Pude conocer mejor el efecto que le había causado mi estocada, en que guardó silencio por algún rato, no acertando ni a reponerse. Y al fin salió con este argumento endeblísimo:

-Cuando Dios no ha querido darme hijos, él sabrá por qué. Nunca debemos rebelarnos contra la voluntad de Dios, que conoce mejor que nosotros lo que nos hace falta.

-Bien, corriente; así será, pero una cosa es resignarse, es decir, fastidiarse, y otra ser feliz. Tú feliz no eres.

-No sé de dónde lo sacas. No parece: sino -repuso ella buscando una escapatoria- que me ves por ahí llorando por los rincones de la casa. Pues me parece que...

-¡Ay, tití! -exclamé acercándome a pretexto de revolver en la canastillita de los hilos y de jugar con los carretes y las estrellas de crochet-. ¡Ay, tití! ¡Las cosas que podía yo contestarte! ¡Ay si te dijese clarito el porqué no lloras por los rincones de la casa! ¿crees que no atisbamos, que no miramos, que no vemos los demás? ¡Bobiña! ¡Pues si yo me paso la vida pendiente de lo que tú haces... de lo que tú sientes... oyéndote la respiración! ¿No había de saber el porqué te baila la alegría en el cuerpo esta temporada? ¡Ay, boba!

Dije esto con todo el fuego que el craso requería. La pobre tití no contaba tampoco con el empleo de armas de tan mala ley, de hoja triangular, que ensanchaban la herida. Se demudó, y sin aparentar enojo, seria, entera, firme, se levantó y salió del gabinete, dirigiéndose al interior de la casa.

¿Me atreveré a referir cuál fue el resultado de nuestra conferencia? Sí; porque en la historia, que voy narrando, el lector no puede ver más que un aspecto de los sucesos, el que tenían para mí; y al través de mis ojos es como ha de considerar el alma de la mujer fuerte. Yo no juro, pues, que los hechos fuesen cual voy a referirlos; sólo puedo afirmar que así se me representaban.

Hizo la casualidad que aquel día diesen un sarao las señoras de Barrientos. Siempre estas cachupinadas se verificaban los jueves; pero tratábase de una extraordinaria, por coincidir el jueves con los días de la señora, que tenía el mal gusto de llamarse Ascensión, nombre sumamente difícil de pronunciar. El caso es que en honor de doña Ascensión se armaba aquella noche baile, sus mijas de concierto casero, y un cachito de *buffet*. Mi tía se vistió y arregló con esmero evidente; púsose el traje blanco, que no había vuelto a salir desde la noche de bodas; colocó no sin gracia sus joyas en pecho y cabeza: se empolvó, se rizó el pelo ocultando algo, según exigía la moda, su vasta frente; entreabrió el corpiño destapando la garganta, y en suma, procuró -¡caso notable!- presentarse de manera que pudiese atraer las miradas y el deseo. Ya estaba emperejilada así cuando nos sentamos a la mesa; y noté que, con una especie de coquetería febril, intentaba conseguir que se fijase en ella su marido. Me estremecí hasta los tuétanos. No puedo explicar lo que sufría, y aquel suplicio, yo mismo me lo había preparado, sembrando en el alma de la esposa el recelo y los escrúpulos, rasgando brutalmente el velo con que aún procuraba cubrirse para disculpar la alegría de su emancipación. Mis palabras le habían abierto los ojos, y a la luz de mis indiscretas afirmaciones, veía su contento por la ruptura de la intimidad matrimonial, y se espantaba de semejante estado, que no le parecía ortodoxo, ni mucho menos, por lo cual resolvía cargar valerosamente con la cruz y restablecer el trato con su esposo. Marchaba a la unión, como el soldado a la toma del reducto, donde ha de llover sobre su pecho la muerte. ¡Y yo presenciándolo, yo viéndolo, yo sufriendolo, yo siendo de ello causa involuntaria!

Cuando la tití estuvo engalanada del todo, acudió a solicitar las alabanzas, los requiebros, digámoslo así, del marido. Encerraba un elemento profundamente trágico la acción de aquella mujer santa y pura, de aquella señora recatadísima, remedando los artificios de las cortesanas citando procuran agrandar, no va al indiferente recién llegado, sino al mismo hombre que les infunde repulsión y aborrecimiento. «¿Qué te parece, Felipe? -preguntaba la infeliz-. ¿Qué te parece? ¿Está bien? ¿Te gusta cómo me he peinado? ¿Hace mal aquí esta rosa?». Y mi tío, ¡bendición de la Providencia!, posaba en su mujer una mirada distraída y rápida, respondiendo con indiferencia profunda: «Perfectamente... Los hombres entendemos poco de eso».

No lograron nada sus tretas de sublime y honesta coquetería. Nada, nada. Tuve el gusto de comprobarlo. Mas no por eso tragué menos saliva, ni masqué menos hieles. Yo hubiera besado sus pies llamándola santa y heroína... y la hubiera estrangulador, considerando que la santa era una mujer, y que esta mujer se brindaba a otro hombre.

La esterilidad del tremendo sacrificio reflejábese al día siguiente en el rostro de la piadosa sacerdotisa del hogar. Leí en la cara de Carmiña un gozo sereno, y esa especie de sedación plácida que experimentamos después de haber salvado de un gran peligro, y que presta tan simpática expresión al semblante de los marinos veteranos. El sentimiento del deber cumplido se unía al de la indulgencia de la suerte, para templar su ánimo y alumbrarlo con luz de esperanza. Mas sin duda no quería que yo se lo dijese; temía a mi sagacidad. Los primeros días huyó de mí. Costome trabajo reanudar aquellas sabrosas y dulces pláticas de las largas tardes de mayo, cerca del piano o del costurero. Lo conseguí por último, y ella se prestó, entregándose nuevamente a la confianza desde que pudo advertir que no hacía alusiones al asunto escabroso.

Un día, no sé por qué resbaladizos senderos, que yo tintaba de jabón a propósito, llegó la tití a interrogarme acerca de mis amoríos y mis noviazgos. Ella aseguraba que yo tenía novia, de fijo. Yo solía entretenerla contando historias de mis amigos, por supuesto, las contables, pues que cortaría le lengua antes que derramar en los oídos de Carmiña una palabra ofensiva, fea o de dudosa interpretación. ¡No, eso nunca, por ningún motivo ni pretexto! Y sin embargo, cuando me preguntó de mí mismo, entrome un arrechucho tal de franqueza, que desembuché todo, absolutamente todo lo relativo a Belén, escogiendo formas y términos, pero sin quitar punto ni coma en lo esencial. Confesión auricular entera, complaciéndome en inmolar en aras de la virtud la negra oveja del pecado, o sea la mísera Belén. Mi tití me escuchaba con los ojos dilatados de curiosidad, el seno oprimido de interés, el ceño un tanto fruncido; y, al concluir yo, no pudo menos de exclamar con voz opaca:

-¡Ay, Dios mío! ¿Y *eso*... sigues? ¿Vas a ver a *esa*... señorita muchas veces?

-¡Señorita! -contesté risueño-. ¡Valiente señorita nos dé Dios! No, tití... ya no voy a ver a esa señorita, como tú dices...

-Bueno; a esa... mujer.

-A esa mujer. Hace lo menos quince o veinte días que no piso aquella casa. Si quieres que no vuelva a pisarla nunca, basta con que digas: «Salustio, te prohíbo que te acerques a Belén». Y cádate que no me acerco en mi vida. Nada, no me acerco. Palabra de Honor.

-¡Hombre... prohibir!... Yo no soy nadie para prohibirte eso. Pero me parece muy mal, muy mal, que vayas ahí ni a ningún sitio donde peques gravemente; y si es lo mismo pedírtelo que mandártelo... te suplico que no vayas. Te lo ruego.

-Es lo mismo. No iré, tití, no iré. El pecado no me importa cosa mayor... pero por darte gusto, por darte gusto... ¿lo entiendes?

-Pues no me gusta que lo hagas por darme gusto, sino que debes hacerlo por no ofender a Dios.

-¿Te contentas con que no lo haga?

-A falta de pan, buenas son tortas -respondió festivamente, revelando que le causaba verdadera alegría mi promesa. ¡Malicia y vanidad! Me figuré que también a ella la movía un impulso humano al rogarme que no viese más a la pecadora.

-Mira -le dije espontáneamente-: si dejo de ir a casa de Belén, no me lo agradezcas ni miaja. Puedo jurarte que no la quiero; que no me hace feliz esa historieta.

-Y entonces, ¿por qué vas?

-Phss... Tonterías en que cae uno por... por sosera.

-¿No es bonita?

-Bonita sí; pero ¿qué importa su hermosura? Un objeto que no nos interesa nunca es hermoso, tití. Esto de la hermosura tiene su busilis, como todo. Está en el corazón. Allí sí que se ve claramente lo bonito y lo feo.

Se lo dije mirándola con ojos tan expresivos, que, según entiendo, no pudo dudar del sentido de mis palabras. «Eres un bobo» pronunciaron los labios; pero la animación de la faz, la involuntaria expansión de la sonrisa, parecían murmurar: «Gracias, sobrinito. Me sabe a gloria lo que me dices».

Pronto tuvimos otro nuevo pretexto para confidencias y otro interés común. ¿De qué pensarán ustedes que se trataba? Pues de un suceso que, al parecer, debía sernos casi indiferente a los dos. Es el craso que mi compañero Dolfos, el zamorano, no pudo llegar al codiciado término de sus afanes. El destino le impidió dar cima a la empollación magna y mortal. Faltábanle, para acabar de subir la cuesta, sólo dos escalones, un par de asignaturas, una bicoca; pero la naturaleza se plantó, diciendo: «No paso de aquí. Se ha consumido todo el aceite de la lámpara. Conmigo no se juega impunemente». El asiduo cayó en cama, y todavía, luchando con la disnea, en el último período de una tisis caseiforme, insidiosa al pronto y que al final corrió a galope tendido, aún quería llenarse la cabeza de científico plomo. En el lecho, donde le clavó lo que él llamaba su «catarro de primavera», no soltaba los libros, y mediante piadosa engañifa de la imaginación, mientras los demás veíamos ya su cuerpo en el ataúd, y su pobre cerebro inerte, ahito de matemáticas sin digerir, él veía el examen decisivo y postrimero, el diploma, la salida de Madrid, la llegada a Zamora, y la anciana paralítica, que al oírle levantaría la cabeza, temblorosa de placer, y no pudiendo moverse del sillón, extendería las manos para tocar más pronto la ropa del nieto querido... Mi tití, sabedora de la apurada situación del buen Dolfos, no se enternecía tanto por ella, como al recuerdo de la viejecita que esperaba a su niño, y que, en vez de recibir al ser amado, dejaría caer en la falda, de las manos inertes, el telegrama horrible...

-¡Dios mío, pobre anciana, pobre señora! -exclamaba Carmiña, inundada de compasión-. ¿Crearás que sueño con ella muchas noches? No la conozco, pero me la figuro; me parece que estoy viéndola. Me parte el alma. No sé qué me sucede cuando pienso en lo que la espera. Dí, ¿y él sin aprensión ninguna?

-Ni tanto así. Lleno de ilusiones, persuadido de que en cuanto se meta el calor y pase esta mala temporada y se examine y lo aprueben y salga ingeniero, se largará a Zamora chorreando salud. La condición de su mejoría es acabar la carrera... y el desdichado no la acaba.

-Dejadle con sus quimeras. Tiempo tendrá de saber lo peor. Cuando el médico diga que está muy grave... eso sí... entonces... hay que prepararle y que se confiese. ¿Me das palabra de que no se irá al otro mundo sin sacramentos?

-Te la doy -respondí, dándole también el corazón en una sonrisa-. Por ahora no le desengañamos, ¿a qué? ¡Si así es más dichoso!... Ni a la abuelita de Zamora se le dice nada.

-¿Y no hay esperanza?

-¡Quia! ¡Esperanza! Ninguna. Nos vemos y nos deseamos para conseguir que doña Desusa no le eche de casa. La aseguramos que el médico responde de él... pero la patrona no es lerda, y bien tapisca que el huésped se las lía por la posta.

A los pocos días advertí a Carmiña que aquella noche me quedaría velando a Dolfos, el cual se encontraba ya en los últimos. Mi tití se arrasó en lágrimas al oírlo. Con ímpetu indecible exclamó:

-¡Si vieses de qué buena gana te ayudaría a velar! ¡Me da tanta lástima!

-Si tú vas a velarle, ten por seguro que cura -murmuré piadosamente-. ¡Me acercaba al pasillo, cuando me llamó tití para suplicarme que «no me olvidase del confesor».

No estaba Dolfos para curar, aunque le velasen los serafines. La muerte no soltaba su presa. La abuela no le verá nunca más en este mundo. Sólo llegará hasta ella un papel azul, seco, breve, transmitido por el rayo, que será para la anciana otro rayo de dolor... «El hijo de tu hija está en la caja; le alumbran cuatro cirios. Aunque vengas y le beses, y vuelvas a besarle con toda la ternura de tu corazón dos veces maternal, no abrirá los ojos, no pagará tus caricias, no sonreirá para decirte: Ya tengo carrera... no te apures... desde hoy seré tu sostén. No. El telegrama, sólo el telegrama... y para ti el eterno desconsuelo, hasta que la muerte, que parece olvidarte, te recoja desdeñosamente y te administre la gran medicina».

- VI -

Recuerdo los últimos días de mayo, como se recuerdan las fechas críticas; y sin embargo, en ellos no me ocurrió cosa que en apariencia merezca referirse; porque mi historia es rica en detalles internos, pero exteriormente monótona y vulgar. ¿Qué sucedió en aquella quincena, para

que yo la distinga y la señale con tinta roja o con piedra negrísima? ¿Qué sucedió? ¡Ah! Una cosa sencilla, legal, sancionada por la sociedad y por Dios; una cosa que debe regocijar a las gentes bien intencionadas... Mi tío pasó de la mayor indiferencia por su mujer, de una especie de separación amistosa, a un acceso de amor conyugal, rabioso casi. El lazo del matrimonio -hasta entonces medio desatado- volvió a apretar estrechamente las gargantas de la pareja.

¿Cómo se verificó aquella reconciliación o ritornelo conyugal? No sabré decirlo: burlaron mi vigilancia, y puedo asegurar que me cogió tan de susto, que dos días antes del fenómeno hubiera jurado que el apartamiento de los esposos era más radical que nunca. En efecto, yo tenía motivos para afirmar que mi tío no sólo huía de su mujer, sino que cortejaba a otras con empeño, amartelado lo mismo que un cadete. Lo supe por Belén, a la cual (¡oh flaqueza humana!) hice entonces dos o tres visitas, a puros ruegos y, ardientes instancias de la pecadora. La cual, con profunda indignación, me enteró de las veleidades eróticas de mi tío. «¿Querrás creer que al tiñoso ese le da por rondarme desde hace unos días? Cartas y todo me ha escrito... Porque yo, con la puerta en las narices... Para lo que había de sacar él... Como si lo viera, iba a dejarme allí un duro en calderilla... Sólo una vez le he de recibir, a ver si me cuenta algo de su mujer».

-¡De su mujer! -exclamé azorado-. ¿Qué tienes tú que ver con ella? Déjala, y no te ocupes de las señoras, que no se acuerdan de ti.

-¡Ay, ay!... -chilló la muchacha-. ¡Pues, hijo, ni que fuera la Santísima Virgen! No te atufes, que yo no voy a comérmela. ¿Es de merengue y se quiebra con tocarla? ¿Sabes que ya me olía a mí que te duele mucho ese lado del cuerpo? ¿Y habrá mamarracho como tu tío, que te tiene en casa, a la verita de su señora? ¡Ay, ay, ay! Nada, lo que digo, si yo me lo calé... Soy perro viejo: a mí no me la das tú, ni veinte como tú. Por eso te me escurres y no hay quien te traiga aquí...

Me puse furioso con la paloma torcaz, y creo que hasta tuve la indelicadeza de decirla tres o cuatro frases duras, más groseras precisamente por dirigirse a quien yo debía reconocimiento y consideración, a falta del amor y del respeto íntimo que no podía profesarle. Mis asperezas encresparon el genio de Belén. Con el rostro encendido de cólera y los ojos preñados de iracundas lágrimas, se acusó de quererme y se maldijo por haber puesto afición tanta en un chisgarabís como yo. Y viendo que en vez de replicar o maltratarla me levantaba para tomar la puerta, corrió a ponerse delante y a estorbármelo, abriendo los brazos con una espontaneidad y vigor de actitud que le envidiaría una tiple en el acto cuarto de *Hugonotes*.

-¡No, tú no sales!

-Anda, chulapo, indino... pégame si quieres salir!

En los brillantes ojos negros, que despedían centellas; en el seno enhiesto y rígido, destacado por la postura; en las soberbias líneas de aquel cuerpo de mujer que me cerraba el paso había un reto, una provocación apasionada, que de parte de un hombre de su mismo temple, un hombre como el que Belén deseaba en aquel instante despertar en mí, le valdrían el apetecido bofetón, y después una lluvia de salvajes caricias para borrar la equimosis. Pero conmigo, ni lo

uno ni lo otro consiguió la hermosa. Me armé de paciencia, me senté en una silla y dije con gran seriedad:

-Hija, ya te cansarás de estar ahí crucificada... Ya bajarás los brazos y me dejarás largarme. Así no creo que te pases el día entero. Es postura muy incómoda. Anda, ponte en la razón y permíteme que me retire con mis honores, acompañándome hasta la puerta si gustas.

Mi calma y mi resolución produjeron efecto mágico. Se aplacó lo mismo que el mar cuando derraman sobre sus irritadas olas un pellejo de aceite. La espuma del furor descendió aplanándose; las airadas pupilas cesaron de lanzar rayos; la invectiva murió en los labios rojos; los brazos, lánguidos y sin brío, descendieron a lo largo del cuerpo... y la domada y subyugada pecadora vino a caer... ¡vergüenza me da escribirlo! a hincarse medio de rodillas ante mí, abrazándome por la cintura, con una especie de humildad desesperada.

«¡Ay, hijo, te vales de que sabes que te requiero y no puedo pasar sin ti!... Perdona, no estés así con ese gesto y esa cara... ni tampoco te rías, que es lo que me irrita más. Soy alguna mona para dar risa. No; reírte no... Menos así, seríote y como si fueses a comerme. Bueno; que tiene una prontos y ligerezas y arrechuchos. Perfecto sólo Dios. Ahora voy a ser una chica modelo. Ya verás como no te armo bronca... pero no te vayas, hijo, y sobre todo atufado. ¿Me das tu palabra de honor de que volverás? No vienes nunca... ¡una vez cada mes! Galleguito, no puede ser... yo voy a ponerme mala. Por eso dice una disparates y se mete con las señoras... Si vienes, seré una malva. ¡Huy, resaladito, qué bien me saben las paces! Cúmpleme un antojo. Pégame un cachete... sin miedo; no duele na... si es por gusto; por gusto...».

Lo que menos me importaba era aquel borrascoso episodio con mi rendida pecadora. En cambio no dejó de hacerme cavilar mi tío volviendo a las andadas y dispuesto a prevaricar. Mas ¡qué fue cuando vi los ímpetus amorosos del hebreo restituidos a su legítimo cauce, concentrados en su esposa!

Manifestose el fenómeno sin preliminares, y sin transición. A los dos días de haber rehusado Belén los homenajes de mi tío, este, sacrificando a los penates, se dedicó a su mujer con entusiasmo. Así como suele decirse que no hay llave para el ladrón de casa, diré que para el observador a domicilio no hay cortina ni biombo. Yo, por obra de la fatal convivencia, sorprendí las gradaciones y episodios de aquella renovada luna de miel. Pude ver al marido comunicativo a la hora del almuerzo, solícito a la del paseo, encandilado a la de la comida, y nervioso e impaciente a la de la velada. Por desgracia era sábado, y yo había renunciado a un teatrillo a que me convidaban Mauricio Parra y otros amigotes, con propósito de acompañar a mi tití, entretenido en ver cruzarse las lanas y jugar a las agujas de madera al través del *punto tunecino*, o en escuchar trozos del *Don Juan* o de *Roberto*. Y he aquí que la resolución de quedarme me obligaba al suplicio de presenciarse... Era como si lo presenciase, señores. Yo interpretaba la inequívoca actitud de aquel hombre ansioso de disolver la soñolienta tertulia para quedarse a solas con su mujercita; sus miradas al reloj, sus gestos de impaciencia cuando Camila Barrientos, que había subido un rato a traer no sé qué recadillo de su mamá, tardaba en irse y hojeaba los últimos números de *La Ilustración*. Yo conocía la expresión del rostro de mi tío en

ocasiones dadas; yo no necesitaba averiguar el nombre de lo que relucía en sus ojos e inflamaba su tez... Me puse tan nervioso, tan excitado, tan fuera de mí, que Camila me preguntó:

-¿Salustio, le pasa a usted algo?

Carmiña, involuntariamente, volvió la cabeza y clavó en mí sus pupilas... Yo pagué la mirada. Creo que nunca nos entendimos como en aquel momento. La ojeada de ella decía categóricamente: «¿Qué es esto? Una prueba inesperada, un castigo de Dios con el cual no contábamos. Pero no te asustes: tengo ánimo y fuerzas. Verás tú cómo me crezco. Y después de todo, no haré más que cumplir con mi deber». Y mi mirar le contestaba: «Tú lo tomas así, como un ángel que eres; pero yo, que soy un diablo, sufro y me retuerzo, como deben de retorcerse y sufrir los diablos allá en las mansiones infernales».

Mi tío se salió con la suya. Aún no habían dado las once cuando consiguió echarnos. Camila Barrientos me clavó el puñal hasta la cruz, diciendo a la tití: «Hoy tu marido te contemplaba como si estuviese haciéndote el oso. Se le caía la baba. Una novena para que nos toque otro así». Corrí a mi cuarto, y me encerré en él, más enloquecido que la noche de la boda, en el Tejo. Traté de enfrascarme en el estadio, de leer periódicos, de hojear una novela... ¡Imposible! Rugiendo de ira y de pena, apagué la luz, me encerré con llave y me tumbé sobre la cama. Acordábame de Luis Portal, que solía decirme: «Cuando está uno rabioso y dado a Barrabás, un cigarro es el mejor entretenimiento. En echando unas chupadas, es macho lo que la imaginación se distrae...». En semejante momento sentía yo amargamente no fumar ni tener cigarrillos; y por un capricho de mi alma enferma, se me antojaba que si fumase, pasaría como por encanto aquel malestar, aquella ponzoña de la acre saliva, aquella calentura de la sangre requemada.

El día siguiente, a la hora de almorzar, tuve un consuelo del orden negativo, como todos los míos en tan desdichada página amorosa; y fue ver en la faz de la tití, más enarcadas aún que en la mía, las huellas de un combate moral y un quebranto físico muy profundo. Bastara una noche para desencajar su rostro y dar a sus facciones, donde antes brillaba la frescura de la juventud, una expresión de agonía como la que tiene la cara de la Virgen que los pintores representan viendo expirar en la Cruz a su Hijo. La palidez de la tití era azulada, sus ojeras lívidas, y los movimientos que hacía para desdoblar la servilleta, servirse o beber, parecían automáticos. Ni uno ni otro comimos, puede decirse. Mi tío, en cambio, lo hizo con ganas; no obstante, al venir a la mesa el tercer plato, comenzó a fijarse en la actitud de Carmiña, y por vez primera noté en su fisonomía una expresión de extrañeza y recelo, lo mismo que si acabase de caer en la cuenta de que su mujer... Clavó en ella la vista y su mirada suspicaz le quiso registrar el alma: ideas que acaso no habían cruzado por su mente, se condensaron, y una expresión irónica timbró su voz al decir:

-¿Qué te sucede, Carmen? ¿No comes? Parece que no tienes apetito. Estás así como si te sucediese algo raro.

-He comido -respondió ella.

-No es verdad. No has probado la tortilla ni los riñones, la chuleta se queda ahí. ¿No guisa a tu gusto la cocinera? ¿Por qué no mandas que te hagan otra cosa?

¡Sombra de la sospecha, ligera nube que pasas rozando apenas el espíritu y dejas en él para siempre tu negror! ¿Atravesaste entonces por la imaginación del hebreo? ¿El genio cauteloso de su raza se reveló en aquellos instantes decisivos de su vida? ¿Alumbraste también con siniestra luz la conciencia de aquella mujer purísima, casta, noble, pero mujer al fin de carne y hueso, hija y descendiente de Eva, vehemente y apasionada en el fondo, aunque sujeta al yugo de la virtud por las áureas ligaduras de la fe más acendrada? ¿La dijiste lo que no quería creer?

Al notar el marido la absorción y desgana de la esposa, las mejillas de Carmiña pasaron de la palidez a un rojo vivo; temblor violento la sacudió, y con su indispensable séquito de acongojados sollozos declaróse en ella el ataque de nervios... que, digan lo que gusten los saineteros y los escritores festivos, rara vez se presenta en la mujer a no provocarlo una causa honda, psíquica, algo que hiere en el corazón femenino sentimientos profundos o pudores recónditos y sagrados...

El ataque duró poco: un minuto escasamente. En seguida reaccionó la tití: bebió agua, se levantó y contestó a las obstinadas y recelosas interrogaciones de su marido:

-Sí, puede que no esté bien... ¡Qué disparate! ¡Qué ha de valer esto la pena de llamar al médico! Me acostaré un rato... En tomando tila... Si ya no tengo nada; nada absolutamente.

No pude resistir más: despedime y salí. Me eché a la calle con objeto de disipar una exaltación que, comprimida, fermentaría y me conduciría a algún desatinado extremo. Fuime en busca del bálsamo tranquilo, de Luis Portal, que siempre había de calmarme un poco. Pero no tuve la suerte de encontrarle. Era domingo, supe por Trinito que estaba con *Mó* de expedición en el Pardo.

- VII -

Cuando evoco el recuerdo de los días siguientes, creo evocar el de una larga pesadilla; y, sin embargo, no pasarían de quince; pero en ellos mi estado moral fue tan penoso y violento que pensé que mis nervios se desatasen definitivamente. Mi tío, después del episodio del comedor, en vez de alejarse de su mujer, se mostraba con ella más que nunca... ¿diré rendido? No; pero solícito y afanoso, como quien echa de ver que ha descuidado el cultivo de una finca importante y se propone reparar la omisión. A alguna idea semejante, característica de la naturaleza codiciosa del hebreo, respondía indudablemente aquel no apartarse de Carmiña ni de día ni de noche, aquella especie de frenesí conyugal, aquella intimidación restablecida plenamente, con circunstancias propias de luna de miel. Y si no eran rasgos de propietario celoso de sus derechos,

¿qué significaban la frialdad repentina que me demostraba a mí, el no dirigirme la palabra en la mesa, el concederme sólo pocas, humillantes y secas frases, citando antes puede decirse que sólo charlaba conmigo? Mi posición en la casa, durante la feroz quincena, llegó a ser depresiva, análoga a la de un pariente sostenido por caridad, o de un importuno tácitamente despachado a cada momento, y que no acaba de entender las indirectas. Aquella tirantez debieron de percibirla hasta los criados, aunque eran dos ejemplares célticos traídos del riñón de Galicia, que a duras penas empezaban a desasnarse, cuanto más a leer en el alma de sus amos -lectura que es la borla de doctor de los sirvientes-. Pero la hostilidad y el desdén de mi tío eran tales, que saltaban a los ojos. Notolos Camila Barrientos, y una noche se emancipó hasta embromarme disimuladamente sobre lo celoso que era el tío y lo desagradable que resultaba la posición de un muchacho alojado en casa de un matrimonio. Como yo estaba tan desequilibrado, recuerdo que se me fue la lengua y contesté muy destempladamente a la presunta señorita candorosa. La cual, en vez de formalizarse, me pidió excusas en voz queda, y como yo se las implorase a mi vez, me dijo algo que me preocupó, no sé si porque a la sazón todo me preocupaba.

-Su tío de usted me parece que ha cambiado muchísimo de carácter. Antes era una persona bastante corriente; bromeaba con nosotras, estaba de buen humor, discutía... Ahora parece, o enfermo, o maniático. ¿No se ha fijado usted? Pues fijese: lo notó mamá lo mismo que nosotras.

Camila, al decir esto, apoyaba el dedo en la frente. En idéntico sitio se me clavó a mí la idea sugerida por la señorita: «Efectivamente -pensé- que es raro pasar de la total indiferencia por una mujer, a tales extremos. ¿Estará mi tío lunático?».

Semejante conjetura... ¿lo confesaré? se me presentó desde el primer instante, no negra y fúnebre como debiera, sino en cierto modo grata y consoladora. «Si se vuelve loco, pierde de hecho la soberanía doméstica, la autoridad sobre su mujer, la fuerza moral y el carácter de jefe de familia. Un loco es un ser que carece de alma, y la humanidad racional lo expulsa de su seno. El loco no posee derechos sociales y civiles; el loco no tiene mujer, ni hijos, ni amigos siquiera. Si mi tío se trastorna, el resultado será igual que si se divorciase. El lazo roto queda, y ella sola en el mundo, porque un loco no acompaña, ni presente ni ausente. ¿Habrán un efecto manía?...». La tensión de mi voluntad llegaba a desearlo. ¡Y de ahí a otros deseos va tan poco!

No tardé en dar el paso que me separaba del terreno en que ya se desatan las voliciones y nos arrastran al crimen, pero al crimen mental, típico frecuente en nuestra enervada época. Recuerdo que aquellos días me tentó el diablo a dedicarme a lecturas dramáticas y tempestuosas, de esas que agitan el corazón y anublan la conciencia, y entre ellas se contó una traducción de *Hamlet*, que me produjo efecto muy hondo, induciéndome a comparar la irresolución, la ebullición moral y la inacción física del extraño príncipe de Dinamarca con mis propios sentimientos. Y en medio de la lectura, me hirió de pronto, embargando mis potencias, aquella rara frase: «Cuando acaricio a mi segundo esposo, mato segunda vez al primero». Comprendí entonces que mientras más virtuosa e invencible es una mujer, más fatalmente desea su enamorado la muerte del marido; y vi también, por modo clarísimo, que mi pasión desatada no era sino el odio antiguo a mi tío el hebreo, odio inveterado ya, que había tomado distinta forma, pero que subsistía implacable.

Si el deseo matase como la estricnina, y existiera inoculación por la voluntad, mi tío se hubiese muerto cien veces. A solas, con los codos en la mesa y la frente sostenida entre mis palmas febriles, yo me saciaba del sueño fúnebre, y me entregaba al detestable goce de figurarme a mi tío extendido en el féretro, con los ojos cerrados y las manos cruzadas. La pujanza con que me dominaba este deseo era tal, que nunca ansia amorosa me subyugara así. Si me hubiesen dicho entonces: «Elige entre tu tía vencida, demente, roja de vergüenza y de pasión, o tu tío rígido, yerto, cadáver...», sin vacilar optaría por lo segundo.

Claro es que no se me ocultaba la monstruosidad de la idea. Tanto la comprendía, que ansiando libertarme de la absurda y estéril figuración, solicité más que nunca el trato de Portal, única persona capaz de librarme de mis obsesiones y combatir a los endriagos y vestiglos de la fantasía con las armas de la risa y del ingenio. Desgraciadamente, mi simpático Sancho Panza andaba entonces ocupadísimo, no sólo en la empollación de fin de curso, sino con su otra gran empollación sentimental, la anglomanía que se le había metido en el cuerpo. A pesar de sus alardes de independencia y despreocupación, de asegurar que él tomaba *aquello* con extraordinaria filosofía y tranquilidad, respondo de que si se perdiese mi oportunista, que le buscasen al canto de *Mó*, porque no desperdiciaba coyuntura de estar con ella.

Para ver algunos ratos a Portal fue preciso seguirle a su polo magnético, o sea a casa de los *Mos*. Me empeñé en ser presentado, y no habría transcurrido media hora desde la presentación, cuando percibí lo que mi orensano se guardaba bien de confesar: que el padre de *Mó* era, al mismo tiempo que cabeza de patriarcal familia... *ministro del Señor*, o en lenguaje más llano, clérigo protestante.

¿Por qué se lo tendría tan calladito el camarada? Yo lo había sospechado alguna vez, sin verdadero fundamento, puesto que Luis, al preguntarle las condiciones del *futuro suegro*, invariablemente respondía: «Conste que no voy allí con carácter de yerno... pero el papá de *Mó* es un sujeto apreciableísimo... y la mamá... ¡Ah! Lo que es esa... No he visto nada igual». El cuidado en no especificar la profesión del apreciable sujeto no había dejado de escamarme... Repito que me cercioré de la verdad al poco rato de haberme sentado en el sofá del señor Baldwin -que así se llamaba el pastor.

Este tenía el tipo agigantado y pletórico de la pura raza sajona; eran sus patillas del mismo color que la tez, exceptuando la frente, blanca y tersa como la de un niño. En tres años de residencia en Madrid no había logrado amoldar su laringe a la pronunciación española; y ningún inglés de sainete o caricatura dice cosas más grotescas que el señor Baldwin cuando intentaba servirse de nuestro idioma para algo que no fuese gruñir: «*Buons dis... com stá*».

Nadie encontraría explicación satisfactoria al fenómeno de que la comunión evangélica hubiese enviado a tierras apostolizables tan tosco misionero, a no existir la misionera o pastora mistress Baldwin, mujer singular, a quien tuve desde el primer instante por un milagro en su género.

Nada tenía de la inglesa rara, seca y angulosa, tipo convencional en las letras y en el arte. Muy al contrario. Para pintar a mistress Baldwin fielmente, hay que servirse de los tonos más armoniosos y suaves, las líneas más exquisitas y el más discreto claroscuro. Su rostro poseía esa uniformidad de color que hace tan aristocráticas las cabezas al pastel: sobre su blancura de perla destacábase el gris de acero de los ojos, en los cuales resplandecían algunas chispas áureas al sonreír. Sus facciones finas, pero de grandioso dibujo, expresaban constante afabilidad artificiosa, ya casi natural a fuerza de persistencia. Vestía con dignidad y decoro sumo: de azul marino o de negro, generalmente de seda, lo cual hacía que al andar o al sentarse su ropa tuviese un crujido muy señoril; llevaba al cuello una cadena de oro de muchas vueltas, sostén de la sabonetilla siempre en hora, reluciente por virtud del uso; y sobre sus cabellos grises del gris polvoriento con que encanecen las rubias, alisados en bandós, usaba una especie de platito de encaje blanco, nítido de limpieza, planchado tonto una servilleta y que acentuaba el óvalo algo ajado, pero de contorno puro, de su faz.

Desde que se entraba en la esfera de aquella mujer de tan distinguido continente, era imposible no ver en ella el punto matemático donde todos los radios tenían que converger y unirse. Su marido, hombrachón que la hubiera pulverizado de una guantada; sus hijos, alguno de ellos ya con veinte años y un aspecto de vigor para dar envidia a la raquítica raza española; sus hijas, entre las cuales descollaba *Mó*; sus tertulianos, y... es preciso decirlo de una vez, sus feligreses, sus ovejas, marchaban a paso redoblado por la ruta que les señalaba la mano prolongada, flexible, adornada con anticuados anillos, de la pastora.

Semejante mujer había nacido para el trono, o, por mejor decir, para cardenal-ministro de un rey absoluto. Rebosaba en ella ese don de mando, esa autoridad encubierta por dulcísimas formas, patrimonio de las abadesas. Su sonrisa y sus modales tan refinadamente adantados encubrían la voluntad más templada y férrea que ha dado nunca de sí la tierra de la perseverancia y del cerrado fanatismo. Bajo las apariencias hercúleas del marido, no había sino un pelele, un muñeco de trapos, que jamás poseyó la energía necesaria para sostener su desairado papel de apóstol de una creencia aborrecible a la inmensa mayoría de los españoles, y que a los mismos descreídos o racionalistas no nos cae en gracia. El señor Baldwin se hubiera largado de España con viento fresco a las primeras de cambio, si no le mantuviese la barra de acero, forrada en piel de guante, que tenía por esposa. Ella, la pastora, era quien se aferraba en hacer reflorar los áureos tiempos de la calle de la Madera durante los años revolucionarios: ella quien ideaba obras pías con fines de propaganda y ediciones de libros catequéticos; ella quien... ¿Pero a dónde voy con reseñar las proezas de la matrona insigne? Todo saldrá en la colada de la ciencia histórica, cuando algún sabio del siglo XXIII escriba otros *Heterodoxos* novísimos. La verdad es que al ver así a mistress Baldwin, recostada en su butaca, apoyados los pies en un cojín, el codo puesto en el velador cargado de álbumes, ilustraciones, revistas y enormes diarios ingleses, era cosa de pensar que aquella señora vivía consagrada exclusivamente a recibir a sus amigos con un *chic* de duquesa anciana.

Cuando entré yo en casa de los pastores, serían las cinco de la tarde. Dispensome la pastora atentísima acogida; y no digo cordial, porque de cordialidad no se trataba allí. Hízome sentar frontero a ella, y me preguntó minuciosamente por mi familia, mis estudios, mis aficiones. Al

saber que me gustaba la música, puso los ojos en blanco, y su cara adquirió expresión beatífica. ¡Oh! ¡La *música*! Luego, al tratarse de mi carrera, elevó otro salmo entusiasta a la ciencia. ¡Oh! ¡La *sciencia*! Después, sonriéndome con una sonrisa que parecía estrenada para mí, me fue enseñando multitud de tesoros que formaban un pequeño museo: hierbajos, algas y conchas recogidas en Australia por ella, y que guardaba prensadas entre hojas de libros: y por último, en tono misterioso y confidencial, apoyó el dedo en la boca, y con el mismo aspecto extático, silabeó: «Van a cantar las niñas».

Cuatro vi acercarse al piano, pero ya entre ellas mis ojos habían distinguido a *Mó*, sin necesidad de seguir la dirección de las miradas de Luis. Hube de confesar interiormente que, respecto a su hermosura, no exageraba el oportunista. Por lo regular nos inclinamos a encontrar defectos físicos en las novias de nuestros amigos, como si así desahogásemos el involuntario despecho que causa la felicidad ajena, la amorosa sobre todo. Pues a pesar de esta tendencia, me vi precisado a reconocer que valía un imperio la señorita *Mó*. Deliciosa mezcla o fusión de los dos tipos paterno y materno, atestiguaba a la vez la fidelidad y legalidad de la pastora y las ventajas del cruzamiento entre sajones y normandos para la selección sexual. El color, la frescura de amanecer, la plasticidad del tipo, procedían indudablemente del pastor, que allá en sus verdes años sería un mocetón como un roble; y la finura de los rasgos, la distinción y pulcritud, de la madre. Sus ojos eran los de la pastora, ya acerados y dominadores, bañados aún en el fluido amoroso de la juventud. Por lo demás, Portal la había fotografiado: era exactísimo lo del oro del pelo, casi ceniza, lo de la blancura, y hasta lo de los hoyos tentadores que se dibujaban, a cada jugueteo del reír, en las mejillas tersas, aterciopeladas por el vello de un cutis del Norte, que aún no lograra curtir el recio clima continental de la metrópoli española.

Semejante pedazo de hembra explicaba todos los desvaríos en que pudiese caer el más escéptico y sesudo de los mortales. Si a los dones naturales reunía la señorita *Mó* aquella sorprendente cultura de que mi amigo hablaba siempre, no se podía negar que Luis, al descubrir la joya británica, había tenido un hallazgo. Involuntariamente me sentí penetrado de consideración hacia Portal; convine en que aquel mozo había sabido desenterrar la gran mujer, y justifiqué sus hipérboles y su jactancia.

Al pronto, la casa de los *Mos* me causó la misma impresión favorable, por su aspecto de orden y bienestar. La familia Baldwin había elegido una calle aseada y tranquila, sin malos olores de mercados y tiendas, ni estrépito de coches; desde sus ventanas se recreaba la vista en el arbolado de un jardín fronterizo, ventaja inestimable en Madrid; en su saloncito los muebles eran prácticos y cómodos; había libros, grabados, flores; la familia aparecía limpia, sociable, disciplinada... Mi respeto hacia el pesquis de Luis se acrecentó, y a hurtadillas le dirigí un guiño que en nuestra charla familiar se traduciría así: «¡Al pelo!».

Mas transcurridos los primeros instantes, después de haber visto y admirado los tesoros botánicos y zoológicos de la pastora, cuando las niñas se llegaron al piano para cantar, recordé que Luis me había ensalzado a su *Mó* como a «la mujer del porvenir», hembra superior al nivel general de su sexo, libre de preocupaciones enfermizas; varonil en el mejor sentido de la palabra, que es el que implica fuerza, entendimiento y resolución. Hablo, por supuesto, poniéndome en

lugar de Luis; pues quien haya seguido el desarrollo de mi vida afectiva al través de estas páginas, comprenderá de sobra que no prefiero tal clase de mujer, sino que estoy por *la otra*, la del pasado, la que por espacio de diecinueve siglos ha venido siendo el ideal de la humanidad; la que en cierto modo ya lo era antes, pues sus rasgos esenciales difieren poco de los que trazaba Salomón en un bosquejo que no se ha borrado de la memoria humana. Pero aunque no me fuese posible aceptar más tipo femenino que el que cifraba Carmen, colocándome en el punto de vista de mi amigo, era capaz de discernir si *Mó* realizaba aquel prodigio de la sociedad futura: la *mujer nueva*.

Si lo realizaba, no tardaría ella en manifestarlo, y en percibirlo yo. La seguí atentamente con los ojos cuando se acercaba al piano, a fin de acompañar a Alicia, su hermana segunda, que representaba de catorce a quince años, y llevaba todavía suelto y colgando el hermoso cabello semialbino. La chica perfiló una canción inglesa, que es tanto como decir sosa y agria, cuya letra sentimental trataba -a lo que pude advertir- de un niño huérfano, abandonado por ciertos tíos muy crueles, que pide limosna, y acaba por quedarse tiesecito entre la nieve una noche de *Christmas*, a la puerta de un palacio donde se celebra espléndido festín. Acabada la tonadilla, sustituyó a Alicia su hermana Beth o Elizabeth, entonando otra canción no menos insulsa, sólo que en ella no se trataba de niño huérfano, sino de la aspiración del alma que quiere tener alas para volar a la gloria, a la verita de los querubines. «*Wings!* -mayaba la chiquilla-. *Wings... my God... wings!*».

Pensé que después de la segunda cantata no nos diesen más música, pero engañeme, porque inmediatamente salió al redondel un chiquitín, Edward, de calcetines cortos, pierna al aire y guedeja blonda, el cual nos regaló (ni al diablo se le ocurre) el terceto de *los ratas* en la *Gran Vía*. ¡El terceto de *los ratas*! ¡Quién imaginara verlo salir de labios de aquel angelito, nacido en la quinta parte del mundo, pues Edward era australiano!

No se había acabado el catálogo de las sorpresas: así que hubo cantado y representado el Benjamín, veo que se levanta la pastora, elige un cuaderno de música y se arrima al piano, rodeada de sus hijas, sin que faltase del corro el australiano. Calose la pastora las galas de oro: quitose delicadamente sus mitones de seda, que puso, bien doblados, sobre el velador; y contrayendo las cejas y apretando los labios como quien ejecuta una acción importante y absorbente, y acompañándose ella misma, rompió a entonar un cántico religioso, en que andaban como por su casa las *souls* y los *sins* (no pude entender más del texto). Al concluir la primer estrofa, toda la familia, agrupada en torno del instrumento, coreó el estribillo, y el mismo reverendo Baldwin, acercándose, poniendo su diestra sobre la cubierta del piano, arqueando su poderoso y elefantino esternón, sostuvo con voz becerril los agrios falsetes de las muchachas. Miré a la cara de la pastora, y también a *Mó*. De los semblantes de las dos mujeres se había borrado la expresión habitual, en la una fina e insinuante, en la otra alegre y juvenil, sustituyéndolas -especialmente en la madre- cierta exaltación sombría y dura, como se nota en los personajes de algunos cuadros de martirio. Volvíme a fin de ver qué gesto pondría Luis, y observé que estaba medio en sombra y con la cara vuelta.

Acabado por fin el concierto, nos brindaron una taza de té excelente, acompañada de una copa de Jerez y de ciertas golosinas que, si no recuerdo mal, se llaman *cracknells*. Me convidaron a que volviese, a que frecuentase la casa, y la pastora sobre todo me dijo con sorprendente cortesía: «¡Oh! ¡Oh! Creemos que usted no dejará de venir a vernos de cuando en cuando...».

Al salir murmuré casi al oído de Portal:

-Esta gente será buenísima, todo lo que gustes; pero, vamos, que en devoción no se quedan atrás de la tití. A mí me huelen más a sacristía: te lo advierto.

-Ya sabes -respondió mi atraigo secamente- que los protestantes observan y practican su religión. No son como nosotros.

-¿Lo dices en son de alabanza?

-Sí y no -repuso un poco amostazado-. Sobre eso habría mucho que hablar.

-¿Y por qué tu *Mó*, esa señorita tan ilustrada, les deja a sus hermanos cantar adefesios?

-¡Qué sé yo! -exclamó el oportunista-. ¡Qué importa! Vamos, ¿qué tal? ¿No es guapa?

-De primera. Eso no puedo negártelo.

- VIII -

Y entretanto, ¿qué hacía la tití? ¡Ay! es lo único que aliviaba mi rabioso tormento: sufrir, sufrir probablemente cien veces más que yo. Sorprendida y arrollada por la repentina asiduidad del esposo, doblaba el cuello; pero se desmejoraba, demacrábase su faz, y sus ojos relucían, como ascuas atizadas por la fiebre, detrás de los negruzcos párpados. Cualquier indiferente pensaría, al mirarla: «Esta mujer está enferma. Peligra si no se cuida».

Ocurrióseme un día hacer lo que nunca hiciera: seguirla cuando fuese por la mañana a sus devociones. No sospechando que la atisbaba nadie, de fijo que se entregaría libremente a aquella pena, único alivio de las mías propias. Puse por obra mi resolución. Dejando clases y dejándolo todo (¡qué me importaban las clases! ¡qué me importaba cosa alguna!), me aposté en la esquina para aguardar a que saliese Carmen. La vi aparecer, devocionario en mano, rosario en muñeca, velo de blonda a la cara, no sé si por modestia o porque el eterno instinto de coquetería de la mujer la enseña a entrecubrir el rostro cuando en él asoman los estragos de la pena o de la edad. Iba con paso ligero, como persona deseosa de hacer ejercicio y respirar aire sano. Por la calle de

Jorge Juan hacia la plaza de Colón, y desde allí, con gran sorpresa mía, en vez de tomar hacia el Prado para dirigirse a las Pascualas, subió por la ronda de Recoletos. Diríase que, más que iglesia y oraciones, necesitaba esparcimiento; soledad, un paseo agitado, que le infundiese la ilusión de cierta libertad momentánea. Iba aprisa, tan aprisa, que el seguirla me costaba trabajo. Corría lo mismo que si huyese de sí propia, o de algún perseguidor. No de mí; ni me había visto, ni me evitaría aunque me viese: al menos tal era mi convicción íntima.

Al final de la ronda dudó un instante qué dirección tomaría; por fin, describiendo con viveza un arco de círculo, se metió por la luenga calle de Minagro. «¡Cosa más rara! -discurría yo-. Lo que es por aquí, no habrá ninguna iglesia de las que ella suele frecuentar». No la había tampoco en la calle del Cisne, por donde torció hacia Chamberí. Era evidente que aquel correteo insensato ni tenía objeto, ni finalidad, ni cosa que lo valga. Al fin llegó a las inmediaciones de una iglesia; dudó breves instantes, y acabó por no pasar el umbral del templo. Este suceso, insignificante en apariencia, me dio en qué discurrir.

¿No iba a la iglesia? ¿Por qué? ¿Es que no se atrevía a consultar con Dios sus pensamientos? ¿Es que Dios no tenía ya fuerzas para consolarla? ¿Es que la desesperación avasallaba tanto su espíritu, que no le permitía acudir adonde siempre encontraran alivio sus males?

Casualmente la misma tarde se vio mi tío obligado a ir al salón de Conferencias para activar no sé qué intriga y Carmen se quedó en casa. Por no infundirla recelo, yo también salí, pero volví al cuarto de hora. Llamé despacito, a fin de que ella no prestase atención al campanilleo. Entré haciendo el menor ruido posible hasta su cuarto, y la sorprendí como deseaba.

Sentada, o, por mejor decir, caída en el diván; con la labor abandonada sobre el regazo; la cesta de los ovillos de lana a sus pies; las manos cruzadas y casi crispadas en torno de las rodillas; los ojos enturbiados por el dolor; la boca contraída en amargo pliegue; los pies juntos, como si cansados de recorrer penosos caminos, aspirasen a inacción eterna... así la encontré. Yo había entrado sin que me viera, y pude considerarla buen rato. Al fin, no sé si el magnetismo con que la mirada llama por la mirada, u otra causa inexplicable, la avisó de mi presencia: se estremeció, se puso en pie, y sin decir palabra me dejó acercarme.

Cuando me vio a su lado, súbitamente, adoptando una resolución, pronunció algo semejante a lo que leerán ustedes:

-Oye, Salustio: voy a pedirte un favor por Dios y por lo que más quieras. Que no hagas estas tonterías de acecharme y de seguirme. Tú llevarás la mejor intención del mundo; pero confiesa que es una conducta rara... y, sobre todo, que me haces mucho daño, creyendo hacerme bien; que me angustias. Te lo repito: me afliges, me agobias, me mortificas atrocemente. Si es eso lo que te propones...

-Carmen -le contesté con no menor vehemencia, y nombrándola, acaso por primera vez, sin el diminutivo regional-: tú ves visiones, y quieres hacérmelas ver a mí. Ni te molesta el interés

que te demuestro, ni ese es el camino. Al contrario, te agrada: es lo único que te consuela. Y como te consuela y te agrada, pobre mártir, por eso, cabalmente por eso, tienes escrúpulos de una compensación tan insignificante, y has determinado privarte de ella. Lo sé, lo sé, lo adivino...

-Pues adivinas tonterías, y no sabes lo que te dices -contestó ella briosamente, muy nerviosa y accionando como si fuese a pegarme-. Ni hay tal alivio, ni tal compensación, ni absolutamente nada de eso. El llamarme mártir es un romanticismo bobo. Hazme el obsequio de decirme en qué soy mártir. ¡Mártir, mártir! ¡A cualquier cosa llaman martirio! ¡Qué ridiculez!

Bajo el influjo de su exaltación, accionaba, sus mejillas se arrebatan, llenábanse sus ojos de reprimidas lágrimas. Pero yo no me arredré; comprendí lo crítico de la situación, lo campal de la batalla, y que la misma cólera de mi tía daba un mentís a sus afirmaciones. Conocí que estaba la señora de Unceta en uno de esos momentos en que el sentimiento hierve y se desborda, y en que se puede sacar partido de la fermentación del alma. Si yo me hallase enteramente dueño de mí, tranquilo y frío, a no dudarlo, tenía asegurada la mejor parte en la lucha; pero lo malo es que yo también empezaba a hervir. Mi sangre bullía, mi lengua no acertaba a dar forma a los pensamientos.

-Tití, cálmate -le dije-. Razonemos. No me niegues que tu vida es un martirio... Mira que yo, con esta manía de acecharte, sé mejor que tú misma lo que te pasa. Te he seguido día por día. ¡Como que no pienso en otra cosa, y que a eso aplico todo mi conato!

-Muy mal hecho -arguyó la tití llorando casi.

-Muy mal, convenido, como quieras... detestablemente... pero es así. Desde el Tejo, desde tu conferencia con el fraile... ya ves que te lo confieso sin ambages ningunos... desde el Tejo, no he perdido ripio. He visto la paciencia valerosa de los primeros días... y la procesión que andaba por adentro; que andaba, señora, no me lo oculte usted. Después la alegría de la emancipación, cuando... cuando se... aflojaron... ciertos nudos. ¡Ay, tití! ¡Qué alegre y qué guapa te habías puesto entonces! ¿A que no me lo confiesas? Y luego... *lo de ahora*... la calentura, la quina que tragas, lo que te consumes allá en tu interior... No, déjame acabar, que lee de decírtelo. ¿Conque no es esto suplicio, y suplicio cruel? ¿O los martirios sólo consisten en aquellas salvajadas que cuenta el Año Cristiano, los potros y los ecúleos, y los garfios de hierro que arrancan las costillas? ¡Carmen, Carmen! A otros engañarás, a mí no. No sólo eres mártir, sino que eres santa, y a los santos...

Completé la frase con la acción; me incliné, y cogiendo a bulto, por donde pude, la bata de mi tía, la besé. Ella se echó atrás con violencia, y gritó saltándosele las lágrimas:

-Como vuelvas a decir ni a hacer bobadas así... o me voy de casa, o digo a mi marido que te ponga en la calle. Me estás molestando, pero de verdad, con tus consuelos, y tus novelerías, y tus comedias. Si me llamas santa otra vez, créelo, no te dirijo la palabra en mi vida, suponiendo que te mofas de mí descaradamente. ¡Cuidado con mi santidad! ¿Y quién te mete a ti a hablar de santos? Tú tienes unas ideas religiosas... así, nada más que medianas; lo que es de santos,

confiesa que no entiendes ni pizca. Vaya que si yo fuese santa... ¿para qué quería más? ¡Pues ya me había caído el premio gordo! ¡Santa! Me daría por contenta con ser buena, sin añadiduras. Tú no has leído vidas de santas ni de santos. Lo menos que hicieron fue dejarse cortar la cabeza o asar en las parrillas (al decir esto, se rió nerviosamente). ¿Crees tú que se contentaron con morir, y que por esa hombrada sola se fueron al cielo derechos? ¡Anda, anda! La vida de los santos, antes del instante de prueba, había sido ya una serie de méritos. No habían aborrecido a nadie; habían dominado constantemente sus pasiones, y habían vivido como ángeles. Y yo...

-Y tú te juntas al que aborreces -interrumpí-, y tú te alejas del que... te es simpático... y tú trituras tus pasiones como la santa más pintada. No me vengas con santas a mí... Ninguna hizo más que tú.

-¡Ave María, qué barbaridad! -exclamó sinceramente-. Si no estuviese tan incomodada por tus desatinos, ahora me reía a carcajadas yo. Hay para estarse riendo un año (y al decir esto se le soltó una lágrima gruesa, rápida y de esa bonita forma de perla que tienen las de las imágenes). Te digo que sí, que a carcajadas me reía, hombre. Las santas que siendo reinas se fueron a los hospitales a cuidar enfermos asquerosos; las santas que andaban llenas de cilicios que les hacían llagas y costras; las santas que comían diariamente un mendrugo de pan o unas hierbas cocidas y mezcladas con ceniza... ¡Hijo! No me salgas con simplezas; soy una pecadora... y esta conversación es ociosa y tontísima. No viene al caso que la llevemos más adelante.

Sentí una revolución en mi ser. No me reprimo en aquel instante si me ofrecen la gloria. Estábamos solos en la casa, porque los criados hallábanse reclusos en la cocina, al extremo del largo pasillo. Comprendí que rara vez vería a mi tití tan fuera de su reserva acostumbrada; o, mejor dicho, no reflexioné sobre el caso, sino que me dejé llevar del instinto, el más seguro consejero en guerra y en amor, y atacué a la pobrecilla con este inesperado ardid:

-Pues ya que te empeñas... pecadora serás. Si es pecado lo que se hace contra toda voluntad, lo que nos impone una fuerza superior a nosotros mismos... entonces, pecadora eres, a pesar de tus buenos propósitos.

Alzó la cabeza y me miró con inquietud y ansiedad.

-¿Que te repugna tu esposo? (osadamente). ¿Que no le puedes sufrir? Pues más mérito si le sufres. ¿Que mi compañía te presta... alguna distracción... o algún consuelo? Pues más mérito... más mérito si huyes de mí, y no me permites que me acerque, y ahora mismo te desvías y te arrinconas en el diván para no tocarme ni al pelo de la ropa. ¡Santa, santiña! También para ti hay tentación y corona... No todos los cilicios son de cerdas, ni es el pan duro y las hierbas sin sal la comida que peor sabe... ¿Verdad, Carmiña? ¿Verdad? Di que sí.

Articulé estas últimas palabras en voz baja, y con ese tono ahogado, que ni se finge, ni se oye impunemente. Fascinada por el mismo terror que la causaban sus impresiones, mi tití calló, volviendo el rostro. Así permaneció un momento, que yo aproveché para asir otra vez su vestido

(no me atreví a las manos) y besarlo con tal unción, que ella gritó como si la mordiese en su carne:

-¡Salustio! ¡Salustio!... De vergüenza estoy que no sé lo que me pasa... O te vas, o salgo a la ventana y grito... Te digo que te vayas... y, también que no vuelvas a hablarme en tu vida de semejantes cosas... Es lo más ridículo y lo más bochornoso... Pero tú ¿qué te has figurado? Hasta me tiembla la voz... ¿No comprendes que es una cobardía muy grande meterse con quien no tiene defensa?... ¡Cobarde! No me importa que te parezca mal... Y mira, con verte tan inconveniente me crezco yo... Ahora te digo que vas a irte por la posta.

Yo me había corrido algo en aquella extraña conversación. No podía retroceder; no había términos hábiles. Además, mi sangre, mi cabeza, mi corazón, eran cráteres furiosos. No contesté, pero mi mismo silencio me dio fuerzas para sujetarla por la ropa y cogerla con dulce violencia las manecitas contra las cuales apoyé mis mejillas ardorosas y mis ojos y restregué la frente sintiendo felicidad indecible, balbuciendo sílabas que pretendían, sin conseguirlo, formar palabras. Levanté después la cara y miré a Carmiña sonriendo, enajenado de ventura, sin soltar sus delgadas muñecas. Era mi mirada más elocuente que cuantas declaraciones pudiesen dirigirse a una mujer. Mi tití no necesitaba que yo le dijese lo que sentía; mis ojos, mi actitud, mi turbada voz sobraban para declararme. Hubo un momento en que por el rostro de ella se esparció otra sonrisa tan luminosa como la mía; pero duró muy poco, reemplazándola una expresión de terror vivísima. Sin enfado, sin cólera, en tono suplicante, exclamó:

-Déjame, por Dios. Tengo que arreglarme y bajar a casa de Barrientos.

-No es verdad. Acaban de salir a paseo. Las he visto yo. Estate. Ni te toco, ni te sujeto (y al decir esto aflojé las manos). Quiero convencerte de lo fácil que es matarle a uno de alegría. ¡Yo creo que estoy enfermo ya de... de *esto*...! ¡Ay!, permíteme que respire, porque soy capaz de ahogarme.

Me levanté y di tres o cuatro agitados paseos por el gabinete. Reía y lloraba a un tiempo. El convencimiento de la realidad tanto tiempo sospechada me aturdió, y, a poder, me hubiera alejado de allí como el niño que roba dulces y tiene prisa de huir para comérselos a solas. Mi tía, encogida en el ángulo del diván, escondía la cabeza entre las manos. Lo que para mí era revelación de ventura, constituía para ella el espanto del descubrimiento de un crimen. Ahora veía la mujer fuerte que yo no era meramente el sobrinillo cariñoso y animado, la cara simpática de la familia, sino el *hombre* -aquel ser que la mujer apetece como la materia apetece la forma- el único *hombre* del mundo, porque los demás no tenían existencia real en la esfera del sentimiento... Ahora comprendía que su alma, al huir de los brazos conyugales, donde sólo quedaba el cuerpo inerte, se iba en busca de otra alma, la mía, sin saberlo, y sin permiso de la honrada voluntad. Ahora averiguaba por qué no tenía ánimos para entrar en la iglesia, por qué adelgazaba, por qué sufría, por qué le hacía daño el sonido de las teclas al recorrerlas sus dedos, por qué se sentía tan nerviosa, tan alterada y tan... así... cuando la mujer buena ha de poseer un espíritu apacible, respirar placidez y serenidad, y dejar las crispaciones y las borrascas para las conciencias culpables y los corazones manchados e infieles...

En medio de mi alteración adiviné todo esto. El respeto, la lástima, el cariño delirante, me dictaron la línea de conducta más discreta con semejante mujer y en situación tal. Y fue acercarme a ella y decirla:

-Carmiña, ya me voy... Salgo de casa. No quiero que tengas por mí ni un minuto de contrariedad. No te pregunto nada. Sé cuanto me importaba saber. Ahora no te acecho más. Soy para ti como un hermano... ¿lo oyes? Quitá esas manos de la cara, y déjame que te vea... que ya me marcho.

Separó las manos y apareció con los ojos secos, asombrados, mortalmente pálida. Pero al verme sonreír y dirigirme hacia la puerta, su mirada fue calmándose y destellando luz.

- IX -

Hay coincidencias. Quien lo niegue desconoce el juego variadísimo y complicado de la vida sentimental; quien lo niegue vegeta, o, mejor dicho, deja cristalizarse con regularidad, por el proceso mineralógico, los casos que en su existencia puedan presentarse.

Al otro día de la fecha, memorable para mí, de la que en novelesco estilo se llamaría *la escena del diván*, entró mi tío a la hora del almuerzo, teniendo en las manos una carta: y al desplegarla, dijo con tono del que da una rara noticia:

-¿No sabes quién está en Madrid, aquí mismo?

Carmiña, levantando los ojos que tenía clavados en el mantel, preguntó con la indiferencia del que espera pocas contingencias felices:

-¿Quién?

-El Padre Moreno.

¡Que si le hizo eco la nueva! Una impresión fulminante. Saltó en la silla y exclamó con voz entrecortada de júbilo:

-¿Que está... aquí? ¿Desde cuándo? ¿Y por qué no vino a vernos ya?

-Pues está hace dos días...; pero toma, entérate de la carta, y verás en qué consiste que no haya venido.

Tití se apoderó del papel, con esa trepidación de la mano y esa rapidez de movimiento que delatan la sacudida eléctrica del espíritu. Leyó para sí prontamente, interrumpiendo la lectora con frecuentes exclamaciones. «¡Ay, Jesús! ¡Y yo que no sabía nada! ¡Pues el Padre no me había escrito ni esto! ¡Ave María Purísima! ¡Qué decidido! ¡Ay, pobre!... Cojo el velo y allí me voy. ¿Vienes, Felipe?

-Ve tú ahora -dijo el marido demostrando que no le seducía la excursión-. Yo iré por la tarde, o mañana. No estoy vestido, y tengo que contestar una carta muy larga a Castro Mera.

-¿Pero qué le sucede al Padre? -interrogué con curiosidad-. ¿Puede saberse? Sentiré que sea cosa desagradable o mala.

-Cosa mala sí... ¡Vaya si es mala! -exclamó con su acostumbrada vehemencia mi tía-. Y una cosa que yo se la estaba profetizando siempre. Me lo sacan de Marruecos, un clima tan caliente, y lo meten allá en Compostela a aguantar humedades y fríos. Lo natural; ha cogido una enfermedad que lo ha doblado, y se ha tenido que ir a Andalucía en busca de mejor temperatura. Y apenas llega a Andalucía, ve que el mal es más grave de lo que pensó, y tiene que venirse aquí a que le hagan una operación, probablemente dolorosa. ¿Y sabes dónde se encuentra? En San Carlos. Tiene allí un amigo, el médico Sánchez del Arroyo. Hay que ir a verle sin tardanza. Su carta es alarmante; se conoce que el Padre está aprensivo. Pues él poca aprensión acostumbraba gastar... Era valiente como él solo. Para que se asuste y diga que va a morir... Allá me voy sin más.

-Almuerza primero -advirtió su marido.

¡Valiente almuerzo! En el comedero de un pájaro cabría. Antes de los postres se levantó, y a poco rato volvió a presentarse vestida de mañana, con aquel sencillo trajecito negro y aquel velo de blonda que yo conocía tan bien. Entró como indecisa, apoyándose en la sombrilla de tafetán tornasol y sacudiendo los guantes, que no se había calzado aún. Miró a su marido y le hizo una seña, llevándosele a un rincón para decirle algo muy reservado. Por discreción me aparté, pero no tanto que no viese el gesto indefinible que acostumbraba a hacer mi tío cuando se veía obligado a gastos que no figuraban en su presupuesto. La tití no tardó, sin embargo, en deslizar en su bolsillo un bullete dado por el esposo.

Por la tarde aproveché las pocas horas que tenía libres, yéndome también a San Carlos. Quiso la casualidad que al doctorcillo Saúco le tocase aquel día hacer guardia, pues era uno de los seis profesores que turnan en la asistencia del hospital. Mi paisano manifestó gran alegría al verme y se empeñó en hacerme cumplidamente los honores de la casa.

-Es precioso que veas las clínicas, y los baños, y el museo, y el paraninfo, con el techo de Padró... Mira, tu fraile no está en ninguna clínica, ya lo supondrás: le hemos dado el cuarto que

se reserva para los enfermos de campanillas. Es un fraile muy tratable; ya nos hemos hecho tan amigos en las pocas horas que hace que le conozco. Sube... es por aquí al final de este pasillo, antes de la balconada... ¿Se puede entrar?... Que sí... Pasa, hombre.

Pasé, en efecto, y el fraile, al ver entrar a una visita, se incorporó trabajosamente en la butaca.

A un mismo tiempo veía yo dos figuras, y las dos eran del Padre Moreno; pero ¡cuán diferentes! La primera, la que yo había conocido en el Tejo pocos meses antes: aquel fraile moreno, tostado por el sol de África, de brillantes ojos, cetrina tez, vigorosas proporciones, negro pelo, cuello robusto, voz timbrada y viril, fuertes músculos, viva complexión y ánimo arriesgado y pronto. Y la segunda, la actual, un hombre amarillo como los cirios, consumido, de ojos pálidos, de mejillas hundidas, en que la descuidada barba tendía una triste pincelada azul, negruzca a trechos; de cabello que casi se había vuelto gris y donde ya no se destacaba con energía la tonsura; de manos enflaquecidas, de labios sumidos, de encorvado dorso.

Daba dolor ver así a Aben Jusuf. Creo que si le encuentro en la calle no le conozco: tanto le había envejecido y desemblantado el mal. Él, en cambio, me reconoció a pesar de mis barbas, y con voz que intentaba ser como la de otros tiempos, me saludo:

-¡Hola!... Felices, don Salustio... ¿Conque también usted viene a ver a este pobre fraile?

-¡Vaya! -me apresuré a decir medio abrazándole- y con mucho gusto. Vía sabe usted que se le quiere, Padre Moreno, y que tiene en mí un amigo de verdad. He sentido bastante saber que está usted malo. ¿Cómo se encuentra? ¿Qué es ello?

Con un rezago de su antigua marcialidad, me contestó Aben Jusuf:

-¿Que qué tengo? Hijo, poca cosa... Una pierna que casi no sé si es de mi cuerpo o del ajeno. ¡Una pierna que tal vez sea preciso... rsss! o ¡ssrrr!

Hizo el ademán del que saja con un bisturí y del que sierra con un serrucho. Yo protesté, estremeciéndome como si fuese a sufrir la cruenta operación.

-Vamos, Padre... Valdrá más el ruido que las nueces. En diciendo que le reconocen y que le ponen unas hilas... ya está usted dado de alta.

-Bien, bien; eso se verá... y eso es lo que menos importa. Dios sabe lo que ha de hacer conmigo.

-¿No le decíamos todos -interrumpí regañando- allá en la Ullosa, ¿se acuerda?, que no le convenía el clima de Compostela? Aquella humedad, aquel frío... ¡Para un moro!

-Mire usted, caballero Salustio... lo que más conviene es hacer lo que se debe. Créalo... ¿Me ve usted en este estado, con la pierna así y con esta cara que parece que acaban de desenterrarme? Pues no me hallo descontento, ni cosa que lo valga. En todas partes se pueden coger enfermedades... ¿No le parece lo mismo? En todas. Los males vienen pronto. Paciencia. Diga -añadió haciendo un esfuerzo y señalando hacia la mesilla colocada a su lado-: ¿quiere un buen habano? No tenga reparo en aceptar, que casi puede decirse que fuma usted de lo suyo. El doctor Saúco ya tuvo la amabilidad de aceptar uno, y lo alabó.

Volví la cabeza y vi el cajón abierto, con falta de dos puros no más, con sus ataduritas de los colores nacionales, y comprendí para qué objeto le había pedido cuartos Carmiña a su esposo.

-Padre Moreno -respondí-, yo no le puedo dar cigarros, porque soy un estudiantillo que no se permite esos lujos; pero algo haré por usted. Vendré aquí a menudo; y si necesita que le velen o que le acompañen, me ofrezco a todo.

-Mil gracias. Aquí me atienden perfectamente. Ningún enfermo con familia se puede alabar de mejor asistencia. Sólo el doctor Saúco, que me abandona... Me mata de sed.

-¿No quiere usted admitir favores míos? -exclamé un tanto molestado por el tono en que se expresaba el fraile.

-Al contrario. Los quiero admitir, sí. Y tanto los quiero admitir... que he de pedirle uno muy gordo.

-¿De qué se trata?

-Ya hablaremos, ya hablaremos -respondió él mordiendo la punta del puro y disponiéndose a prenderle fuego.

Saúco, entendiendo a media palabra, se acercó al fraile, y señalando a un frasquito:

-Ahí queda la poción... No se olvide usted de tomarla a cada cuarto de hora...

Nos dejó libres, y entonces el fraile se preparó a hablar, echando una lenta y golosa chupada.

-Y ese favor que quiere pedirme... sepamos... ¿está en mi mano hacerlo?

-Claro que está. De otro modo no se lo pediría.

-Sepamos con qué se come el favor.

-Pues... No crea que mi enfermedad está en la lengua. Hablo más claro que nunca. Lo diré en dos palabras. Con cualquier pretexto... queda a cargo de usted el inventarlo; y sin dilación ninguna... Yo le ruego... que se marche de casa de su tío, a una posada.

Me quedé suspenso, mudo, sin saber qué contestar ni qué cara poner.

-Se lo suplico a usted, caballero -insistió el fraile-. Ya ve usted cómo han puesto sus achaques al Padre Moreno, para que llegue a suplicar estas cosas. Que si yo estuviese en mi estado normal, pudiendo andar con mis piernas y servirme de mis brazos... no le pediría a usted... ¡Caramelo! ¡Qué había de pedir!

Incorporose en la silla, olvidado de su padecimiento, transfigurado, echando chispas. Desde que había empezado el corto diálogo, animárase gradualmente; sus pómulos de cera dejaran transparentar la infusión de la sangre, y me pareció verle restaurado a su pristino ser, arrogante, fiero, intrépido, como en sus tiempos mejores.

-Padre... -murmuré-. Poco a poco... Eso que me indica no es tan fácil de hacer como usted tal vez cree; y me parece a mí que, cuando menos, tengo el derecho de preguntar: ¿por qué se me pide que dé ese paso?

-Pues yo tengo el derecho de no contestarle -respondió el Padre, sosteniendo aún su repentina animación-; pero no quiero hacer uso de él, y respondo sin ambages, categóricamente, con arreglo a mi genio y a mi tipo. Deseo que salga usted de casa de don Felipe, porque no debió entrar en ella nunca; porque si está aquí el hijo de mi padre, no se comete semejante pifia; porque a su tío le cegó el buen deseo... o la idea de ahorrar unos ochavos... cuando discurrió la incongruencia de que usted viviese a mesa y mantel con un matrimonio joven... o nuevo, o como se le antoje llamarle; y porque en todo este arreglo de vida familiar, ha habido poca prudencia y tacto y ninguna sal en la mollera, y, es tiempo de poner coto a semejantes chapucerías.

Dijo esto el Padre con tono cada vez más coercitivo; pero de repente le vi palidecer, llevarse la mano al muslo y derrumbarse en el sillón, exhalando un gemido sordo.

-¡Ay... ay... Moreno, Moreno! -pronunció hablando consigo mismo-: Moreno, ¡qué echadito que estás a perder! Hijo, eres una pura plasta... Salustio, ¿quiere usted pasarme ese vaso de agua o de porquería, que está ahí? ¿La cucharita? Apuremos esta pócima.

Hice lo que me pedía; tomó el remedio, y recostó la cabeza sobre el almohadillado del respaldo. Así que dio señales de reanimarse, anudé la desatada conversación:

-Padre... usted comprende que yo no puedo salir ahora de casa de mis tíos. Llamaría la atención. Los exámenes se acercan; estamos a las puertas de junio...

El Padre me miró con leve expresión burlona.

-No entre usted a examen. Se lo aconseja Silvestre Moreno. Lo que es este año... perdigón, como dicen ustedes.

No dejó de amoscarme aquella ironía y aquel afán de meterse en lo que, a mi entender, ni le iba ni le venía al fraile moro.

-Hablemos con calma, Padre -dije resueltamente-. Usted, con ese ruego o, mejor dicho, esa orden de despejar el terreno que me está dando, parece suponer cosas que... vamos... pueden redundar en ofensa de Carmen.

-De la señora de su tío de usted.

-Bien, de la señora de mi tío... Como usted guste. Hablemos clarito, sin circunloquios ni reservas mentales. A mí no me duelen prendas. Hace un año próximamente que nos hemos conocido... ¿verdad? y aquel mismo día conocí yo también a la señorita de Aldao. A un tiempo supimos usted y yo que ella se casaba sin amor y hasta con repugnancia verdadera; y al saberlo... usted, Padre, aprobó... y yo desaprobé y protesté, y lo dije. ¿Se acuerda de nuestra conversación, la tarde de la boda, en el soto del Tejo, cuando usted rezaba sus horas tan pacífico y yo casi lloraba? ¿Sí o no? ¿Se acuerda?

-Sí señor... me acuerdo... -contestó el fraile-. ¿Y a qué viene recordármelo?

-¿A qué? Yo aseguraba que aún teníamos medio de deshacer la boda; profetizaba que era un desatino, pero gordo... y usted me mandó a paseo... y me dijo que tenía una jumerera. ¿Es verdad, o no es verdad?

-Como el Evangelio. Y la tenía usted; sólo que por lo patético y lo fino.

-Bueno: el asunto es que usted no hizo maldito caso de mis presentimientos. Ha pasado un año, y en él ha perdido usted de vista a Carmiña. Vuelve a encontrarla... y como yo se lo pronostiqué: desgraciada, triste, enferma de repulsión... ¡y ahora el Padre no querrá confesar que me sobraba razón por cima de los pelos!

-Lo que oigo -gritó el fraile ya montado en cólera- me da ganas de enviar al rábano la pata mala, y levantarme y hacer con usted una atrocidad. Todo es puro desatino y absurdos sin ningún fundamento: perdone usted si me expreso con tanta claridad... ¿Carmen desgraciada? ¿Y por qué? Va usted a descifrar ese enigma. ¿En qué la falta su esposo? ¿Qué motivos razonables de disgusto la da? ¿No la quiere, no la acompaña? ¿No la trata bien, según su carácter, que cada cual tenemos el nuestro? ¿Qué plato la ha tirado a la cabeza? ¡Me indignan -y repito que pido a usted excusas si la forma es ruda y poco parlamentaria- las alharacas con que usted me viene!

-Y a mí me indigna su modo de sentir y de pensar de usted, Padre -repliqué no menos airado que el moro-. ¿De modo que en no tirando platos ni solfeando con una tranca, ni trayéndose a casa una pindonga, ya no tiene derecho a quejarse una mujer como Carmen Aldao? ¿Lo cree

usted de buena fe? ¿Se atrevería a jurar que no es indispensable en el matrimonio la paridad y la simpatía de las almas, el cariño mutuo, todo lo que allí falta y faltará siempre? ¿Piensa usted que una mujer elevada, sincera, efusiva, amante, puede resignarse a vivir con un hombre sórdido, bajo, inmoral e intrigante, esclavo de la materia? ¿Es así? Según el criterio de usted, en extendiendo los dedos y refunfuñando cuatro palabras en latín, las incompatibilidades más profundas desaparecen, y los espíritus se asimilan y se funden por ensalmo? Una bendición... y acabose todo. ¿Ya no hay más?

-Y para usted -replicó el Padre, dominándose a fuerza de pulso interior y articulando con voz sonora y profunda- el matrimonio es asunto de mero deleite; en no gustándole el cónyuge a la cónyuge, y viceversa... lazo roto. Dios ha de crear para nuestro uso propio y exclusivo un ser exento de faltas, enteramente conforme al patrón que se traza nuestra fantasía; y si resulta que no es aquello... ¡zas! allá van el sacramento y los deberes al traste. El sensualismo...

Esta palabra cruda y teológica me hirió en el alma, y salté protestando.

-Padre, ustedes los sacerdotes que ejercen en el confesionario, y se han abstenido del trato con mujeres, no distinguen de colores, no ven más que un aspecto de las cosas, y a veces calumnian los sentimientos más nobles y más limpios. Calumnia involuntaria, pero calumnia al fin, y calumnia que irrita a los que nos sentimos inocentes. Usted al parecer me atribuye la suposición de que mi tía no es feliz con su marido porque este no la agrada así... materialmente, en sus condiciones físicas. Lo cual es una enormidad, y ¡no se lo perdono a usted!

-¡Naranjas y piñones! -exclamó el fraile ya fuera de sí-. ¿Conque no hay sensualidad del espíritu ni extravíos de la imaginación? Y, además, a mí no me venga usted con flores retóricas. Yo no comulgo con ruedas de molino. Detrás de esos descontentos que usted supone, habría -si no fuesen fantásticos e inventados por usted- lo que hay en el fondo de todas las cosas de la misma índole: el fuego de la concupiscencia y el aguijón del diablo. Por fortuna nada de eso existe más que en la fantasía de usted. Carmen es feliz con su esposo: todo lo feliz que se puede ser por acá, en este valle de... rabetas: su conciencia y su honor están intactos, y si yo quiero que usted se salga de la casa, no es porque vea en su presencia peligro, sino porque puede verlo el mundo, y la fama con un soplo se enturbia. Usted, que me recordaba hace poco nuestra conversación en el soto del Tejo, ¿se acuerda también de lo que tratamos en la Ullosa? Me parece que le dije que no le tendría por hombre honrado si se acercaba de una manera sospechosa a la mujer de su tío.

¿Por qué me escocieron tanto estas palabras del fraile? ¿Es que veía surgir formidable obstáculo, no al logro de mis deseos, pues yo no los fijaba en cosa concreta, sino a mi reciente y deliciosa plenitud de felicidad ideal? No lo sé. Sólo afirmo que sus palabras me encresparon, y que en un arranque de independencia y rebeldía, determinado a echarlo todo a rodar, exclamé:

-Pues, Padre, tengo el sentimiento de decirle lo que no le he dicho hasta la fecha. Que es usted para mí una persona respetabilísima, apreciable como pocas, simpática, digna; que estoy convencido de ello y que lo repetiré en todas partes; pero de ahí a que yo le tome por doctor

infalible en cuestiones de moral, va tanto como de aquí a Montevideo. Yo puedo ser honrado a carta cabal, aunque no se lo parezca, y si porque me interesa una mujer que es infeliz -infeliz, infeliz, aunque usted lo niegue- pierdo para usted el prestigio de hombre honrado, juro que me importa un bledo. Vamos a llevar la cuestión al terreno más arduo, para que vea que soy franco y que no me duelen prendas más que a usted. Suponga que, efectivamente, estoy enamorado de mi tía Carmen. Pues esto será una desgracia para mí, y acaso un peligro para ella (ya ve que concedo bastante); pero lo que es a mi honradez... ni le quita ni le pone.

Hice de propósito una pausa, a fin de que la frase siguiente cayese como una piedra sobre el cráneo de Aben Jusuf.

-¡Ni a la de ella tampoco!

¿Quién pintará la metamorfosis que al oír esta última herejía se obró en el semblante del fraile moro? Sus ojos vibraron llamas y fuego, rodando en las órbitas, con todo el brío de sus tiempos mejores las facciones, ya tan acentuadas de suyo, se movieron como si las levantase un cataclismo interior, dibujándose en ellas arrugas profundas y fuertes, rígidas, casi metálicas; en el primer momento, no pudiendo hablar, aspiró desesperadamente el aire, según debe de hacer el que se asfixia. Pero aquella violenta impresión no se derramó en palabras, porque el hombre segundo, el que la religión de Cristo había injertado en el salvaje tronco de aquella alma de africano, se sobrepuso y venció; y recobrando, mediante un esfuerzo inaudito, la calma... respondiome en voz algo bronca y demudada aún:

-Pues... señor mío... si está usted tan conforme consigo mismo y no ve en su comportamiento nada digno de censura, no tenemos más que hablar. Usted cree que introducirse en las casas, bajo la protección y el amparo de los parientes próximos a fin de atentar en una forma o en otra a su honor y combinar *pian piano* el adulterio y el incesto, no son acciones reprobables ni hay en ellas nada que desdiga de los principios de un cumplido caballero. Yo pienso de diferente manera; pero como usted, por otra parte, no tiene allá unos principios religiosos excesivamente claros, mi voz carece de autoridad sobre usted, y cuanto yo le diga le suena a mojiganga. Cese, pues, toda conversación ociosa, y desde hoy cese usted también de ver y de tratar al Padre Moreno. Porque yo, en cumplimiento de mi obligación, no podría menos de dirigir a usted alguna advertencia que de fijo se le haría impertinente... y no tenemos tampoco la flema en el bolsillo. Deje a este pobre enfermo, y siga su rumbo. Pero tenga entendido lo que voy a añadir: aquí no habrá lucha: porque Carmen, aunque no es santa ni virgen, como usted dice sacrílegamente, es mujer de bien y sabe a lo que está obligada; y si lucha hubiese... entre usted, joven y lleno de recursos y atractivos, y Silvestre Moreno, envejecido ya y probablemente enfermo de lo que ha de llevarle al hoyo... Moreno sería el vencedor. No le digo más.

Yo escuchaba paseando por la habitación de arriba abajo y con las manos metidas en los bolsillos; sintiendo en mi interior, en el estómago y en las entrañas, esa trepidación ardiente que notamos en circunstancias críticas. Mi batalla era secreta, y no por eso menos empeñada y furiosa. Luchaba con mi orgullo, con mi pasión, con mi carne toda, para no volverme y decir al fraile... lo que le dije por fin, en irresistible impulso de mi conciencia y de mi alma.

-Padre... respecto a luchas y victorias, hablaremos; pero tocante a lo otro... para que vea usted... ¡tiene usted razón! Razón que le sobra. No es delicado vivir en esa casa... lo comprendo, lo reconozco: mi misma posición es humillante, particularmente desde hace algún tiempo...; y saldré de ella, mi palabra de honor, pronto, pronto... lo más pronto posible. No dude que saldré...; y adiós, Padre.

Mostré querer marcharme sin tenderle las manos, y él me llamó con cordialidad súbita.

-Venga acá, venga acá... Usted en religión pensará como quiera, pero conserva un fondo de sentimientos delicados que me agrada. Y vamos a ver, ¿qué mal le ha hecho a usted Carmen para que dude de que yo sería el vencedor en la lucha, si tal lucha existiese?

-Padre, de eso no quería tratar; conste que es usted quien me pincha. Supongamos que hay lucha... si no... ¿a qué viene esta discusión? Hay lucha... pues usted vencerá... ¡estoy cierto de que sí!, en lo exterior, en el terreno positivo... ¿me explico? ¿me entiende?

-¡Demasiado! -contestó gravemente el fraile.

-¡Y lo mejor de todo... es que yo, en ese particular, no deseo -tan cierto como que quiero a mi madre- que salga usted derrotado!

-Adelante -articuló Aben Jusuf ceñudo y pensativo.

-Mi victoria es de otro género... *¡Mi reino no es de este mundo!* -pronuncié con ligera ironía, que el Padre debió de encontrar pesada-. Hay una esfera en la cual siempre saldré triunfante... y esa me basta... ¡Y usted ahí sí que no llega! Ese es el imperio de la libertad. ¡En el quinto piso del alma, Padrecito... ni usted... ni nadie!...

El moro callaba. Alzó sus ojos al techo de la enfermería, y las movibles facciones de su rostro adquirieron una expresión, casi desconocida para mí, de exaltado misticismo. Sonrió luminosamente, y me dijo con mezcla de unción y desdén:

-En todos los pisos entra Jesucristo cuando se le antoja.

Al salir pregunté al doctorcillo Saúco qué padecía el fraile. Mi paisano movió la cabeza.

-¿Qué ha de tener? Era un hombre como una loma... Tenía cuerda para cien años; pero hizo una vida impropia de naturalezas tan robustas. Máquinas de esa potencia, están mejor andando que paradas. Él, si no se ha parado del todo, ha clavado, cuando menos, ruedas muy importantes... y ahí tienes las resultas. Lo que padece es serio. Regularmente se impondrá la operación.

- X -

Mi posición en casa de mis tíos fue desde aquel día extremadamente embarazosa. No veía el modo de salir de allí, y lo deseaba muy de veras, porque además de la actitud de mi tío, se me había grabado en lo más vivo la afirmación del moro: que era depresivo sostenerse a expensas del marido de Carmen. Ya se me hacía totalmente insufrible la estéril y dolorosa convivencia, que me obligaba a adivinar y casi a presenciar las intimidades conyugales y atentaba al carácter romántico de mi amor.

¿De qué me servía vivir bajo el mismo techo? Desde la entrevista con el fraile se había producido un cambio en la tití. Me evitaba cuidadosamente, me dirigía las palabras indispensables, y luego se desviaba de mí como si yo estuviese apestado. Su aparente desvío no me desesperaba del todo, porque comprendía la causa, y adivinaba la batalla secreta de aquel espíritu superior; no obstante, mi situación implicaba tal tirantez, tantos rozamientos penosos, tamaña dosis de pachorra en momentos dados, que no había resistencia que alcanzase, ni yo podía responder de que a lo mejor no saltara el resorte.

Por ahora, la victoria del fraile era puramente material. De la moral podía gloriarme yo. ¡Y dijese lo que dijese el moro... cuán débiles mis armas y pertrechos! El Padre, apoyándose en creencias y principios arraigados en el alma de aquella mujer; teniendo por cómplices a la ley y a la sociedad; con el cielo en una mano y el infierno en la otra, para premiar la virtud o castigar el delito... y yo, sin más que el dinamismo del sentimiento; ¡yo, que representaba para Carmen la infracción del deber, la mancha del honor, el atropello de las convicciones, la vergüenza, el crimen y la pérdida del alma! No militaba en mi favor sino la fuerza que en los minerales se conoce por afinidad, y por amor en los seres orgánico-racionales: fuerza que en todos existe latente y sólo aguarda favorable ocasión para revelar su poder. Y así, inerme, o, mejor dicho, armado únicamente con las armas naturales, sabía que en mí recaería el triunfo; que todos los imperativos categóricos de la razón, todos los preceptos y mandamientos de la religión, todos los sermones del Padre, no bastarían para que aquella mujer no *aborreciese* a su marido y me *quisiese* a mí muy de adentro... ¡Este era el lauro!

Lauro noblemente ganado si yo salía de casa de mi tío. Era deshonoroso residir allí.

Irme pronto... ¿Y de qué manera? Ese problemita sí que no lo resuelve fácilmente una persona colocada en mis circunstancias. Había que decirle a mi tío: «Me voy de su casa de usted». A mi madre: «No quiero estar más con mis tíos. Dispóngase a pagar un dineral de posada, o lo que para sus medios equivale a un dineral». Y al mundo, al microcosmos de nuestro círculo: «Salgo de aquí. Piensen lo que gusten, yo salgo. Bien comprenderán que hay gato encerrado, cuando me voy así, quince o veinte días antes de los exámenes».

Determinado a romper por todo antes que dejarme estar, fui, no obstante, dando largas, trazando el modo de cumplir la palabra al fraile. No me atrevía a volver a San Carlos mientras no pusiese por obra mi resolución. Mi tía, en cambio, visitaba al Padre diariamente, y por ella y por el doctorcillo Saúco sabía yo noticias del estado del enfermo, que, a decir verdad, era lastimoso.

Habían hecho con el pobre Aben Jusuf verdaderas diabluras: suponiendo que tenía la enfermedad en el hueso de la pierna, ya le cloroformizaron dos veces para abrirle calicatas en la tibia por medio de barrenos y berbiquies. «Nada -exclamaba el doctorillo-: que con toda su ciencia (digámoslo muy bajo), Sánchez del Arroyo y el marqués de la Salud le yerran la cura. Han trabajado en él como los carpinteros en la madera. Te digo que me lo han destrozado al infeliz; él creyó dos o tres veces que era la de vámonos, y pidió los sacramentos y se dispuso en regla... Es mozo terne y bragado. No tenía miedo ninguno, por más que confesaba que no le hacía pizca de chiste el morir. ¡Qué lástima de hombre! Pues que aquí te corto, y allí te sajo, y acullá te pincho...; y luego salimos con que no había tal caries del hueso, sino una inflamación del periostio...».

-A mí háblame en castellano claro. Nada de palabrotas.

-Chico, periostio es la membrana que rodea...

-Bueno: ¿qué se deduce de esa membrana? ¿Que el fraile escapa o se las lía?

-No sabemos. Muy comprometido se encuentra, y mucho tiempo andará con muletas, si llega a contarlo. Siempre le quedará un portillo. Lo que te juro es que yo no he visto hombre de más amistades ni que inspire mayores simpatías. Todos le queremos bien, lo mismo internos que profesores; lo mismo las hermanas que los mozos del anfiteatro. Nos tiene seducidos por lo campechano y lo animoso. Diariamente vienen a visitarle muchas señoras. Nos da lástima. Es un tío que ha cumplido bien con las obligaciones de su profesión, haciendo una vida y llevando un régimen muy contrarios a su temperamento... Lo que le sucede es lógico; no debe quejarse; así es que no se queja; dice y repite que está conforme con cuanto disponga Dios. Lo repito: mimado de señoras, como nadie. Una de las más asiduas es tu tía.

Ocurrióseme, al decirme esto el doctorcillo, que para hablar un momento a solas con la tití, lo mejor era esperarla a la entrada o a la salida del hospital. Así lo hice. Le tuve la parada, y al verla bajarse del tranvía de Atocha, acerqueme a ella con rapidez. Sorprendiose al verme, y al través del velo de blonda pude notar el vivo color que se extendió por su rostro.

-Hola... ¿Tú por aquí, Salustio? -me preguntó disimulando-. ¿Vienes a ver al Padre? Sube, que entraremos juntos.

-No vengo a ver al Padre, sino a ti -contesté resueltamente-. Como en casa te me escurres de entre los dedos, tengo que arreglármelas para encontrarte en otros sitios. ¿Quieres hacerme el favor de apartarte de la puerta y oírme? Cuestión de un minuto.

Dudó, y por fin se avino a aproximarse a la esquina de la calle del Fúcar.

-Quiero decirte -pronuncié tratando de hablar con aplomo y no sabiendo reprimir la agitación- que me voy de tu casa. Me voy sin aguardar a que pasen los exámenes. Pretexto, yo lo buscaré; pierde cuidado. Pero no quiero estar más allí.

-Tú... Pues haces bien... Ya me lo esperaba.

-¿Hago bien, verdad?

-Sí... Yo creo que sí.

-Eso quería saber... Nada más. Ahora... vuélvete a San Carlos. Si pasa alguno y nos ve aquí... Vuélvete. No: antes escucha otra palabrita. Me voy de tu casa, pero no me aparto de ti. Contigo estoy siempre, a todas horas. ¿Me has entendido?

Por detrás del enrejado de blonda la vi parpadear, demudarse, querer contestar algo y no poder... Me parecía que el golpear de su corazón hería a intervalos la estirada seda de su corpiño, y que en sus labios palpitaba una frase pretendiendo salir... Mas, en vez de hablar, alargome la mano, que cogí y deshice entre las mías. ¡Ay, Dios! no sabía soltarla... La evidencia de ser querido era para mí tan contundente y tan deliciosa, que me sentía del todo enajenado, en esa situación psíquica en que somos capaces de un desatino, y conociendo bien que es desatino, conocemos igualmente que no podríamos salvarnos de cometerlo. Estábamos los dos así, aturcidos, ella sin desprender su mano, yo sin aflojarla... Pasó un chiquillo silbando y arrastrando un carrito de madera; el estrépito del tranvía hizo retemblar el suelo... y nos encontramos desasidos, ella caminando hacia el hospital, yo inmóvil en la misma esquina.

Aquel día, al regresar a casa, planteé la cuestión de cambio de alojamiento. El pretexto se me había ocurrido al quedarme plantado en la bocacalle como un guardacantón. Aseguré a mi tío que para salir airoso de los exámenes, precisaba repasar con mis condiscípulos. Él me miró, calando con sus duras pupilas hasta el fondo de mi pensamiento. «Tú verás lo que traces -respondiome-. No te digo ni sí ni no. Las fondas cuestan. No sé cómo lo tomará tu madre». Y al mismo tiempo su expresión, más repulsiva cada vez, parecía añadir: «Vete enhorabuena. Tu presencia es ya una rémora para mí. Hice mal en traerte conmigo; me comprometes y me estorbas. Cuantos menos bultos, más claridad».

Me fui sin demora. Escribí a mi madre que me convenía repasar... etcétera... y me instalé en casa de doña Desusa. La compañía de Portal me hizo bien, y por vez primera, después de bastantes meses, pensé en una cosa muy sencilla, muy insignificante, muy tonta... ¡En que sería conveniente aprobar el curso!

¡Realidad brutal y opresora! Cuando más queremos construir libremente el edificio de la vida soñada, acudes tú y nos pegas un empellón, recordándonos que hay en nuestro existir parte de mecanismo, de engranaje fatal, del que sólo nos evadimos por medio de la poesía, la locura o la muerte. ¡Insufrible serie de ruedecitas dentadas, que van mordeándose y comunicándose el movimiento esclavizado de nuestra fantasía y de nuestra sangre impetuosa, las cuales reclaman imprevistos, aventura, romance, drama!

Todo lo anterior significa que yo no estaba demasiado dispuesto a sufrir el examen. ¡Ay de mí! La atmósfera, cálida ya, de aquellos días de junio olía terriblemente a calabazas. Estábamos

los de la Escuela que no nos llegaba la camisa al cuerpo; y sobre todo los que, como yo, se habían permitido divagaciones y extraordinarios, lujo vedado al alumno de ingenieros. Recordaba con horripilación que tenía en mi hoja faltas de asistencia no justificadas, con otras de puntualidad que si no llegaban al corto número reglamentario suficiente para fundar la pérdida del curso, eran bastantes para calificarme de alumno descuidado y para despertar en el tribunal una prevención que había de traducirse por mayor rigor en las preguntas. Así como el acróbata que ha descansado mucho tiempo conoce la falta de flexibilidad en sus articulaciones y teme desgraciarse en la primer plancha, yo, oxidado por mi larga residencia en el país imaginario, me estremecía pensando en el instante crítico del llamamiento.

Con ardor de última hora me enfrasqué en los libros. Ciertas asignaturas no me entraban, no tanto por su dificultad, sino porque antes de meterles el diente había que sacudir la capa de polvo gris del aburrimiento y del fastidio. No se necesita gran esfuerzo intelectual para comprender pasajes como el siguiente, del *Tratado de las construcciones en el mar*: «Poëy llama la atención sobre una nube de forma especial (*globo cirro y globo cúmulo*), figurando bolsas o vejigas, indicio seguro de tempestad inminente, que los meteorologistas ingleses denominan *Pocky cloud* o *nube postulada...*». Tampoco se requiere ser ningún Newton para hacerse cargo de que «los *fracto cúmulos* son las nubes más bajas, según Poëy, irregulares y desgarradas en sus bordes, que, moviéndose con gran velocidad, atraviesan rápidamente la región cenital; en lo cual difieren de los *cúmulos*, que parecen estar inmóviles en el horizonte, por más que según algunos esta inmovilidad sea sólo aparente». ¡Pero apréndase usted el relato de memoria, sin omitir sílaba, y poniendo mucho cuidado en no trabucar los *fracto cúmulos* y los *cúmulos*! ¡Atráquese usted en dos o tres semanas, de *puertos y señales marítimas*, de *camino de hierro*, de *economía política*, de *derecho administrativo*, de *legislación de obras públicas*, cuando en el espíritu no hay sino conflagración y tormenta y en la cabeza las vegetaciones rojas y doradas del jardín de la fantasía!

¿Recuerdan ustedes aquella especie de símbolo con que yo solía expresar mi estado moral y psicológico, suponiendo que mi cerebro era un campo de batalla donde lidiaban incesantemente las rectas y las curvas, encarnando las rectas la vida real, el buen sentido y los severos estudios, y las curvas la imaginación y la pasión? Pues en el último período de mis trabajos, cuando convenía apretar las clavijas y echarme en brazos de las rectas, las curvas habían vencido, y un imposible, una novela, un extravío, un fantasma, me sacaban de quicio, entregándome al desorden y a la irregularidad, y retrasando una vez más el término de mi carrera -la emancipación.

Quise recobrar en breve plazo el tiempo malamente perdido. El salir mis tíos a su excursión veraniega me devolvió un poco de serenidad para consagrarme a los libros. En ellos me sepulté, pasándome las noches en claro a fuerza de tazas de ese brebaje que conocemos por *café de exámenes*, y que hacemos echando un puñado de café a hervir en un puchero hasta que suelta todo el jugo, y bebiéndonos después a pasto la amarga infusión. Fue aquello una desesperada gimnasia mental, una carrera loca para recuperar lo que no se asimila en días, ni en meses. A veces sentía vértigos; parecíame que mi masa encefálica se volvía caldo y que mi sangre se carbonizaba, por falta de sueño, de paseo y de reposo. Me acostaba cuando ya cantaban los

pajaritos; dormía cuatro horas escasas, y el cuerpo no me pedía alimento; en ciertos momentos del día tuve hasta fiebre.

Como suele suceder en casos tales, hociqué en lo más fácil precisamente: en el condenado *derecho administrativo*. Respondí con lucimiento a dos preguntas, y al formularme la tercera, que carecía completamente de importancia, advertí como un agujero en mi cabeza, un espacio vacío donde no se dibujaba ni la nebulosa de una idea referente a aquella parte del interrogatorio. Lo dije con absoluta sinceridad: «No me acuerdo».

Y al regresar a casa, con el *suspense* sobre el espíritu, por cuánto no empieza a delinarse sobre el fondo de la memoria la necesaria respuesta... Como placa fonográfica que en momentos dados repite los sonidos un tiempo depositados en ella, mi memoria devolvía automáticamente - cuando no se necesitaba ya- la definición y las palabras mismas del libro... De tal modo me irritó aquella inútil y tardía facultad, que me di un puñetazo en la frente. Si pudiese emprenderla a cachetes con la memoria... la emprendo, de fijo.

- XI -

¡Qué a pechos lo tomó mi madre! El tropiezo momentos antes de llegar a la meta la sacó de quicio. Sus cartas tenían que ver. Díjome claramente que me creía entregado a vicios o dominado por alguna bribonaza, la cual bribonaza me apartaba del estudio. «Tu madre es muy lógica y razonable en eso -afirmaba Portal-. ¡Cómo ha de concebir que por patoso y desaborío hayas perdido el año! La verdad es que nadie se lo figura. Si Belén fuese la culpable... hombre, entonces...». El resultado de las sospechas de mi madre fue llamarme a Galicia. Quería verme por sus ojos, regañarme con su propia boca, enterarse de cómo me había dejado la enfermedad, averiguar a ciencia cierta el nombre y las truhanerías de la supuesta pirindonga, embaucadora y sonsacadora de inocentes alumnos... Mamá, desde la Ullosa, pretendía saber al dedillo todos los riesgos, emboscadas y escollos en que puede estrellarse un joven de mi edad, perdido en la vorágine cortesana. Desde este punto de vista, sus cartas eran a veces un tesoro de advertencias cómicas.

Su primer pregunta, al llegar yo a la Ullosa, fue algo parecido a esto: «¿En qué manos caíste? Vamos, sé franco con tu madre. ¿Te envolvieron, te sacaron de tus casillas? No me ocultes nada. ¿Estás malo? Yo haré que te vea el médico de liebre, que es una gran cosa. ¿Y tus tíos? Por fin te dieron la patada, ¿verdad? ¿Te fuiste de allí porque no podías resistirlos; ¿Tu tía es una empalagosa? Ya me lo sospechaba yo». Todo se lo sospechaba la buena de mamá, menos lo único cierto...; y de fijo que si alguien se lo indica, ella responde con indignación: «Mi hijo no es capaz de andar en líos con señoras casadas. tiene más decencia y mejores principios que todo eso. ¡Vaya!».

Desde que descansé en la Ullosa, mi mayor deseo -¿quién lo supone?- fue ver a la tití. ¿Por dónde andaba? De fijo en el Tejo o en Pontevedra... No necesité mucho tiempo para averiguarlo: mi madre, con su plantilla de espías, de *repórteres*, estaba siempre muy enterada de la vida exterior de aquel matrimonio. Justamente revelaba entonces mamá gran alegría y satisfacción por una particularidad que la lisonjeaba mucho: Carmen Aldao no estaba encinta... «Puede que nos tengan hijos», me decía sin disimular el júbilo. Y yo, con tono y acento muy distintos, impulsado por otras esperanzas, bien diferentes de las de mi madre, contestaba sordamente. «Puede que no los tengan». Pocos días después, mi madre se manifestó alborotada y preocupada por noticias frescas, también referentes al matrimonio. Con aire misterioso vino cierta mañana a despertarme, trayendo en la mano una carta de Pontevedra. «¿No sabes lo que escribe Josefina Montero? -preguntó en tomo enfático, rebosando un interés que no se explicaba por la importancia de la nueva-. Tus tíos se han ido a los baños de la Toja». «¿Está enferma Carmen?», pregunté con ansiedad. «No, es él... Tiene un golpe de erisipela feroz».

Todavía añadió mamá otro parrafito chismográfico. «En Pontevedra no hay más conversación sino de Candidiña, la mujer del señor de Aldao, y lo que va a suceder entre ella y su hijastra. ¿No sabes? El viejo, después que se casó tan de tapadillo y negó la boda a puño cerrado los primeros meses, de repente se desvergonzó y... me sale de bracet con la chiquilla. Es una irrisión verlos así por las calles, ella tan maja y tan sobresaliente y él arrastrando los pies. El bajón que ha dado en poco tiempo don Román, yo no te lo quiero decir, porque no lo crees. Es un espectro. Ella parece que le hizo tragar que ya tuvo un mal parto; y el viejo está que se le cae la baba pura. Te digo que allí se prepara mi sainete. Algunos cuentan si Castro Mera los visita o no los visita... habladurías; pero bien empleadas le están al vejete por la chochez que le entró. Últimamente ella encargó a París un sombrero. ¿Qué tal? ¡Candidiña con sombrero de París!».

Manifesté mi indignación contra semejante abuso, y pocos días más adelante supe, por la acostumbrada estafeta que comunicaba los acontecimientos a mamá, cómo muy en breve regresarían a Pontevedra mi tío y su mujer. «Dice que Felipe viene bastante mejorado. Lo dudo». Y preguntando yo por qué dudaba de la mejoría, respondiome moviendo la cabeza: «Al tiempo. En fin, ahora vienen a Pontevedra porque quieren armar unas fiestas muy lucidas, más lucidas que las del año anterior; y tu tío y Castro Mera son los que revuelven el cotarro... Dicen que no se habrán visto otras iguales. Intrigas de ellos; porque mira, yo te enteraré, para que no te chupes el dedo como los bobos. Dochán... ¿no conoces tú a Dochán? Pues es un tuno muy largo, aún más largo que tu tío, al menos para estas intriguillas de por aquí; en Madrid no sé; hablo de esta tierra. Así que Dochán vio que tu tío se casaba, tomaba el tole y le dejaba el campo libre, discurrió que él podía hacerse dueño de la provincia agarrándose a los faldones de Sotopeña. Procuró metimiento con Lupercio Pimentel, le llevó la corriente, supo adularle en dos o tres cuestiones... En fin, él se las arregló de manera que Sotopeña diese de codo a tu tío y empezase a servirse para todo de Dochán. Por poco le revientan lo de la casa de Correos; sólo que Castro Mera paró el golpe. Pero trinaron el terreno en cuanto se refiere a la diputación: echaron abajo al Presidente, que era suyo, y plantaron a otro: dos cuartos de lo mismo en las Comisiones; en fin, no hay hechura de tu tío que no dance. Ahora, sólo para darle un bofetón -como que desde que se casó don Román, tu tío anda en pugna con el cuñado-, le regalaron a este la plaza que pretendía en el hospital. Felipe está que brama; y no sabiendo qué hacer para desprestigiar al *Santo*, dicen que mandó poner en *El Teucrense* unos artículos terribles descubriendo mil picardías:

chanchullos gordos... Además, Castro Mera, que es listo como una pólvora, tanto revolvió y tanto hizo, que consiguió que no le brindasen a Lupercio Pimentel la presidencia del Certamen literario... ¿se dice así? eso, el Certamen. A pretexto de que nos hacía falta un literato muy famoso, les metió en la cabeza convidar a uno que se llama... me acordaré? Sí... Don Apolo Añejo...».

Echeme a reír: conocía al personaje por las pullas de la crítica festiva, por la continua zumba de los estudiantes, que habían personificado en el autor famoso elegido por los pontevedreses la literatura de redoma y la poesía momificada: «Parece -continuó mamá muy seria- que ese señor es el más nombrado en Madrid. Te cuento esto sólo para que veas que llevan la pugna a todos los terrenos tu tío y Dochán. Están a matar. No se sabe quién triunfará; pero ya es una cuestión que se ha enzarzado tanto, que andan furiosos y un día se pegan. ¡Y los periódicos! *El Teucrense* y *La Aurora* no hacen sino insultarse. Si se comen... figúrate qué chiripa. Damos a la Peregrina una misa cantada».

Al saber que mis tíos estaban de vuelta en Pontevedra, entrome invencible afán de ver a Carmen otra vez, y resolví ir a toda costa a las fiestas. No dejó de ser empresa bastante ardua: mamá, impresionada por mi fracaso en la carrera, lejos de decirme como otros años: «Diviértete y come, que bastante trabajas en invierno», me repetía la consigna de estudiar, de estudiar a destajo, de recobrar lo perdido. No obstante, puse tal empeño, que conseguí la apetecida licencia: y mi madre se decidió a acompañarme, porque le saldría más cara mi estancia en la fonda que en su casita. Salimos, pues, hacia la capital, la *Helenes* de los revisteros. Inmediatamente que llegamos pasé a ver a mis tíos; no así mamá, detenida por una cuestión de etiqueta. «Que venga primero Carmen -dijo- que es más joven».

Yo no me paré en tales requisitos y fui... ¿qué es ir? Corrí; creo que me llevaron las piernas solas a aquella casa. Era un piso chiquito, donde habían metido apresuradamente algunos muebles, residuos de la antigua habitación de mi tío Felipe, hoy alquilada para oficinas de Correos. Los trastos eran viejos y pocos, pero mi tío había conseguido prestarles un aspecto muy agradable de orden y limpieza. La doncella, la galleguita desasnada en Madrid, me conoció, me recibió en palmas y me dejó pasar, sin tomarse ni el trabajo de anunciarme, considerándome parte integrante de la familia.

Entré. Siempre me gustaba sorprender así a Carmiña, porque dada la vehemencia de su carácter, le era muy difícil reprimirse en los primeros momentos y no dejar asomar a la superficie lo interior del alma. Acerté de medio a medio, pues al sentir el ruido de mis pasos, al verme en la sillita donde estaba haciendo labor, la impresión fue tan fuerte, que no sabía qué contestar a mi saludo: se le trababa la lengua. De tal modo se sobrecogió, que yo era entonces el que permanecía relativamente sereno, dueño de mí, el que dominaba la situación, a pesar de mi estudiantil inexperiencia, para los casos pasionales. Cogí sus manos, que en la palma humedecía ligero y helado sudor; la arrastré hasta la ventana, y clavé los ojos en su rostro, que encontré más pálido, más deshecho, más desencajado que nunca. Pugnaba por apartarse, y porque nos sentásemos como en visita, muy formales; pero no lo consentí, y la mantuve junto a los vidrios, sin saciarme de verle la cara. Estábamos tan cerca, que yo, siendo más alto, podría bien

fácilmente inclinarme y robarle el supremo bien, el sello de amor, el ansiado beso, favor dulcísimo que implica los restantes; pero me detuvo, más que el respeto, la piedad, el temor de cubrir de vergüenza aquellas mejillas mustias. Si yo la besase, de fijo le quedaría una mancha roja en la faz. Sí; yo veía el beso apetecido señalarlo como la marca que imprimía allá en otros tiempos el hierro candente del verdugo. No: besarla, nunca. Reprimiendo la tentación, le estrujaba las manos, le incrustaba mis dedos en la palma trémula. Ella consiguió por fin llevarme hacia el sofá, y sentándose en él, que señaló la butaca, donde me hundí sin soltarle las manos. Entonces, con acento suplicante y opaco, murmuró:

-Déjame, Salustio; anda.

Aquella voz me rasgó el pecho. La solté. Yo me encontraba tan turbado como ella y comprendía que ni uno ni otro podíamos expresarnos por medio de palabras, y el único lenguaje adecuado sería el abrazo largo y mudo. Con gran sorpresa mía, Carmen se rehízo, cobró aliento, se echó atrás, y pronunció con firmeza:

-Salustio, ya una vez te dije que no me siguieses ni me importunases. Llegó el caso de repetírtelo. No vuelvas por aquí, y menos cuando yo esté sola. No me hagas más desgraciada de lo que soy. ¿Quieres ponerme en el compromiso de que le avise a tu tío que es cosa de cerrarte la puerta? Pues mira que no me arredra el hacerlo. Hay ocasiones en que rompo por todo.

Tardé en responder, haciendo un llamamiento a mi sangre fría. Comprendí que era decisiva la batalla. Me recogí, y sin cólera, como el que ruega, objeté:

-Ya que me echas, permíteme hablar. Quieres que no venga. Yo no puedo vivir sin verte. Tú tampoco respiras: estás desmejoradísima, enferma y triste. Te has ido poniendo así desde el día de tu matrimonio. ¿No te sirve de alivio el verme y el hablar conmigo un rato? ¿Por qué te niegas a recibir esta distracción o este consuelo? ¡Si vieses lo que has variado desde que te dejé! ¿Que no? Bueno, ya no volveré nunca a molestarte; pero explícame siquiera en qué te perjudican mis visitas. ¿Es tu marido quién se opone? ¿O eres tú la que escrupulizas y me despidés?

Echose atrás nuevamente en el sofá, y antes de responder me miró. Por instantes resplandecían sus pupilas y se transfiguraba su rostro. Su voz era entera y pura al contestarme:

-Los dos. Mi marido, si comprendiese lo que ocurre, naturalmente que lo desaprobaría; y yo, que estoy enterada, lo desapruebo. Sí, es verdad que ando enferma y triste, y parece que ni ganas tengo de vivir; pero no es porque tú no vengas... Al revés. ¿Cómo te lo explicaré? Atiende bien, trataré de descifrártelo. Un día me dijiste que no atenderías a mi honra... Mi honra es mía, y claro que nadie atentará contra ella, porque no lo consentiré; pero para hablar tú así, es que yo te he dado lugar a que pienses disparates. Esto es culpa mía, culpa mía sólo. Desde luego te digo que en mi conducta hay mucho que censurar. En vez de dar consejos a Cándida, vale más que me observe a mí misma... Ahora me parece que he soltado un despropósito. ¡Ni en mi conducta ni en mis hechos descubro nada que pueda avergonzarme realmente... ¡sólo que mejor sería que no hubiesen mediado entre nosotros ciertas... tonterías, tonterías tunas! Hago mal en hablar contigo

de estas cosas; pero siento allá en mis adentros que es mejor que nos expliquemos terminantemente.

-Pues eso deseo. Háblame claro -exclamé impaciente y nervioso.

-Clarísimo. Verás con qué claridad. Tú te has figurado que yo no quiero a mi marido, y hasta que siento por él... así... una especie... de repugnancia. Has tenido valor de decírmelo. Pues supón que fuese verdad. Una mujer que teme a Dios... ¡mira que hablo seriamente! tiene que querer a su marido... y yo he resuelto querer al mío... o morir. Estoy completamente segura de que si no consigo llegar a quererle tanto que lo confieses tú mismo... me muero. Sólo con que puedan los extraños dudar de ese cariño, me convenzo de que he obrado mal hasta hoy. Yo me he obligado solemnemente a *quererle*, en presencia de quien ni olvida las promesas ni consiente los perjurios. No le debo tan sólo fidelidad, sino *amor*, y... en ese punto... Por eso me irrito cuando me llamas *santa*. ¡Bonita santa estoy! ¡La burla que tendrás hecha de mí! Pero ya se acabó... No has de reírte de mis bobadas.

No sabía qué replicar. Contra aquella mujer no tenía argumentos. En el fondo de mi conciencia, su sacrificio me parecía unas veces hueco y vano, otras admirable y sublime; unas veces quintaesenciado, artificioso y estéril, otras espontáneo, heroico y provechosísimo a la moralidad de las generaciones futuras. Era mi doble naturaleza presentándome el pro y el contra de la idea del matrimonio cristiano; eran el tradicionalista y el racionalista que yo llevaba en mí, enzarzados y arañándose.

-¿Sabes -prosiguió ella- lo primero que conviene hacer cuando quiere uno ir derecho por el buen camino? Apartar estorbos y tropiezos. Por eso te repito que no basta haberte salido de casa, sino que es necesario no venir por aquí mucho, y menos cuando Felipe no esté. Ni es decoroso ni conveniente; compréndelo tú mismo, y valdrá más.

La sentencia de extrañamiento no me sobrecogió. La esperaba. Estaba seguro de que Carmen había de parapetarse tras ese muro de papel que consiste en alejar materialmente a un hombre, cuando ese hombre no ignora que es querido. El destierro importaba poco: no así aquella bizarría de la voluntad, nunca vencida, que en el propio sufrimiento buscaba nuevos bríos.

-Bien -murmuré tomando el sombrero-. Me echas de tu casa, sin tener en cuenta lo respetuoso que ha sido siempre mi porte contigo y la consideración absoluta que te he guardado. Creo que me harás justicia confesando que no me he extralimitado nunca. Te veía abatida y lastimada, y aspiraba a servirte de consuelo. No me lo permites. Pues como lo que está dentro del alma a la cara tiene que salir, yo te digo que, no pudiendo verte de cerca ni un minuto, haré las tonterías que son naturales: te seguiré cuando salgas, te pasearé la calle, y en el teatro te miraré.

-No harás eso -respondió- porque como yo no daré pábulo; la gente te tomará por loco.

-He pensado muchas veces si lo estaré -respondí en un acceso de lirismo, sintiendo que el corazón se me ablandaba como mantequilla en verano-. Y otras me parece que tú no estás tampoco en tu sano juicio, tontaña. Ese plan de querer a tu marido o morir... verás tú mi franqueza... es hermoso, muy hermoso: ni presumes toda la hermosura que encierra. Sólo que es la hermosura de la enajenación mental. ¿Has leído el *Quijote*? Pues eso... pues eso. Eres un Quijote hembra. Me despides... ¡Te acordarás de mí! Me barres... Tu corazón me recogerá. Adiós, por segunda vez te lo digo... Soy profeta. Al tiempo.

Me lancé a la calle y paseé sin rumbo, yendo a dar con mi cuerpo en un banco de la Alameda, a tales horas solitaria. La sombra de los árboles gigantescos, la frescura, la perspectiva del río, debieran recrearme; pero ni observé estas condiciones exteriores. Mi idea fija me vedaba la contemplación de la naturaleza. Cada derrota exaltaba más mi espíritu; cada demostración palmaria de la fortaleza moral de tí me dejaba más ilusionado, más convencido de que en ella, y sólo en ella, se cifraba la perfección femenina. Y por otro lado se me representaban claramente las dificultades, los tropiezos, hasta la esterilidad de la aspiración, que, a poder ser cumplida y satisfecha, no dejaría en pos de sí más que drama, conflicto, vergüenza y dolor para aquella misma mujer a quien yo intentaba subir al pináculo y a la cual deseaba tantos bienes y glorias.

Devanando estos pensamientos, yo atravesaba las fiestas de la Peregrina sin advertir su bullicio mareante. Para mí, ni los paseos en la Alameda, con su música y sus señoritas vestidas de alegres colores veraniegos, ni el teatro con su compañía de zarzuela que nos brindaba *La Mascota* por décima vez, ni las funciones de iglesia, ni los bailes de los círculos de recreo, ni nada, en fin, de lo que compone el programa de unos festejos provincianos, tenía el menor atractivo, como no me sirviese de pretexto para ver a mi tí, aunque sólo fuera de paso; ¡verla pasar con su marido, descolorida, desmejorada, triste, fea para todos, menos para mí!

En el paseo sorteaba las vueltas para cruzarme con ella una vez más. En los templos, por la mañana, solía encontrarla, y mientras ella oía misa, rezaba o leía en su libro, yo allí me dejaba estar, hasta que mis amigos y mi madre misma se enteraron -pues en los pueblos cunde rápidamente la más insignificante noticia- de que yo frecuentaba las iglesias, y me dieron broma con mi devoción, suponiendo que alguna linda muchacha era el imán que me atraía allí. En el teatro, mientras me suponían absorto en la contemplación con tal o cual polluela de las que descollaban por su palmito o su elegancia en el vestir, yo miraba furtivamente hacia aquel palco platea donde la mujer de mi tío se sentaba modestamente vestida, peinada sin pretensiones, compuesta y grave en su actitud. ¿Notó ella que yo la miraba así? ¿Volvió la cabeza hacia donde me encontrase? Mentiría si dijera que no. La volvió, en efecto, y varias veces, con disimulo, pero con una especie de angustia. Probablemente aquel movimiento sólo quería decir: «Sobrino, a ver si no me comprometes».

Moviose aquellos días de los festejos gran zalagarda en Pontevedra: la pugna entre mi tío y, Dochán alcanzaba su período álgido, y sobreexcitada por la presencia de los beligerantes, daba lugar a una guerra horrible de personalidades y de ataques groseros, ya dirigidos a cara descubierta. *El Teucrense* y *La Aurora de Helenes* eran los puestos estratégicos elegidos por los combatientes para disparar desde allí contra el enemigo. Órgano *El Teucrense* de mi tío, había

llegado al extremo de acosar sin rebozo a Dochán de acciones penadas por el Código, no siendo de las menos graves la de haberse llevado a su casa muebles comprados para alhajar los salones de la Diputación. Había cierto sofá, ciertas cortinas y cierta alfombra a que *El Teucrense* no cesaba de sacudir el polvo. Los dochanistas, en cambio, imputaban a los de mi tío enjuagues mayúsculos: y como el cadáver a flor del agua, tornaban a subir a la revuelta superficie de la política local los chanchullos viejos y enterrados, los que ya han prescrito, los que en Madrid ni vuelven a nombrarse -los solares expropiados, por ejemplo-. Pero todavía estas armas, con ser de tan envenenado filo, no bastaban a los dochanistas, que empezaban a inmiscuirse en la vida privada, hablando del objeto que se propusiera don Felipe Unceta al casarse con la hija de «un propietario rico»; de cómo las segundas nupcias del suegro le «reventaran»; de la inquina entre el yerno, el suegro y el cuñado; y, por último, deslizado insinuaciones sobre malos tratamientos a la esposa, basadas en la decadencia física de esta... A todo se aludía en aquellos momentos, excepto a lo que verdaderamente existía en el fondo de mi alma y en el de la pobre tití... Es que los malignos y los maldicientes, en fuerza del propio instinto dañino que los guía y de la brutalidad de su saña, no toman en cuenta los móviles puramente sentimentales de la humana conducta, ni las delicadezas psíquicas, y llegan a tener ojos y no ver, a tener oídos y no oír. Ante aquella mujer modesta, retraída, apenas engalanada, desmejorada y flacucha, tipo enteramente opuesto al de la adúltera de melodrama que pintan en los artículos morales y los folletines, nadie se imaginaba, ni por asomos, que le saltase el corazón en el pecho cuando veía pasar a un alumno de ingenieros, sobrino de su marido, ni que este sobrino se encontrase pronto a dar por ella el porvenir entero y a mirar con indiferencia al resto de las mujeres. ¡Ah! ¡Si pudiesen sospecharlo! ¡Qué hallazgo para la fracción Dochán!

Aunque mi tío aparentase gran serenidad y soberano desdén (estilo político aprendido en Madrid) hacia las pestilentes habladurías de *La Aurora*, yo comprendía que le llegaban al alma, y de puertas adentro le veía exasperado, acentuando más la acritud y desigualdad de carácter ya demostrada en Madrid; cosa rara, pues la ecuanimidad de mi tío era en otros tiempos forma propia de su índole cautelosa y prudente. En Pontevedra se susurraba que el ataque de erisipela había sido muy grave, y hasta se lanzaban ciertas especies que no es lícito repetir ni estampar, calumniando su conducta y atribuyéndole desenfrenado libertinaje. Particularmente los dochanistas subrayaban con atroz malignidad aquello de «¿No sabe usted? Estuvo en la Toja temporada larga; veinte días lo menos». Observando a mi tío, no pude menos de advertir en él muy graduado aquel decaimiento físico, cuyos primeros síntomas habíamos advertido casi a la vez la señorita de Barrientos y yo. Dos o tres veces vino a vernos quejándose de inapetencia, y diciendo a mi madre: «Benigna, mujer, hazme unas papas a tu modo... así como en la aldea... a ver si me despiertan el estómago». Al pronto, el plato humeante le atraía, y abriendo un boquete en la harina de maíz, derramaba en él la leche y se preparaba a devorar; pero a la segunda cucharada se le acababa la vocación. «No hay cosa que me guste. Tengo además un cansancio... ¡si vieses! Y me parece que debo de haber enflaquecido. Los pantalones se me caen». Al formular estas quejas el hebreo, mi madre le miraba fijamente, con vivísima expresión de inteligente curiosidad. Los ojos de mamá hablaban, querían decir algo importantísimo y luego... chitón. Una circunstancia me extrañó entonces, y fue advertir cómo mi madre apartaba cuidadosamente el vaso, el plato, la servilleta y los cubiertos de que se había servido mi tío, y los encerraba en el aparador bajo llave. Cierta día que la criada tocó a aquel depósito, le echó mi

madre una chillería muy fiera. «Tengo dicho que ahí no... Eso es para don Felipe... Hay tazas de sobra en el alzado, mujer».

No obstante, al llegar a su plenitud los festejos, en el estado de mi tío se verificó un cambio favorable: le vi repentinamente alegre y animado; él mismo aseguró que recobraba el apetito; y no sé si por esto o porque era inminente la llegada de don Apolo Añejo, a quien él mismo había invitado a presidir el Certamen, con el fin de dar en la cabeza a Pimentel y a los sotopeñistas, mi tío se lanzó de nuevo al combate contra Dochán, y se exhibió mucho, en compañía de su esposa, en calles, paseos y diversiones.

De don Apolo Añejo se habló bastante aquellos días en Pontevedra, discutiéndose con osadía sus méritos y aptitudes para presidir nada menos que un Certamen local. ¡Notoria injusticia, regatear siquiera a tan perínclito varón la palma, ya mustia por la edad, y el laurel, más seco que el de los vasares de cocina, sancionados por cincuenta años de consecuencia literaria, de fidelidad a la escuela poética, cuyo busilis está en nombrar las cosas de rara modo absolutamente contrario a como las nombra todo el mundo, llamando al agua *linfa*; a los vasos, *cráteras*; al café, *haba insomnifera*, y al té, *salutifera sinense droga*. ¡Ni eran tan fósiles las rimas de don Apolo, que no le hubiese servido de escalón para trepar a ciertos puestos administrativos, y aun a una penumbra política, donde se mantenía, no sin fruto. Diríase a primera vista que para don Apolo había de ser un compromiso el discurso del Certamen; pero el clásico vate lograba ocultar tan diestramente su ignorancia en casi todas las cuestiones humanas y divinas, que esperábamos que sucediese lo mismo en los juegos florales de Helenes.

Mi tío se multiplicaba a todas horas (frase tomada de una crónica de *El Teucrense*) para organizar una lucida recepción a don Apolo. Los dochanistas le creaban mil dificultades. Ya se entendían con el director del orfeón «Ecos del Lérez», a fin de que no se prestase a dar serenata al señor de Añejo; ya intrigaban en el Casino sumiendo obstáculos a la velada literaria en su honor; ya excitaban el amor propio regional era pro de Lupercio Pimentel, tal cabo hijo del país, y más acreedor a que se le confiase la presidencia del Certamen. Sin embargo, la llegada de don Apolo determinó un período de tregua; el amor propio urbano, el deseo de dejar bien a su ciudad, aplacaron el ánimo de los contendientes, el aspecto entonado del vate, sus medias palabras, recalçadas y acentuadas con enigmáticas sonrisas, le conquistaron aprecio y consideración. Deshízose entonces la prensa, sin distinción de colores, en frases encomiásticas, y dio cuenta minuciosa de los pasos y movimientos del literato insigne: hoy había salido ala calle en compañía de Fulano y Mengano: a la tarde le tocaba extasiarse ante tal iglesia o ruina: a la noche es seguro que iría a «admirar» la iluminación de la Alameda: ayer se dejó decir que las pontevedresas son de canela y azúcar...

La mañana del Certamen -víspera de la función de la Divina Peregrina- reviví en cierto modo aquel mes del año anterior, en que se había verificado la boda de Carmen y principiado para mí la verdadera juventud con los primeros estremecimientos de la pasión. Por las calles de Pontevedra me encontré a Serafin Espiña, tan lejos del sacerdocio como cuando le conocí; al Alcalde de San Andrés; al Ayudante de marina, con toda su familia, mujer, cuñadas y mamones;

a don Wenceslao Viñal, individuo del jurado, embutido en su levitón y dignificado con su chistera, y a Castro Viera, del jurado también, calzándose guantes color de zanahoria.

Y después vi entrar en el teatro, donde había de verificarse la literaria solemnidad, a una pareja que llamaba la atención, provocaba maliciosas risas, hacía volver la cabeza a todo el mundo y proyectaba con mi sombra una silueta de caricatura. Érase el señor de Aldao, trémulo, pocho, concluido, con el labio colgante y los pies a rastra, y su esposa, hermosea, fresca, blanca como la leche, afinada ya, derecha y gentil, elegantemente vestida de seda lila a pintitas negras, y luciendo su capotita de paja que guarnecía, embosacándose en los cabellos rubios, una rosa té. Iban de ganchete, y Cándida -he de confesarlo- no manifestaba ni descoco ni engreimiento con su nueva posición; sólo cierto gracioso aturdimiento infantil, que la indujo, cuando me vio, a amenazarme con el abanico, y a sonreírme con boca y ojos, mostrando unos dientes como piñones entre la cereza partida de los labios.

Yo no entré en el Certamen. Por ser de día y hallarse encendidas las luces todas, dentro reinaba un calor asfixiante, y no merecía la pena de arrostrarlo el oír la leyenda *Os Turrichaos*, en octavas reales y en dialecto, y premiada con un ejemplar de las *Obras de Cervantes*; el *Himno a Helenes*, tintero de plata; el *Romance a Nuestra Excelsa Patrona la Divina Peregrina*, florero de bronce y cristal... y otras obras destinadas al pozo del olvido, a pesar de que don Apolo las llamó *aromadas flores del poético vergel galaico*. Tampoco el discurso de Añejo, con sus disertaciones sobre los *gay saber* y los trovadores de la Edad Media, me seducían gran cosa. Yo sabía que Carmen estaba allí; pero prefería verla al salir, que ahogarme y que aguantar el chaparrón de rimas laureadas. Y a propósito, ya que hago mi autobiografía, declararé que no profeso gran afición ni a los versos excelentes, y que los malos, del género Trinito, lejos de exaltarme la fantasía, me causan una especie de desprecio cómico y, de reacción de prosaísmo. Yo tengo la arrogancia, la presunción de creer que mi historia con Carmiña Aldao es más poesía que el *Himno a Helenes*.

Al concluirse el discurso resonaron aplausos y, salieron a la puerta unos cuantos espectadores, rendidos de calor, agradecidos a que la perorata sólo hubiese durado hora y media. Entre ellos venía el director de *El Teucrense*, que me tocó en el hombro.

-¿No sabe lo que acaba de hacer su tío? -me preguntó-. Se encuentra en los pasillos con el suegro y, la mujer, y ni siquiera los saluda. No se habla de otra cosa en el teatro.

-¿Y el discurso de Añejo?

-¡Hombre!... Poquita voz, poquita gracia... unas palabras tan enrevesadas que casi no se entienden... Nos habló de los trovadores y de los troveros...; nos dijo que caminásemos a la apoteosis de Galicia, haciendo muchos Certámenes por el estilo de este que él preside... y nos encargó que no nos extraviásemos imitando a los *decadentistas*... *decadentistas*, así como suena. Yo no sé que en Pontevedra haya decadentista ninguno. Me parece que el público entendió: *dentistas*. Mañana en *El Teucrense* voy a ver si publico un extracto del discurso: por eso he tomado apuntes. Ahora vuelta al horno, a ver cuándo da fin esa lata de poesías. No nos llega la

camisa al cuerpo, de miedo a que el autor de *Os Turrichaos* nos endilgue su leyenda sin perdonar octava. Esperamos que el Presidente pondrá coto a tamaño abuso. Si no, como decía el cura tartamudo, te... te... tenemos misita hasta las cu... cu... cuatro. ¿Qué hace usted ahí? Entre a oír los cantos de la Musa.

¡Entrar! Preferí darme una vuelta por el pueblo y volver a apostarme a la puerta cuando racionalmente supuse que faltaba poco para acabarse la función. Pero sin duda el autor de *Os Turrichaos* no había perdonado al público ni una octava triste, pues todavía esperé largo rato. Por fin empezó a vaciarse el local. Todo el mundo, al salir, respiraba como quien se ve libre de una carga enojosa: las fisonomías se dilataban al contacto del aire fresco, y el sol les infundía regocijo; había suspiros de satisfacción y voces que sonaban alegres, sacudiendo el enervamiento de la insufrible ceremonia. Salió Carmen entre su marido y don Apolo: al paso de este grupo la gente abría camino y oíanse murmullos de curiosidad.

- XII -

Al otro día del Certamen se celebraba el baile del Casino. Yo tenía seguridad de que la titi asistiría, porche su marido la obligaba a exhibición continua mientras durasen las fiestas y fuese preciso imponerse y ganar prestigio contra los dochanistas. Me preparé a concurrir también al *festival*, según decía *La Aurora*, y a las diez ya vagaba como alma en pena al través de aquellos salones, no ocupados a la sazón sino por el Presidente y algún individuo de la directiva, que daban los últimos toques a la decoración y se enteraban de cómo andábamos de flores, polvos de arroz y horquillas en el tocador, «digno de *Las mil y una noches*», afirmación de *La Aurora* también. Empezó a acudir la gente en pelotones, pues es raro que en bailes de provincia entre una familia sola, antes suelen reunirse para arrostrar la situación desairada de los primeros momentos. Divanes y banquetas fueron alegrándose con los colores delicados de los trajes de las señoritas, y al tocar la orquesta la primer polka, seis u ocho parejas salieron ya bailando con ímpetu, teniendo el salón por suyo. En poco tiempo aumentó la concurrencia de tal modo, que la circulación se hizo difícil. Y mi titi sin presentarse.

A eso de las doce menos cuarto realizó su entrada del brazo de don Apolo, que desplegabá con ella galantería senil. No hay mujer en el mundo, al menos el mundo tal cual hoy le conocemos, que, por santa que sea, no trate de parecer algo mejor en un baile; y Carmen, a pesar de su completa abnegación, de fijo había consagrado aquella noche un ratito al espejo. Llevaba su acostumbrado vestido blanco, pero refrescado, adornado con piñas de rosas; en el pelo flores naturales y alguna joya discretamente prendida. Sus largos guantes de Suecia disimulaban la ya angulosa línea de sus brazos. No diré que estuviese bonita: había allí tantas caras radiantes y juveniles, que a ellas con justo título pertenecían los honores de la belleza plástica. Mis ojos, sin embargo, apartándose de los lozanos botones de flor, iban en busca de la rosa mística, de la hermosura puramente espiritual, patente en un rostro consumido por la pasión y la lucha. Si yo

no viese allí aquel rostro, tal vez hubiese bailado con las lindas muchachas que aguardaban pareja. Pero no quise. Mirarla a hurtadillas era mejor.

A su lado estaba Añejo. Ella le oía y contestaba con afabilidad, tratando de no alzar la voz ni hacer ademanes en que se fijase el concurso. ¿De qué le hablaría don Apolo tan seguido y tan acaloradamente? Supe después que del éxito de su gran *Elegía a la rota del Guadalete*, oída con suma benignidad por el rey Alfonso XII e impresa a expensas de una corporación doctísima. Mi tío dejó a su mujer entregada a la *rota del Guadalete*, y dando una vuelta por el salón, no tardó en reunirse con el director de *El Teucrense*, que, muy deferente y solícito, se le acercó diciendo: «¿Don Felipe, qué hay? ¿Qué se le ocurre?». Estaban tan cerca de mí, que pude oír la respuesta. Con voz más quebrantada de lo que acostumbraba, respondió mi tío: «Hombre, días pasados me sentí muy bien... Pero hoy no sé como ando. Tengo un cansancio y un hormigueo en los pies... Y a veces, dolores. Creo que estoy perdido de reuma. Las pensiones de la vejez, que empiezan a cobrarse ya». «Eh, qué vejez ni que rabo de gaita, ¡si es usted un muchacho! -protestó el periodista-. Cuidarse y no criar bilis, que ya fastidiaremos a los de *La Aurora* y a la gente que nos impone el *Santo*. Si le da la gana de mandar, que mande en Compostela, donde posee su distrito y donde ha empleado hasta a los *correcanes* de la catedral. De aquí hemos de espantarle. Mire usted, don Vicente tendrá todo el talentazo que guste y que la gente le reconoce; pero en sus protecciones toca el violón más que nadie. ¡Cuidado con haber entregado el pueblo a Dochán, a Paredes, a Rivas Moure, a Requenita y a toda esa chusma de *La Aurora*! Hay días que le entran a uno ganas de hacer una barbaridad. Ayer en el Certamen me cansé de llamarles pillos; y se lo tragaron, porque hoy no chistan». Mi tío moderó el celo del seide, repitiendo: «Calma, calma y mala intención... A don Vicente ya le haremos ver que no le queda más remedio sino venirse a buenas y transigir. Crea usted que a estas horas está harto de Dochán y de los compromisos en que le pone... El asunto de los muebles...». No quise oír más, y dejando al marido y al periodista engolfados en su diálogo, me interné en el salón, atraído por la tití.

Noté que estaba muy acompañada; varias señoras de lo más granado de la población habían ido aproximándose y formando en torno de ella y del señor Añejo ese núcleo superior que inevitablemente se constituye en todo baile o sarao, para desesperación de las que en él no tienen cabida. Un incidente vino a poner de relieve lo que indico.

Cuando las señoras consiguen organizar el susodicho núcleo, despliegan habilidad felina para mantenerlo y evitar la injerencia de elementos extraños o heteróclitos. La media docena de damas que, con mi tití en medio, presidían moralmente el baile, realizando una ingeniosa captación de los divanes, extendiendo las faldas, haciendo que no veían a las que se dirigiesen al mismo punto, habían obtenido el deseado aislamiento. Dos o tres tentativas de inmixción fueron desconcertadas rápidamente. Pero sobrevino una que demostró la unión, la sorprendente armonía con que se verificaban los movimientos en el pequeño cuerpo de ejército femenino. Y fue que entró por la puerta grande -casi fronteriza al diván- el señor de Aldao, dando la derecha a su esposa, la cual, a decir verdad, venía muy bonita con su traje claro y su cabello rubio empolvado y crespo. La pareja se dirigió como una saeta al diván; y las señoras, con admirable prontitud, se ensancharon, ahuecaron los trajes, y fingiéndose distraídas y abanicándose precipitadamente, imposibilitaron la colocación de la intrusa. Esta, llena de sagacidad, a despecho de su

inexperiencia, vio desde lejos la maniobra, y tirando del brazo de su sexagenario marido, le apartó del sitio peligroso. Hubo un momento de curiosa ansiedad en el salón; el lance ocurría durante el descanso, y los hombres habían salido, quedando casi despejado el centro de la sala y permitiendo enterarse de todo. La improvisada señora vaciló; no sabía a qué lado dirigirse; temía otro desaire. Por fin, lo hizo hacia la izquierda, sentándose en la esquina de una banqueta ocupada por algunas señoras, de las menos encopetadas del pueblo; como que entre ellas se contaba la familia de un concejal, almacenista de vinos, y la de un fomentador de San Andrés. El marido de Candidiña, después de acomodarla, hubo de hacer lo que todos, retirarse, dejándola en la embarazosa situación de una mujer sola, blanco de ojeadas poco benévolas, y a quien nadie dirige la palabra. Miró alrededor con cierta angustia, y su rosada faz de angelote se puso repentinamente seria. Para aparecer menos cohibida, hizo gestos, se arregló los encajes del escote, se pasó la mano por el pelo, puso bien la cola, abanicose, y olió la flor que llevaba en el hombro, casi rozando con la mejilla. Su espíritu imploraba un salvador... y el salvador no tardó en aparecerse, en figura de Castro Mera, que de frac, obsequioso y meloso, con el requiebro en los labios y la insolencia en las pupilas, cruzó el salón y se acercó a la señora de Aldao, mostrando más desenfado del preciso. La conversación entre Candidiña y el diputado provincial pasó a animado cuchicheo, y las señoras sentadas al lado de la de don Román empezaron a secretear entre sí, no sin algún severo fruncimiento de cejas y algún movimiento de cabeza que desaprobaba enérgicamente.

Yo contemplaba a mi tití desde lejos, y pude notar que no perdía detalle de esta escena. Dos o tres veces advertí en su rostro señales de contrariedad y desazón reprimida, y esos movimientos nerviosos mal disimulados que se escapaban a la mujer cuando las conveniencias sociales la obligan a permanecer en un punto y su deseo la lleva a otro. No pudiendo contenerse más, hizo a don Apolo una graciosa indicación con la cabeza y la mano, y el cantor de Guadalete se inclinó, ofreciendo el brazo con apresuramiento y deferencia. Cruzaron el salón, y, a mi parecer, tití lo verificaba con la dignidad de una reina, con la ligereza de un hada y con la divina sonrisa de una virgen. Y sin dejar de sonreír, entre la expectación general, acercose a su madrastra, le tendió la mano, y mientras Cándida balbucía, temblando de emoción y de sorpresa: «Muchas gracias... Carmiña...» la honesta y sublime mujer se inclinó, posó los labios en la frente de la chicuela, y empujándola familiarmente por los hombros, la enganchó casi del brazo de Añejo, a la vez que ella tomaba el de Castro Mera, diciendo con dulce autoridad: «¡Me toca a mí!». Cuando atravesaron el recinto para ir a instalarse en el diván, se oiría el volar una mosca. En cambio, medio minuto después las acaloradas conversaciones *sotto voce* remedaban el zumbido de una colmena.

«Hizo mal. -No, pues a mí me parece que muy bien. -Es una escena, de todos modos. -¿Usted lo haría? -Yo no; yo pienso de otra manera; soy muy poco *democrática*; esa fregatriz no es para alternar con las señoras desde sus principios. -Pero, en fin, es la mujer de su padre, y consentir que lo ponga en berlina... -¿Usted cree que al cabo no lo pondrá? -Es un golpe de efecto. -No, un rasgo de humildad y de modestia. Es muy buena Carmiña: mire usted que la conozco desde que nació. -Yo también, señora. -¿Y el marido? -¡Ay! ¡Unceta! Ese es más atravesado que Caín; va a armar la de púpulo, porque desde que se casó el suegro no quiere tratarle. -¡Jesús! ¡A ver qué cara pone cuando vuelva del salón de descanso!... -Mire usted con gafe expansión le habla la hijastra a la madrastra...». -Etcétera, etcétera.

Mi tía, en efecto, dirigía la palabra cariñosamente a Cándida, le hacía los honores y la presentaba a las demás señoras del grupo, quienes, comprendiendo la buena obra, se asociaban a ella por medio de sonrisas, atenciones y celo. De común acuerdo manifestaron a Castro Mera cierta frialdad, y el tenorio provinciano cesó de revolotear alrededor del grupo. Entonces me acerqué yo. El señor de Aldao, asomándose a la puerta del salón, buscaba con la vista a su mujer, y esta, radiante de orgullo, le hizo una seña, a que el viejo obedeció con cuanta agilidad permitían sus años, acercándose al diván. Si mi títí no se encontrase sobradamente recompensada de su acción generosa por la satisfacción de su conciencia, le daría mejor premio la alegría pueril que iluminó el rostro del viejo al encontrar a su mujer sentada allí, en medio de la crema de la sociedad. Entre la hija y el padre se entabló un diálogo en que nada significaban las palabras, y todo la expresión. Sobre la faz de Carmiña, coloreada por la excitación del suceso, creí ver escrita en caracteres de luz esta divisa: «Honrar padre y madre».

El reverso de la medalla fue la entrada de mi tío. No puedo expresar la transformación de su rostro judaico cuando, al regresar al salón, se dio cuenta de la gran novedad. Primero mostró no querer acercarse al diván; después cambió de propósito, y fue aproximándose lentamente. Ya al lado de su mujer, y haciendo que no veía a don Román ni a Cándida, ordenó: «Vámonos, que es tarde».

Carmiña no se arredró. Obediente hasta el fanatismo en tantas ocasiones, en alguna era insubordinada hasta la heroicidad. Púsose en pie, sin apresurarse nada; se despidió de su padre, de don Apolo, de las señoras; y por último, echando a Cándida los brazos al cuello, le dijo no sé qué al oído. El efecto del secreteo fue tal, que la muchacha exclamó con decisión: «Si te vas tú, yo también quiero irme: Román, marchémonos en seguida». Y, en efecto, las dos señoras tomaron a un tiempo sus abrigos, y sólo en la calle se separaron, dirigiéndose a sus respectivas casas.

El que tenga la paciencia de leerme puede juzgar de la marejada que en el baile se produjo. Donde bramó más tempestuosa fue en el bando de Dochán. Formose un círculo, en que un redactor de *La Aurora*, Requenita, comentaba durísimamente la acción de sacar a la señora de Unceta del baile, escurriéndose desde ese terreno al de las apreciaciones sobre la conducta política y privada de mi tío. Por allí cerca andaba el director de *El Teucrense*, que replicó de manera insultante y personal, diciendo que al menos el mobiliario de mi tío no era adquirido por ninguna corporación, y disparando luego contra el mismo Requenita, con alusiones a los fondos de cierta suscripción, que habían dado fondo en el bolsillo del redactor de *La Aurora*. La disputa paró en una especie de reto. «Ahí fuera me lo dirá usted, si quiere», contestó Requenita a la provocación más directa de su adversario. Intervinimos, los calmamos, y al parecer se sosegó la batalla.

A eso de las cinco de la madrugada, que es tanto como decir que el sol alumbraba ya, salíamos juntos del Casino el director de *El Teucrense* y yo. Habíamos cenado, y aturridos por el sueño y unas copas de detestable pseudo Champaña, mirábamos con sorpresa la claridad del día, cuando al poner el pie en la calle se arrojaron sobre nosotros cuatro o cinco individuos, vociferando interjecciones. Eran los de la turbia *Aurora* periodística. Venían armados de

garrotes, y el primer lampreazo cayó, sonoro y magnífico, sobre las espaldas del director de *El Teucrense*, que retrocedió, pálido de susto, gritando: «¡Indecentes... canallas!». El siguiente fue para mí, y me alcanzó en el sombrero, que por fortuna resguardó mi cabeza. Pero secundaron, y sentí el golpe en la mano, tan doloroso, que encendió mi furia, y en vez de pedir auxilio, me arrojé sobre el que acababa de herirme, lo desarmé, y con su propio bastón le perseguí, sin conseguir atizarle, porque apeló a la fuga. A todo esto ya se habían reunido varios rezagados del baile, con esa prontitud que tienen las gentes para enterarse de los acontecimientos y acudir a su teatro. Levantaron del suelo al de *El Teucrense*, que se quejaba de puntapiés y pisotones, amén de los bastonazos; y a mí también quisieron acudirme con remedios farmacéuticos y caseros, éter, agua, vinagre. Mi juvenil orgullo se rebeló. Protesté: «Si no tengo nada. Total, un palo en la mano. ¿Ven ustedes? No hay hueso roto. La manejo bien». La agresión había sido tan imprevista, que yo no sabía el nombre de mi apaleador. «Se llama Rivas Moure. Es uno que por influencias de Dochán desempeña interinamente una cátedra del Instituto». Sin querer, y como si masticase alguna cosa pesada e indigesta, al retirarme a mi casa iba murmurando: «Rivas Moure, Rivas Moure». La mano me escocía. Por fortuna era la izquierda.

- XIII -

Y digo por fortuna, porque, a la verdad, el ser apaleado e inutilizado a causa y en defensa de mi tío me parecía la mayor primada en que pudiese incurrir en el mundo. Era indudable que en concepto de sobrino de don Felipe Unceta me habían pegado, y esta injusticia de la suerte me envenenaba la sangre. Hasta entonces, en las diferentes trifulcas con compañeros, yo había vapuleado sin volver por las tornas. Ahora me zurraban a traición, y recibía el palo que a mi tío iba dirigido moralmente. ¡Rayos y truenos! En mi interior repetía: «Rivas Moure... ¡Ah! Yo te pillaré».

Hubiera dedicado a esta caza el día, si la casualidad no lo dispusiese de otro modo, quizá más oportuno y conducente a mis planes. Presentose en mi casa azoradísimo, a cosa de las once, cuando aún tenía yo la mano envuelta en paños de árnica y estaba acostado, el director de *El Teucrense*, descolorido y desencajado, y en pocas palabras me enteró de que le ocurría un lance... un lance serio, comprometidísimo: y era que *La Aurora*, sobre haber lucido para él de tan desapacible modo, ahora quería completar la desazón, y a las diez de la mañana le había enviado dos padrinos, los señores Dochán y Rivas Moure, cuya visita tenía por objeto buscar «solución honrosa» al conflicto provocado por la mañana a la salida del baile. «De modo que -decía el pobre diablo, pues en el fondo no era otra cosa el director- aquí me tiene usted, después de que me han agredido brutalmente, metido de cabeza nada menos que en un desafío. ¡Le digo que nuestra misión es una serie de amarguras! Un desafío... Yo había pensado en usted para padrino: en usted y en don Felipe, si quisiese...; pero de seguro que no querrá... por lo cual, si le parece, iremos ahora a solicitar el concurso del señor Castro Mera. No, a mí no crea que me intimida el

lance, como lance... Pero siempre son disgustos: tiene uno hermanas, familia a la cual se debe... y ¡ya ve! no agrada la idea de dejarla en el desamparo...».

Me volví en la cama y solté la risa. «Tranquilícese -contesté al bueno del director-. No dejará usted desamparadas a sus hermanas por ahora. Es más: si se guía usted por mí, y si Castro Mera me entiende y se adapta a mis instrucciones, yo le prometo que ni siquiera habrá lance ninguno. Voy a levantarme, y, saldremos reunidos. Usted hágame el favor de enderezar el cuerpo, de ladear el sombrero y de encender un pitillo y fumar con macho garbo mientras andemos por esas calles. Porque esté seguro de que nos siguen los pasos y atisban todo cuanto hagamos hoy. Al ir a casa de Castro Mera, daremos un rodeo para pasar por delante de la redacción de *La Aurora*... Que sí, hombre, que sí; que no saldrá nadie ni con un junquillo. Respondo yo. ¡Ay!... Y por la calle... ni palabra del objeto de nuestra correría. Procuraremos hablar alto, y de cosas indiferentes: de *Os Turrichaos*, del frac de don Apolo Añejo, o de las chicas guapas, o de un rayo que las divida... pero del desafío, ni esto».

Salimos, en efecto, juntos, no sin que yo, por lo que *potest contingere*, me hubiese provisto de un recio palo de tojo, cortado en mi monte patrimonial de la Ullosa, y capaz de dar mucho juego manejado con arte. El director de *El Teucrense*, siguiendo mis consejos, iba engallado y firme, aunque no tan provocativo como yo le quisiera.

Al acercarse a la esquina por donde había que torcer para pasar ante la redacción de *La Aurora*, mostró olvidarse de lo convenido, e inclinarse a echar por el camino más corto; pero no lo sufrí, y girando resueltamente hacia la izquierda, me metí por la calle que nos conducía a la misma boca del lobo, o sea la temida redacción... «Ánimo. Nada de prisas. Nada de torcer la cabeza», deslicé al oído de mi apadrinado. No me engañaba al presumir que serían notados nuestros menores pasos y movimientos. Detrás de los cristales de las vidrieras había curiosos ojos, oídos que pretendían sorprender algún fragmento de nuestra conversación, lenguas que comentaban nuestra actitud, y particularmente la del periodista. La imprenta de *La Aurora*, a planta baja, estaba entreabierta: allá en el fondo se veía la máquina, los galerines con la composición, y dos o tres hombres de blusa que rodeaban a un individuo de americana, en quien reconocimos al punto al famoso Requenita, iniciador de la zambra del Casino. «Ahora se nos echan encima», murmuró el de *El Teucrense* apretándome el codo. «Haga usted como yo -respondí-; mire usted para dentro frunciendo mucho las cejas». Hízolo así; Requenita, fingiendo no habernos visto, se internó en las profundidades de la redacción; nadie asomó, ni ganas, y en paz y en gracia de Dios llegamos al portal de Castro Mera.

Nos recibió el diputado provincial de babuchas blancas y en mangas de camisa; también él acababa de salir de la cama en aquel momento y, se disponía a rasurarse.

Apenas enterado del objeto de nuestra visita noté con sorpresa que estaba tan aturrullado y receloso, como si a él mismo, y no al periodista, tocase cruzar el hierro. Al verle que se le podía recoger con cucharilla, comprendí la necesidad de que yo me atribuyese facultades dictatoriales. «Déjenme ustedes a mí -les dije-. Respondo de lo que ocurra. En último caso, me bato por el señor. Pero pierdan cuidado, que no llegará la sangre al río. Todo esto de los desafíos es guagua.

Pamema pura. No sé a qué viene tenerles tanto asco, si al fin nunca vemos enterrar a ningún individuo muerto en un *lance de honor*. Esta madrugada corrimos más peligro con los garrotes de esos mamarrachos. ¿Quiere usted quedar con lucimiento, sí o no? Pues denme plenos poderes y facultades omnímodas. Usted, señor director, ya no nos hace maldita la falta. Se va usted a su redacción, o a su casa, o a donde se le antoje, y escribe usted para el número de mañana un artículo que en sustancia diga esto: ‘Los barateros y matones que se reúnen en número de cinco para agredir a dos personas inermes, son víctimas de un caso fulminante de *canguelitis* cuando las cosas se formalizan y se llevan al terreno del honor’. Como al partido de ustedes lo que más le conviene es inutilizar a Dochán, aluda usted claramente a Dochán mismo, y asegure que sus seides forman la nueva cuadrilla de apaleadores. Esta tarde leeremos el artículo y le daré el visto bueno. Lo demás corre de mi cuenta». Recuerdo que Castro Mera me dio un golpecito en la espalda, murmurando: «¡Chico listo! Veo que conoce usted la brújula... Sostener al tío contra viento y marea... ¡Soberbio! No tiene Dochán un segundo por el estilo».

Llevé aquel negocio militarmente. Castro Mera y yo nos personamos en casa de Dochán, sin aguardar a que él viniese a buscarnos y sospechase que huíamos de la quema. Un tanto sorprendido por lo enérgico y glacial de nuestra actitud, el jefe de los enemigos de mi tío hizo llamar a Rivas Moure, que entró en la sala cabizbajo y nos saludó sin mirarnos a la cara. Yo le medí desde el primer instante con ojeada despreciativa, afectando dirigir la conversación a Dochán exclusivamente. Mi arenga se dividió en tres puntos: primero, que sentíamos que los señores de *La Aurora* se nos hubiesen adelantado, porque desde la emboscada del Casino, nuestro apadrinado deseaba encontrar alguien en quien castigar debidamente: la indigna agresión; segundo, que siendo el ofendido el director de *El Teucense*, entendía que el duelo durase hasta quedar inutilizado uno de los combatientes; tercero, que no podía contentarse con un palito más, dado con la hoja de un sable sin filo, sino que exigía la pistola, a veinte pasos, avanzando, hasta conseguir «sus propósitos».

A medida que yo hablaba, el semblante irónico y cauteloso de Dochán se oscurecía, y Rivas Moure, que tenía un hociquito de comadreja, exangüe y mal barbado, fijaba con azoramiento las pupilas en la punta de sus botas, no atreviéndose a levantar la consternada faz. Por último, rompieron el silencio, se resolvieron a mirarse, y puestos de acuerdo con aquella ojeada, Dochán articuló:

-Lo que ustedes proponen... no se han fijado ustedes bien... Yo no puedo aceptar responsabilidades gravísimas. Vivimos en una época y un país civilizado...

-Pues a veces parece mentira; y si no que lo diga el señor Rivas Moure -contesté volviéndome hacia el catedrático suplente, el cual torció la cabeza y se paso verduoso.

-En fin, nosotros... -balbució Dochán.

-Nuestro deber es impedir una escena cruenta... un día de luto...

-El duelo es inmoral -añadió sentenciosamente Dochán, levantando un dedo corto y peludo.

-Lo inmoral, señor Dochán -respondí muy despacio, recalcando las sílabas-, es que nuestras costumbres políticas se hayan rebajado tanto, que forme parte de ellas el insulto, el apaleamiento y la agresión traicionera, sin que nadie proteste con un acto digno. El señor director de *El Teucrense* ha sido agredido de la manera más vil, cuando ni tenía medios de defensa ni amigos que le guardasen las espaldas; y bastante hace al admitir una satisfacción en el terreno que pisan los caballeros, pues estaría en su derecho si, imitando y llevando a la perfección los procedimientos de su adversario, le clavase una bala en la sien, donde quiera que lo encontrase. Conste así, y ruego a ustedes que tomen este asunto con toda la seriedad que exigimos. Esperamos pronta respuesta, y volveremos a recogerla a las cuatro de la tarde.

Castro Mera y yo salimos de allí disputando. El abogado estaba atónito de mi ardimiento, y a la vez alarmadísimo, temiendo que los otros se las *tendrían tiesas*: «Amigo Castro -le dije-, esta tarde, a las cuatro y media, redactará usted un modelo de acta que dará las doce. Esa gente es tan osada y cínica como blanca de sangre. Capaces de atacar por la espalda cuando van en mayor número, no lo son de ponerse uno a uno ante el cañón de una pistola, en un lance. Sólo pido de plazo hasta las cuatro y media. Estoy tan seguro del resultado, que no apuesto, porque sería, en puridad, robarle a usted los cuartos».

Realizáronse completamente mis vaticinios. A la tarde, Dochán y Rivas Moure, hechos un caramelo de puro cortesés, nos ofrecieron todo género de satisfacciones, jurando que sólo la exagerada caballerosidad y delicadeza de su apadrinado había sido causa de una mala inteligencia, y de una provocación que, en su entender, «no procedía». No solamente el redactor jefe de *La Aurora*, señor Requena, da a ustedes las satisfacciones más cumplidas...

-Sí... pero ¿y el bastonazo? -pregunté encarándome con Rivas Moure.

-Aquí somos gente formal -interrumpió Dochán-. No damos importancia a lo que carece de ella... Un acaloramiento... Cuando asiste uno a bailes y fiestas y pasa algún rato en el *buffet*... Usted comprende... Por lo demás...

-Bueno, pues que conste en el acta la borrachera del señor redactor -indicó Castro Mera, que, ya envalentonado por el giro que tomaba la cosa, se permitía hasta decir chistes.

-¿Y qué es lo que iban ustedes a hacer además de dar en el acto las satisfacciones más cumplidas?

-Pues además... queríamos decir a ustedes... que de hoy en adelante *La Aurora* no... vamos, guardará consideraciones... a *El Teucrense*... y... y a su director... Porque es realmente aflictivo que en el *estadio de la prensa* se realicen esos pugilatos... La prensa, en cumplimiento de... de su misión sagrada... debe marchar unánime, gestionando los intereses vitales de la región... Es doloroso que se den ciertos espectáculos...

-Vamos -dije a media voz, pero no tanto que no pudiese oírlo Rivas Moure-. De ayer a hoy han descubierto que la misión de la prensa... ¡Botarates! Gato escaldado...

Extendió el acta Castro Viera, con todas aquellas retractaciones y satisfacciones que pudiésemos desear; firmáronla por su apadrinado ellos, y por el nuestro nosotros; y así que la doblamos y la guardó Castro Mera en su bolsillo, reinó embarazoso silencio, hasta que lo rompió Dochán, proponiendo que nos fuésemos al café a solemnizar el fausto acontecimiento del desenlace de tan enojoso asunto. Aceptamos, y nos instalamos ante una mesa donde el camarero depositó inmediatamente el servicio de café y la clásica garrafito de coñac. Fundiose el hielo, y la conversación se hizo animada. Los padrinos de *La Aurora* estaban indudablemente satisfechos, por la terminación, si no muy gloriosa, al menos bien pacífica del lance, y hasta se permitían bromear con nosotros y manifestar una cordialidad que parecía anuncio de próxima reconciliación entre los partidos *dochanista* y *uncetista*. Aquella era la ocasión que espiaba yo para extraerme la hiel del cuerpo. Rompiendo el mutismo que guardaba y dejando mi café intacto, me puse de pie y dije lo más alto que pude:

-Señor Rivas Moure... usted creía sin duda que al sentarme aquí era con ánimo de tomar café en su compañía. Pues estaba equivocado, muy equivocado. Lo que yo buscaba era coyuntura favorable de decirle a usted que no tomo ¡ni gloria! con rufianes y cobardes que apalean a traición.

Y sin añadir una palabra más, cogí la taza del café abrasando, y la arrojé contra la cara de Rivas, donde se estrelló, poniéndole de perlas. Alzose un tumulto; se interpusieron; Castro Mera me sacó de allí... y a poco oía un regular sermón de mi madre, trémula de susto y de indignación contra «ese pillete de Rivas, que ya el año pasado engañó a una muchacha, y la plantó con un chiquillo en el vientre».

- XIV -

¡Divina Peregrina, y cómo vino al día siguiente la buena de *La Aurora*! Suelos embozados y misteriosos: otros que se clareaban; un largo artículo titulado *Manos ocultas*; unos versos macarrónicos que ocupaban casi toda la tercera plana; el número entero, en fin, consagrado a demostrar esta palmaria verdad: que mi tío Felipe Unceta tenía a sueldo un ejército de espadachines, matones, entre los cuales figuraban, en primera línea, su sobrino y el director de *El Teucense*; que con este ejército aterrorizaba y cohibía y ahogaba la voz de la prensa imparcial; pero que no le valdría la trepa, porque ellos (los de *La Aurora*) estaban determinados a irse al bulto y a no entretenerse con espantapájaros y testafierros, imponiendo severo correctivo al que se escondía cobardemente detrás de sus mesnadas, pues ya encontraría modo de llegar hasta su inviolable persona. Mezcladas con estas indirectas del *Padre Cobos* venían otras no menos ofensivas; salían por centésima vez los solares, con lujo de pormenores aún inéditos, y se hablaba de ciertos incidentes ocurridos en el baile entre un suegro y un yerno, una hijastra y una madrastra, incidentes que habían procurado el donoso espectáculo de una reconciliación de familia, hecha en público por la esposa sin anuencia del esposo.

Con el periódico en el bolsillo salí a pasear mi efervescencia y mi berrinche. Echando mano de toda la filosofía que tengo de reserva, pensaba para mi sayo: «¿Qué se hace aquí? ¿Sentarles la mano de verdad, o mandarles al cuerno? Delibera, Salustio. Comprendo que te molesten algo ciertas estupideces, que te indigne la mala fe de presentarte como un seide de tu tío, una especie de sicario asalariado para tirar tazas de café hirviendo a la cara de sus adversarios políticos. Pero reflexiona y hazte cargo de una cosa, que te refrescará la sangre, impidiéndote cometer las barbaridades que se te ocurren. El razonamiento a que debes atender para calmarte, no tiene vuelta de hoja. *La Aurora* no se lee fuera de aquí, y aquí todo el mundo sabe cómo las cosas han pasado: luego ni aquí ni fuera puede perjudicarte. A quien perjudicará unas miajas será a tu tío y a su prestigio político. Supongo que dirás que por allí te las den todas».

Con estas reflexiones me aplaqué. Sin embargo, dediqué la tarde a pasear los sitios más públicos, a fin de que no dijese que me escondía: y puedo asegurar que por ningún punto del horizonte vi rastro de Rivas Moure ni de otras gentes de su calaña. A pesar de que duraba aún la tornafiesta de la Peregrina, ellos se habían retirado huyendo del mundanal ruido.

Al recogerme a casa para cenar, encontré a mi madre agitadísima: hasta que me esperaba en la escalera para desahogar más pronto.

-¿No sabes? -dijo precipitadamente-. Todo se vuelve líos. Ahora vamos a tener huéspedes en la Ullosa. Yo salgo para allá mañana en el coche de la tarde, y ellos pasado en una carretela que alquilan. ¡Bonito jaleo se me prepara! Y me parece que allá no tengo azúcar, y que se me acabó todo el dulce de pera. No sé cómo voy a salir del compromiso. Sólo esto me faltaba: encontrarme con tu tío y su mujer a cuestras...

-¿Cómo? -pregunté no menos alterado que mi madre-. ¿Dice usted que mi tío y su mujer se van a la Ullosa? ¿Pero por qué? ¿Qué novedades son esas? ¿Usted los convidó?

-¿Convidarlos? Chiquillo, ¿qué dices? ¿Qué novedades han de ser? Canguelo... celotipia... o como le llaméis al miedo, para no llamarle por su verdadero nombre. Está Felipe que no le llega la camisa al cuerpo con lo que decía ayer *La Aurora* y con todos los belenes y desafíos de estos días atrás. A mi modo de ver, recela que los de Dochán se proponen inutilizarle o matarle, para que no les haga sombra y puedan ellos cortar la carne a su santo gusto... Está con esa aprensión que no ve por dónde pisa.

-¿Pero se lo ha dicho a usted?

-¡Hombre! no; él le echa la culpa a la enfermedad, y sale con que los médicos le mandan respirar aires de campo...; y como al Tejo no quiere ir, porque no le da la gana de hacer las paces con el suegro, mira por cuánto no me cae a mí la pejiquera...

-Mamá, ¿qué importa? -contesté calurosamente-. Ya les obsequiaremos lo mejor que se pueda. Lo que hay de cierto es que no es muy airoso para mi tío el largarse ahora. Creerán que está muerto de miedo...

-¡Ya se ve!... Y creerán la verdad pura -confirmó mi implacable mamá.

Al día siguiente salió en el coche de línea, dejándome a mí el encargo de acompañar a los tíos en la carretela. Protesté, aunque la comisión me sabía a gloria; pero al advertirme que era «encargo expreso de Felipe», dejéme convencer, y a las seis de la mañana me vi encerrado en la estrecha cárcel de un cajón sustentado en cuatro ruedas, frente a la mujer querida, respirando su atmósfera y sintiendo por vez primera, desde el famoso vals del Tejo, un año hacía ya, el contacto de sus finos piececitos y de su cuerpo delicado; contacto que me crispaba los nervios y me haría olvidar toda moderación, si el recelo de angustiarla no me sirviese de poderoso freno...

A medida que apretaba el calorcillo y el polvo de la carretera subía en ráfagas turbias, metiéndose por las ventanillas del carruaje, mi tío, acometido de sueño o de modorra, recostara la cabeza en el rincón, y cerrara los párpados. El sol, colándose al través de las cortinas de percal, introducía, por donde estas no ajustaban, una flecha de luz, que bañaba el rostro del hebreo -donde se advertía cierta demacración- y su cuello, salpicado de placas rojizas. Así adormecido, con los ojos cerrados y algo retraídos hacia el cráneo, la boca apretada y las ventanas de la nariz llenas de transparente sombra, parecía un cadáver, y por vez primera se fijó mi pensamiento en la hipótesis de la muerte natural de aquel hombre, único obstáculo a mi dicha. «Está enfermo en realidad: se me figura que lo que tiene es serio. Ha cambiado mucho, ahora lo noto. Su tipo era sanguíneo y fuerte, mientras que en la actualidad tiene un aspecto de mortificación...». Y después de volver a mirarle, yo discurría: «No lo puedo sentir. Si se muere, casi digo que la acierta, dejando a su mujer en libertad y a mí a la puerta del ciclo».

No sé si Carmen interpretó la expresión de mi rostro: lo cierto es que me miró de un modo raro e indefinible, llevando los ojos de su marido a mí, y de mí a su marido. La conversación se arrastraba: apenas si trocábamos alguna palabrilla, adormilados y enervados por el calor y el polvo, mecidos por la trabajosa oscilación del coche, que casi no movían los jacos rendidos de otras viajatas y agobiados de tábanos y moscas. Abanicábase mi tití, y la brisa que levantaba su abanico enfriaba el sudor en mis sienes, causándome una sensación deliciosa...

Llegamos a mis dominios a las tres, exhaustos de fatiga, como si hubiésemos hecho a pie la jornada... Mi madre nos esperaba ya y tenía preparados refrescos, leche, fruta. La tarde la pasamos gratamente fuera de casa, mi tití de bata de percal y sombrero de paja tosca, divirtiéndose mucho con el gallinero y los establos -pues en mi humilde casita patrimonial no existían jardines, aunque pegados a la tapia crecían rosales, celindas y geranios, flores vulgares con que armé un ramillete para regalárselo a Carmiña-. El reposo después de la sofocación del viaje; la serenidad de la naturaleza, que siempre se comunica al espíritu; la libertad y amenidad del campo, prestaban a mi tía un poco de animación, algo de carmín en las mejillas, y agilidad de los movimientos, infundida por la certeza de que no atisbaba la sociedad. Mi tío, quejándose de dolor en los huesos, se había tumbado en un sofá, y Carmen, mi madre y yo quedamos dueños de la huerta.

Aquella tarde, y también al otro día (el lugar, la ocasión y mis años explican, si no disculpan, el fenómeno), rompióse algún tanto la valla del respeto interior que ofrecía a mi tití en

holocausto; hizo la sangre su oficio, y noté con terror que si antes me dominaba al tenerla próxima o encontrarme a solas con ella, la inmunidad había desaparecido, y el amor dantesco ya se revelaba vivo y humano, como arraigado en las entrañas. Sentíame capaz de incurrir en desacatos, no sólo indelicados, sino odiosos, que me enajenasen para siempre una voluntad secretamente mía, y me abochornasen después. Me temía a mí mismo, como temen los propensos al suicidio acercarse a la boca de un abismo o sacar el cuerpo fuera por la barandilla de una torre. Me proponía vencerme en absoluto; pero no estaba seguro de conseguirlo, a menos que me ayudasen las circunstancias.

Diré de qué horrible manera me ayudaron.

Al tercer día de nuestra estancia en la Ullosa, mi madre y mi tío salieron juntos con objeto de ver algunos sembrados y majuelos, orgullo de la cultivadora. Ambos iban de sombrero de paja y sombrillas de crudillo, forradas de verde. Yo me quedé leyendo y soñando, encendida la sangre con la idea de que Carmiña estaba a pocos pasos de mí, en la soledad de aquella casa, donde sólo se cría el pesado zumbido de las moscas, y alguna que otra vez, a lo lejos, la orgullosa, retardora y melancólica voz del gallo en el corral. El sol, el silencio, el misterio de las ventanas entornadas para procurar un poco de frescura, eran incentivos de mi imaginación, gotas de lava derramadas por mis venas. ¡Tenerla allí, tan cerca, y no cerciorarme de que positivamente me quería! Y el caso es que se me figuraba que si ella viniese y me diese de palabra, sólo con una palabrita, el bálsamo consolador de la esperanza y de la promesa, aquel entendimiento y aquella inquietud dolorosa se desvanecerían en un soplo.

¿Dónde estaría? Encerrada en su cuarto, de fijo, por no encontrarse conmigo a solas. En estor pensaba, cuando prestando atención, oí su voz en el establo, a mis pies. Los establos, en la Ullosa, forman la planta baja, y encima dormimos los racionales, por lo cual mi madre sostiene que no existe en el mundo mansión que reúna tales condiciones de salubridad. Yo atendí a la voz, que pronunciaba cariñosos adjetivos en dialecto, palabras tiernas: no tardé en comprender que iban dirigidas al recental, cría de la vaca, la madre había salido sin duda a pastar al monte, y el ternero, sólo en la cuadra, mugía saudosamente, a pesar de decirle mi tía tantas cosas dulces, y de ofrecerle pan. Dudé al pronto, pero por fin descendí al establo, y a despecho de la media oscuridad que en semejantes sitios reina, divisé a Carmiña con su bata de percal, remangada de brazos y presentando al becerro un puñado de hierba tierna y húmeda. El gracioso animal sacaba su hocico tibio y sedoso, pasándole: a mi tía por las manos la áspera lengua, y mojándola de baba clara y pura como la de un niño. Sus ojos nos miraban cándidos y asombrados; sus doradas orejillas cortas se empinaban sobre su infantil testuz. Era imposible no deleitarse con tan gentil y precioso bicho, y la tití me lo dijo en cuanto me acerqué.

-¡Cosa más mona!... Tráele hierba, verás cómo se la zampa... Te digo que es una judiada dejarlo solito. ¡Pobriño... anda, come, bobo, come!

La obscuridad del establo no me permitía ver a mi interlocutora sino de una manera vaga, que me alentaba a pronunciar palabras atrevidas. Y seguramente iba a deslizarme, cuando entró, sudoroso y limpiándose la frente con la manga, un gañán, el mozo de labranza de mi madre, que

nos presentó, muy envueltas en un pañuelo de algodón para que no se manchasen los sobres, diez o doce cartas y unos cuantos periódicos. Salí a la luz, miré los sobres uno por uno, y como todos venían dirigidos a mi tío, se los entregué a Carmiña. Los periódicos iba a guardármelos; pero viendo entre ellos dos números de *La Aurora*, les quité la faja en un santiamén y busqué en el texto algo que se refiriese a nuestras recientes tragedias, recelando encontrar alusiones a la precipitada marcha que bien podía parecer cobarde fuga, y en efecto lo era, por parte de mi tío al menos. Lo primero con que tropezaron mis ojos fue un artículo titulado: «Retirada vergonzosa». En él ponían a mi tío de vuelta y media por haber tomado las de Villadiego. Y en el número siguiente, otro artículo, cuyo encabezado y contexto me parecieron hartamente graves. Rezaba el epígrafe: «Los hijos de Israel, o un trozo de historia retrospectiva»; y allí, exhibido con lujo de erudición -robada sin duda a la cobarde complacencia de don Wenceslao Viñal-, se hacía la descripción física de mi tío, relacionándola con su origen judaico; se hablaba de los judaizantes castigados por la Inquisición, sobre todo del azotado Juan Manuel Cardoso Muiño; se daba vaya a los «aristócratas» que mezclaban su sangre con una sangre tan impura, y se establecía cierto paralelo entre la procedencia y las mañas de don Felipe, el cual, no pudiendo prestar a usura como sus abuelos, se dedicaba a chupar la sangre de la provincia. El artículo, aunque lleno de procacidad e insolencia, revelaba maña para eludir la denuncia ante los Tribunales, sin dejar por eso de mortificar, herir y levantar roncha. No sé por qué, al arrugarlo con involuntaria ira, me atravesó la mente este pensamiento: «¿Sabrá ella que está casada con un judío?». Creo que me sugirió tan mala idea la familiar palabra *judiada*, empleada por la titi para calificar el hecho de separar al ternero de su madre. Ni siquiera reflexioné que si mi tío era hebreo, me alcanzaba a mí la mancha de familia: y tendiendo a la titi el periódico, la dije: «Carmiña, lee. Mira a dónde llegan los rencores políticos».

Se asomó también a la puerta del establo, y leyó. La observé entre tanto. Sin duda la lectura confirmaba presentimientos antiguos, repugnancias indefinibles hasta entonces, estremecimientos del alma que no podían justificarse por ninguna razón material y tangible. La aversión quedaba explicada ya. Aquella *cara de judío* no la dibujaba la imaginación antojadiza; su marido parecía un sayón... porque lo era; y el horror instintivo acertaba más que los razonamientos.

Devolvíome el periódico sin pronunciar palabra, y subiendo la escalera, se encerró en su cuarto con llave.

Mamá y mi tío regresaron pronto. Comimos, y hasta dormimos un rato de siesta, pues en el vallecito de la Ullosa, encerrado entre colinas, el calor, en las horas meridianas, era intolerable. A eso de las cuatro vino mi tío a llamar a mi puerta, y entró en el cuarto, diciéndome:

-Salustio... ¿Conoces tú por aquí cerca algún médico formal y que sepa su obligación?

-¿Aquí cerca? -respondí-. El de Cebre no es malo; es un hombre estudioso y que se toma interés por los enfermos... Una vez asistió a mamá en unas anginas. Pero... ¿qué sucede? ¿Está indispueta... mi tía?

-No... ¿Qué distancia hay hasta Cebre?

-Hay tres leguas que andar, lo menos. No importa; enviaremos al criado.

-¡Bah! -respondió-. No merece la pena. Iré a Pontevedra... es preferible. Lo que tengo no vale nada probablemente. Por la mañana tomamos una ración de sol más que regalar; yo traía ya la sangre quemada con los belenes de estos días... y creo que se me ha arrebatado la erisipela un poco. Se me han formado ampollitas... ¿ves? -añadió remangándose el puño de la camisa y enseñando su brazo velludo-. Luego reventarán... El soleado es dañósísimo para esto de los humores.

Sin duda a causa de la antipatía que me inspiraba el paciente, se me figuró muy, repugnante el aspecto de las ampollas, y me costó algún esfuerzo fijar en ellas los ojos. Ofrecime a ir en persona a Cebre y traer al médico si hacía falta. «No -contestó mi tío-. Voy yo a Pontevedra, ida por vuelta, a consultar a Saúco, que esta allí, según he visto en los periódicos. Pero se me figura que no hay necesidad. Con un poco de agua de vegeto me pondré tan bueno. Hice una imprudencia en exponerme al sol de justicia de esta mañana. Tu madre se moría si no me enseñaba la viña nueva. Además está uno desazonado, porque aquella gente... En fin, cuestión de refrescos. Irritación y nada más».

No se volvió a hablar aquel día del padecimiento. Ni yo pensaba en él, dedicándome a estudiar en el rostro de Carmiña los efectos de la revelación contenida en el artículo de *La Aurora*. ¡Ah! Se veían tan patentes como si los hubiese escrito un dedo de fuego en su fisonomía. El esfuerzo de un mes para *querer* a su marido era inútil; el desvío instintivo se sobreponía ya, la naturaleza recobraba sus derechos, y al contacto del deicida estremecíase profundamente la cristiana...

A la mañana siguiente se me pegaron a mí las sábanas. Me habían desvelado toda la noche mis sugerencias de pasión y de odio, mis livianos pensamientos y la desazón de girar en aquella especie de círculo vicioso o devaneo estéril en que consumía mis mejores años, la savia de mi cerebro, y las fuerzas de mi alma. Mientras corrían las horas nocturnas, yo cavilaba si no sería mejor hacer de una vez algo, malo o bueno, disparatado o razonable, pero decisivo; algo que pusiese fin a la situación ambigua, rara y casi tonta de enamorado platónico; algo, en suma, que me desentumeciese y me resolviese el problema, aunque fuese echándolo todo a rodar. Fluctuando así pasé, lo repito, de claro en claro la calurosa noche veraniega, y sólo al amanecer concilié un sueño letárgico: de modo que a cosa de las diez aún no me había rebullido, ni por asomos. Incorporome sobresaltado al oír que entraba en mi dormitorio una persona que abrió de golpe las maderas, arrojando sobre mis ojos y mi cara un torrente de luz solar y exclamando en el tono con que gritaría «¡Fuego!»:

-¡Salustio, Salustio!

Abrí los párpados, aturdido todavía. Era mamá. Aunque embargadas mis potencias por el sueño, presentí o adiviné que algo grave, gravísimo, ocasionaba su entrada en mi cuarto a

deshora y aquel extraño acento. Me froté los ojos, me estiré, moví la cabeza y vi que el rostro de mamá expresaba un sentimiento mixto: sorpresa, miedo, espanto y cierta satisfacción misteriosa... Se inclinó sobre mi cama y dejó caer estas palabras:

-¿Sabes qué ocurre? Salustio... ¿sabes?

-¿Qué? No... ¿cómo he de saber? Carmiña...

-¡Carmiña! Sí, ¡buena Carmiña te dé Dios! Tu tío...

-¿Ha reñido con ella?... ¿La?...

-Tu tío -dijo enérgica y rápidamente- ha pasado la noche con calentura y dolores; cree que tiene un ataque de erisipela, una inflamación de la sangre...

-Bien, ¿y?...

-¡Y lo que tiene es el mal de San Lázaro!... -articuló mi madre, con los ojos dilatados de horror.

- XV -

¿El mal de San Lázaro? -repetí sin comprender aún claramente el sentido de la tremenda palabra.

-Bueno, la lepra -respondió mi madre emitiendo la voz entre sus dientes apretados y con una expresión que no es posible imitar ni repetir.

La revelación produjo su natural efecto. Mudo yo de estupor en los primeros instantes, y silenciosa ella para dejar que me penetrase bien de la trascendencia de la noticia, nos mirábamos de hito en hito, y a fuerza de ocurrírse nos un tropel de ideas, no formulábamos ninguna. Mi madre fue la primera a recobrar la palabra, y con el acento dramático de la mujer del pueblo que narra un asesinato de que ha sido testigo presencial, dio salida al torrente de sus impresiones.

-Te digo que es lepra, tan cierto como que tu padre está en la sepultura. Yo ya me lo tenía tragado hace tiempo. No creas que me coge de susto. Pero estas cosas siempre afectan, cuando uno las ve así de realce. Felipe es el vivo retrato de la abuela... y, la abuela murió lazarada también. ¿No te decía yo que Dios es muy justo y no deja sin castigo las fechorías?

-¡Mamá, está usted loca! -exclamé interrumpiéndola-. No puede ser; ese mal ya no existe; es una enfermedad de otros tiempos, de allá de la Edad Media, y ahora ni se ve ni se sabe que la padezca ninguno. Son desvaríos; vamos, que no.

-¿Que nadie la tiene? ¿Que no la padece nadie? -prorrumpió mamá casi con furia-. Sí, fíate en Dios y no corras... En Marín te enseñaría yo más de cinco pobretes leprosos; y esos no la ocultan. Lo que sucede es que en los señores siempre se llama erisipela o humor herpético. Ni en el potro confiesan la verdad: ¡buena gana! Y nosotros debemos hacer lo mismo, porque es una mancha muy grande para la familia y una vergüenza horrorosa.

-Vergüenza ni mancha, no -protesté-. ¿Qué culpa tiene nadie de sus padecimientos? El estar enfermo no es afrenta -respondí, mientras en mis adentros una desazón involuntaria me desmentía.

-¡Qué ideas tan disparatadas traéis de Madrid! -porfió mi madre con tenacidad invencible-. ¿No te parece vergüenza ser de familia de judíos y de lazarados? Hay cosas que da risa oír las. ¡Sois más extravagantes! Vergüenza y grandísima; y si se corriese por allí, te perjudicaría para casarte hoy o mañana. Tú erre que es erisipela, y de la erisipela no te me sales. Pera yo quise decírtelo, primero por desahogar, segundo para que vivas avisado, y además para que me aconsejes lo que hacemos.

-¿Lo que hacemos? -repetí sin comprender el alcance de la pregunta.

-¡Pues claro! -repuso mamá sorprendida-. ¿Crees que me voy a quedar con la lepra en casa, así tan fresca y tan conforme? ¿Crees que voy a exponerme a que se nos pegue? ¡Cualquier día! Desde que me he convencido de que la cosa es lo que me figuré, ni paro ni sosiego: les dejaría campanado en la Ullosa y me largaría yo a donde Cristo dio las tres voces, contigo por supuesto.

-¡Pero mamá, esa es una inhumanidad! -objeté alarmado-. ¡Dejar a Carmiña sola con el marido, en semejantes circunstancias! ¿Usted no conoce que no puede ser?

-¿Que no puede ser? -contestó mamá admiradísima-. ¿Y por qué? ¿Qué obligación tengo yo de aguantar a Felipe ahora? Su mujer es su mujer; que lo asista, que para eso le tomó de marido; ¿pero nosotros? ¿Me haces el favor de decirme a qué santo lo habíamos de sufrir? ¿Qué le debemos? Nos ha despojado, nos ha robado...

-¡Chist!... No levante usted la voz... -pronuncié en tono suplicante, echándome de la cama y buscando mis zapatillas y mis calcetines.

-Me ha robado lo mejor de mi legítima: como es la pura verdad, no hay por qué ocultarlo -arguyó mi madre, a quien el pavor de la repugnante enfermedad hacía perder toda noción de prudencia, y hasta olvidarse de su propio interés-. Me ha dejado en cueros, bien sabes que te lo he dicho, y lo que le sucede es castigo justísimo de Dios; ya te anuncié que el día menos pensado se lo encontraría tu tío encima de la cabeza.

-Mamá -respondí pasándome el pantalón-: no sabes el efecto que me produce oírte esas disparates. ¿Conque Dios anda vara en mano sacudiendo a los que a ti te molestan?

-¡Disparates son los tuyos! -replicó ella intrépidamente-. ¿Conque Dios no premia ni castiga? ¿Conque Dios no les da a los pícaros su merecido, aquí en este mundo y en el otro? ¿Conque cualquiera puede hacer lo que se le antoje, coger el pan del huérfano y de la viuda, y Dios le deja campar por su respeto? Salustiño, yo no se tanto como tú, ni he estudiado, ni leo libros; pero ciertas cosas las entiendo lo mismo que los sabios... ¡y pobres de nosotros si se precisase mucha sabiduría para entenderlas!

Abrocheme agitadamente el chaleco. No acertaba a entrar los botones en los ojales. Mis torpes dedos se negaban a servirme. Renunciando a discutir con mamá, en la seguridad de no convencerla ni poder sacarla de sus convicciones bíblicas, duras y rencorosas, mi único deseo era ver a Carmiña, cerciorarme de la realidad del caso atroz, y discurrir por dónde se aminoraría la gravedad del conflicto. Pensaba en esto al hacerme descuidadamente el lazo de la chalina, encontrándose ya mis potencias enteramente despejadas, como suele ocurrir cuando nos sorprende a mitad del sueño una novedad importante, que nos llama al terreno de la acción. Incierto de la verdad, y deseoso de apurarla, me volví hacia mi madre preguntando:

-¿Pero tú estás bien segura de que es lepra, lepra auténtica? Tus conocimientos en medicina...

-¿Que si estos segura? Como yo fuese médico, a ciencia me ganarían otros... ¡pero lo que es a golpe de vista! Tengo yo ojo de diablo. Además, he visto lazarados mil veces. En la Toja los hay a docenas. En Marín teníamos uno que venía diariamente a casa a pedir limosna: traía su taza para el caldo, y nosotros le dejábamos otra llena en el portal; porque comprenderás que se tomaban mil precauciones, y todas eran pocas. ¡A mí me da *eso* una grima!...

-Pues, mamá, si lo tenemos en la masa de la sangre, quien menos debe asustarse somos nosotros.

-Hombre... lo tenemos y no lo tenemos -replicó con su ilógico tesón-. Quien sacó aquí cara de judío es tu tío Felipe, y a él es a quien se le ha transmitido el mal. La prueba es que yo nunca tuve aprensión de padecerlo, ni de que lo padecieses tú.

-Y entonces -argüí-, ¿por qué te empeñas en que ahora aislemos al tío, si no hemos de contraer la enfermedad?

-¡Pamplinas! -gritó mi madre tercamente-. El preservarse nunca sobra. Lo primero somos nosotros. Él que se las arregle. Bien rico es: no le faltarán enfermeras ni médicos.

-Pero -insistí-, ¿estás convencida?...

-¡Si estoy convencida! ¡he visto la úlcera!... ¡Esta mañana tenía la ropa interior pegada al cuerpo!

-¿Y él... sospecha?

-¡Ni por asomo! Erisipela y más erisipela. Le echa la culpa al sol de ayer.

Yo estaba vestido ya, y me había pasado por los soñolientos ojos la toalla húmeda. Planteme delante de mi madre, en interrogadora actitud, como el que dice: «Bueno, ¿y en qué quedamos? ¿Cómo desenredamos la situación? Porque quiero saber a qué atenerme».

-Pues, hijo -declaró mamá con su acostumbrada resolución-; yo no soy de las que se atollan ni de las que se quedan en la estacada. Esta misma tarde a Pontevedra, o ellos, o nosotros. Lo más prudente y natural me parecería que lo hiciesen ellos, en busca de facultativo; pero como Felipe tiene un miedo que no ve a que le apaleen los de *La Aurora*, acaso le dé por estarse aquí hasta Dios sabe cuándo: tal vez hasta que se vuelva a Madrid: ya ves tú si sería pachea. De modo que si ellos no se afufan, somos tú y yo los que esta misma tarde, por la diligencia, tomamos el portante sin dilación. Ahí les queda la casa, la criada, las ropas... que regularmente tendré que quemarlas toditas cuando tu tío se marche, porque yo no me acuesto en sus sábanas; primero pido limosna para comprar otras nuevas.

La oía aterrorizado. ¿De manera que iba a permanecer allí Carmiña, sola, con su marido atacado de tan horrible mal?

-Mamá, vete tú, si quieres. Yo no tengo aprensión. Me quedo para lo que haga falta.

-¿Que no te vienes? ¡Pero estás de remate? ¿Crees que voy yo a dejarte aquí, ni a consentir que se te pegue el mal por locuras y quijotismos y bobadas? ¿Tantas obligaciones le debes a tu tío que te juegas por él la salud? Salustioño, mira que no me incomodes... Tú te vienes a la tardecita.

-Tiempo perdido, mamá... No he de ir.

-¿Cómo que no? -exclamó mi madre, agotada ya su escasa provisión de paciencia-. ¿Cómo que no? ¿Se puede saber quién manda aquí?

-Tú, en todo menos en esto -contesté deseoso de no enfadarla, y tuteándola en broma como hacía muchas veces.

-No; no me vengas con guasas y con tonterías, que entonces me pongo aún más frenética -gritó la vehemente criatura en tono indescriptible-. Has hecho cuanto se te ha antojado; me has perdido el año, y no te he dicho una palabra siquiera (lo cual no era verdad, pues me había dicho varias). Pero si ahora se te antoja coger la lepra por tu gusto...

-Por Dios, no alce usted la voz... Cállese... ¡Que va a enterarse Carmiña!

-Pues que se entere. ¡Caramba con tantos miramientos y tantos circunloquios! Yo no sé si entiendo lo que te pasa con tus tíos, pero estás hecho un sorbete para ellos, todo derretido y acaramelado. A la fuerza Felipe te hace concebir que hoy o mañana te protegerá. No te fies de él... y ahora menos, que por un orden natural... ¡No te comprometas, te lo aconseja tu madre!... Esos días atrás, en Pontevedra, te pusiste en peligro de que te anduvieran en las costillas... Me viniste a casa con la mano izquierda estropeada... ¡Aún tienes la señal... no la escondas! ¿Y todo por qué? ¡Por sostener el partido de tu tío contra Dochán! No pensé que le quisieses tanto... Ahora vas a exponerte a ganar la muerte... ¡Mándale a paseo, que yo, para que acabes tu carrera, soy capaz de ponerme a servir!...

Decía estas incoherencias accionando y gesticulando mucho en tono ya suplicante, ya colérico, hasta que por último, cogiéndome por la solapa de la americana, lanzó el ultimátum:

-Si no quieres obedecerme, a mí que hablo sólo por tu bien, te pego un bofetón... y no tienes más remedio que venirte.

La tomé en brazos, triunfando de su desesperada resistencia, y besándola en el pelo, porque escondía la cara, contesté:

-Presentaremos la otra mejilla. ¡Tendrá chiste que me pegues sobre la barba! Mamá, no chochees, no desbarres. Ni tú ni yo podemos salir de aquí dejando a tu hermano enfermo y a su esposa sola con él.

-Pues ya verás si los dejo o no los dejo -respondió mamá-. Y a ti hago que te ate el mozo del ganado, y atadito te llevo.

La casualidad o la suerte lucieron que no se preciase echar mano de estos remedios heroicos. El hebreo se presentó a la hora del desayuno, como solía, pero muy desmadejado y lacio, anunciando que aquella misma tarde, por el coche de línea, iba a tomar el tren par a seguir a Vigo, pues comprendía que su estado de salud reclamaba consulta formal, en toda regla. «Esta erisipela es molestísima. Es preciso atender al vicio de la sangre, que se ha revelado ahora más fuerte que antes de ir a la Toja, me parece. Tengo entendido que Sánchez del Arroyo está en Vigo dando baños a su familia. Podré saber su dictamen».

Yo, sin tocar al chocolate ni al vaso de leche que me habían puesto enfrente, consideraba a mi tío con ardiente curiosidad, sufriendo esa fascinación que ejerce sobre nosotros lo horrible y lo repulsivo, lo que nos estremece y nos plantea el enigma del dolor y la miseria humana. Quería leer en su fisonomía descolorida y como infartada, en su cuello, sembrado de rojas flictenas, el secreto de la incurable enfermedad, transmitida de padres a hijos, mejor dicho, de abuelos y nietos, disuelta en las gotas de sangre judía que corrían por las venas de nuestra raza. «No sabe lo que tiene -pensaba yo-: ni ella lo sospecha tampoco. ¡Vaya una situación y un caso! ¿Qué haremos ahora? ¿Se le dice o se le oculta? ¿Cuál resultará más piadoso: revelar la verdad, o

encubrirla hasta el último instante? ¿El médico tendrá valor para desengañarla? ¿Obrará piadosamente, encubriéndosela? ¿Qué va a ser de esta infeliz? ¿Como soporta el asco y el miedo y la congoja? Una mujer que siempre miró a su marido con repulsión invencible, ¿qué será ahora? En cuanto lo sepa, la vida se le hace imposible». Y por virtud instantánea del terrible misterio cuyo velo se había descorrido para mí, noté en mi corazón y en mis sentidos un cambio singular. La vez del juvenil y ardoroso deseo que me torturaba pocas horas antes, percibí una especie de adormecimiento de la vida sensitiva: pareciome que se purificaba todo en mí; que podía mirar a Carmiña como se mira a los ángeles, anafroditas de suyo: es más: la idea de su forzada convivencia con el leproso, me infundió esa pureza o frigidez que se desarrolla a la cabecera de un enfermo grave, al pie de un lecho de muerte, en los supremos instantes dolorosos de nuestra pobre y flaca humanidad. Sentí mi amor mutilado o deparado -conforme se entienda- y me pareció, al ofrecer aquella gran oblación íntima, que ya estaría así hasta la consumación de los siglos; que me había purificado para siempre.

A la tarde les vi marchar con la desesperación de no poder acompañarles, de no haber trocado dos palabras a solas con Carmiña, de no saber si mi madre se equivocaba, y de perder de vista al ser querido cuando le esperaban horas tan crueles. Las fibras más profundas de mi alma me dolían al despedirme de la mujer ligada a aquel hombre sentenciado a espantoso género de muerte. Presentía su calvario, adivinaba mis torturas, y temblaba por ella en muchos terrenos. ¿No era contagioso el mal? ¿No caería sobre su cabeza como el rayo? ¿No iba ella también a ser *leprosa*?

Así que les hubo despedido mi la carretera, mi madre se volvió a casa. Con sus propias manos acarreo leña, la apiló, le puso cebo de ramas secas debajo, y prendiendo fuego con mi papel retorcido empapado en petróleo, armó en el patio una fogarada idéntica a las que hacen los muchachos en la noche de San Juan. Así que crujió la leña, mamá arrancó las sábanas de la cama de mis tíos (las sábanas que estimaba tanto, hiladas y tejidas caseramente del lino que ella misma cultivara); sacó las toallas, los vasos, las servilletas, el mantel, los platos, los cubiertos, todo cuanto había servido para los huéspedes, y sin un momento de vacilación, de prisa, a brazados, lo arrojó a las llamas. Quedaba en el cuarto de los huéspedes un pañuelo que tití llevaba al cuello, un pañuelo de seda. Lo arrojó también; y hasta que el fuego no lo hubo consumido todo, deritiendo el metal blanco y estallando el vidrio, no se retiró de allí la inquisidora.

- XVI -

No volví a tener noticias del matrimonio lo menos en quince días. ¡Decir lo que me consumía y desesperaba entretanto! ¡Oh falta de dinero, estorbo a cualquier grande acción, rémora invisible que nos sujeta más fuertemente que todas las cadenas y prisiones del mundo, eterna cortapisa de nuestros mejores impulsos, cable que nos amarras a la realidad, matadora de los ensueños y enemiga de la libertad como ningún tirano! ¡Ira de Dios! ¡Verme con barbas,

llo de amor y de zozobra, saber que la mujer amada atraviesa el más amargo trance, y no ser dueño de ofrecerle ayuda, compañía, consuelo!

A veces me calmaba un poco la esperanza de que mamá se hubiese equivocado de medio a medio, lo cual no sería sorprendente. Ella no era ninguna autoridad en medicina, ni mucho menos, y su fogosa imaginación y sus preocupaciones tradicionales podían extraviarla. ¿Acaso hay lepra en el mundo? ¿Acaso persiste esa enfermedad bíblica y gótica? ¿Quién se acuerda de San Lázaro ya? ¿Dónde vemos una leprosería? ¿Padece de semejantes dolencias ninguna persona de cierta educación, de regulares medios de fortuna? ¿No era pesadilla o calenturiento antojo suponer que mi tío la padeciese?

Transcurrida la quincena, una carta de Carmiña a mi madre me hizo entrever un rastro de luz. Decía que el achaque de Felipe no presentaba mejoría notable; que Sánchez del Arroyo no estaba en Vigo, y que deseosos de consultar a un médico de nombre, habían resuelto adelantar unos cuantos días el regreso a Madrid. «Felipe tiene aprensión, mucha aprensión», añadía la esposa. «Como le falta apetito y le molestan los dolores, discurre que el facultativo a quien vea en Madrid le enviará, aprovechando lo que queda de otoño, a algunos baños o aguas que le sienten mejor que le sentaron los de la Toja. El cree que estos estaban contraindicados, y que de allí procede todo su mal». Y a final de la carta, como un inciso, añadía: «Yo muy bien. Aquí he comido perfectamente, y los baños de mar me han repuesto». Estas indicaciones me hicieron cavilar: «¡Generosa mentira! -pensé-. Su objeto es persuadirme de que no le faltan fuerzas para llenar los deberes de esposa, por más difíciles que sean. Ahí me dice con disimulo: -Sobrino, no flaquearé. Verás cómo tengo valor-. Pero a mí no me engaña. Comprendo mejor que nadie su estado. ¡La repugnancia, el asco, el terror, la protesta de la naturaleza contra una enfermedad de esa índole! ¡Un matrimonio indisoluble! Imposibilidad de apartarse de él e imposibilidad de acercarse...». Mi imaginación, ya sin freno, bordó sobre este tema crueles variaciones, representándome cosas hechas para crispar los nervios a quien los tuviese más adormilados y pacíficos. ¿Pero creen ustedes que en mi fuero interno, me resignaba a dejar marchar los sucesos como Dios quisiera? Nada de eso. Yo tenía mis planes y mis resoluciones, que había de poner por obra, sin dilación y sin remedio. Como que me proponía nada menos que ser el salvador de mi tití, y redimirla de aquella espantable tribulación. Yo me convertiría en ángel de su guarda o en compañero de su martirio. Mi amor, al depurarse, había adquirido refinamientos y delicadezas mayores, y me sentía modelo por cierto resorte caballeresco e ideal, que me impulsaba a todo linaje de abnegación.

No veía el momento de salir camino de la corte española. Ansiaba -pienso que como nunca- ver a mi tití, saber la verdad de lo que le pasaba, cuál era el estado de su salud y de su espíritu, y ofrecerme y entregarme a ella sin reserva alguna. Cuando llegó el ansiado momento, mi madre se encerró conmigo para leerme la cartilla y encargarme que hiciese... precisamente lo contrario de lo que tenía determinado hacer. «Por casa de tu tío aporta lo menos que puedas. Pararás en la fonda de doña Jesusa. Procura, mira que te lo encargo, no verles; discúlpate con que tienes mucho que estudiar; y si Felipe te da la mano, no la cojas: con disimulo te apartas, fingiéndote distraído... ¿ves? así -y mamá representaba a lo vivo la escena de hacerse el sueco-. Mira que ese mal se pega: y tú, para más, tienes la misma sangre que tu tío; al fin, digan los médicos lo que se

les antoje, de una casta somos, que no podemos negarlo; y no tendría nada de particular que donde menos se piensa retoñase... Ojo, que te lo encargo. La posada la pago yo; no necesitas andar complaciéndolo a él para que nos ayude: que si por buscar la herencia atrapamos la muerte, esa sí que es ruina. No, hijiño: que cada uno mire por sí: no te metas en aventuras, ni hagas el caballero andante».

Prometí seguir al pie de la letra tan sabios consejos, y emprendí el viaje, ansioso de suprimir la distancia y plantarme de un vuelo en Madrid. En lo del hospedaje obedecí, claro está, instalándome en casa de doña Jesusa, por más que entonces desearía yo a par del alma compartir la vivienda de mis tíos; y no era que me propusiese ningún torcido y siniestro fin. ¡Sedme testigos de ello, árboles del soto de la Ullosa, que me visteis muchas tardes entregado a sueños dignos del hidalgo manchego en los riscos de la sierra!

La hora de llegada del correo no era a propósito para visitar a nadie. ¡Una noche más de incertidumbre! Por la mañana, en cuanto me fue posible, corrí a la calle de Claudio Coello. En el portal tuve un momento de escepticismo. Viendo a la portera que me saludaba, apoyándose en su vetusta escoba; encontrando la escalera invariable, los *evonymus* del patio nada crecidos, el aspecto de las cosas tranquilo e idéntico a sí propio... me aferré a la idea de la *irrealidad* del drama interior. «Ni hay tal lepra, ni tales sacrificios, ni tal amor, si me apuran». Metí las manos en los bolsillos, dudé un segundo... y al fin tomé la escalera, subiéndola de tres en tres escalones, como los chicos. Me introdujo la criada en la sala... ¡Gran polka bailada por el corazón!... Alzose el portier del gabinete... y con verdadera sorpresa mía salió a recibirme... ¿quién pensará el lector? Ni más ni menos que el fraile moro.

-¡Usted por aquí, Padre!

-Más que usted de verme me admiro yo de encontrarme en el mundo de los vivos... - contestó el fraile, cuyo aspecto confirmaba plenamente su aseveración. Estaba amojamado, verdoso, amarillento, y con los ojos caídos y mortecinos: su andar dificultoso se apoyaba en una muleta de palo liso, sin cojín ni adornos de clavazón dorada-. Ya no soy aquel Padre Moreno que usted conoció -añadió tristemente-. Mi robustez se deshizo como la espuma. Dos operaciones horribles he sufrido, ambas con aplicación de cloroformo; me han barrenado los huesos, y creo que me han extraído los tuétanos a la vez. Si le digo a usted que un día, al hacerme la cura, pregunté qué era aquello que me sacaban... me contestan que unas hilas... ¡y era el tendón que llaman de Aquiles, que salía deshecho! Pero ¿qué se le ha de hacer? Dios no quiso llevarme todavía... y por aquí estoy. ¿Viene usted a saber de su tío?...

-Justamente... -tartamudeé-. Quería enterarme de cómo sigue, y saludar a Carmen.

-Pues no sé si ahora podrá salir. Creo que están haciéndole la cura...; y como puede decirse que quien la hace es ella, porque nunca permite descansar en el practicante...

-De modo -pregunté articulando lentamente y fijando mis ojos preguntones, casi magnéticos a fuerza de irradiar voluntad, en los del fraile-; de modo que *sigue su curso el mal?*

-¿La erisipela? -contestó Aben Jusuf cruzando con sobrehumano vigor su mirada con la raía-. Sigue, ¡pues claro está!...

-¿La erisipela? -pronuncié, ya enteramente seguro de lo que pretendía averiguar, es decir, que mi madre no se había engañado y el fraile también *lo sabía*.

-La erisipela, el padecimiento que se le declaró este verano en Pontevedra -dijo él con serenidad.

-Oiga usted, Padre -supliqué, inspirado por una idea repentina-. ¿Quiere usted hacerme un favor? Ya que en este momento no me es posible ver a los tíos... véngase usted a dar un paseíto conmigo... y a tomar una taza de café.

-¡Ay! ¡Paseíto! ¡Usted cree que habla con el Silvestre Moreno del otro verano! -respondíme con melancólica resignación el fraile-. Con esta pata coja no podré andar como Dios manda lo menos en diez meses... Vaya usted aplazando el paseo para entonces.

-Pues véngase usted a mi fonda... La verdad por delante: necesito hablar con usted en reserva. Tomaremos un coche, y no tendrá usted que estropearse la pierna mala.

-¿Y a qué necesita usted celebrar semejante conferencia? -interrogó el moro vendiéndose caro, y manifestando cierta coquetería espiritual.

-Pues figúrese usted que se trata de hacer confesión -respondí llevándole el genio.

-¡Confesión! Están verdes... -objetó moviendo la encanecida testa.

No obstante, logré persuadirle a que se viniese conmigo. Servíle de apoyo hasta que nos metimos en un simón, y creyendo que era el sitio más seguro para hablar, tomé por horas el coche y le mandé ir al paso por la ronda. Y allí, encajonado, alentado por la proximidad material, que tanto ayuda a la expansión, me expliqué con entera franqueza. La lealtad de mis propósitos me prestaba energía.

-Padre, usted sabe mejor que yo lo que el marido de Carmen padece. Usted conoce esa enfermedad al dedillo; ha estado usted en África, ha tenido mil ocasiones de verla, de saber que es contagiosa, y que es mortal. No me lo niegue.

-Lo que no me explico -contestó el fraile arrugando el entrecejo- es cómo se encuentra tan enterado el caballero Salustio. Eso sí que me admira.

-Lo sé -dije sonriendo desdeñosamente-, no por ninguna indiscreción epistolar, como usted está figurándose, sino porque en nuestra familia esa enfermedad es hereditaria; salta una generación, y se presenta cuando menos la esperamos. Hay en nosotros sangre israelita, y tenemos por ella ese legado cruel.

-Bien cruel, efectivamente -respondió pensativo y apiadado el Padre-. Es cosa tremenda, y crea usted que si yo conociese ese antecedente antes de casarse Carmen, la diría: «considera a lo que te expones...».

-¿Lo ve usted? -exclamé triunfante-. ¿Ve usted cómo acertaba yo al opinar que esa boda era un atentado y un desastre?

-Poco a poco. Tantos como desastre y atentado, no. Usted cree que la vida ha de componerse de una serie de dichas y venturas, y en eso se equivoca mucho, porque la vida es una prueba, y a veces una sucesión de pruebas que acaba con la muerte. A su tía de usted, la señora de don Felipe, le envía Dios una prueba más dura y más amarga; pero ya sabe Dios dónde hiere, porque ni su alma es del temple común, ni ella está cortada por el patrón de la mayor parte de las señoras. Carmen es la mujer cristiana, se lo dije a usted en cierta ocasión... precisamente cuando tuve el gusto de que nos conociésemos...; y si yo, hablando humanamente, preferiría que hubiese sido dichosa aquí y en el otro mundo, como confesor diré a usted que no lamento demasiado verla en este apuro, porque es un medio de que luzca en todo su esplendor la hermosura de su alma.

-Padre Moreno -objeté con acento hosco y dolorido-: es usted tan buen fraile, tan buen fraile... que ya no tiene entrañas ni corazón. A fuerza de virtud, suprime usted la humanidad, como quien suprime un estorbo, o la pisotea como a un bicho. No contento con eso, se mira usted en el espejo de su propia perfección, hasta el extremo de desconfiar de los simples mortales, juzgándoles radicalmente incapaces de intención honrada y de limpieza de propósitos. ¡Apuesto un duro a que no consiente usted en lo que propongo!

-¿Y usted qué va a proponerme? Sepamos. Por supuesto, en su juicio acerca de mí hay manifiesta exageración; vamos, que me ve al través de un cristal teñido de colores enteramente fantásticos. Usted, señor positivista, hace del Padre Moreno -que es la misma prosa, el hombre más a la pata la llana- uno de esos frailes de drama o de novelón por entregas; si me descuido, me atribuye que vengo a prenderle para entregarle al Tribunal de la Inquisición. No tengo pizca de Torquemada: soy bastante razonable... me parece.

-Pues ya que se juzga tolerante y, humano -argüí-, veremos cómo toma la proposición que yo voy a dirigirle. Usted saldrá de Madrid dentro de pocos días, según entiendo. Además, no está usted en situación de cuidar enfermos, sino de mirar por sí mismos y reponer algo, si es posible, los quebrantos de la salud. Carmiña se queda aquí sola... peor que sola; bregando con un enfermo asqueroso, expuesta a que desfallezca su ánimo, y a que, con todo su heroísmo, sus fuerzas le hagan traición. Pues bien; no se oponga usted a que yo la ayude en la asistencia de su esposo.

Una carcajada, no amarga e irónica, sino muy franca, sorprendente en un hombre débil y dolorido aún, brotó de los labios del Padre Moreno.

-Usted perdone que me ría -dijo-, pero es que no lo puedo remediar. ¡Naranjas con el alumno de ingenieros! Tengo que reírme, y mejor es que me ría que no que me formalice y

armemos la de Roncesvalles. De modo que usted cree que su mamá le envía aquí para hacer de hermana de la Caridad? Y otra cosa, amiguito. ¿Piensa que los cuidados de usted complacerían al infeliz paciente como la asistencia tiernísima de la esposa amante?

-Ea, Padre Moreno -exclamé saliendo de mis casillas, como solía siempre que me arrollaba el fraile maldito-: a mí no me venga usted con retóricas de púlpito, ni me traste con palabritas insidiosas. Ya sabe que yo estoy en el secreto: Carmiña es una esposa honrada, la más honrada de todas las esposas del mundo; pero no puede ser una esposa amante... ¡y la razón me parece bien sencilla! porque no está enamorada de su esposo.

-Y de usted sí, ¿verdad? -replicó ya en tono de mofa punzante el Padre Moreno.

Titubeé. Estaba cogido. Yo protestaría, pero... la verdad es que el Fraile había dado en el hito y traducido mi pensamiento exactamente. Para salir del apuro, resolví meterlo todo a barato por el lado del honor y la delicadeza.

-¿De modo que usted supone que en esta proposición mía hay malicia, hay algún fin dañado, algún siniestro propósito? ¿Me juzga usted tan real? ¿Me atribuye ni la sombra de una idea ofensiva para Carmen: Le juro, Padre -puede que usted no lo crea ni se fie de mi palabra-, que hoy por hoy es sagrada para mí la mujer de mi tío; que usted no estará a su lado con más pureza que yo. Si se muere su marido, me casaré con ella; entretanto, seré su hermano, y hermano más respetuoso no lo ha tenido ninguna mujer desde que hay mundo y fraternidad.

El Padre se revolvió en su asiento, afianzando con dos dedos los anteojos que usaba desde que la enfermedad le había acortado la vista. Luego se remangó la manga del sayal, como si quisiera pegarme, movimiento familiar en él; y en seguida me miró y volvió a soltar la risa.

-¡Caramelo! No puede negarse que es usted muy chusco. No tenía usted precio para actor cómico, señor mío de mi mayor respeto. Vamos, lo dicho; es usted de oro, y de plata, y de todos los metales preciosos. ¿Pero no comprende, inocente, que yo, que ni soy director de su conciencia de usted, ni presumo que su conciencia de usted gaste el lujo de tener director, no necesito enterarme de si usted lleva intenciones limpias o sucias y va con buen o mal fin? ¿No conoce que eso a mí no me preocupa, sino en cuanto le considero prójimo? Por usted me alegraré de que sea verdad... y la cuestión de conciencia, aquí termina. Si con algún título pudiera yo meterme en esta danza, sería como amigo de usted, para desengañarle y, quitarle las telarañas de los ojos. Sólo que no querrá usted consentir la extirpación de esa catarata moral; y entonces, el cirujano no tendrá más recurso sino dejarle con su padecimiento, hasta que venga la experiencia y le opere.

-¿Y en qué consiste mi catarata, vamos a ver? -pregunté algo preocupado por el aplomo y seguridad del fraile.

-Pues... ¿quiere usted saberlo? ¿Se convencerá? ¿No me saldrá echando por las de Pavía?

-Ni por pienso... Diga usted.

-Consiste su catarata en que cree usted que Carmen puede desear que la ayuden a asistir a su marido, y no es cierto, porque Carmen aspira a llevarse ella sola la gloria de la asistencia; consiste en que cree usted que Carmen aborrece a su esposo, y Carmen le ama. Estos son sus errores, sus cataratas morales. ¿Cuánto va a que no las he batido?

-¡Padre! -exclamé-, perdemos el tiempo en conversaciones tontas. Lo perdemos lastimosamente: siento decirselo. Porque usted me habla como a un niño de tres años, prescindiendo de que hace bastantes más que tengo uso de razón; y por lo tanto, no puede convencerme. Desautoriza sus palabras la falta de sinceridad.

-¿De sin-ce-ri-dad? -deletré picarescamente el fraile.

-¿No está usted asegurando que Carmiña *ama*... -así, textualmente-, *ama* a su marido?

-Y me ratifico en ello.

-Pues yo insisto, Padrecito Moreno...; por ese camino no se va a ninguna parte. Mis ojos, mi juicio, mi inteligencia, que no me la ha dado Dios para adorno, sino para que me guíe y me sea útil, gritan a voces lo contrario. Padre Moreno, no le molesto a usted más. Ahora me toca a mí: se ha acabado nuestra conversación.

-¡Eh! ¡Caramelo! -exclamó el Padre con uno de aquellos chispazos de vigor que revelaban al antiguo Aben Jusuf-. ¡Poquito a poco, que de Silvestre Moruno nadie se despide así! Fraile soy, a mucha honra, y también hombre de vergüenza y de verdad. Le he dicho a usted que Carmiña *ama* a su marido... y usted me sale con que *no le amaba*. Pues acuérdesse usted de lo que le aviso: hoy le *ama*... y el tiempo se encargará de probarle a usted mi veracidad. Cuando se lo pruebe ¡naranjas! me debe usted una satisfacción. La de reconocer que ha sido bastante terco.

-Entonces... le han vuelto a Carmen el corazón del revés, como un guante.

-Exactamente. ¿Cree usted que no puede ser? ¡Vaya si puede, señor mío! Hace media hora que hablamos como cotorritas, y no nos entendemos, ni trazas, porque tampoco entendemos el mundo ni la vida de la misma manera. Usted cree que no hay en esto de las relaciones conyugales más que el capricho, la golosina de la imaginación, el frenesí de los sentidos... o una chifladura muy superferolítica, de esas que se leen en los versos o se cantan en las óperas; y que si inspira cierta prevención un esposo robusto y sano, doble repugnancia ha de infundir el mismo esposo lleno de lacras, herido por la mano de Dios con un mal repugnante e inmundo. Pues ahí verá usted las consecuencias de ser pagano, como lo es usted, por desgracia. La persona que tiene un alma disciplinada por el cristianismo, lejos de aborrecer el sufrimiento, ve en él la ley universal, la gran norma de la humanidad, que sólo nace para sufrir y para merecer otra vida mejor que esta. Me ha contado fray Ceferino González -porque yo no soy, sabihondo, soy un pobre teólogo, y santas pascuas- que ahora los filósofos más de moda, aun entre ustedes mismos,

los racionalistas, reconocen esta verdad, y están conformes en que el mundo no es más que un abismo de dolor, y que hay un velo de ilusión que nos lo pinta de diferente manera, extraviándonos y haciéndonos perder de vista la realidad. Pues la verdad que ahora, al cabo de los años mil, descubren los filósofos flamantes, la tenemos olvidada de puro sabida los cristianos. Al convencernos de que el dolor es la ley, y que nadie la elude, se nos desarrolla una virtud llamada *caridad*. Si a la *caridad* se añade la *gracia*, se nos inmuta el corazón, y amamos el sufrimiento, la enfermedad y la muerte. ¿Usted dice que el padecimiento del marido de Carmen es asqueroso? ¡Ya lo creo que lo es! No lo sabe usted y si se acercase a asistirle, se me figura que toda la resolución de que hace usted alarde iba a llevársela el diablo. Bueno; pues en la Edad Media, ese mismo mal existía y abundaba, y era acaso más repugnante que hoy, porque no había para combatirlo tantos medios científicos como actualmente; tantos desinfectantes, verbigracia. Y las Santas y los Santos más grandes de la Iglesia estaban -permítame usted la frase- enamorados, lo que se dice enamorados, de los leprosos. Les daban los nombres más cariñosos y tiernos; les consideraban como a hijos o hermanos. Eso, dirá usted, es contra la naturaleza humana, que busca lo sano y lo hermoso, y rechaza lo que mortifica los sentidos. Pues ahí verá usted, ¡caramelo! Por eso le decía yo que no podíamos entendernos. Porque usted sólo ve la naturaleza y lo terrenal, y yo veo lo sobrenatural, pero realísimo, puesto que en otros siglos se encontraba a cada paso, y en este todavía se encuentra.

-¿Y usted cree -pregunté sin darle crédito alguno- que a mi tía la ha herido esa gracia a que se refiere?

-¡Váyase usted al recaramelo! -me contestó bruscamente el fraile-. No sé a qué gasto saliva. No me entiende: estoy hablando chino... La experiencia le enseñará.

-¿Vuelvo, señorito? -dijo el auriga, cuando toqué al vidrio del clarens.

-Sí; Claudio Coello... número tantos...

-¿O quiere que le lleve a otro sitio, Padre?

-Si le es lo mismo, déjeme en la puerta de San Carlos.

- XVII -

La experiencia, sí... pero, ¿cómo me iba a gobernar para adquirirla? Porque era difícilísimo ver despacio a tití, que salía poco del cuarto del enfermo; y en este cuarto la permanencia se me

figuraba ingrata en demasía. Resolví esperar al domingo para pasar allí cierto tiempo y sacar algo en limpio acerca del actual estado de cosas.

No me faltaba conversación en la casa de huéspedes, porque conviene saber que Luis Portal, ya dueño de su diploma, pero no colocado todavía, no se había movido de Madrid, donde al llegar yo, le encontré... ¡oh asombro! reñido, enteramente reñido con la inglesa.

-Pero chacho, ¿cómo ha sido eso? -preguntele atónito-. ¡Si estabas hecho un arropo manchego! ¡Si no se te podía resistir!

-¡Ahí verás tú! -respondió el oportunista, agarrándose febrilmente a mi brazo y paseando conmigo, arriba y abajo, por el reducido cuartuco-. Eso te probará que soy todo un hombre, y que no me dejo llevar de la fantasía, ni del capricho, ni de la pasión. Si tomases ejemplo de mí, mejor te fuera. A mí no me arrastra el corazón, o lo que sea, a cometer insensateces y a comprometer mi provenir.

-Bueno; déjate de filosofías, y vengán detalles. ¿Por qué has tronado con tu *Mó*?

-¡Hijo!... Por trescientas mil cosas. Mejor dicho, no... sólo por una... pero menudita. ¡Bagatela! La señorita Baldwin quería... ¡no se le ocurre ni al diablo! quería casarse conmigo. Y no para más adelante, cuando yo tenga unas miajas de porvenir, cuando me abra mi surco... Ahorita, inmediatamente... Para irnos juntos a Ciudad Real, adonde estoy, destinado.

-¡Hombre!... ¿Pues no decías que *Mó* no pensaba en casaca, y que era una mujer superior, y así y andando?

Mi amigo me miró con sus ojos ardientes, hinchados y cercados de negras ojeras.

-Eso parecía... Cualquiera lo hubiese pensado... Pero, hijo... así que me vieron metido en harina, me echaron la red. Fue una conspiración sumamente curiosa, en que toda la familia Baldwin tomó parte. Dieron por hecho que nos casábamos: ya conoces el sistema. Los chiquitines me llamaban *brother*; la pastora me decía a veces: «Luis, hijo mío...». Abusaban de mí como si ya tuviese puesta la coyunda; me empleaban sin escrúpulo y sin duelo en sus obras de propaganda y evangelización, y yo quisiera que me vieses ocupado en corregir pruebas de un folleto titulado *La gran crisis*, donde se profetiza que el jueves 5 de marzo de 1896 serán arrebatados al cielo, sin morir, ¡ciento cuarenta y cuatro mil cristianos!

-¡Bah! Exageras.

-¡Qué he de exagerar! No te rebajo un cristiano de los ciento cuarenta y cuatro mil. Aquí conservo ejemplares del folletito, parto de la musa de mi reverendo ex suegro el señor Baldwin, o, mejor dicho, de la pastora. Mira ese grabado: *la mujer encarnada sobre la bestia bermeja*. ¡Qué mono! Representa a Roma. ¿No ves la tiara?

-Pero entonces, aquella señora Baldwin tan fina y tan lista... ¿está loca, o qué?

-Yo no sé qué responderte. Es una cosa muy rara. Creo que la cultura y la sensatez de esa gente no pasan del exterior: hay un barniz simpático, que encubre un fanatismo delirante y una intransigencia cruel. *Mó*, educada de otra manera, sería un encanto de muchacha: no puede negarse. Porque hay allí tesoros... Pero le han inoculado el virus...

-¡Santa Bárbara! -exclamé cogiéndome la cabeza con las dos manos-. ¿Pues no pretendías haber descubierto en ella el ave Fénix... la mujer del porvenir? ¿En qué quedamos? Veo que se te han caído los palos del sombrero completamente. ¡Qué variación!

-¡Qué quieres! -profirió con amargura Luis-. Yo tengo el defecto de ver claro...

-¿A última hora?

-¡Más vale tarde que nunca! -añadió con despecho-. He penetrado más allá de la cáscara... y resulta que era de plqué y saltaba al apoyar el dedo. Hoy por hoy, no sé si te diga que prefiero el tipo de nuestra mujer ignorante y cerril a una marisabidilla como *Mó*. Las cosas a medias, los conatos siempre tienen algo de aborto, cierto sello ridículo. La instrucción de *Mó* es embolada, es ñoña; sólo sirve para confirmar preocupaciones, no para desterrarlas dejando libre el campo intelectual. A *Mó* le han enseñado a pintar, pero sin estudio del modelo vivo, flores y pájaros únicamente; *Mó* toca el piano... como cualquiera; a Shakespeare lo lee, conformes... pero en edición expurgada; *Mó* conoce la historia de su país... según un compendio para niños; en suma, chacho, cuando yo creía encontrar su espíritu igual al de un varón... me suena a hueco, lo mismo que el de las demás hembras, y además lo estorban unas florecitas de trapo y unos requilorios de altar de convento...

-¿Y cuándo has notado eso tú? -pregunté al oportunista.

-¡Bah! Inmediatamente -afirmó alzando los hombros-. Pero no quería convencerme, porque... -Riose nerviosamente-. ¡Esto del amor es una cosa empecatada!

-¿Y reñisteis por eso sólo?

-Reñimos -contestó Portal repentinamente exaltado y, echando chispas por los ojos y lumbres por su amplia faz- el día en que me planteó la crisis e hizo cuestión de gabinete la inmediata boda. Yo me solivianté... y ella no, al contrario: estaba más serena, y más cándida, y más guapa que nunca... ¡Erre en que hacía un papel desairado, y en que a su edad ya su madre llevaba tres años de matrimonio, y, *habían nacido* ella y William, el mayor de los chicos... ¡Estuve por decirle que la indemnizaría del retraso! Desde que empezamos la polémica, me trató de usted... ¡Y si vieses qué sonido tan particular, tan seco, le daba al *usted* la muchacha! Yo, haciéndola mil reflexiones... y nada, tiempo perdido... como si hablase a esa cama de hierro...

Calló un instante el oportunista, y sus cejas se contrajeron con sombría expresión. Al cabo de algunos segundos añadió con esfuerzo:

-Llegué a figurarme que esa mujer no me ha querido nunca. Sí, adquiriré el convencimiento...

-¿Por qué se quiso casar pronto?

-¡Bah! Por eso no precisamente... Hay que fijarse en las caras, los gestos, la manera de mirar... Lo que uno cuenta no da jamás idea de lo que ha sucedido. Quisiera que la vieses. Parecía un mercader discutiendo un negocio... Aquel corazón es de berroqueña; es un témpano, mejor dicho... ¡Un témpano! No sé cómo pude llegar a ilusionarme tanto al principio, y personificar en *Mó* la *mujer nueva* nada menos. ¡Corteza, cáscara, mentira! Pero yo, en mis trece. De casaca no quise ni prometer, ni soltar prenda. ¡Si vieses con qué tranquilidad me despachó! Yo en la puerta, y ella de espaldas, rígida, sin llamarme... Pero se lleva chasco, que con Mathew tampoco se casa. ¡Buena gana tiene el mozo!

-Mathew... ¿Quién es ese? ¿Un rival?

-Un cajero que se trajo de Inglaterra la compañía Stirling. ¡Un inglesito más antipático! Y piensa en bodas lo mismo que yo. Ya verá la señorita *Mó* cómo se lleva chasco... Mathew no se casa... ¡Como no se case con una botella de *gin*!...

Al hablar así, el rostro de mi amigo se descomponía, contrayéndose de ira reconcentrada y revelando oculto sufrimiento.

-Pues si resulta que *Mó* no es lo que tú soñabas -le dije- debes alegrarte del trueno.

-Y me alegro... ¿Quién lo duda? ¿Crees que lloro? Así que me largue a Ciudad Real... bailaré de gusto. ¡Ventaja mayor! Pero no todos se mostrarían tan enteros. Esto requiere mi fuerza de voluntad.

No guise dar broma a mi amigo, porque me parecía crueldad manifiesta. Conocí que estaba herido de punta de amor, tanto o más que yo mismo; que rebosaba despecho y amargura, y que pacía de tripas corazón. Ya me encontraba yo versado en los misterios del antojo amoroso, de ese diablo que se nos aloja en las entrañas y no nos deja vivir, y figureme que la traducción más fiel y ajustada de ciertas biliosas melancolías, de ciertas alegrías sin pretexto, y aun de ciertos desórdenes en que vi caer a mi sensato amigo, no tenían otra explicación sino la de haberse quedado su alma cautiva entre los deditos de la bella zagala evangélica.

Antes de avistarme con mi tío hablé confidencialmente al doctorcillo Saúco, su médico de cabecera desde que Sánchez del Arroyo había interrumpido sus visitas, nunca muy frecuentes, como de facultativo llegado ya a la cúspide de la reputación. Al pronto intentó mi paisano disimular conmigo y convencerme de que la enfermedad de don Felipe Unceta no era sino una «degeneración cutánea»; pero persuadido de que yo estaba en autos, cantó de plano el hombre.

«Entonces, hijo, ya que lo sabes... Pero guardame el secreto; es decir, guárdetelo a tí propio; que si se enteran por ahí de que te viene de casta... Por supuesto, tú no tienes nada que temer. Si acaso, tus hijos; esta enfermedad casi siempre salta una generación. A veces también se extingue, a fuerza de tiempo y de cruzamientos de sangre. Lo que va siendo raro es que se presente tan de mano armada y, con proceso tan rápido como en tu tío. Esta... esta es de órdago. Ya se le van anestesiando las extremidades. Los músculos empiezan a atrofiarse».

-Pero yo creí que no había semejante enfermedad en el mundo.

-¡Vaya si la hay! Sólo que a esa clase de padecimientos, en las personas acomodadas, los llamamos de dientes afuera *dermatosis, degeneraciones cutáneas...* y adelante con los faroles. No son frecuentes, sin embargo, en la esfera social de tu tío los casos de lepra.

-¿Y tiene cura? -pregunté con ansiedad, aunque presumiendo la respuesta.

-¡Cura...! El cura, hijo... si es buen católico ese señor. Sólo caben paliativos. Y la cosa va de prisa. A quien compadezco es a la pobre señora. Tu tío será dentro de poco un montón de lacería, como Job en su estercolero. La Edad Media en estos casos aislaba rigurosamente, y dicen que a los gafos se les ponía al cuello una campanillita para que huyese de ellos la gente sana. Hoy tendemos encima de ciertos males repugnantes un velo de ácido fénico... y se acabó. Mucha desinfección, pero igual podredumbre. Y aquí tienes un caso en que yo entiendo que procedía la disolución del matrimonio.

Después de estas advertencias facultativas, cualquiera presume cómo iría yo de preocupado cuando el domingo logré por fin tiempo y oportunidad de ver al enfermo y a la enfermera... No sé qué frío misterioso me traspasaba los huesos al subir las escaleras, al llamar, al entrar en el cuarto de mi tío... Encontrábase este arrellanado en un sillón, con un periódico sobre las rodillas: sin duda acababa de leerlo. A su lado, tití hacía labor. Cuando yo llegué, ella tenía la cabeza baja: así es que lo primero que atrajo mis miradas fue el rostro del enfermo.

Había en él algo que impresionaba siniestramente, tal vez por su misiva inmovilidad, pues noté que le faltaba el juego expresivo de las facciones, sin duda a causa de la atrofia muscular de que hablara el doctorcillo. No estaba, sin embargo, ni muy desfigurado, ni enflaquecido en demasía. Sus cejas y pestañas habían desaparecido casi, y en la parte inferior de sus mejillas noté manchas lívidas y siniestras. Mi angustia creció al comprobar la tremenda verdad del pronóstico de mi madre. Era el mal sagrado y pavoroso de la Biblia, que al cabo de tantos siglos caía nuevamente sobre la raza de Israel!...

Mi tío, al verme, hizo lo que acaso por suspicacia hacen todos los enfermos de finales considerados contagiosos: me tendió la mano, ya algo retorcida por la gafedad, y mostró intención de apretármela. Yo no vacilé, y se la entregué explícitamente, llevado de un instinto de delicadeza; pero, al tocar la suya, me subió una náusea al galillo. El horror tradicional a aquel formidable castigo del cielo surgía del fondo de mi alma, y mi diestra se estremeció en la del leproso...

Tití se había levantado para saludarme. También me alargó su manecita, cuyo contacto me sorprendió, porque no estaba calenturienta. Entonces me atreví a mirarla de frente, y admiré el cambio de toda su persona. Ya no mostraba decaimiento, ni demacración, ni ojeras, ni aquel terror que se grabara en su rostro cuando en la Ullosa comprendió que era de estirpe hebrea su marido. La vida brillaba en sus serenos ojos; su tez, aunque no sonrosada, tenía la tersura que presta el equilibrio de los humores; había cobrado carnes, y en sus brazos y talle observé dulce plenitud de formas. Su actitud misma se diferenciaba completamente de la de antes. Ahora mostraba una tranquilidad resuelta, una presencia de espíritu que casi podía confundirse con el gozo. Si yo conociese menos los quilates del alma de la tití, creería que la alegraba la enfermedad de su marido. Lo cierto es que su transformación la favorecía notablemente: era otra mujer, y mujer capaz de inspirar todos los desvaríos de la fiebre amorosa. Y, sin embargo, yo, que había ardido por la triste y desmejorada criatura vista en Pontevedra, hoy me reconocía perfectamente dueño de mis sentidos: abismado en la idea de la enfermedad, no creía que pudiese mi imaginación inflamarse nunca en aquella atmósfera.

-Hoy nos acompañarás a la mesa, Salustio -advirtió mi tío, dirigiéndose a su mujer-. Que le pongan un plato. Vente todos los domingos: yo no puedo salir, y me darás conversación. Se aburre uno de estar así sujeto, tan encerrado, tan privado del trato de gentes...

-¿Y cómo se encuentra usted? -dije, por decir algo.

-Hombre... ¡qué sé yo!... Saúco siempre me anima, y se ríe de mí... Dice que pasaré mal invierno tal vez, pero que a la primavera estaré muy aliviado. Ya ves que aún me queda buen rato de rabiar... Se me agarró de veras el condenado reumatismo, y como está complicado con la erisipela, de ahí se originan estos malditos fenómenos o degeneraciones cutáneas... Lo peor de todo, que está uno hecho un sucio; que no se puede presentar ni en el Congreso ni en ninguna parte, hasta que empiece a quitarse *esto* del pescuezo y de la cara... Vamos, que está uno impresentable; y aquí en Madrid no se admite la gente sino charolada y lustrosa... Lo siento, porque Dochán en el interregno se despacha a su gusto y me hace por allí barrabasadas...

No contesté. ¡Me parecía tan cómicamente fúnebre oír a aquel hombre sentenciado a muerte interesarse por mezquindades de política local!

-Si pudiese cuidar -añadió-, aún daría mis vueltas por ciertos Centros, y divertiría a toda aquella pandilla de los Dochanes, los Requenas y los Rivas Moure. Precisamente ahora tienen descontento a don Vicente, y lo pasarían bastante mal si yo no estuviese inutilizado.

La voz de tití se alzó entonces, timbrada con la misteriosa sonoridad que indica que lo que se dice sale del alma.

-No pienses en esas niñerías, Felipe -murmuró amistosa y eficazmente-. Piensa en tu curación, si Dios quiere permitir que te cures pronto. Allá los de Pontevedra que se arreglen como gusten. Primero eres tú. Yo no entiendo de medicina, pero me parece que la condición necesaria para sanar debe de ser tranquilizar el espíritu, ¿no es cierto, Salustio? Y cuando por

casualidad nos viene un mal de esos que no tienen remedio... entonces... ¡cada vez se necesita más el sosiego del ánimo, la resignación y el desprecio de las menudencias!

Al decir esto, recogió el periódico, que se le había caído a su marido de las manos casi inertes; y comprendiendo sin duda la conveniencia de distraer su espíritu y quitarle de la cabeza los pensamientos relativos a su mal, que pudieran abrumarle, fue preguntándome mil cosillas de la Ullosa, de mi madre, de la huerta...

-¡Si vieses el becerrito! -la dije-. ¿Te acuerdas qué chiquitín? Podíamos llevarle en brazos como a una criatura... Pues ahora se ha hecho un ternero hermosísimo. Está casi tan grandote como la madre...

La evocación de este recuerdo inofensivo y bucólico la hizo ruborizarse algún tanto.

-Carmen -indicó el enfermo-: siento mucho frío aquí. ¿Por qué no enciendes?

La verdad es que el aire era templado y suave, y que no hacía la chimenea maldita falta; pero sin duda el frío del hebreo era aquel que radica en la médula y gira por las venas llevado por la aglobulia. Carmen accedió a su deseo prontamente: la leña estaba colocada ya haciendo pirámide, y las satillas en su punto: con aproximar un fósforo bastó para conseguir en breve hermosa llama. Mi tío se acercó a ella, tendiendo los pies con movimiento más propio de la estación boreal que de un otoño tan benigno. Carmen y yo seguimos charlando de la Ullosa. Otras veces, en presencia de su marido, no solía ser tan íntima y afectuosa nuestra charla. Ahora se notaba en su manera de cruzar la palabra conmigo, que no sentía encogimiento alguno, que me hablaba... como se hablan los que no tienen ningún secreto, nada sobreentendido, que el mundo debe ignorar.

Cuando más engolfados estábamos en nuestra inocente conversación, en que el enfermo tomaba alguna parte, aunque no mucha, como si el hablar le costase esfuerzo, de pronto la titi saltó en la silla.

-Huele a chamusquina -dijo mirando alrededor y sacudiendo el borde de su falda-. ¿Qué es lo que arde, Salustio?

Me acerqué a la chimenea... y vi que lo que ardía, despidiendo humo y tufó insufrible, era la zapatilla del enfermo, cuyo pie izquierdo se apoyaba casi en uno de los inflamados troncos.

-¡Tío que se abrasa usted! -grité; y uniendo la acción al aviso, desvié la butaca y le pase fuera del alcance del fuego. Su mujer, al hacerse cargo de lo que sucedía, se precipitó, se echó de rodillas y arrancó del pie la zapatilla, por un lado medio carbonizada. Salieron adheridos a ella fragmentos del calcetín, y por el tejido de algodón vi extenderse, formando geométricas ondulaciones, la llama. En el sitio descubierto del pie había una llaga estremecedora... Carmen exhaló un grito.

-¡Pero si te has achicharrado el pie! -exclamó alarmada, palpando la quemadura, que era profunda y extensa-. ¡Te lo has abrasado!... ¡Hasta huele a carne tostada!

-No puede ser... ¡Si no me duele! -contestó el enfermo.

-¡Te digo que te has quemado!... -respondió ella con acento doloroso y compasivo-. No muevas el pie, que voy a buscar bálsamo, un trapo y una venda.

-Yo iré, Carmen; explícame dónde está todo eso -pronuncie, ofreciéndome con solicitud.

-Gracias; tendrías que tardar... yo vuelvo en un instante.

Salió rápidamente, y, en efecto, al minuto volvería, trayendo lo necesario. Arrodillóse ante el enfermo, y con precauciones infinitas, mucho aplomo y mucho mimo, curó la llaga, aplicándole el bálsamo empapado en un trapo limpio, doblado en dos. De tiempo en tiempo alzaba la cabeza con inquietud.

-¿Pero no sientes dolor ninguno? ¿Ninguno, ni miaja?

-No, mujer -articuló el esposo-. Sin duda me ha insensibilizado los tejidos la erisipela. Ese pie me parece que no es mío. No te tomes tanta molestia: haz con él lo que quieras, por que no siente.

Vendado ya el pie, Carmen trajo un calcetín y pasó todos los trabajos del mundo para meterlo por encima de la venda. Logrólo; fue por otras zapatillas, y al cabo depositó el lastimado miembro sobre un cojín, rodando la butaca al punto donde le pareció que el enfermo disfrutaría del calor sin miedo a contingencia semejante. Al ejecutar estas acciones, se acusaba de lo ocurrido. «Culpa mía... Por no mirar... A los enfermos no debe perderselos nunca de vista. Ya no volverá a sucederme, Felipe. Ahora quiera Dios que venga pronto el doctor Saúco... No, no creo que deje de dar una vuelta por aquí esta noche. Ya nos dirá lo que conviene poner a la quemadura. Porque yo no me atrevo a aplicar remedios sin que Saúco me los disponga».

Habiéndome repetido el enfermo con insistencia el convite de acompañarles a comer, hube de aceptar, temeroso de que mi negativa se interpretase como asco o miedo al contagio horrible. Entre Carmiña y yo le ayudamos a pasar al comedor -pues decía que quedándose en su cuarto le entraba murria-. No fue fácil la traslación. Aquel hombre que, al abrasarse un pie, no había sentido asomo de molestia en sus tejidos achicharrados, tenía, al adoptar la posición vertical, tan agudos dolores en los huesos, que en el momento de incorporarse exhaló un gemido ronco, y luego una maldición ahogada entre dientes. Pasado el primer instante, quiso ir solo, y nos mandó que le soltásemos: así lo hicimos, y empezó a andar mirando fijamente hacia sus pies y tambaleándose...

-Felipe... -dijo la tití en suplicante tono- Felipe... por Dios... apóyate en mí. Tengo miedo de que te caigas. Con el pie así lastimado... Cógete.

Sostenido por ella, hizo la breve travesía, y al sentarse suspiró profundamente, como quien sale de una faena terrible. Antes de que empezásemos a comer, mi títí fue más de media docena de veces a la cocina, a que el caldo del enfermo estuviese bien colado y bien desalado, a que no le sazonasen la carne, a filtrarle el agua, con otras menudencias de enfermería íntima. Yo entretanto aguardaba, y mis ojos, sin querer, se fijaban en la loza blanca del plato sopero vacío colocado delante de mí, y en el cristal de los vasos, donde aún el vino tinto no lanzaba sangrientos reflejos. ¿Lo pongo aquí o no lo pongo? ¡Sí! ¡Vaya toda la verdad en su desnudez, más bella, para el que sabe considerarla, de lo que son jamás las galas de la mentira! En aquel momento me parecía el colmo del sacrificio y del espanto comer en semejante vajilla y beber en vasos semejantes. ¡Compartir los manjares del leproso! Una horripilación interna me cerraba el estómago lo mismo que recio tapón. Es verdad que ya me había desayunado con mi tío en la Ullosa, sospechando que tenía lepra; pero es distinto: entonces no estaba seguro de que lo fuese; no la había visto en toda su fealdad; no había respirado sus miasmas... «No, lo que es hoy, no entra bocado en mi cuerpo... En ese borde del vaso puso los labios... y esta cuchara la habrá introducido cien veces en la boca...».

Cuando la títí regresó al corredor y, ocupó su silla, atravesaba yo uno de esos instantes críticos, en que un sudor se va y otro se viene, y la voluntad flaquea, más aplanada por un insignificante obstáculo que ante alguna empresa difícilísima. Sentía que no me era posible tocar a la comida; que iba a atragantárseme o a causarme los efectos del mareo. ¿Quién me había mandado aceptar? No, no podía...; estaba viendo siempre el pie del malato, los tejidos lacerados por la enfermedad y, por el fuego; notaba el espantoso dolor inquisitorial de la achicharrada carne...

Mi títí cogió la soperá, la destapó, me sirvió sopa... Ya su marido y ella esgrimían la cuchara, y empezaban a comer. Hice un esfuerzo, llevé una cucharada a la altura de la boca... para devolverla al plato sin probarla, pues había en mi garganta un obstáculo, algo que materialmente impedía, como una compuerta, el paso de los alimentos. Entonces Carmen alzó los ojos, y los puso en mí con serenidad majestuosa. Aquella ojeada era la que yo me temía. Torcí la faz; pero las grandes pupilas negras me seguían, y con energía magnética me obligaban a que me volviese y respondiese a la mirada. No era un mirar airado ni desdeñoso: estaba impregnado de piedad..., pero de piedad algún tanto compasiva... lo peor, lo más mortificante. Parecían decir: ¿Lo ves, sobrino? Ahí tienes tú hasta donde llega la caridad racionalista y el valor romántico, que no se apoya en creencia ninguna. ¡Fantasmón! ¡Tantas plantas como has echado... y no puedes ni tomar una cucharada de alimento aquí! ¡Miren qué gran valentía se le pide al caballero andante este! Engullirse un plato de sopa de tapioca... Ni más ni menos. ¿Pues a que no lo engulle? ¡Pobretín, y qué lástima me estás dando! ¡Para que te pusiesen a ti a desempeñar mis funciones y a curar llaguitas!».

Y yo sin tragar la cucharada... Al cabo mi títí sonrió como debe de sonreírse un serafín que se burla de algún diablillo de escalera abajo... y me dijo con desesperante bondad:

-Salustio, si no tienes ganas, no comas... Me parece que hoy has almorzado tarde.

-Muy tarde, por cierto -respondí cobardemente, vencido, desmoralizado, seguro de que no podía dominarme hasta deglutir la maldita sopa-. A las tres... figúrate... y fuerte.. con Portal y otros amigos... Ahora me sería imposible...; pero por no desairaros...

-Pues por Dios, nada de violentarse -indicó ella, subrayando las palabras.

Respiré, y aparté el plato. Repentinamente aliviado del pánico de comer allí, se me desató la lengua, y hablé con animación, tratando de meter gran bulla para ocultar mi ayuno. Ni café me presté a tomar, a despecho de las instancias de mi tío, que porfiaba a fin de que yo probase algo. A cosa de las nueve se alzó el mantel, y nos quedamos en el comedor un ratito de tertulia: hablose de Aurora Barrientos, que estaba próxima a contraer nupcias con su notario, de lo poco que ahora subían las niñas y la mamá... Esto lo indicó mi tío, con cierta irritación en la voz. «De los enfermes todo el mundo escapa», murmuró sordamente. Poco después de las nueve vino Saúco; enterose del incidente del fuego, hizo las preguntas que son de rigor en casos tales, recetó, añadió varias advertencias... y al indicar que se retiraba, yo, que no me resistía a mí mismo, que creía ahogarme en aquella atmósfera, me escapé con él... sin tender la mano a mi tío.

- XVIII -

En el portal aspiré amplia bocanada de aire.

-¡Ay, Saúco! -le dije-. ¡Qué oficio el vuestro!

-Parece que te hizo impresión la vista de don Felipe... -murmuró el doctor-. No me extraña. El que no está familiarizado con ciertos males... ¿Y qué tal el episodio de hoy? Es la forma anestésica, la muerte de los tejidos: los nervios se destruyen completamente, de manera que tu tío pudo quemarse el pie enterito sin notarlo, hasta que el fuego llegase a la parte sana... Te digo que esta enfermedad es pavorosa. Pero ya se le ha curtido a uno la piel. ¿Quieres venirte a Apolo a oír una pieza?

Accedí. Me iría a cualquier parte, con tal de distraerme, de no pensar más en las miserias de nuestro infeliz organismo. Saltamos del tranvía y nos bajamos ante el vestíbulo de Apolo, que la luz eléctrica alumbraba con lunares resplandores. Acababa justamente de alzarse el telón, y representaban una de esas piecillas inmortalmente bobas, en que un tío procedente de Cuba llega de pronto a sorprender a un sobrino, suponiéndole casado y padre de familia, mientras el pillín del muchacho se ha mantenido soltero. Al anuncio de la venida del pariente ricachón, unas complacientes amiguitas se prestan a improvisarle al sobrino hogar completo, con mujer, suegra, cuñadas y chiquitines, a fin de que el de los ingenios (estos tíos antillanos de comedia siempre poseen ingenios a patadas) se enterezca y no retire su protección al calaverilla. En los *quid pro*

quo a que da lugar la suposición de estado civil, consiste toda la sal de la pieza, bien reída por el candoroso público. Iba comenzando a enterarme del *imbroglio*, cuando a poco me arranca un grito la presencia de la actriz que salía sacudiendo los muebles con un plumero, en el papel de maritornes... No cabía duda: a pesar de la cascarilla y del colorete, conocí a Cinta, que realizaba al fin sus aspiraciones de «artista lírica», si bien en la esfera más humilde.

Puedo asegurar que mientras no vi a aquella criatura, ni por asomos me acordaba de la existencia de su hermana, la buena moza Belén, que me había distinguido siempre con constantes e inmerecidos favores. Su recuerdo, de ordinario indiferente, o punto menos, para mí, me produjo efecto extraño, no sentido jamás: algo que se parecía a la efusión, mitad romántica y mitad ardorosa, de un corazón joven que aspira impetuosamente a la dicha... Mezclen ustedes y agiten en un vaso la nostálgica embriaguez del recuerdo y la savia juvenil que es como el cráter en actividad, y obtendrán el filtro que me hechizó en aquel instante, obligándome a decir a Saúco que «me había olvidado de un negocio tan urgente... que no podía esperar a ver cómo acababa el enredo de la familia postiza...». Y dejando al mediquín con más que regular escama, corrí, corrí, empujando a los transeúntes y sorteando los carruajes, hacia la calle de las Hileras... Un recelo me acuciaba: si no estuviese en casa Belén, o si, estando, no me recibiera por... por cualquier motivo, archidesagradable para mí entonces.

No habían apagado todavía el gas del portal. Serían poco más de las diez. Me disponía a llamar a la puerta, cuando observé que se encontraba entornada solamente. En el recibimiento no había luz, y avanzando con precaución para no tropezar en algún mueble, vi a lo lejos una dudosa claridad procedente de la sala, y arriesgándome a sufrir las consecuencias de mi imprudente osadía, me dejé guiar por aquel resplandor, y entré en la pieza siseando quedito: «¡Belén! Psss... ¡Belén!». La sala estaba vacía, sin mueble alguno: aparecía inmensa, y en ella retumbaban los pasos y se ahuecaba la voz. Habían desaparecido los espejos, el entredós, las colgaduras... La claridad se debía a un quinqué de petróleo colocado en el suelo. Empujé la puerta del gabinete, entreabierto también, y un grito femenino respondió a mi entrada... «¡Chiquilla!». «¡Dios, qué asombro! ¡Ay, apareció de mi alma!». Dos brazos mórbidos se ciñeron a mi cuello; mi hálito ardiente me calentó los labios, murió en ellos un suspiro... y me encontré caído en la meridiana, con la cabeza de la pecadora sobre mis hombros...

-¡Qué reguapa estás! -la dije con admiración al cabo de un minuto.

-¡Zalamero, invencionista! -contestó estrechándome con furia.

No era zalamería, no, ni ganas. Nunca la gallarda escultura de su cuerpo ostentara líneas más acreedoras al cincel pagano, ni su cara más hermosa palidez, ni sus labios remedaran mejor a la granada madura, salpicada de gotas de leche. Acaso al incremento real de su belleza sumaba yo el elemento subjetivo, y en mis ojos, sedientos de robustez y vitalidad, era donde se reflejaba tan magnífica y tentadora la gran mujer. Sorprendida en el *deshabillé* más incorrecto, Belén calzaba chapín de raso, vestía un faldellín de *peluche* carmesí con encajes negros, y sobre su arrogante busto jugueteaba una pañoleta de rejilla atada atrás. No me cansaba de tocar sus brazos firmes, sus apretadas carnes, murmurando con idolatría: «¡Qué sana estás... qué fresca y qué

guapetona!... Te mordería lo mismo que si fueses un albérchigo». «No... -tortoleaba ella en voz arrulladora- no, trapacero, si tú no me quieres a mí... Sino que vienes de allá, no me has visto hace tiempo y *taentrao* capricho... Lo conozco que *taentrao*...».

Cuando la dejé resollar un poco, me reveló el secreto de la desaparición de los muebles. «Una *pastelá*. Que Armiñón se casó con una prima suya, viuda, ricachona... y no lo suelta. No, él, como portar, se ha portado a lo caballero: me regaló una cantidad redondita... mil duros en *cuatros*. Dice que viva con eso y que sea de hoy *pa endelante* de bien. ¡No parece sino que antes era una cualquier cosa! Y figúrate tú si alcanzan mil duros para ser mujer de bien. Me dio horror de consejos... Que vendiese los muebles, la ropa y las alhajas, que despidiese a aquella doncella tan *finica* y me mudase a un pisito... En eso le atendí, porque... mientras no se terciaba cosa de provecho... este cuesta mucho. Hoy, por la mañana han venido las prenderas y arramblado con la sala toda. Pero aquí, en mi gabinete y mi dormitorio, no se ha tocado aún a cosa ninguna. Y me alegro, ya que la Virgen de la Paloma te trajo esta noche. ¡Qué morenillo vienes, pedazo de gloria! Así me gustas requetemás».

Habría transcurrido cosa de media hora, cuando... ¡oh naturaleza insaciable, molino que no se para nunca! dejaste oír tu voz allá en el fondo de mi estómago vacío... Bien recordarán ustedes que no había probado alimento en casa del tío Felipe.

Mis mandíbulas se desencajaron con histérico sollozo; veló mis ojos leve niebla; noté como si me barrenasen las vísceras, y un desfallecimiento se apoderó de mí... La individuo me contemplaba con inquietud. «¿Qué te pasa? ¿Estás malito?». Sonreí, me incorporé sobre un codo, y murmuré con esfuerzo: «Chiquilla, si vieses... No he comido hace bastantes horas... Dame un sorbo de vino, si lo tienes a mano».

¡La merienda que allí se armó en pocos minutos! Corrió la pecadora al corredor y a la despensa, trayendo copas, platos, cubiertos, pan, salchichón, ternera fría, botellas... el descorchador. «¡Ay qué fortuna!», exclamaba a cada objeto que dejaba sobre el lavabo, o en el suelo, o donde Dios quería. «Pues si vendo hoy, las botellas, me luzco... La Paca me las quiso comprar, y me decía la muy lagartona: -Suelta ese *Champán*, mujer, que tú no vas a bebértelo, y yo te lo pago a peseta botella... -¡Mira que a peseta! Y costaron a quince cuando se trajeron el día de San Telesforo... Anda, que si las vendo... se me desgracia ahora el *lunche*».

No tardó el *lunche* en organizarse, no escaso de bebidas ni de manjares, y a medida del deseo. Alborozada con mi presencia, Belén encendió las bujías color de rosa del tocador, echó a la puerta de la calle llavín y cerrojo, y se empeñó en que abriésemos desde el principio una botella de *Champán*, para que hubiese alegría y fiesta. «Si se las han de llevar esas ladronas de solemnidad en una mala peseta, bebámoslas, hijo... que van mejor empleadas».

Yo no sé si por el estado de vacuidad de mi estómago, o por virtud natural del vino bullicioso, desde la tercer copa me pareció que se verificaba en mí un cambio singularísimo, cuyos efectos expliqué a Belén, que se reía, tomando mis explicaciones por efectos de la incipiente turca. «Mira, salada, antes de entrar a verte, yo tenía sobre el corazón una telilla gris,

pegajosa y fría como las telarañas. Y desde que te he visto, la telaraña se me quitó, o, mejor dicho, fue volviéndose una gasa brillante, más finita y más dorada cada vez, que ahora es una espumilla de oro... Una espumilla que crece, y se alborota, y forma obras, y me sube todo alrededor, como un mar... ¡Pero qué mar!... ¡ay! ¡tan bonito! Nado en él... floto... no me sumerjo... ¿Lo ves?», añadía haciendo el ademán del que da paladas.

-Es la espuma del *Champán* propiamente -explicó la pecadora, riendo con libertina carcajada y sacudiendo su negro cabello fosco, semejante a melena de león.

-No... no es el Champaña... No creas que confundo los colores... El Champaña es líquido, hija... y esta espuma de que te hablo me parece fluida... un fluido universal... que lo penetra todo...

Me incliné sobre su orejita, encendida como la grana, y murmuré:

-¡Tonta, si es la vida! ¡La vida misma... una cosa inmensa, que no se concluye! La vida se presenta así... en días que van y que vienen y que se enfurecen o se aplacan... como un mar... La vida es... una diosa; hubo épocas en que los pueblos la adoraban... La vida es hermosísima; toda se vuelve luces, y flores, y risas, y... No me hables de enfermedades ni de muerte... ¡cosas tan antipáticas! Morir... sin que se sepa que morimos... sin visajes, ni porquerías, ni remedios... y que no se nombre la muerte... porque es una evolución o una modificación de la vida... es seguir viviendo. ¿Verdad que tú estás... sanita... como las manzanas? ¡Ay, qué sanita!

Ella se rio con expansión, de aquellos disparates ordenados.

-La vida... -dije aproximándola más a mí- la vida... eres tú.

-¿Soy yo una diosa, según eso? -preguntó envanecida la pecadora.

-Una diosa... Sí... ¡ya lo creo! del paganismo, hija, del paganismo... la única religión que hizo del mundo un paraíso terrenal... porque el cristianismo... francamente, pichona... es una religión... así... muy lúgubre... de... de gente que ni come... ni bebe... ni... ni...

Belén abría de par en par sus magnéticos ojazos, sin comprender a qué venía todo aquello, ni qué relación guardaban con el casa presente los dislates que salían de mi boca. Pero yo no me reía de su cara entre atónita y curiosa, porque empezaba a no distinguirla tal cual realmente era. La buena moza me parecía más alta, más mujerona, más rica en colorido, y en formas más espléndida; sus labios eran del tamaño y color de una rosa gigantesca, hecha de llama y sangre... El resto de la figura la veía al través de una bruma dorada y pálida, movable cortina salpicada de danzarines puntos blancos que incesantemente se entrecruzaban, bajaban, subían, se proyectaban en rocío de aljófara, como el chorro de agua al despedirlo el pulverizador... Me froté los ojos, porque aquella gasa sutil me los cegaba... y entonces vi a Belén mucho menos. Solo sentí el aterciopelado contacto de su falda de *peluche*, sobre la cual me parece que recliné la frente para aletargarme.

- XIX -

Serían las doce de la mañana cuando empecé a despertarme, con acíbares en la boca, las sienas estallando de jaqueca, el hígado pesado como plomo, y en el alma esa inexplicable desolación, ese pesimismo oscuro y hondo de los días que siguen a las noches orgiásticas. En medio de mi sopor oía un ruidito semejante al que hacen las teclas del piano cuando se las hiere en seco estando el instrumento desencordado del todo; eran los tacones de la pecadora, que daba mil vueltas por el cuarto, en puntillas, y entraba de vez en cuando, para volver a salir con algún objeto en las manos o en la falda. Sin duda a cada salida cuidaba de mirar hacia mí, pues al punto se dio cuenta de que yo estaba despierto, y llegándose e inclinándose a mi oído murmuró: «No hagas caso... Duerme más si se te antoja. Están ahí las prenderas, y les voy sacando a la sala las cosas, para que las vean y las ajusten... ¡Infundiosas como ellas, venir a tales horas! Si te incomodan, mira... las plantifico en la calle».

No contesté. Me levanté como si me impulsase un resorte. ¡Yo sí que quería plantarme donde la perdiese de vista! Su pelambarrera enredada; su bata de rica seda, con el encaje hecho jirones; el chapaleteo de su calzado; su misma hermosura, su frescor intacto después de la noche toledana, me empalagaban como empalaga el último bocadillo de piña de América o de otro dulce muy rápido y gustoso. Bascas de la materia, ¡cómo asombráis el espíritu! ¡Cómo le recordáis su origen, su fin, su esencia divina! ¡Lástima que algunas veces os retraséis en el camino, y llegaréis solo en buena sazón para chapuzarnos en las amargas aguas de arrepentimiento de que hablaba el Salmista!

Necesité violentarme para no tratar mal a la desdichada. Comprendí la brutalidad que les entra de sobremesa a ciertos hombres. Me disculpé con jaquecas y molestias gástricas, y ella empeñándose en llamar a un médico, en aplicarme compresas de agua de colonia, en darme calcio... Por fin logré zafarme, y en mi casa me lavé de pies a cabeza, me cambié de ropa, y me juré a mí mismo ir a la calle de Claudio Coello a borrar la mala impresión de la comida... «Salustio, ahora veremos si eres hombre o pelele. Anoche te portaste... Vergüenza debías tener. ¡Para eso tanto bravucar con el Padre Moreno, tanto echártela de redentor y hermano de Carmen... y ayer, sólo con la idea de que el enfermo bebía en aquel mismo vaso, ya no pudiste catar bocado, ya te pusiste a soñar disparates y acabaste por hacer de una pendanga nada menos que la encarnación de la vida!... No tienes tú, no, el coraje de esa mujer sencilla y modesta... Y lo que es ella te ha calado... Anoche es seguro que le infundiste *lástima*. ¡Rehabilítate hoy!».

Cuando el propósito de rehabilitación me llevó a casa de mi tío, eran las cinco de la tarde, y la criada, al abrirme la puerta, me indicó que en el corredor encontraría a su señora.

Allí me dirigí, y esta vez Carmen, al verme, no mostró aquella extraña emoción de otras veces, cuando impensadamente me presentaba. Saludome muy cordial, y su fisonomía no perdió

la irradiación dulce y serena que ya había notado en ella el domingo anterior. Estaba en pie, de bata floja, recogido el pelo al descuido, y arreglando loza en el chinero.

-¡Qué milagro! -la dije-. ¿Cómo no te encuentro al lado del tío Felipe? Me han dicho que no sales de allí.

-Es una exageración -contestó tranquilamente, y sonriendo sin interrumpir su tarea-. El mal no requiere estar siempre allí, como no sea para que no se aburra de verse solo. ¡Viene tan poca gente! Pero hoy casualmente ha llegado de Pontevedra Castro Mera, y me lo entretendrá un ratito. Yo, con eso, me he escapado a dar una vuelta por aquí.

Continuó arreglando. Las tazas, las copas, bajo su mano inteligente, se situaban en orden y con lucimiento, y en su bolsillo, a cada movimiento del brazo, se oía, sonoro y claro más que nunca, el tilinteo de las llaves.

-Carmen -pregunté tomando una silla-: ¿y qué te parece a ti del estado del enfermo? ¿Le encuentras alguna mejoría? ¿Esperas que sanará? Nadie puede saberlo mejor que tú, que le cuidas.

Se volvió hacia mí con un plato de china en la mano, y antes de responder, lo pensó un poco. Luego dijo lentamente, con voz nublada y sinceramente dolorida:

-No le encuentro mejoría ninguna. Al contrario. Tiene unos dolores horribles, y cada día se le presenta en alguna parte del cuerpo nueva llaga. Estos días empieza la garganta a afectársele. No: lo que es mejorar, no mejora. Se me figura, al contrario, que pierde más terreno del que el médico sospecha o da a entender.

-¿Y tú... -murmuré acercándome a ella y hablando muy bajito- sé franca... sabes... lo que tiene?

El plato chocó con las otras piezas de loza al depositarlo en el estante, y ella respondió tan bajo como había hablado yo mismo:

-Sí.

Callamos los dos un instante. Ella arreglaba, pero ya alterada y febril, y la loza y el cristal se embestían con frecuencia. Fui el primero a recobrar el uso de la palabra, y acercándome y tomándole las manos según acostumbraba otras veces, exclamé:

-Carmita, mira, tengo que pedirte un favor... pero un favor muy grande... Ya te suelto, mujer... Yo te he obedecido siempre que me leas suplicado alguna cosa... ahora compláceme tú... ¿me complacerás? ¿me lo prometes? Si ya has adivinado de lo que se trata, si ya lo entendiste... ¡A mí no me digas!... Atiende; por ahora sufres con mucho valor la asistencia... estás empezando, como quien dice... Lo que llevas bregado, no es nada para lo que te queda por

bregar... Tú no te formas ni idea de cómo va a ponerse ese hombre... Tu marido llegará a criar gusanos en vida -murmuré estremeciéndome y temblando con solo el pensamiento-. ¡Ay! Día vendrá, Carmen, en que no podrás resistir, en que llegarás al límite de tus fuerzas, porque todo en el mundo tiene límites... Pues... yo... yo puedo prescindir de estudios y de todo... escucha... y ayudarte, ayudarte... Verás cómo me vengo aquí y me porto... Te respondo de mi estómago y de mi voluntad... No llevo mira interesada alguna... quiere decir que *no soy el de antes*... ¿me comprendes? Si faltó a mi programa... échame a la calle. Y esto no te lo ofrezco como favor, no: te lo ruego... será una satisfacción inmensa para mí. Es la única felicidad a que aspiro. Tití... anda... ¡no me lo niegues!

Interrumpida su labor, se quedó ante mi reflexionando, mirándome fijamente al fondo de las pupilas. Y al cabo, con voz apacible, pronunció:

-Salustio, te lo agradezco muchísimo. Tienes muy buen corazón, y no dudo que me lo ofreces de verdad, con el mejor deseo del mundo: además, siendo pariente tan próximo de Felipe, yo no había de impedirte que te acercases a su cama cuando está enfermo. Pero en cuanto a que llegue a fatigarme la asistencia... en eso, te equivocas. No me cansará, aunque dure diez años. Tengo muchísima mayor provisión de energía de la que tú te figuras. Mi energía aumenta con las circunstancias. Desde que Felipe está *así*, me he vuelto más robusta, más comedora; cuatro lunas de sueño me bastan... En fin, que estoy desconocida.

-Supongamos -insistí- que tú enfermases, que esa provisión de fuerzas se agotase... ¿Qué harías? ¿No me permitirías auxiliarte, ni siquiera a ratos? ¡Ay, Carmen! No tienes para mí buena voluntad...

-Sí la tengo, sí la tengo -respondió ella-. Sólo que tú tampoco te fijas en las circunstancias. ¿Crees que los enfermos se acostumbran a todas las personas indistintamente: ¡Quia, hijo! Nones. Se les forma hábito de una persona... y ha de ser precisamente aquella, y no otra, la que los cuide. Con Felipe me está pasando esto. Si le faltó yo, se halla sin sombra. Poco me puedo desviar de su lado. A los dos minutos me llama. Desengáñate, los pobres enfermos se habitúan... ¡y quítales de la cabeza la afición o la costumbre, o como tú quieras calificar esa manera de ser!

-¿Por qué no dices el cariño? -respondí irónicamente.

-¡Pues sí, el cariño! -afirmó ella con toda la efusión de su alma-. ¿Cómo no han de preferir a aquella persona que más les quiere?

-¡Aquella persona que más les quiere! -repetí como quien no entiende lo que oye.

-Pues claro. ¿Le ha de querer nadie tanto como yo? -dijo con naturalidad, al par que con ímpetu, la esposa.

Sentí un dolor al lacio izquierdo, como si me taladrasen las telillas del corazón con taladro muy fino; mis riñones se contrajeron, fenómeno que siempre he notado en los momentos en que

un desengaño me hiere o siento profundamente mortificado mi amor propio, y con voz bronca y agitada respiración, supliqué:

-Carmen, no te engañes. Las mentiras, por generosas y nobles que sean, manchan la boca. Tu no puedes mentir, porque siempre fuiste para mí la verdad personificada. Como si nos oyese Dios...

-Ya nos oye -declaró ella con hermosa solemnidad.

-Pues porque nos oye... contesta: ¿es verdad eso de que quieres a tu marido?

-Más que he querido a nadie en este mundo.

Sentí la puñalada, y en vez de un grito, arrojé secamente esta insigne vulgaridad:

-Pues, hija, no lo comprendo. Pero qué aproveche.

Y la tití, con acento severo y quizás un tanto desdeñoso, repuso:

-Es natural que no lo comprendas. ¡Ojalá llegues a comprenderlo algún día! No te deseo mayor bien.

Se volvió con propósito de marcharse, y yo la detuve por la bata, tembloroso de pena y de corajina.

-Carmen, por Dios... Carmen... ten compasión de mí. Todo lo que aseguras será como el Evangelio... no lo discuto... pero explícamelo, ábreme los ojos, dame luz para que lo entienda... Necesito entenderlo... Me vuelvo loco. Es natural, muy natural; está muy en carácter en ti que asistas bien a tu marido, que le cuides, que te desvivas por él, que realices todos esos milagros... ¡Como que tú eres... ya lo sabes, vamos... no te lo repito, no te me pongas así! Pero una cosa es eso, y otra el *querer*... El querer se clava en las entrañas, ¿y quién lo saca de allí? ¿Me vas tú a convencer de que le quieres? Imposible.

Ella accedió, casi risueña, a detenerse; y sentándose en la silla más próxima a la mía, habló confidencialmente, sin rebozo.

-Me pones en un apuro, Salustio... ¿Cómo me gobierno para explicártelo? A mí me parece que ciertas cosas no tienen explicadera. Se caen tanto de suyo, que si me haces discurrir sobre ellas, entonces... entonces sí que no las voy a entender. La verdad es que yo fui bastante mala con mi marido mientras estuvo sano. ¿No te acuerdas tú?

-¡Sí me acuerdo! -confirmé ardientemente-. Le profesabas horror... esto sí que no lo discutirás... horror... Cuando se apartaba de ti, entonces te ponías contenta y de aspecto

saludable... En cambio cuando se mostraba asiduo... estabas como el que pasa una enfermedad peligrosa... De manera que...

La tití, al oírme, iba enrojeciéndose, enrojeciéndose, primero por las mejillas, hasta que luego la oleada de sangre se extendió a la frente, la barbilla, y hasta creo que por la raíz de los cabellos...

-Pues... -dijo con ahogo, reprimiéndose acaso para no dar salida a importunas lágrimas- precisamente por todo eso que estás diciendo, cuanto haga yo ahora es poco para borrar lo de antes, y estoy agradecidísima a Dios porque me ha concedido medios de reparar mi conducta anterior. Es cierto que lo hacía yo así... no sé cómo, sin querer y sin poderlo remediar, porque me incitaba una cosa interior, una prevención o una manía; pero no me disculpo con eso, porque las manías raras se vencen; cuando una mujer se casa, adquiere compromisos muy sagrados, y no hay sino llenarlos... ¡y acabose!... Nadie me había obligado a casarme con Felipe, y en vez de quererle, parece que andaba buscando todos los pretextos para apartarme de él... Entonces, Dios... que es tan bueno... se armaría de paciencia, y diría para sí: «¿Hola? ¿Frialdades tenemos? Pues yo haré que te veas en la precisión de acercarte a tu marido... y que no puedas desviarte de él ni un minuto. Yo le mandaré una enfermedad que sólo tú tendrás arranque para asistírsela... ¿No has querido admitir en tu corazón el cariño de esposa, en las condiciones naturales? Pues yo haré que lo admitas, quieras que no, por medio del sacrificio y de la prueba...». ¿Tú no crearás una cosa, Salustio? Cuando Dios nos manda la copa de ajeno, si la bebemos de buena gana, sabe a almíbar... y si la tomamos con repugnancia, entonces se le nota todo el amargo, o más aún del verdadero amargo que tiene... Yo al principio (no te lo ocultó) hice esto vencíndome, porque me parecía que era mi *obligación*, mi *deber*; y un *deber* hasta de *caridad* con un... Pero así que me resolví y dije para adentro: «Carmen, Carmen, esto lo has de ejecutar y no hay más remedio, así se hunda el mundo...» me pareció que ya se me quitaba de encima todo el peso del trabajo, ¡y más todavía! que empezaba a entrarme por Felipe una cosa que no había sentido nunca... así como un... un apego... una ley...

-Dilo de una vez... ¿Amor?...

-Ya voy creyendo que sí, que así debe llamarse... -respondió firmemente la sacerdotisa del hogar-. Por lo menos crece todos los días... a cada paso es mayor, y me recompensa más de las pocas fatigas que sufro... Cuanto más cuido a mi marido, más me acostumbro a cuidarle y menos tengo que vencerme para tocar sus llagas... En términos que ahora -mira tú... ¡no te rías!- me daría así como... envidia... o celos... si otro viniese a compartir mi tarea y a ser para él lo que yo soy actualmente.

-Y él... -pregunté con sarcasmo, para ocultar mi decepción y mi furia- él ¿qué tal? ¿También estará contigo muy amoroso y tierno?...

-¡Vaya si lo está! -afirmó ella con efusión indecible, dejando ya sin rubor alguno, transparentar al borde de sus pestañas las lágrimas-. Si tú vieses lo que el pobre ha cambiado para mí... te admirarías.

-¿Tan derretido anda? -indiqué con igual retintín e ironía.

-¡No es eso! -exclamó con su alma entera en los labios la santa mujer-. ¡No finjas que no te enteras, Salustio! Es que ahora... ¿cómo te diría yo? ha caído una valla que había entre nosotros... se ha fundido una especie de gran pedazo de hielo... y yo no sé... me mira de otro modo... me habla con diferente eco de voz... no puede estar sin mí un instante; no se arregla si yo no le acudo; pero no solamente me llama porque me necesita para cuidarle, sino a todas horas: mi compañía la reclama moralmente; es su único consuelo. Antes, cuando estaba robusto y sano, se pasaba el día fuera de casa, y a la noche, al tiempo que volvía, yo... en fin, que apenas nos hablábamos, puede decirse. Ahora charla conmigo, me pregunta a cada rato mil cosas, me suplica que esté siempre cerca... Hasta... ¡mira tú! hasta la llave del dinero... que no la soltaba nunca... pues aquí está, ¿ves? -exclamó sacando el manojito de llaves, y repicándolo triunfalmente-. Parece que le han cambiado el alma... o que me la han cambiado a mí... y tal vez será a los dos... Lo cierto es... ¡cuidado que no te engañe!...

Al llegar aquí, sus ojos resplandecieron, su semblante tomó expresión celestial, y sus labios murmuraron suavemente:

-Cuando me casé... tú ya sabes cómo fue aquello... es indudable que yo hubiese preferido... tal vez... no casarme... o... cualquier persona... en fin... Pues hoy... si me dicen qué estado elijo... con los ojos cerrados respondo que este entre todos los del mundo; y si me dan a escoger marido... con los ojos cerrados también, digo que el que tengo... ¡y ninguno más! Clavó en mí sus luminosas pupilas al repetir:

-¡Ninguno... ninguno más!

No callaba. Como siempre, tascaba el freno, admiraba, protestando, al mismo tiempo una voz mofadora preguntaba en mis adentros: «¿Es esto virtud, extravagancia, o desvarío? ¿Llega a estos límites el tipo ideal que tú te has forjado? Que esta mujer cuide y atienda a su marido enfermo, bien; pero que por el hecho de verle así, atacado de mal tan asqueroso, se considere prendada de él y le anteponga a todo el mundo... ¿cabe en lo racional y en lo posible?». Y la voz, contestándose a sí propia, susurraba misteriosamente: «Hay enigmas del sentimiento que la razón más embrolla que aclara. El concepto del deber estricto es insuficiente en ciertas situaciones. Los grandes milagros los hace el amor; las acciones más sublimes vienen de la locura. La tití nunca ha sido una mujer equilibrada y flemática: una mujer equilibrada cuida a su esposo, pero no se entusiasma con él porque esté hecho un jeroglífico de lacras y miserias. Donde acaba el raciocinio empieza la iluminación. Tu tití es una iluminada. Tiene aureola».

-¿De modo, Carmen -la dije-, que estáis tan amartelados tu marido y tú, que no quepo entre vosotros? ¿Ni de ayuda acertaré a servirte? ¿Te sobro, en toda la extensión de la palabra?

Ella tuvo una de las transiciones que solía, de ángel a mujer, o, mejor dicho, a chiquilla ingenua y traviesa. Y mirándome y entornando los ojos con cierta malicia, contestó:

-¡Ay, Salustio! ¡En qué apuro te pondría si aceptase tus proposiciones! ¡Quien te vería pasarte cuatro meses... seis... un año entero, ayunando al traspaso, como ayunaste el otro domingo!

-¡Búrlate! -exclamé-; haces bien, porque estuve aquel día más sandío aún de lo que piensas. Ponme a prueba hoy, y me portaré como un hombre... ya que no como una mujercita de tu temple, que nos planta la ceniza en la frente a los hombres todos. Y toda vez que hasta la ocasión de rehabilitarme me quitas... sé al menos benigna en una cosa.

-¿En cuál?

-Confiesa... ea, confiesa que antes de enamorarte de tu marido... me quisiste un poco... a mí, a este pecador... y en cierta ocasión me cuidaste casi tanto como a él.

-No lo niego... Es decir, lo del cuidado.

-¿Y lo otro?

-No contesto. Sólo el contestar sería ya un resbalón -dijo seriamente-. Vamos allá, que Castro Mera se habrá largado y estará solito el enfermo.

Tuve que seguirla, y entrar con valor, no fuera que se riese de mi poca entereza la tití. Se me hizo más fácil que el primer día tomar y estrechar la mano del leproso. Me acerqué a él con estudiada naturalidad, y busqué diferentes pretextos para tocarle la ropa y aproximarme bien. A eso de las siete salí de aquella casa, pero estaba decretado que no pasase quince minutos más sin volver a ver a Carmiña.

Es el caso que al tiempo de ir a cruzar yo por delante del piso primero, vi entreabrirse suavemente la puerta de las señoras de Barrientos, que era la de la derecha, y salir por ella una mujer, muy velada, que miró con precaución hacia atrás, al recibimiento obscuro, y luego cerró nerviosamente, con mano trémula, procurando hacer el menor ruido posible. Luego, ciñendo más aún el velo a la cara, descendió las escaleras con paso azorado y rápido... sin fijarse en que yo la seguía. En el aspecto, en el talle, en el modo de andar, había conocido a una de las señoritas de Barrientos; pero ¿cuál? Eran a primera vista tan semejantes, que la averiguación se hacía difícil. De todos modos, fuese la que fuese, parecía suceso tan inusitado ver a una de las inseparables salir de un modo furtivo, enteramente sola, entre luces y con tal agitación, que comprendí que allí pasaba algo de no pequeña importancia. Eché detrás de la señorita, y en el portal la alcancé. Ella, al sentir pasos de alguien que le iba a los alcances, se volvió y ahogó un grito. El velo se entreabrió, y entonces pude distinguir perfectamente las facciones de Camila Barrientos. ¿Por qué asustada? ¿Por qué, en vez de saludarme, huyó de mí en tan desatada carrera, que a mi vez tuve que apretar los talones? A diez pasos más allá de la casa estaba parado un coche de punto. Asomé la cabeza por la ventanilla un hombre, y el sombrero casi me petrificó cuando reconocí en el que iba dentro esperaba a Camila, ¡al novio de su hermana Aurora!

Latigazo al jamelgo... Arrancó el coche echando chispas, y allí me quedé yo, de una pieza, sin saberlo que me pasaba, ni si alguna ilusión juguetona se quería divertir en retozar conmigo... Así que me repuse del pasmo, empecé a discurrir qué haría. ¿Subir y contárselo a Carmen? ¿Que ella informase a la mamá? Estas dudas me clavaron en el piso de la calle, y allí creo que me estaría aún, si un grito desesperado, una interpelación de agonía no resonasen impensadamente detrás de mí, y dos damas en pelo, jadeantes, alarmadísimas, en quienes reconocí a mi tía y a la viuda de Barrientos, no se agarrasen cada una de un brazo mío, exclamando a la vez:

-¿Ha visto usted a mi niña?

-Camila... ¿por casualidad la has visto salir tú?

-¡Eh! Sí, la he visto... Acabo de verla... -tartamudeé, sin saber a cuál de las dos atendiese.

-¿Por dónde va?

-¿Hacia qué lado tomó?

-¿Te dijo algo?

-¿Cómo no la llamó usted?

-Pero ¡por Dios, señoras!... Si no me dejan ustedes respirar! Ya voy, ya explico... Abrió la puerta con mocho tiento; bajó delante de mí, como si huyese; por más que pretendí alcanzarla, no pude. Se tapaba con el velo; iba como trastornada. Ahí en la esquina se ha metido en un simón...

-¿Sola? ¿Sola?

-Con... con un caballero -respondí, no atreviéndome a añadir la más negra.

La bóveda celeste, cayendo sobre la venerable cabeza cana de la señora de Barrientos, no la hubiese aplastado tan pronto. Quiso hablar y no pudo; se echó atrás; se puso carmesí... luego violeta... y exclamó roncamente:

-¡Eeeh... aaah! ¡Se... seña... un... coche... un... hom...! ¡No... no... pue...!

Cogimos entre mi tití y yo a la matrona, que no daba cuentas de sí, y en vilo, pasando las penas del purgatorio, la subimos por la escalera. Entramos en el piso primero como una bomba... Renunció a describir el espectáculo que ofrecía la casa. Aurora y sus dos hermanitas, abrazadas, lloraban en un rincón... Mi tití me dijo, compadecida y azarada:

-¿Búscales, Salustio!... A ver si das con ellos...

-No te apures, Carmiña -contesté-. Ya parecerán. A estas horas de fijo no tienen gana de que los encuentren. ¿Y qué? En vez de casarse Aurora, se casará Camila... Tratándose de unas hermanas tan unidas, tanto monta.

-¿Pero era el novio de su hermana? -preguntó la tití gravemente.

-¡Qué! ¿no lo sabías?

-No, pero... casi te diré que no me sorprende. Tenía yo mis barruntos... ¡Pobre familia! Los regalos comprados, el equipo listo...

-¡Bah! El amor no se para en dificultades -murmuré por lo bajo, con ánimo de ver qué me contestaba.

Calló al pronto, y, por fin, mirándome con serenidad y desabrochando uno a uno los corchetes que ocultaban las opulentísimas bellezas del busto de la señora de Barrientos, respondiome:

-A eso no se llama *amor*, sino *felonía*. Aurorita -añadió alzando la voz-: tráigame usted la antihistérica.

Final

Provisto hacía algún tiempo de mi diploma en la Escuela de Caminos, hallábame una noche en Aranjuez, adonde me habían llevado mis primeros deberes profesionales, hospedado en aquella fonda que aún conserva las mamparas de damasco rojo de la época en que se enorgullecía llamándose residencia del Príncipe de la Paz. Anunciáronme que había llegado de Madrid un caballero deseoso de verme y saludarme; mandé que entrase al punto, y sin tardanza me dio los brazos Luis Portal, mi condiscípulo y amigote.

Después de las exclamaciones consiguientes, Portal se dispuso a explicarme el objeto de su venida tan a deshora y cuando ni por soñación contaba yo con su visita.

-Es bastante raro... Te sorprenderá, pero no hagas aspavientos, que en el fondo no hay qué... Mañana, en Madrid... ¡Krrr! -e imitaba con la lengua el sonido que hace al abrirse una navaja de muelles-. Tengo el antojo de que tú me apadrines...

-¿Lance?

-No, digo, sí... Boda.

-¿Te casas? -articulé estupefacto-. ¿Así, tan de sopetón? En tu última carta -la recibí hará diez días- ni mentabas intenciones semejantes.

-¡Ahí verás tú!... Ni yo me lo imaginaba tampoco hace una semana. Estaba en Ciudad Real, y descuidadísimo... Pero un día se me presenta allí *Mó*... ¡Si vieses qué peripecias!... El diablo lo añasca todo... Casamiento y mortaja...

-¡Ah bonachón, pedazo de pan! ¿Pues no decías que para ti no se había cortado la casaca? ¿Pues no decías que la fuerza de voluntad... y que el carácter... y que los hombres... y que nadie te la daba a ti?...

Portal no contestó: sonrió, miró de soslayo hacia la punta de sus botas llenas de polvo, y una expresión maliciosa e infatuada pasó por su rostro anchísimo, curtido ya por el sol de los ejercicios de la profesión ingenierasca.

-¡Pch!... No podía fallar: sospechaba que habías de salirme con eso... No cabe duda; la vida no puede teorizarse; gracias si la vamos practicando a tropezones...; y la teoría es el reverso de la práctica. Estas cosas vienen así... rodadas: no porque uno las busque, ni las prepare, ni las arregle; y así como no puede prepararlas... ¡corcho! tampoco las puede rehuir.

-¿Pues no te habías desilusionado? ¿Pues no reconocías que *Mó*... vamos, no era tu ideal, ni por semejas? ¿No me confesaste que cualquier muchacha sencilla e ignorante te parecía preferible? ¿No armaron un complot su mamá y ella y hasta los chiquillos, para cogerte en la red (textuales palabras tuyas).

-Bien... yo acaso me expresé aquel día con cierta exageración. Estaba fuera de juicio. No hay que tomar al pie de la letra lo que dice un enamorado emberrechinado. *Mó* no es la *mujer nueva*, convenido; pero acaso no es tiempo aún de que esa hembra excepcional aparezca en nuestra sociedad y la modifique... Entretanto, *Mó* es una real mujer, que me tiene ley, que dejaría por mí la proporción más brillante... y eso supone algo, compadrito. Mathew... ¿ves tú? se casaba, *iba al ara de Himeneo*, si a ella se le antojase. No es invención, no; cartas cantan... Y el tal Mathew tiene muchas libras...

-¿De carne?

-¡Esterlinas, caracoles!

-¿Y dices que mañana? ¡Estoy, turulato!

-Cabal... Todo lo he arreglado al vuelo... Si es locura... ¡mejor! Alguna locura se ha de hacer en la vida..., chacho...: y las locuras, en caliente, que es cuando tienen mejor substancia. Estoy, convencido de que los locos la aciertan más que los cuerdos. Nuestro siglo está enfermo de sensatez: nuestra generación, hipocondríaca de formalidad y de tanto calcular las consecuencias de los actos pasionales... Yo creo que es hora de tocar a rebato. ¿Qué opinas?

-Que antes no pensabas así. Todo se te volvía prudencia, reflexión, oportunismo y cuquería.

-Pues... *velay*. La vida es una serie de *velays*! No me hagas observaciones. Los que nunca hemos roto un plato, de repente... ¡cataplum! nos dejamos caer y rompemos una vajilla entera.

-Pues ya que hoy no tienes tren para volver a Madrid, y que es la última noche que pasamos juntos -le dije- me entran ganas de leerte unos borrones que escribí... una especie de novela o de autobiografía... sobre todo aquello... ¿bien te acordarás? aquel infundio mitad amoroso y mitad psicológico que tuve con la mujer de mi difunto tío Felipe. En el cuaderno sales a relucir a cada paso, y te servirá como de remordimiento, porque escribí tus frases y tus sanos consejos y tus doctrinas para entender bien la aguja de marear en esto de amoríos y bodas. ¿No te molestará el oírlo?

-Al contrario, me gustará mucho -afirmó mi amigo-. Haz que traigan una maquinilla de café y los ingredientes para confeccionarlo; pide para mí dos cajetillas de cigarros, porque me olvidé de comprar antes de venirme; di también que suban un par de botellitas de alemana; y... soy todo oídos, a ver qué resulta de ese engendro.

Saqué del cajón mis apuntes, en los cuales había encontrado delicioso entretenimiento, un baño de frescura, que me desimpresionaba del último período de mis aridísimos estudios. Portal me escuchó con atención, convertida luego en interés; protestando algunas veces por medio de un movimiento de cabeza, cuando le parecía menos exacta la narración; aprobando otras, y riendo a la evocación del recuerdo ya casi borrado; y sólo me interrumpió repentinamente hacia el final, a tiempo que yo entraba de lleno en el relato de los últimos meses de la enfermedad de mi tío. «¡Alto ahí!» dijo, arrojando el cigarro que chupaba.

-¿Qué se te ocurre? -pregúntele.

-Hacerte una observación -respondió- para el caso de que algún día destinases esos borrones a la publicidad; tentación en que caerás ¡cómo si lo viese! porque ningún joven de nuestra época se conforma a archivar sus *estudios* (*inspiraciones* les llamaban antes). Si encajas eso por ahí... en periódico o revista... debes, en mi concepto, suprimir todos los capítulos donde pintas los progresos y los caracteres de la enfermedad de tu tío. Créeme: al público no le gustan esas descripciones brutalmente naturalistas, y cuanto más a lo vivo las dibujes, más antipáticas le serán. No obligues al que haya de leerte a oler un frasquito de sales, ni bragas que las señoras nerviosas cierren tu libro sin acabarlo.

-Ya conozco que el asunto no es de lo más ameno... Por otra parte, no pienso dar esto a la prensa. (Al hablar así otra me quedaba, pues yo tenía resuelto, para mi sayo, que no eran tan despreciables los apuntes que no mereciesen hacer gemir los tórculos.) Pero supón que me entrase la manía de lanzarlo a los famosos *cuatro vientos de la publicidad*: ¿no sería un contrasentido segregar cabalmente esos capítulos en que la figura de tí aparece, no ya sobre fondo de oro, sino sobre un rompimiento de gloria, como el de las Concepciones de Murillo? Es cierto que no ocurren en esa parte de mi narración sucesos variados y sorprendentes; ¿pero te

parece poco semejante asistencia, hecha con abnegación tal? Dices que es repugnante. ¿Pues y la Biblia, cuando describe a Job rayéndose la podre con un casco de teja?

-¡Bah! ¡De la Biblia acá... no nos hemos vuelto poco delicados! Créeme, guarda para ti esos detalles clínicos, esa poesía farmacéutica, y, pasa como sobre ascuas por encima del mal de tu tío. Peor es meneallo, rapaz. Conténtate con decir que se puso malito, y que se fue empeorando, empeorando... hasta que estiró la pata.

-¡Pero te repito que entonces mutilo completamente el carácter y la imagen de Carmiña! - objeté dolorido-. Si no la seguimos paso a paso en el camino del calvario; si no la vemos casi abandonada de todo el mundo; negándose a llamar a una monja, porque su esposo no quería atenciones más que de su mujer; habiéndosele despedido los criados por pánico de «coger el mal»; pasándose las noches en vela, rendida, febril, sin probar alimento en veinticuatro horas, obligada a lavar ella misma las vendas y los trapos...

-¡Huy, hijo! Vendas, trapos... ¡Todo eso apesta a Hospital, a fénico, a pus! ¡No lo nombres siquiera! Toma mi consejo. Insisto en que no debes decirlo. El arte no desciende ahí. El arte debe ser una selección... El artista pasa al través de la naturaleza haciendo lo mismo que haría un paseante inteligente y delicado: recogiendo las florecitas para atarlas y formar un ramillete y colocarlo en un lindo búcaro para que adorne su casa, recree los ojos y embalsame el aire. La ciencia... ya es diferente: el botánico puede coger las hierbas malas, feas y ponzoñosas, y guardarlas con cariño, y estudiarlas y clasificarlas...

-Pero si yo no tengo pretensiones de artista, ni Cristo que lo fundó -contesté con la menor dosis de sinceridad posible.

-Hablamos para el caso de que las tuvieses. Suponiendo que ese libro de tu autobiografía fuera a imprimirse, yo le daría un tajo; yo me pararía en firme en aquel incidente... verás... La escapatoria de Camila Barrientos con el novio de su hermana... Porque creo que esa vez fue la última que se cruzaron entre Carmiña y tú palabras relativas al drama de pasión que indudablemente existía entre ambos, muy tapadito, pero muy auténtico. Después, para que no se ignorase en qué había parado la cosa, pondría un epílogo... la muerte de tu tío... y nada más. Nada más por ahora, quiero decir, porque tus confesiones traen cola, chacho; a los dos o tres años de estar casado con la tití... han de sucederte cosas dignas de la pluma de Balzac. Sigo en mi idea... esta clase de mujeres tan santas, tan excelentes y admirables, no pueden hacernos felices a nosotros... y nuestra vida a su lado sería un infierno. En fin, hoy no es día de que yo predique a nadie... Estoy desautorizado. Se ha llevado pateta mi prestigio.

-Vamos -indiqué-, lo que pasa es que a ti, en tu estado de ánimo actual, no te hacen gracia esas páginas dolorosas. Pues las salto... y si quieres, de palabra te contaré cómo se murió mi tío, pues fue un momento en que experimenté yo una emoción bastante rara. No tengas miedo: abreviaré, porque conozco que estás muriéndote de soñarrera... y hoy es jugarte una serranada el no dejarte dormir.

Sonrió el orensano, y yo continué:

-En los últimos meses de la enfermedad, mi tío no se dejaba ver de nadie, más que de su mujer y del médico. A mí se me prohibió la entrada. Yo hubiera insistido; pero me lo impidió una interminable carta de mamá, donde me anunciaba el propósito de venir a Madrid para obtener que su hermano testase en mi favor, como era justo. La tal carta me hizo adoptar dos resoluciones: primera, la de engañar a mamá, evitando a toda costa que viniese, afirmándole que mi tío estaba resuelto a dejarme su fortuna toda; segunda, la de no poner los pies en la casa mientras durase el mal. Parecíame esto de elemental delicadeza; no sé si en mi resolución entraría por algo la poca gracia que me hacía el contagioso y horrible padecimiento.

Una tarde vino a mi fonda el Padre Moreno, solicitando hablarme. Yo ignoraba que el fraile moro hubiese regresado a Madrid; le creía convaleciente en el convento de Chipiona. Díjome que había venido a Madrid para activar y despachar ciertos asuntos de su Orden, «que a usted le importan un pito», añadió con su brusca familiaridad acostumbrada, y que se alegraba, porque así lograra reducir y consolar al marido de Carmen, el cual, a fuerza de tanto padecer, enterado ya de su verdadera situación, estaba «dado a Barrabás, y sin querer aceptar la voluntad de Dios, ni confesarse. Ya le tenemos como un guante -prosiguió Aben Jusuf- y ahora lo que desea es verle a usted en estas últimas horas...».

-¿Tan malo esta?

-Dice el médico que no pasará de esta noche o de la madrugada. La anemia, producida por las lesiones interiores y sus consecuencias, es lo que le acaba. Lo que es por el mal propiamente dicho... viviría diez años, si vida puede llamarse la de un leproso.

-¿Y quiere verme? ¿Sabe usted que no tengo ganas de ir?

-Pues venga usted sin ganas -contestó el fraile, terciándose el manto o capa eclesiástica, y echando delante con resolución. Ya no usaba muleta; estaba otra vez hecho un valiente.

Le seguí; ¡qué remedio! subí las escaleras, crucé el pasillo, entré en el cuarto, y a la débil luz de una lamparilla y en el fondo de la cama que en otro tiempo fue tálamo nupcial, vi mi objeto de forma indistinta: la cabeza del enfermo envuelta en vendas múltiples. Una voz ronca y extraña, como la de los sordomudos, me llamó; sin duda la enfermedad alterara las cuerdas vocales... Mi tití, que había entrado conmigo, se colocó a los pies de la cama, y al otro lado de ella se situó el Padre Moreno.

-Sal... us... tio... -pronunciaba el enfermo tan dificultosamente, que una misteriosa tristeza compasiva se apoderó de mí-. Es... toy... muy...

-No hable usted, tío... -supliqué aproximándome más, arrostrando el olor de éter mezclado con el de la descomposición cadavérica que exhalaba ya aquel cuerpo-. Si tiene usted algo que decirme... Carmen lo hará por usted.

-Carm... hija... ven... -articuló el desgraciado.

Carmen se acercó también, pero sollozando, con el rostro oculto en el pañuelo.

-Yo hablaré, señor de Unceta... No se fatigue -intervino el Padre-. Lo que quiere su tío es decirle que... vamos... que allá en otro tiempo... cuando murió el señor abuelo de usted y se hicieron las partijas... tal vez no hubiese toda la equidad posible en el reparto de los cupos... y que hoy, en estos momentos solemnes...

Al llegar a este punto, el viviente cadáver pretendió incorporarse, ladeose un tanto, y de entre sus vendas y del fondo de su destruida laringe salió un acento... ¡qué acento, señor!... Decía: «Salustio... per... perdóname... y dile a... a... tu madre que... me perd...». ¡Qué espantoso daño me hizo aquello! Se me apretó la garganta, se me cortó el aliento, y exclamé ahogándome:

-No me pida usted perdón... Le ruego que no me lo pida usted... Yo soy quien debe...

-Su señor tío -interrumpió el Padre secamente, como si le molestase la escena- está animado de sentimientos tan equitativos, que hizo ayer sus disposiciones dejándole a usted la parte mejor de su caudal... El total no, porque también favorece en el testamento a su señora, que le ha asistido... como usted sabe y le consta... y que le ha dado pruebas de cariño inmenso.

-¡Tío! -exclamé fuera de mí-: ¿por qué hizo usted ese disparate...? Todo, todo a Carmiña... Ella lo merece; yo ni lo merezco, ni los quiero, ni lo admito. Me ocasiona usted el mayor disgusto... No me deje usted nada. Renuncio... ¡Por Dios! He concluido mi carrera, y a mi madre le sobra con qué vivir. No necesito bienes. Por Cristo, borre usted mi nombre de su testamento.

- Felipe -suplicó a su vez la tití con voz empañada por el llanto- déjaselo todo a tu hermana, todo, todo; y yo, si no me quieren en casa de mis padres, con ella me iré a vivir, caso de que tú faltases... que nos sucederá, porque Dios te conservará la vida.

-Basta de porfías -intervino el fraile-. No sean bobos por exceso de desinterés. Don Felipe estuvo acertadísimo en el reparto de su hacienda. Si logra algún alivio en su enfermedad, ya tendrá tiempo de modificar la última voluntad que ayer dictó. Ahora -por si se empeorase- que piense en Dios, en su justicia y en su misericordia. Carmen, échese usted un rato. Salustio y yo velaremos... Saúco no tardará en venir a pasar la noche también... Al hacer el Padre esta proposición, el tronco del enfermo se agitó, sus manos entrapajadas salieron de entre las sábanas, y con sobrehumano esfuerzo gritó claramente:

-¡No te vayas... Carmiña!

Ella se precipitó al lecho. Con el rostro casi transfigurado, con la expresión angelical de la Santa Isabel de Murillo, se desplomó sobre el leproso, murmurando: «¡Felipe, queridísimo, corazón mío, si no me voy!». Y sobre aquellos labios, roídos por el asqueroso mal, con una vehemencia que en otra ocasión me hubiese estremecidos de rabia hasta los mismos tuétanos, apoyó su boca,

firme y largamente, y sonó el besos santo... Mi tío, galvanizado, consiguió incorporarse; pero el esfuerzo retiró probablemente la sangre de su cerebro... y cuando su cabeza volvió a recaer sobre la almohada, ya vidriaba sus ojos la agonía. ¿Qué más te diré?... El Padre Moreno dijo la recomendación del alma, a que contestamos Carmen y yo... Nada, lo que puedes suponerte...

.....
-¿Cuál fue ese fenómeno raro que notaste entonces? -preguntó el curioso Portal.

-Que el corazón me aumentó de tamaño... No te rías, se me ensanchó atrozmente... y fui *cristiano* por espacio de una hora lo menos.

El orensano parecía reflexionar.

-¿Y cuándo te casas con la viuda? -pronunció al fin.

-¡Vaya una ocurrencia! Está con su luto riguroso... y padeciendo, pues acabada la asistencia, se vieron las resultas de tanta fatiga en el quebranto de su salud. A Pontevedra se ha vuelto. Sé de ella por mi madre.

En aquel instante amanecía, y los canoros ruiseñores de Aranjuez, desde la frondosa copa de los árboles centenarios, saludaban al nuevo día con sus arpadas lenguas.

-¿Sabes -indicó Portal- que este sitio es precioso? Mira qué alborada nos dan los pájaros... Y luego la habitación grande y fresca, el piso de azulejos... Voy, a venirme aquí a pasar la primer noche.

FIN